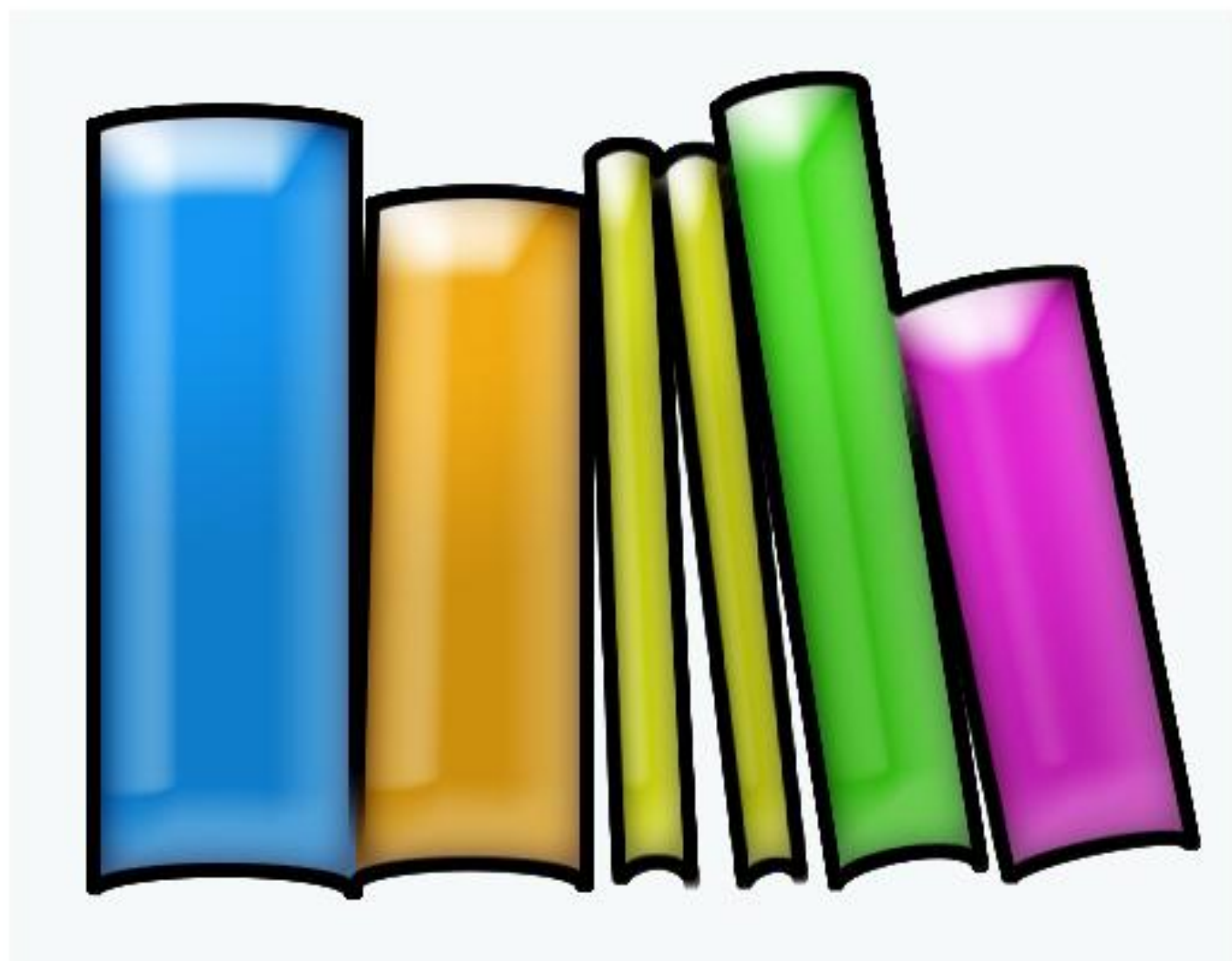


Los excluidos



Jelinek, Elfriede

Produced by calibre 0.6.27

Los excluidos

Sobrecubierta

None

Tags: General Interest

OceanofPDF.com

Los excluidos

Sobrecubierta

None

Tags: General Interest

OceanofPDF.com

Los Excluidos

Elfriede Jelinek

OceanofPDF.com

En una noche, a finales de los años cincuenta, se produce en el parque municipal de Viena un atraco. Durante dicho suceso las siguientes personas agarran a un paseante: Rainer Maria Wikowski, su hermana gemela Anna Witkowski, Sophie Pachhofen, antes von Pachhofen, y Hans Sepp. Rainer Maria Witkowski toma su nombre de Rainer Maria Rilke. Todos tienen unos dieciocho años, salvo Hans Sepp que es dos años mayor, aunque también él carece de toda madurez. De las dos muchachas, Anna exhibe una rabia mayor y lo demuestra al aproximarse más que ninguno al asaltado. Hace falta mucho valor para arañarle la cara a un ser que le está mirando a uno de frente (aunque no se puede ver mucho porque todo está oscuro), y más para verlo reflejado en sus pupilas. Porque los ojos son el espejo del alma que, a ser posible, debería quedar incólume. De otro modo se podría pensar que el alma se ha ido al garete. Precisamente Anna debería dejar en paz a este individuo porque tiene un carácter mejor que el de ella. Porque él es la víctima y ella la malhechora. La víctima es siempre mejor, porque es inocente. La verdad es que, en nuestros días, es todavía posible encontrar numerosos criminales inocentes. Éstos se asoman amistosamente a través de ventanas ornadas de flores para saludar, llenos de recuerdos de guerra, al público. Otros ostentan altos cargos. Y en medio de todo, geranios. Todo debería quedar definitivamente perdonado y olvidado para que todo pudiera volver a empezar.

Más tarde, una vez que se está mejor informado, se llega a saber que la víctima era apoderado en una empresa mediana y que estaba integrado en una economía doméstica ordenada hasta el último detalle, algo que Anna rechaza muy especialmente. El orden y la pulcritud van contra su naturaleza, que, tanto desde dentro como desde fuera, es todo menos pulcra...

Los jóvenes se adueñan de la cartera de este individuo y, por si esto fuera poco, le propinan una terrible paliza. Anna se ensaña con él, pensando qué suerte haber encontrado al fin dónde desahogar mi rabia, en vez de dirigirla contra sí misma, que ciertamente no sería lo más indicado. Y además está bien que me pueda lucrar. Ojalá lleve mucho dentro (en realidad no era demasiado). Hans arremete contra él a puñetazos con sus manos endurecidas por el trabajo manual. Como hombre recurre a las modalidades más viriles de violencia: puñetazos y cabezazos malintencionados (la clásica embestida de carnero); la tristemente célebre

patada en la espinilla se la cede a Sophie, quien la practica sin cesar. Como dos émbolos de una complicada maquinaria que se adelantan alternativamente. Parecía como si no quisieras ensuciarte los dedos sino solamente los pies, le dice posteriormente Rainer abrazándola cariñosamente, pero con un grito reprimido, originado por una patada en la rótula, se apresura a alejarse de ella. A ella eso no le gusta.

Rainer, quien se considera el amigo íntimo de Sophie (por eso la había tomado en sus brazos), hurga violentamente en el traje de la víctima en busca de su cartera, no encontrándola inmediatamente (pero al final la consigue). Acto seguido le asesta un rodillazo en el estómago y el hombre, ya prácticamente fuera de combate, emite un sonido gutural y escupe una saliva viscosa. No se llegó a ver sangre porque estaban a oscuras.

Esto se define como brutalidad contra un indefenso y por consiguiente, es absolutamente innecesario, dice Sophie tirándole del pelo al abatido como si pelara a una gallina. Lo innecesario es precisamente lo mejor, contesta Rainer, quien aún tiene ganas de pelea. En eso habíamos quedado. Lo innecesario es la regla de oro. A mí me parece aún más interesante lo necesario, argumenta Hans, quien, gustándole el dinero de manera singular, no ha apartado la vista del monedero. El dinero carece de importancia, opina Rainer, mientras escupe sobre la cartera. ¿Qué crees que lleva ahí dentro, cientos o miles?

El dinero no es nuestro lema, interviene trémulamente Sophie, que es una niña mimada y cuyos padres lo tienen a espuestas.

Bañado en sudor, Hans sigue golpeando a la víctima como una máquina desalmada, capaz de destruir el alma de los que encuentre a su alrededor. Es así precisamente como le ven los hermanos: como una máquina. A Anna esta máquina le parece bonita desde hace tiempo y supone que dentro de poco Sophie opinará lo mismo. Esto puede ser el germen de una discordia. Los puños de Hans caen como grandes mazas y vuelven a subir únicamente para tomar nuevo impulso. ¡Ay!, gime, por lo bajo, la víctima, pero casi no le quedan fuerzas. Y también: ¡Policía! Pero nadie le oye. Esto es motivo suficiente para que Anna le dé una patada en los huevos ya que, por principio, está en contra de la policía, como desde siempre lo han estado los anarquistas. El hombre enmudece horrorizado, se encorva y se mece un rato hasta quedarse absolutamente quieto. Ya tienen el dinero.

Anna arranca al perturbado de Hans del cuerpo del apoderado y lo arrastra a la fuga. Y es que han advertido la cercanía de unos paseantes. ¿Qué hacen aquí a una hora tan tardía? Algún día les ocurrirá exactamente lo mismo.

Los estudiantes y el obrero entran silbando en la Johannesgasse y pasan por delante del conservatorio de la ciudad de Viena (donde Anna estudia piano), y desde cuyo interior emerge el sonido de instrumentos de cuerda y viento. En este momento tienen lugar los ensayos de orquesta, que siempre se celebran por la tarde para que también puedan asistir los empleados. Ahora, lo mejor es que tiremos por la Kárltnerstrasse, jadea Sophie, para que en la masa nocturna (que siempre se agolpa allí) y en el estruendo del tráfico pasemos desapercibidos. No podemos escondernos en ninguna multitud porque, estemos donde estemos, siempre sobresalimos de la masa (Anna). No, no vamos a escondernos, sino a hacerlo abiertamente, puesta que es la única manera de declararnos partidarios del uso de la violencia indiscriminada (Rainer).

¡Qué cretino! (Hans).

Anna ya no dice nada; se ha quedado pensativa lamiendo los rastros de sudor y sangre que la víctima ha dejado en su mano derecha, la mano del delito. Al darse cuenta de ello, Rainer le dirige una mirada aprobatoria que asquea ligeramente a Sophie e impulsa a Hans a darle un golpe en los dedos. Cochina.

La rabia de Anna, que sin duda arranca del conflicto generacional, es tan grande que sería incluso capaz de romper los escaparates iluminados del esplendoroso centro comercial de Viena. En realidad querría tener todo lo que hay detrás de dichos escaparates, sólo que no le alcanza el dinero de su asignación semanal. Por eso tiene que ganárselo por otras vías. Siempre que alguna de sus compañeras de instituto estrena un vestido nuevo o una blusa blanca o unos zapatos de tacón, se retuerce de envidia. Sin embargo, comenta: cada vez que veo a esas niñas peripuestas me entran ganas de vomitar. Esas que sólo se preocupan de sus trapitos son superficiales y, además, no tienen nada en la cabeza. Ella, en cambio, sólo lleva vaqueros sucios y jerseys de hombre que le quedan demasiado grandes, para que su actitud interior se vea reflejada hacia el exterior. El psiquiatra, al que visita por un mutismo periódico (que le sobreviene y luego desaparece sin dejar rastro), siempre le pregunta: anda, dime ¿por qué nunca te pones ropa

bonita ni te arreglas el pelo? Porque eres una muchacha atractiva y deberías asistir a una academia de baile. ¡Pero mira cómo te presentas! No es de extrañar que espantes a los chicos.

A Anna, por su parte, le espanta todo.

Igual da. Estos cuatro jóvenes depravados contrastan notablemente con el resto de la gente que, con optimismo y alegría, busca allí un esparcimiento nocturno, aunque no siempre lo encuentran por no ser esta ciudad la más indicada para ello. Por lo demás, lo característico de la juventud es el candor, aunque no para éstos. Cuando se rechaza el candor de manera consciente, ya no hay nada que hacer. No buscan diversión, porque ya la han tenido y, para que no resulte demasiado evidente, aminoran paulatinamente el paso. Rainer se cuelga de Sophie, que procura por encima de todo mantener intacto su peinado, recurriendo, una y otra vez, a las lunas de los escaparates. No parece estar afectada en lo más mínimo, y es que no lo está, o quizá no lo demuestre; es como si llevara permanentemente un par de guantes blancos. Esto puede estimular a un hombre, pero rara vez satisfacerle. Por eso mismo hay que planear tales atracos, porque Sophie no alcanza a satisfacer a nadie. Pero también existen otras razones. Podría decirse que Rainer es el cerebro del grupo, Hans, algo así como la mano de obra, Sophie una especie de mirona, y Anna, la portadora del odio universal, lo que está muy mal porque nubla la vista y obstaculiza las vías de acceso. De todos modos, Anna tiene, ya de por sí, dificultad para acceder a las cosas bonitas que casualmente pueden encontrarse, pues para ello se requiere tener dinero. Ignora que los valores interiores no se pueden comprar, precisamente porque son interiores y nadie los puede ver. Evidentemente también querría tener algo material que sí pudiera verse, pero es incapaz de reconocerlo. Su hermano Rainer le recuerda que no debe pegar a la gente movida por el odio, sino hacerlo sin ninguna razón aparente, como fin en sí mismo. Para mí lo fundamental es pegar, ya sea con o sin odio (Anna). Me temo que no has comprendido nada, le contesta Rainer en un tono de superioridad.

Mierda (Hans). Con esta expresión malsonante y vulgar quiere dar a entender que se le ha roto la camisa. Esto va a ser motivo de bronca con la vieja. En seguida, en cualquier pasadizo oscuro, nos repartimos el dinero, le dice Anna, y así podrás comprarte una mañana mismo.

Rainer odia a sus padres, pero al mismo tiempo les teme. Le trajeron al mundo y ahora, mientras él se dedica a la poesía, le mantienen. El miedo está relacionado con el odio (Anna, que podría escribir una tesis doctoral sobre este tema); si no le tuviéramos miedo a nada, nos podríamos ahorrar el odio y pasaríamos a un estado de total indiferencia. Pero es casi preferible morir. Los pequeño-burgueses no conocen un odio semejante. Sin esos sentimientos fuertes seríamos simples objetos o, lo que es igual, estaríamos muertos y, de todos modos, nos morimos demasiado pronto. A mí me gusta el arte en todas sus manifestaciones.

Yo no odio nada, explica Sophie, porque en mi vida no hay nada digno de odio. El único sentimiento del que dispones es tu amor hacia mí, replica Rainer. Si, de mutuo acuerdo, le metiéramos el dedo en el ojo a una víctima, eso nos uniría mucho más que el matrimonio. En cualquier caso estamos en contra de él. Ahora tengo que irme, contesta Sophie, que siempre parece tener que acudir a alguna cita importante.

Ahora que necesitaba explicarlo todo no puedes dejarme solo, se queja Rainer. Todavía hay dos personas que te pueden escuchar, le contesta Sophie con frialdad, yo tengo que ir a casa. ¿Y tu parte? Ya me la darás mañana en el instituto. Al oír esto, Hans extiende una garra ávida de dinero. Un hilito de baba que le cuelga de una de las comisuras de la boca denota una ligera codicia. Sí, sí, en seguida, le replica Rainer.

Te sienta bien dar palizas, dice Anna, mientras acaricia los bíceps del joven obrero como jamás le habría acariciado su madre, porque para empezar a ésta nunca se le habría ocurrido hacerlo. En este movimiento se advierte una ambigüedad más sutil de lo que en un principio pudiera suponerse. Me gustas un montón (Anna a Hans). Bueno, hasta luego (Hans a Rainer y Anna). Hasta mañana.

Mientras la tensión cede, los gemelos vuelven a su casa que está situada en el distrito octavo, un barrio pequeño-burgués donde viven, sobre todo, empleados y pensionistas. Los dos hermanos también pertenecen a esta pequeña burguesía, como pertenecen las pepitas al melón. Ahí se sienten a gusto; como en su casa, una casa de alquiler cuyas escaleras mal alumbradas remontan, evitando rozar las paredes por la miseria que exhalan. Han llegado a la cumbre, que es el cuarto piso. Final de recorrido. En el momento de llegar a su inhóspita casa les sobrecoge el abatimiento.

Abren la puerta, dejan atrás la tensión y habiéndose reincorporado a la vida cotidiana, la vuelven a cerrar.

Esta es la casa y también están los padres. Tanto antes como después de los atracos reina una tranquilidad uniforme. Los niños han pasado de manera imperceptible del papel de niño al de adulto, que tiene obligaciones. Pero ninguno de los dos cumple con sus obligaciones.

Alrededor de la vieja casa destartalada crece la antigua ciudad imperial, formada por mediocres casas de categoría ínfima. Gente fea, inaparente, a veces viejos, deambulara por su interior llevando, en un continuo ir y venir, sus cubos y jarras a los fregaderos y wateres situados en los pasillos. Esto origina un constante trajín sin productividad alguna.

De allí alguna vez surge un genio que encuentra alimento en la indigencia y cuyas fronteras las marca la locura. De la indigencia pretende salir a toda costa, de la locura no siempre logra evadirse. Los Witkowski ignoran que en medio de su podredumbre evoluciona un genio: Rainer. Ha logrado salir hasta la cintura de la miseria familiar y pretende sacar una pierna para apoyarla a modo de prueba, pero se hunde una y otra vez, como un rinoceronte atrapado en el fango. En cierta ocasión, vio esta imagen en un documental titulado «El desierto vive». En todo caso, la cabeza en la que habita el temible gusano de su talento literario, ha alcanzado las nubes y desde ahí observa un mar de viejos calzoncillos raídos, muebles desechados, periódicos hechos jirones, libros desencuadernados, cartones de detergente apilados, cazos con sobras con moho y cazos con sobras sin moho, tazas de té con una costra indefinible, migajas de pan, trozos de lápiz, residuos de goma de borrar, crucigramas resueltos y calcetines sudados..., adentrándose así involuntariamente en el reino del arte, el único reino al que se puede acceder si se es afortunado.

Pero todavía hoy Rainer y Anna siguen yendo al instituto, al que irán hasta superar la prueba de madurez.

De la guerra el señor Witkowski volvió con una pierna amputada, pero erguido; entonces era más que ahora: estaba ileso, tenía dos piernas y pertenecía a las SS. La firmeza que demostró tener en la elección de su profesión, ahora la pone de manifiesto en la dedicación sin límites a su hobby la fotografía artística. Sus enemigos de entonces se desvanecieron por las chimeneas y crematorios de Auschwitz y Treblinka o cubrieron tierras eslavas. Las mezquinas barreras morales que fueron impuestas a

Alemania las franquea el padre de Rainer diariamente mientras fotografía. Estas barreras las conoce en su vida privada únicamente el pequeño-burgués, la fotografía las encuentra en la vestimenta, pero Witkowski padre hace saltar las limitaciones de vestimenta y moral. La madre comprendió rápidamente de quién había heredado Rainer el prurito artístico: del padre. El padre tenía una visión perfeccionista de su hobby. ¡Quítate la ropa Margarethe, vamos a hacer unos desnudos! ¿Desnudarse otra vez? Siempre se te ocurre justo cuando estoy limpiando la casa. ¿Quién sino yo mantiene a esta familia?, pregunta el señor Witkowski, que soy pensionista de día y portero de noche. Después de mi lesión, lo único que me alegra la vida es mi hobby, la pornofotografía. Para la gente madura no existe la pornografía, sólo para aquellos que tienen que ser manipulados y puesto que mis hijos no me secundan en mis aficiones, tendrás que hacerlo tú, Margarethe. Y ahora, rápido que la máquina está esperando a ser disparada.

¿No me puedes fotografiar vestida como lo hacen otras personas? No, eso puede hacerlo cualquier fotógrafo de pacotilla. Además yo le saco partido doble a las fotos, primero cuando las hago y luego cuando las someto a juicio crítico. Los pasos intermedios de revelado y ampliación también me divierten. En el arte siempre hay que pensar en el resultado final. También entra en la foto tu autodominio. Él talento de un artista se ve, entre otras cosas, en el fondo llameante de sus ojos.

Entonces, manos a la obra: un ama de casa, que se está arreglando en la cocina, es sorprendida por un extraño. Intenta cubrirse pero a su alcance sólo encuentra objetos inapropiados, por ejemplo, un trapo de cocina. Este no le tapa, gracias a Dios, ni lo más importante. Y lo importante es lo que interesa. Como además la mujer es algo patosa, se tapa lo que no tiene que taparse, dejando al descubierto lo otro. Vamos Margarethe, tú puedes.

Pero imbécil, ahora te has dejado en la sombra lo más importante, el cono. ¡Si lo estoy haciendo igual que la última vez! Eso es lo que está mal tienes que hacerlo cada vez de otra manera para que se produzca un efecto artístico original. Tú déjalo en mis manos, ¿quién es aquí el especialista? Tú, Otto. Bueno, pues entonces.

La madre, que había conocido días mejores (como esposa de un oficial de las SS) ahora convertida en la mujer de un artista, se esfuerza enormemente en lograr la perfección pero no hace más que empeorarlo todo.

Tienes que adoptar una expresión de miedo. Vencer obstáculos siempre es excitante. En la guerra yo tuve que vencer muchos y liquidar a mucha gente yo solito. Hoy me tengo que fastidiar con mi pierna, pero en aquellos tiempos las mujeres se me tiraban al cuello por el encanto del uniforme. ¡Era tan elegante! Todavía recuerdo que en ciertos pueblos polacos la sangre nos calaba las botas. Adelante la cadera, idiota, ¿dónde has vuelto a poner la almeja? Ahí la tienes.

La madre tararea una melancólica canción de Koschat acerca de un banco de abedul. Está pensando en un campo de trigo y en un paseo al aire libre, cosas que difícilmente se le pueden insinuar a un cojo, ya de entrada porque puede destrozarle a uno la disposición de ánimo. El padre piensa en el campo del honor en el que no ha sabido mantenerse y para contrarrestarlo se ocupa de la educación familiar, para que la cerda de su mujer no se la pegue con hombres sanos. No se la puede vigilar constantemente, y ¿qué es lo que hace cuando va a la tienda del panadero?

La señora Witkowski dice que de vez en cuando es necesario respirar aire puro. Aire puro te voy a dar yo a ti, contesta el señor Witkowski mientras le lanza un objeto contundente contra el hombro que la hace estremecer. Me va a salir otro cardenal. Cállate, puta. Tampoco exijo tanto. ¡A que te doy con las muletas! Antigualmente me hubiera abalanzado contra ti, cosa que ahora ya no puedo hacer porque un cojo no puede abalanzarse sobre nadie (le costaría demasiado trabajo volver a levantarse). Es como el pez, que a pesar de no tener columna vertebral, nada con gracia y elegancia. Por eso soy un excelente fotógrafo. ¡Y ahora espatárrate!

Mi ojo clínico acaba de advertir que no te has lavado el pelo como te lo ordené. Tengo que lograr una calidad sedosa, no de estropajo desgredado. Llevas mucho tiempo obstaculizando el camino de realización personal que he encontrado en la fotografía de desnudos. Me gustaría romperte el cráneo cada vez que te resistes a acompañarme en mis excursiones al reino de la fotografía. Pero si yo no me resisto, Otto.

En primer lugar, Anna desprecia a las personas que tienen casa propia, coche y familia y, en segundo lugar, a todos los demás. Está siempre a punto de estallar de rabia. Un estanque totalmente rojo. Un estanque lleno de mutismo que le habla ininterrumpidamente. No se parece en nada a una muchacha normal que lleve una permanente o una graciosa coleta o que vaya a una tienda de discos para deleitarse con una canción de moda al

tiempo que acompaña el ritmo con los pies. Todos menos ella parecen deslizarse sobre una placa de hielo lisa y sin límites, y Anna los va empujando alternativamente hacia el mismísimo borde, que no se puede ver, pero que ella espera que exista para poder tirar a todos a las heladas y mortíferas aguas. Los temas que toca con su hermano son filosóficos o literarios; pero lo que a ella le brota de dentro es el lenguaje de los sonidos que le arranca al piano.

En cierta ocasión, durante un viaje de estudios, las muchachas hicieron una foto en la que salían besando un retrato de Peter Kraus que la revista Bravo había publicado en una página doble. Ocho caras sonrientes mirando a la cámara mientras abocinaban las boquitas. La única que no participó fue Anna y todas se burlaron de ella. Pero la auténtica burla vino después, cuando una de las chicas se le acerca y dice: oye, Anna, ahí en esa rocola hay discos de Bach. ¿Si te apetece?... Y la ingenua de Anna, atontada por el sol, eclipsada por sus estudios de música y convertida en un ser asocial por una madre demente, se dirige hasta allí para poder disfrutar de la música que adora y que nadie entiende excepto ella y que incluso sabe interpretar. ¿Pero qué es lo que sale de la rocola? Un agitadísimo tema de Elvis, el Tutti-frutti, que Anna rechaza desde el punto de vista cultural. Las jóvenes se revuelcan por los suelos del hostel. La tonta de su compañera se ha creído que una rocola puede emitir melodías de Bach y no la música que ama la juventud.

Anna es una estudiante tan extravagante que dedica sus ratos de ocio a estudiar piano.

Lo de Anna es más bien limpiar caminos como lo hace un camión cisterna, lo de Rainer más bien una escalera formada por seres humanos, desde cuyo último peldaño y alumbrado por un foco, el joven autor lee una poesía propia destinada a envolver al hombre en una aureola mítica.

Aparte de la literatura, que cualquiera que sepa hablar puede dominar por igual -aunque también existen personas que se la apropian por carecer de otros métodos para evadirse de su entorno- Rainer no descolla en nada. Pero la literatura llena mucho y esto le satisface.

Si por casualidad alguien invita a los gemelos a una fiesta elegante, éstos declinan rápidamente el ofrecimiento. No nos mezclamos con ese tipo de gente, porque su manera de entender la diversión es estúpida y carente de sentido. Pero esto sólo lo dicen porque no saben bailar y porque no

soportan que alguien les pueda llevar la delantera en algo. La renuncia resulta más difícil en la juventud que en la madurez porque se ha practicado durante menos tiempo.

Rainer dice que también se puede uno adueñar de una persona. En primer lugar, hay que saber más que ella para que le reconozca a uno como autoridad, por ejemplo, Hans, el joven obrero que conocieron en el club de jazz. Rainer va a enseñarle todo para convertirlo en una mera herramienta sin voluntad; esto es más difícil que deformar un texto literario, puesto que el hombre puede mostrar resistencias sorprendentes. Es un trabajo cansino, pero supone un reto.

El arte es flexible y extremadamente paciente. Los hombres son a menudo obstinados, aunque receptivos a ciertas explicaciones. Presumen saberlo todo, pero el que realmente sabe todo es Rainer.

Sus compañeros de instituto son un rebaño gris, ignorante e inmaduro. Comentan lo que durante el fin de semana han hecho con las chicas, en el sótano, convertido en sala de fiesta, de la casa paterna, o en el comodísimo cuarto de la casa de Hietzinger, o en el bosque mientras buscaban setas o en los vestuarios de la piscina. Las muchachas cuentan lo que se han dejado hacer y lo que se han negado a hacer y la manera en que se les rogaba. Pero no han cedido porque quieren mantener su virginidad. Oye, Rainer, ¿nunca has estado con una chica? Menos mal que para las cuestiones íntimas no le llaman «señor profesor» como suelen hacer. Rainer empieza a explicar que la lujuria es una especie de éxtasis (????). Como sabéis, durante el éxtasis la conciencia se limita únicamente al cuerpo y es, por consiguiente, una conciencia reflexiva de la corporeidad. Así, como el dolor corporal, también en el placer existe un mecanismo reflejo que se encarga de vigilar intensamente las apetencias (¿quééééé?, ¡no entiendo una palabra!).

Anna argumenta que el placer simboliza la muerte del deseo porque representa, simultáneamente, su apogeo, su meta y su fin. Uno busca un placer que carece totalmente de sentido. La clase da por terminada la representación, arguyendo que ni el señor profesor ni la señora profesora saben de lo que están hablando, porque nunca han tenido en la mano ni un coño ni una polla.

Sophie Pachhofen sale como una gacela del aula, que huele a tiza, y busca en su monedero con qué comprar el habitual panecillo y la coca-cola para el recreo. Anna esconde con envidia la enorme rebanada con manteca

que la madre le ha preparado con todo su amor. Anna es su ojito derecho (es mujer como ella). Su hermano, en cambio, es el predilecto del padre. Rainer acusa su amor por Sophie como un golpe seco en la nuca. A esta muchacha, a quien adora en secreto, le dice: observando, la conciencia pierde de vista la materialización del otro, y se satura de la propia porque ésta se convierte en la razón última. Ahora ya lo sabes, Sophie, tenemos que actuar en consecuencia.

Rainer se clava las uñas en la palma de la mano. Desea ardientemente a Sophie que también le desea a él, sólo que no lo reconoce.

Rainer explica a Sophie que él es el depredador y ella su presa. Sophie contesta que no entiende lo que le quiere decir. ¿Quieres venir un día de estos a jugar al tenis? Rainer dice que él sólo juega en su terreno. Sophie le esquivo con la mirada. Rainer le dice que tenga en cuenta que el deseo de amar se transforma en deseo de ser amado. Y que quiere ver florecer su cuerpo hasta sentir repugnancia. ¿Habrá percibido esto alguna vez Sophie? En caso negativo él le enseñará el camino.

Sophie sale.

Estoy asqueada de todo, hoy muy especialmente, dice Anna.

Cuando Sophie vuelva de la panadería Rainer le va a exigir que le dé su panecillo de salami. Será una cuestión de voluntad. Ahí vuelve Sophie y, a modo de prueba, Rainer le coloca los dedos sobre la carótida con un gesto brutal. ¿Estás loco o qué? En el cuello tenemos muchos nervios que pueden dañarse aún involuntariamente. De involuntario nada, dice Rainer. Esto lo he visto en una película francesa.

¡No vas a matar a la gente sólo porque lo hayas visto en una película!

Quién sabe de lo que soy capaz, contesta Rainer. Sólo sé que soy capaz de las cosas más espantosas y que tengo que reprimirme para no llevarlas a cabo.

Mientras tanto Anna no le quita ojo a un panecillo a medio empezar que ha quedado desatentido. A ti también te he traído uno, de cebolla y pescado, le dice Sophie, como a ti te gusta. ¡Qué bien!

Después de haber engullido una mitad, Anna se va rápidamente al water para meterse los dedos en la boca. Y vuelven a salir, sólo que en orden inverso, el pescado y la cebolla, ¡qué asco! Anna examina la vomitona con interés y tira de la cadena. Tiene la sensación de ser una mierda total y no es

de extrañar porque va arrastrando la mierda desde su propia casa como un imán.

En cierta ocasión, cuando todavía era una niña, observó a su madre en la bañera. Esta, contraviniendo sus costumbres habituales de baño, llevaba unas bragas blancas que en el agua se inflaban como una vela. Tenían manchas rojas. Algo repugnante. Un cuerpo semejante puede ser un atributo ruinoso para un individuo pero en todo caso no es lo fundamental. Aunque hay muchas cosas con qué llenar un cuerpo o adornarlo. Siempre que Anna ve algo blanco le entran ganas de mancharlo.

Anna piensa de manera constante y compulsiva en todo lo desagradable que le atraviesa el cerebro unilateralmente. La barrera levadiza siempre se levanta en la misma dirección. Todo entra pero nada vuelve a salir; lo desagradable se le agolpa en el cerebro y la salida de emergencia está atrancada. Por ejemplo, el recuerdo humillante de hace unos años, cuando unas madres se quejaron de ella a la junta del colegio, porque transformaba su sexualidad en chistes verdes (por cierto que también Rainer la exterioriza oralmente). Se supone que con ello contribuyó a enturbiar el alma infantil de varios de sus compañeros de colegio. Fue entonces cuando empezaron sus problemas de habla; la lengua decía cada vez con mayor frecuencia: no, hoy no trabajo.

En este instante Anna se dedica a hacer manchas. Le encantaría ver manchas en la superficie de Sophie, pero está hecha del mejor material repelente. Un material que rechaza la suciedad.

Otro ejemplo. Anna tiene catorce años. Está sentada en el suelo, desnuda y con las piernas separadas, intentando desvirgarse con la ayuda de un espejo y una cuchilla; quiere deshacerse de un pellejito que le aseguran que tiene ahí abajo. No tiene conocimientos anatómicos y se pega un tajo en el perineo que sangra abundantemente.

Nada más salir del water maloliente del instituto, Sophie la envuelve y la sepulta bajo una aureola nívea. Sophie -el alud. ¿Te pasas esta tarde por mi casa? De acuerdo. Anna bombea con fuerza y perseverancia pero no sale ni sangre (como entonces), ni tinta, ni zumo de frambuesa, ni vómito.

Sophie pasa a su lado con ligereza y sale al exterior, a la claridad con la que se confunde, y desaparece sin dejar huella.

El padre de Hans Sepp pertenecía al movimiento obrero y fue asesinado en los Peldaños de la Muerte en Mauthausen. Como si nunca hubiera sido

testigo de tales cosas, la intensa luz del sol poniente se rompe en las ventanas de la Kochgasse, con más fuerza que la que el mismo sol irradia. Hay que cerrar los ojos ante la deslumbrante vehemencia de la naturaleza. Y los vecinos ya están acostumbrados a cerrarlos ante las cosas.

En la acera de enfrente hay un pequeño comercio de útiles de costura y punto. Los hilos y lanas están desplegados sobre pequeños tapetes hechos a ganchillo, las agujas en el interior de la tienda. Afectado por las cosas cotidianas, Hans entra en la vivienda municipal donde habita con su madre. Con intransigencia mira a dos mujeres -una señora mayor y su hija (ambas en batas de trabajo negras)- que atienden a señoras que trabajan en casa. También la madre de Hans trabaja en casa. En su hogar descuidado, se dedica a poner direcciones en sobres. Evidentemente lo hace por dinero.

Asimismo las patatas, naranjas y plátanos de la frutería tienen, de por sí, algo natural. Seguro que Anna y Rainer compararían estos objetos con algún tópico extraído del artificioso y logrado arte poético, piensa Hans con arrogancia. Yo estoy más cerca de la naturaleza, vivo según el ritmo del tiempo. Dejo que entre en mí y que salga de mí.

En la Laudongasse, a la altura de la parada del autobús situada junto a la panadería, el 5 chirría entrecortadamente. Todavía no estoy corrompido por el arte y la literatura, piensa Hans.

Su madre también observa los reflejos del sol que se oculta. En cuerpo y alma se le representa la socialdemocracia que tantas veces la ha defraudado. Si se repite una vez más, tendrá que probar con los comunistas. ¿Hans, de dónde has sacado ese jersey? Esta lana (cachemira) está por encima de nuestras posibilidades. La madre prende fuego a una hebra y por el olor reconoce que se trata de lana auténtica. Hans, que acaba de volver a casa de la Unión Elin, donde ha aprendido el oficio de instalador eléctrico de alta tensión, le aclara que se lo ha regalado Sophie, una amiga suya cuyos padres son ricos. Además, él es el hombre y ella la mujer. Y él se va a encargar de que las cosas no cambien. Si sigues así te convertirás, sin darte cuenta, en un traidor de la causa proletaria, le dice la madre. Hans entra en la cocina -el único rincón caliente de la casa- para tomar un vaso de leche que le ayude a seguir practicando deportes. Él duerme en una alcoba mínima, la madre en el gélido cuarto de estar. Abajo la clase trabajadora, arriba el rock and roll. Es la clase a la que perteneces. Espero que no por mucho tiempo, quiero ser profesor de gimnasia y quizá algo más.

En este preciso instante, una nueva horda de trabajadores sale del 5 y se cuela por las angostas callejuelas laterales. De golpe han vuelto a la vida las pestilentes escaleras de las viviendas. Las amas de casa se precipitan a la puerta principal para recibir a los maridos que las mantienen y desembarazarles de sus viejos maletines, tarteras y termos; los que tienen algo más, de sus carteras y periódicos, restos de trucha de empleado, papeles grasientos, etc. E inmediatamente les calzan unos calcetines caseros raídos, que hace no mucho llevaban para ir al trabajo. Ya se sabe lo que es ahorrar, aunque no todo el mundo tenga que hacerlo. No siempre se puede comprar algo nuevo si lo viejo todavía aguanta. Los primeros niños en ser abofeteados elevan el tono de sus voces Cascadas. Karl hoy ya no baja más, no, de ninguna manera. En el parque Beserl, a la vuelta de la esquina, los perros husmean despreocupadamente por la hierba y se cagan por doquier. Los inválidos de guerra, que en otros tiempos animaron las calles, los observan con interés y recuerdan la época que pasaron en el extranjero, en calidad de enemigos, cuando todavía eran algo que ya no son. Hacen restallar las correas contra el suelo, lo cual no parece molestar a los perritos. Nadie obedece a los ex soldados, que tampoco tienen ya a quien obedecer. Se ha perdido la autoridad.

Hans se zampa varias rebanadas de pan untadas con margarina y observa su tupé en un pequeño espejo de afeitarse que, al parecer, perteneció al padre asesinado. No empieces otra vez con tus historias sobre los campos de concentración, estoy harto de oírlas.

Al otro lado, la propietaria del almacén de útiles de costura y punto, ha dejado la persiana a medio bajar. Dentro una cliente se inclina sobre una muestra de bordado. La era de los bordados para colgar en la pared acababa de empezar y pronto llegaría a su apogeo. Nada más haber adquirido lo imprescindible, el hombre empieza a pensar en lo innecesario. En lo necesario es preferible no ponerse a pensar. Cuando ya nada fluye, el encanto de la vida radica en lo superfluo. Por lo demás, lo cotidiano es gris.

Hace cuatro semanas que no asistes a las reuniones del grupo. Y ahora precisamente te necesitan para pegar carteles (la madre a Hans). Vete a la mierda (Hans a su madre). Acto seguido la madre le cita unos fragmentos extraídos de un libro.

La situación de los trabajadores era considerablemente peor en los años cincuenta que durante la grave crisis económica del año 1937. Esta época se

inscribe dentro de los mal afamados años de la posguerra. La productividad aumentó, lo cual supuso un recrudecimiento de la explotación, mientras que los alimentos básicos sufrieron fuertes restricciones. En el momento en que discurre la acción a todos les va mucho mejor. El milagro económico (una expresión alemana, que en numerosas películas se tradujo en la aparición de consolas y bares domésticos, y en que muchas rubias gordas realzaran sus enormes pechos con armazones de alambre), puede hacer su entrada sin ningún obstáculo. Se le acoge con gritos de bienvenida. No obstante, existe gente en cuyas casas no entra nada y mucho menos un milagro. Siempre que abren la puerta no entra más que el frío de afuera. Y la señora Sepp pertenece a este grupo de personas menos afortunadas.

Mientras extenúa a su hijo con el tantas veces reiterado año 1950, en el que enterró sus penúltimas esperanzas (el tema esencial de hoy: los escoltas borrachos de Olah que irrumpen, a golpes y porrazos, en la fábrica para obligar a los huelguistas a que retomen sus puestos de trabajo; Olah es senador del partido socialista austriaco y el jefe de la tropa de esquiroles, y así sucesivamente, y bla, bla, bla), se le escapa que, desde hace un tiempo y en sentido proporcionalmente inverso, su hijo alberga esperanzas engañosas que él considera realistas. Hans es joven y fuerte y confía en sus puños de la misma manera en que los funcionarios socialdemócratas, Probst, Koci y Wrba confiaron en los suyos cuando aplastaron a los huelguistas. Hans ha comprendido que no hay que hacerse funcionario de un determinado partido de obreros para pisotear a alguien.

Se puede hacer por la vía directa y, sobre todo, hacerlo para uno mismo. De esta manera empieza a formarse un patrimonio que en algún momento puede acrecentarse. Se encienden las primeras farolas al ser inyectadas de electricidad. La corriente la ha descubierto Hans y no Dios. Siempre te ha gustado tu trabajo, le recuerda su madre. Los hay mejores e incluso los conozco, replica Hans acalorado.

¿Y para esto ha muerto tu padre? Si por mí hubiera sido, no tendría que haberse muerto, me importa un bledo (Hans). Imagínate que fuéramos uno más. No nos podríamos ni mover. Pero Hans, hay gente que dispone de más espacio del que necesita. «En el Helenental hay un banquito» y en el barrio de Wien-Hietzing están las grandes mansiones patricias donde vive la familia de Sophie. Con ternura dobla el costoso jersey de cachemira y se pone el remendado chaleco de su infancia. Conserva algo para más adelante

(cosa que hay que aprender a tiempo porque cuando se es joven existe un después, pero cuando se es viejo ya no), y seguirá ahorrando para tiempos difíciles, con la esperanza de que éstos nunca lleguen.

Como acatando una orden, se desencadenan en el edificio los preparativos para la cena. Olores repelentes y agradables recorren las escaleras y se aposentán en las grietas de las paredes, donde con asiduidad encuentran a viejos contertulios: coles y berzas, patatas y judías. La segunda tanda de niños abofeteados llora detrás de las puertas. El papá agotado tiene los nervios a flor de piel. ¡Chsss!, silencio, si no el sistema nervioso se va a hundir por completo. Hans tiene una visión de porcelanas brillantes y cuberterías de plata y una total moderación en palabras y actos. No equivocarse en tono y postura propios porque es mejor meter la mano en bolsillos ajenos. Hans tiene un ideal porque es un adolescente, y la adolescencia y los ideales se complementan. Como consecuencia de ello surgen propósitos en los que desempeña un papel capital el amor, que siempre es desinteresado y por tanto sólo se puede tomar de él lo que espontáneamente ofrece.

Hans comenta que Rainer ha dicho que en la naturaleza el fuerte destruye al débil. Es evidente a cuál de los dos grupos me gustaría pertenecer. ¿Quién es ese Rainer? (la recelosa pregunta materna). Me sacas de quicio con tus estúpidas preguntas, replica su hijo con insolencia y se larga sin haber comido decentemente, que es otra de las necesidades de la juventud. Como tantas otras veces, el menú de hoy es gulasch con patatas.

La madre está parada en el cuarto sombrío. Le duele la espalda de tanto escribir. Le rodea un mobiliario lúgubre que es señal de que no ha sabido apañárselas. Y eso es culpa de ella. Todos los culpables son malhechores y todos los malhechores son culpables. Otra cuestión que le preocupa y que le calienta la cabeza es la de los hombres que fueron asesinados, ahorcados, gaseados, fusilados y a los que se les arrancó los dientes de oro. Adiós Hans, descansa en paz. (Así se llamaba su marido y también se llama así su hijo.) Su Hans, que ya no es un niño sino un adulto, abandona en este instante la casa. Qué pena que papá no le haya visto crecer. El caso es que le importaban más los desconocidos que la propia familia. Ahora es mamá la que se encarga de todo. Con frecuencia uno puede leer que para un chico es problemático crecer sin un padre, para una chica no tanto. Como esto lo afirman personas más inteligentes que la madre de Hans, tendrá que ser

cierto. Pero el sol no hace causa común y se oculta definitivamente. En la Kochgasse sólo perduran los círculos luminosos que las lámparas proyectan desde el interior de las viviendas. Esto no quiere decir que aquello que no se ve no exista. A no ser que el pasado se perdona y se olvide seguirá existiendo. Y sigue existiendo y en él se desarrollan muchos destinos, aunque rara vez sean interesantes. Para escapar de esto, Hans se acaba de forjar un destino más interesante y en él se abre camino.

El otoño siempre se ha sentido culpable, sobre todo cuando incide en una persona joven. Los viejos piensan en la muerte continuamente, los jóvenes sólo en otoño cuando se inicia la total decadencia de la fauna y de la flora. Rainer dice que en las noches de otoño despliega las alas de su propio encanto. «Luego gatos sangrando encadenados se lamen el grito de desván del pellejo lastimado.» Esto es una poesía. Cuando Rainer piensa en la marchitez otoñal la asocia involuntariamente con las mujeres, como por ejemplo con su madre, que se está marchitando a pasos agigantados. La mujer siempre quiere tener algo dentro de sí, o si no dar a luz a un hijo que salga de ella. Esta es la imagen que Rainer tiene de las mujeres. En su poesía sobre el otoño Rainer dice que apesta excesivamente a luz. Es decir, no se ha acabado del todo, pero casi. El padre está todavía de buen ver, pero la madre ya no. La madre quiere más a su hermana que a él. Dice que a ella le hace más falta porque corre más peligro desde el punto de vista espiritual. Por el contrario, el padre le quiere más a él porque es el primogénito y porque perpetúa el apellido.

Con ayuda de unos sentidos prescindibles para la creación poética, Rainer está atento al teléfono que sin esfuerzo alguno le traerá a Sophie a casa. Cuando se le pregunta si está esperando algo, contesta que no, ¿qué voy a estar esperando?, pero en realidad está esperando oír la voz amada, cosa que sólo se produce de vez en cuando. Uno no debe dar el primer paso por aquello del amor propio. ¿Por qué no le llegará esa voz a través de ondas etéreas, como lo hace el estúpido programa de radio de peticiones del oyente, destinado a que gente tonta felicite a gente más tonta todavía en la insípida ocasión de su santo o cumpleaños? Más les hubiera valido no haber nacido; el hecho de que vivan o no vivan resulta absolutamente indiferente.

Sophie piensa poco en el amor, y algo más en el deporte. Una muchacha deportista como ella tiene otras cosas en qué pensar.

En Rainer se esconde demasiada fealdad. Esto supone una enorme carga para un niño y para un adolescente es difícil poder librarse luego de ella. El niño presencié con demasiada frecuencia cómo, bajo las palizas del padre, la madre -semejante al esqueleto de un caballo viejo- se doblaba formando una enorme V. Para ello, la mayoría de las veces se empleaban unas viejas zapatillas de andar por casa, que después del uso recibido podían tirarse. Parece ser que las palizas empezaron el mismo día en que se perdió la guerra mundial. Antes de esa fecha, el padre pegaba a desconocidos de la más variada condición. Ahora sólo pega a la madre y a los hijos. También se tiene constancia de que empujó a varias personas a terrenos pantanosos, donde no tardaron en morir. Tuvo menos suerte que otros que hicieron exactamente lo mismo y que a diferencia de él, pudieron rehacerse. Así es el destino y es individual. Porque también en los antiguos grupos de élite hubo fracasados, como su padre, que siempre serán unos mierdas. La élite desapareció y sólo quedó ese despojo humano. En su trabajo es honesto y no tiene de qué avergonzarse, dice él. Ha probado ya muchos trabajos, pero, por el momento, ha fracasado en todos. Fue a Francia a encargarse de un producto francés cuya publicidad se hacía con ayuda de globos. No obstante, delegaron la responsabilidad en otro que consideraron más inteligente. Había vuelto a perder una oportunidad. Mientras tanto el padre se va encogiendo por razones naturales de edad.

La madre le dice que la educación de sus hijos es lo más importante de todo, que es una obligación. Y cumple con ella a través de un instinto. El padre opina más bien que ya va siendo hora de que se pongan a ganar dinero, afirmación que asusta bastante a los gemelos. Piensan que no se les puede exigir eso.

Desde los rincones de la habitación la amenazante pobreza, en la que viven desde hace tiempo, les mira amistosamente guiñándoles un ojo. Los vaqueros de los gemelos, tantas veces remendados y parcheados, hacen surcos en el mar de batracios del suelo. La madre limpia casas ajenas, por eso nunca llega a limpiar la propia. En esas extrañas casas también habrá hombres extraños y esta es la razón por la que el padre se pone a gritar como buey que fuera asado vivo. Para la madre no hay cuidados ni parches, se la golpea y pisotea continuamente. Además, tampoco ella proporciona ese cierto bienestar que se desprende de un hogar cuando en él reina un ama

de casa. Y de eso debería encargarse ella. El ex oficial está para todo menos para proporcionar bienestar. Destruye la placidez en todas sus formas.

En su círculo de amistades, que es restringido, el padre pasa por un hombre excéntrico que profiere rarezas y no deja que le ofrezcan nada porque, como él mismo reconoce, no come de pucheros ajenos.

El padre piensa muchas veces en los esqueletos oscuros de la gente a la que mataba, convirtiendo la nieve intacta y blanca de Polonia en una nieve profana y ensangrentada. Pero la nieve siempre vuelve y entretanto se han borrado las huellas de los desaparecidos.

Por otro lado, la madre intenta enseñar a sus hijos humanidad; esa es la tarea materna. Pero pronto tendrá que darse por vencida porque sus hijos quieren ser inhumanos y, además, aparentarlo. Todo lo que se hace es en vano y además asqueroso. Sin que pueda uno remediarlo, todo le produce a uno asco: papeles arrugados, colillas viejas tiradas en el suelo, cortezas de queso, pellejos de salchicha, manchas de café, pero, sobre todo, el corazón de la manzana y las pepitas de la naranja. Son lo peor. No se las aparta porque es agradable que a uno se le revuelvan las tripas. La casa está llena de rincones abarrotados y de nichos en los que se acumulan desperdicios. El pequeño-burgués siempre tiene algo que esconder; para eso están los rincones. En casa de los Witkowski se puede ver todo lo que un pequeño-burgués suele esconder, porque nunca tiran nada. Delante de estos rincones se para el burgués, dispuesto en todo momento a retirarse fulminantemente para hacer porquerías sin ser visto.

Los gemelos están por encima de la desgracia porque se han liberado de todo y hacen lo que quieren. Rainer dice que, de una manera o de otra, todos los hombres están determinados, pero yo no, porque por obra de mi voluntad soy superior a ellos. Por otra parte, el individuo es libre siempre que quiera serlo. Rainer acepta con benevolencia esa libertad que acaba de presentarle sus credenciales. Hay en él un heroísmo solitario. Solitario porque nadie lo advierte y hasta el heroísmo más evidente pierde su valor si pasa inadvertido. En cualquier caso, cuando está a solas frente al espejo, Rainer logra mirarse a la cara.

A veces, un día cualquiera, el padre elige caprichosamente a uno de sus hijos para darle una paliza. Porque no hacen lo que él quiere. El niño desamparado empieza a bracear mientras que su esencia infantil emerge del cuerpo, situándose por encima de éste, para tener una mejor visión de los

cruels acontecimientos. Anna y Rainer se acostumbraron a esto desde niños y ahora creen que siguen ahí, en lo alto, y que pueden mirar a la gente de arriba abajo. Corporalmente se desarrollan con dificultad y lentitud, pero siguen conservando el gusto por todo lo elevado. En las cabezas se les amasa algo que luego produce una explosión anaranjada.

Ha llegado el gran momento. Los gemelos han aventajado al padre en conocimientos. Sin embargo, el padre sigue pensando que sabe más que sus hijos; esto lo trae consigo la edad. Es cuestión de experiencia. En esta nueva era la libertad no radica en el trabajo, sino en los conocimientos. No queremos trabajar y menos aún con las manos, eso de ninguna manera. Esos jóvenes, a los que sólo les gusta bailar y escuchar jazz, son demasiado inmaduros para manejar su libertad y muchas veces hay que volver a privarles de ella.

La madre viene de mejor familia, pero de esto hace mucho. Fue profesora. Las dos mitades del matrimonio se encontraron, por descuido, en el suelo. Anna y Rainer odian a sus padres porque la juventud es precipitada y carece de compromisos. Muchas veces atentan contra el odiado padre, imitando cada uno de sus movimientos con asco, arrancándole las muletas de las manos, poniéndole la zancadilla (aunque sólo tiene una pierna), escupiendo en su comida y no llevándole lo que pide. Son ganas de joder, grita el avejentado padre. Pero nunca sabe si lo hacen a propósito o no. A pesar de todo, sigue pagando el instituto para poder decir que continúan frecuentándolo. Es evidente que de esta manera se pierden ciertos valores: la autoridad y la potestad paternas.

Pero todavía se tiene una mujer y madre con la que uno se puede desquitar. Se le dice que su cuerpo se parece cada vez más a un pedazo de queso en estado de putrefacción, o se le cambia el dinero de la compra de la habitual jarra de porcelana a otro sitio, culpándola de haberlo malgastado en sí misma. Hoy, por ejemplo, se ha producido esta situación: la madre busca consuelo en sus hijos. Él, maliciosamente, acaba de hacer trizas el delantal nuevo que se había hecho con el retal de flores rebajado y que había cosido con sus propias manos con la máquina de coser comprada a plazos. Sin tener ninguna habilidad para coser lo había hecho con esmero y recreándose en su labor. Las cosas hechas en casa están casi siempre mejor terminadas y son de mejor calidad porque se conoce el dónde, el cómo y el con qué, algo que se ignora en las prendas que se compran ya hechas. Naturalmente uno

supone que se cosen mal y descuidadamente, de tal manera que en seguida se caen los botones. Además son demasiado caras. Hay una salida más barata. Encima de que mamá ha ahorrado un montón de dinero movilizándolo sus dedos, viene papá y se lo destroza con toda la intención. Porque, por principio, estaba en contra de que entrara una máquina de coser en casa. Si mamá se cose trapos nuevos, a otros hombres totalmente desconocidos se les podría ocurrir la idea de contemplar su figura un tanto deshecha pero, a pesar de todo, femenina. ¿Y qué tipo de telas escoge? Correcto: provocativas, coloreadas o, por lo menos, lo que ella entiende por coloreado (setitas, abejas, escarabajos, flores, etc.). ¿Y qué cortes elige? Correcto: precisamente aquellos que resaltan sus pechos, sus caderas y su culo, en la medida en que éstos existen. Y no deben ser resaltados. Estas cosas sólo son para papá, para nadie más. Querrás liarte con alguien, pero yo, un inválido, sigo siendo más hombre que uno que tenga dos piernas pero nada de hombre. ¿Quieres que te lo demuestre ahora mismo? Por favor. Lo mismo da sobre la alfombra de remiendos que sobre la cama que ya ha conocido mucho dolor y mucha sangre menstrual y que apesta a ello. No puede una pasarse el día lavando, a veces una quiere leer un buen libro y relajarse. Típico, en vez de una máquina de lavar vas y te compras una máquina de coser. Ahora podríamos estar tan limpios y ¿cómo estamos? Sucios. Pero tú llevas nuevos delantales rojos. Y ¡ras! hace la tijera. ¡Tanto trabajo destruido de golpe! Es injusto.

Os he hecho un pastel de albaricoque, dice la mamá congraciándose con sus hijos, en los que busca comprensión sin encontrarla. El primer peldaño hacia esa comprensión lo construye sobre la educación y sobre «el compás de corazón» de los niños, los cuales hace mucho que ya están fuera de compás. Es decir, que se invierte en Rainer y Anna, y únicamente en ellos, y éstos se comportan de forma fría, demostrando no tener apego alguno. Ahí está el pastel y ahí los platos de cristal. Yo lo coloco todo, pero ahí donde está ese montón de libros ya no queda sitio para el pastel recién hecho. No podríais quitarlos de ahí.

No, los libros no los quitamos porque son más importantes que cualquier pastel. En este momento estamos leyendo que nuestra existencia no vale nada. Desaparece, mamá, le dicen los gemelos, echándola. Esto tiene unas repercusiones catastróficas sobre su bienestar general.

Después de haber gritado a su madre, los gemelos proceden a comerse todo el pastel. Para esto no les faltan ganas. A la madre no le dejan ni un trocito, aunque también a ella le hubiera gustado probarlo.

Rainer piensa que cuando las mujeres experimentan algo corporal eso equivale a la degradación de la mujer. Esto se percibe en la madre que muchas veces pide socorro desde el dormitorio. Es posible que hagan con ella cosas anómalas y que ésta sea la causa de sus gritos. Los familiares también han advertido en Rainer una mirada poco normal; probablemente le venga de haber presenciado con demasiada frecuencia las escenas del dormitorio. Pero nunca miraba. Escondía la cabeza inmediatamente debajo de la manta. Allí dentro no se ve nada y sólo huele a uno mismo. A veces Rainer sólo toma sopa y rechaza los platos fuertes, aunque a los hombres suele gustarles la buena comida. Anna a veces no come nada y esto puede durar días. Después de la no-comida, los hermanos se levantan de la mesa y se echan juntos sobre una de sus dos camas -que fueron separadas intencionadamente por un tabique, puesto que él es un chico y ella una chica- para aislarse del mundo exterior. Para que el aislamiento funcione aún mejor Rainer escribe poesía. El muy loco se inspira en caras que ve en los árboles. No tiene amigos, sólo compañeros que, a menudo, se comportan de un modo desleal hacia él, que es un individuo que por principio rechaza el compañerismo. Cuando Rainer escribe poesía no lo hace con el gesto gracioso del pez que salta del agua, como el del poeta Musil, que saltaba y era plateado. Es más bien un revolcarse y un hincar los dientes.

Rainer y Anna son en todo momento conscientes de que habiéndose instalado sus padres en la ciudad, se han librado de vivir en lugares como Ybbsitz, Laa an der Thaya, Laa an der Pielach o en los múltiples St. Michaels. Se alegran de no tener que vivir en una horrible provincia devota como la que conocen desde que estuvieron en la granja de su abuela. Todo menos eso. Lugares donde grajos, cornejas y otros bichos se encaraman en árboles ya marcados por el invierno. Donde nubes varias surcan el cielo turbio y el corzo brama, y donde niños de la escuela primaria y secundaria comprimen sus carnes en autobuses de correos. Están plagados del bacilo de la pobreza. Un puré de niños que exhalan humedad de las prendas de lana heredadas de sus hermanos mayores.

A esos no les espera nada bueno, dice Rainer, están condenados a muerte desde que nacieron, y en sus cabezas llevan, invariablemente, el mismo cuadro. El cuadro que hay en una de las cabezas es idéntico al cuadro que hay en la siguiente. Y esto ocurre en el campo, al aire libre, donde por cierto no queda ni rastro de libertad. Paisajes insípidos que se extienden confundiéndose con la lluvia; sus fronteras no se ven y, sin embargo, existen en las cabezas de los habitantes. La estrechez de miras también la han descubierto los hermanos en la ciudad, un hecho que les llena de júbilo, pues desde hace algún tiempo han superado esas barreras. Se han arrojado sobre el azulado cordón umbilical de sus moradas predeterminadas y lo han atravesado con sus afilados dientes. Un hilo de sangre les gotea de la barbilla. Dos lenguas pálidas, las de Rainer y Anna, se lamen. Pronto no quedará ningún rastro de piel de esa barrera natural del nacimiento. Se inauguran distancias infinitas con un sol frío semejante a una yema de huevo intacta flotando en leche.

Pero si aquí alguien daña a alguien, son Rainer y Anna los que dañan.

Se acabaron las crujientes heladas de las calles de pueblo y los zapatos domingueros de suelas desgastadas que no corresponden al tiempo ni a la persona que los lleva. Nadie que entre en cines donde se proyecten películas del oeste sale de los mismos convertido en vaquero, y eso a pesar de que allí sólo se juntan unos mocosos idiotizados con gomina en la cabeza. No tienen miedo a llegar tarde a casa ni a ser golpeados con objetos contundentes. Pero luego hay que transportar a la cuadra pesados cubos de comida caliente para los cerdos. Y si uno se olvida de quitarse los zapatos de fiesta, apestan de tal manera que inmediatamente quedan degradados a zapatos de pocilga.

Los gemelos no son personajes secundarios sino primeras figuras. Constituyen el centro, que no es un punto concreto sino una extensa capa humana.

Los hermanos no despiden alegría vital como lo haría un joven que escucha un transistor; lo único que despiden es rabia y asco. De manera que a los niños se les da amor y es como si no se les diera nada. Creen que en todo ser humano queda siempre un resquicio sin determinar. Algo que no se puede prever y que queda fuera del ámbito de la sociedad y que, por lo tanto, es libre. Sólo los seres inferiores comen pastel con ganas y escuchan a Elvis y a Peter y Conny.

Rainer toma un caldo de gallina claro, en el que siempre flotan cosas indefinibles que lo vuelven a enturbiar.

Llegado el caso también se podrían desgarrar a mordiscos las nuevas faldas Conny, que están de moda. En los últimos tiempos a la masa mediocre de niñas le gusta vestirse con ellas porque la tela es asequible y la oferta grande y, además, porque la falda irradia alegría cuando es roja y dramatismo cuando es azul.

Jóvenes increíblemente feas exhiben cabezas cuadradas cardadas (nidos de cuervo) que al sacarse las horquillas del pelo se descomponen irremediablemente. Destrozar los nickys de algodón con los dientes hasta que no quede ni rastro de dicho material sino uno liso y flácido como el de un jersey corriente. Rainer se muerde el labio inferior que empieza a sangrar cuando las ve pasar diciendo: tómame, no, tómame a mí; llevan una raya negra en los párpados y carmín blanco o vaselina rosa pálido en los labios. Son un rebaño gris que en parte se presenta floreado. Bajo las enaguas almidonadas por la mamá huele a bajo vientre. Deberían utilizar unas enaguas modernas, aunque lavarse, no se lavan nunca.

Rainer todavía no quiere entrar en contacto íntimo con una chica sino juzgarla desde la distancia. Sabe que aún dispone de mucho tiempo.

La madre entra un instante y con razón se asusta de sus hijos, sin embargo dice a sus descendientes que deberían demostrar belleza en pensamientos, palabras y obras. Por ello van al instituto, ahí es donde se aprende eso.

Deben levantar puentes y no derribarlos, pues un puente nos conduce al prójimo y otro puente conduce del prójimo a uno mismo. Los gemelos no quieren levantar puentes.

Anna: representamos una libertad que elige pero, nosotros no elegimos ser libres. Estamos condenados a la libertad. Cuando te miro a ti, mama, constato que es cierto. Estar abandonada en la libertad es lo que a ti te acontece. Y este abandono no tiene otro origen sino precisamente la existencia de la libertad. Es lo que se desprende de ti. La madre no lo comprende, pero lo que si sabe es que este mundo seria mucho mejor si prestara mayor atención a sus filósofos y artistas que al mezquino espíritu del egoísmo, ya que este carece de una visión global. Deberían creer en Beethoven y Sócrates.

Los mellizos explican a la madre que incluso la no existencia de la madre seria imaginable y posible.

Yo os he parido personalmente, a uno detrás del otro. Por ello existís vosotros y también existo yo. (Que tonterías son esas? Este mundo es tan bello, tan vasto, tan lleno de color y tan joven, sobre todo cuando uno mismo es joven. Ahora pueden incluso recortar el nuevo póster de Elvis, porque finalmente la madre autoriza lo que antes había prohibido.

A la madre se la espanta como a una mosca. Y los hijos recuperan la mirada nada normal que tenían antes.

La madre se va y dice desde la puerta que sus hijos -que para una madre serán siempre los hijitos de los que debe cuidar- deberían alegrarse también con las cosas pequeñas. Existen personas que no prestan atención a los árboles, flores o matorrales de formas extrañas que se encuentran al borde del camino y a veces incluso los dañan. Estas son las mismas personas que también torturan a los animales. Se trata de seres mediocres, sin ideas, cosa que no son sus hijos. Sus hijos deben apreciar todas las cosas pequeñas que se hallan al margen y que otros pasan por alto. Ella los ha educado para esto. Y en su empeño ha tenido que luchar muchas veces con su marido. Este, como militar, es mas tosco y prefiere entretenerse con películas de baja calidad. De no haber sido tan tosco, no hubiera podido matar. Necesitaba esta tosquedad. La blandura no hubiera sido pertinente puesto que contradice su perfil profesional.

La madre todavía lo recuerda con la boca abierta viendo una entretenida película de Heinz Riihmann. Esta película predilecta, la favorita entre todas las demás, era la «Feuerzangenbowle»[1]. Veía la película frecuentemente y nunca se cansaba de ella. Fue el único en detectar las agudezas de esta película, mientras que los demás se partían de risa con las gracias facilonas. Esta película, ya en la época en que fue realizada, apuntaba hacia el futuro. El padre lo había previsto. Frecuentemente y sin que nadie se lo pidiera, narraba el contenido de la «Feuerzangenbowle» y es una pena que los hijos ya no lo puedan presenciar. En la película, la edad moderna sacaba a relucir su verdadero rostro en la figura de un joven maestro, imbuido de un ideal nacional. En la obra cinematográfica el maestro dice que es inevitable que desaparezcan los viejos tiempos. El padre comparte la misma opinión y los gemelos se apresuran a preparar esa edad moderna, que todavía es mas moderna que la de la obra cinematográfica.

¿Pero que queréis de mí?, yo estoy en contra de todas las tradiciones trasnochadas. También he visto varias películas de revista protagonizadas por Marika Rokk que tiene una capacidad y una fuerza de voluntad increíbles porque todavía sigue bailando. Y también estaba aquella bonita película sobre Hans Christian Andersen. El protagonista de la misma se quita la vida junto a su mujer e hijos porque la esposa era judía. Antes de morir tiene una última oportunidad de demostrar un humor profundamente humano y no destructivo. Este humor funciona solo cuando le sale a uno de las entrañas. Y estas entrañas quedaron destrozadas por un veneno de efecto rápido. Algunos mueren de forma inadvertida pero sufriendo quizás mayores tormentos. Quedando destruidas las entrañas, el autor de cuentos danés quedo conservado para la posteridad en forma de celuloide. Así perduro algo de él en el tiempo.

Bella, bella, bella, fue aquella época. Arena del desierto.

Una tenue luz de primavera pasa a través de las puertas de cristal de Lauque, que ya en los años veinte visitaron una exposición universal en París y, a continuación, acabaron en Viena. En cierto modo Sophie se concibe a sí misma como de cristal o de porcelana lustrosa o mejor aún, de acero fino. El deporte ejerce una acción bruñidora sobre Sophie, proporcionándole una movilidad completa en todas las direcciones. Y lo que el deporte es incapaz de conseguir lo logra la biblioteca de su padre, es decir el trasfondo, el nivel. Pero es más bien una chica deportista que una

intelectual furibunda. No es ningún monstruo de la inteligencia. Todas sus artistas se han redondeado, endurecido, y relucen. La impureza le es esencialmente ajena, del mismo modo que hace unos años a los alemanes todo lo que no fuera alemán les parecía racialmente ajeno. Hoy en día, sin embargo, se ha iniciado un vigoroso movimiento turístico que aproxima el mundo de fuera a los alemanes y, a la inversa, transporta a éstos fuera de sus hogares.

No existe un solo punto de apoyo en esta superficie lisa que incita a ser asida, pero de la que uno siempre se escurre. Sophie entra vestida de tenis (casi siempre lleva vestimenta deportiva) y le dice a Rainer -quien le tiene verdadero cariño, pero no lo demuestra para no perder puntos-: ¿me prestas rápidamente un billete de veinte para el taxi?, me he quedado sin dinero y mamá ha salido a tomar el té. Llorando silenciosamente, Rainer hurga en su pequeño monedero; Sophie obtiene el dinero, que para Rainer supone una cantidad considerable que seguramente no volverá a ver jamás. Para Sophie el dinero no significa absolutamente nada porque siempre está a su alcance. Mientras tanto, Rainer sigue añorando su bonito billete de veinte, mucho tiempo después de haberlo visto volar. El padre de Rainer considera que coger taxis es un delirio de grandeza que su hijo debe reprimir, teoría que queda invalidada en el momento en que está pagando taxis a otros. Para Sophie un taxi sólo es un medio de transporte.

Sophie no devolverá el dinero, se olvidará de ello, puesto que para ella no tiene ningún valor real.

Rainer se ve obligado a pensar en este dinero o en cualquier otro, pero nunca tendrá la osadía de reclamar su devolución.

El tapiz es una amplia y blanda superficie persa, Sophie es algo que hay que penetrar, pero no se sabe cómo porque no ofrece ningún punto de apoyo. ¿Debería uno metérsela por la boca y hacerle papilla la lengua para que no pueda volver a decir cosas hirientes y desconsideradas, o, por el contrario, debería uno empezar por abajo, algo que no deja de ofrecer dificultades porque ella no permite que se le acerquen a la entrada? Uno se escurre. ¡Pero qué significa este resbalón comparado con un descenso social! Sería el menor de los males. Sin embargo, podría existir una relación causal entre las dos cosas.

En todas partes hay objetos y cuadros modernos que irradian un arte y una cultura antiguos, de los que uno sólo puede beneficiarse si se adueña

físicamente de ellos. Lo mejor sería acceder a ellos apropiándose de Sophie que, como quedó dicho, no ofrece ningún asidero al que poder agarrarse. Rainer, a pesar de conocer y haber estudiado bien las leyes del arte, no posee ningún objeto artístico. Además, no existen leyes que gobiernen el arte porque el arte adquiere precisamente su calidad artística por no obedecer a ley alguna. A esta conclusión ha llegado Rainer por sí solo.

Los hombres, por el contrario, están sometidos a reglas, pues de otro modo sería una guerra de todos contra todos, la anarquía; es lo que dice la madre de Rainer al padre de Rainer y el padre de Rainer a la madre de Rainer. Rainer, por el contrario, siente una fuerte inclinación por la anarquía. Precisamente porque conoce las leyes que gobiernan la vida comunitaria ordenada, y por consiguiente las detesta. Se debe destruir absolutamente todo y no volver a reconstruir nada.

Rainer adelanta una de sus garras para hacer una llave a Sophie, que se le escurre entre los dedos argumentando que tiene que ir a cambiarse. ¿Otra vez? Yo voy contigo. No, tú no vas a ninguna parte.

Y allí se queda. Uno de los innumerables defectos de la clase media consiste en dejarse desmoralizar inmediatamente por el fracaso de sus tentativas. Para una vez que se tiene la oportunidad de medrar se la deja escapar, sin insistir en ella, aunque sólo sea en apariencia. Aquí está el whisky, sírvete.

Rainer tira su jersey barato y excesivamente grande, mientras Sophie se le escapa una vez más. Esto resulta aburrido.

Inmediatamente su pobre cerebro se pone a divagar sobre humillaciones antiguas y recientes. Son las heridas de su espíritu mutilado en las que siempre se atasca la película. No encuentra nada bello, sólo cosas feas. Revive las excursiones domingueras en las que acompañaba a su madre, los tranvías con olor a calcetín húmedo, repletos de una masa humana pobre y gris -tal y como surge después de una larga guerra- que tarda mucho tiempo en desaparecer. ¡En marcha, al bosque de Viena! Gorros de lana hechos con lana de guerra, de prendas deshechas y vueltas a tejer, amplios pantalones de esquí, zapatos de lengüeta y lo peor de todo: el temido paquete de la merienda, que olía a queso y daba sed. De entrar en restaurantes nada, que cuestan dinero. Un niño puede beber agua, aunque es difícil encontrarla. Pronto la rebanada de queso desaparece entre los baratos dientes metálicos de la madre y su olor vuelve a ascender fétidamente desde su estómago,

porque no ha sido masticada debidamente. Masticar demasiado sólo contribuye a propagar el mal olor.

La odiosa cochera en la que hay que esperar por lo menos veinte minutos a que vuelva a pasar el 43. Destino: Neuwaldegg. Siempre en medio de una masa humana sin recursos. A menudo uno se ahorra el dinero del billete yendo a pie a lo largo del Alszeile y al final se lo podía uno gastar en los tirovivos (qué buena, qué buena eres, mamá), lo que naturalmente contribuía a acentuar la existencia infantil que se pretendía negar. Y sin embargo, grande era el regocijo de los niños Rainer y Anna, en cuyos corazones y cerebros ya anidaba el veneno de los coches que pasaban zumbando. Y no porque se contaminara el medio ambiente, que de todas formas había quedado degradado por la guerra, sino por falta de medios económicos para comprarse uno. Y cómo se revolcaba Anna en cagadas de perro y papeles de deshecho para llamar la atención sobre sus apremiantes necesidades espirituales. Una necesidad espiritual es un lujo y no se le presta ninguna atención. Ella quiere ir sola dentro de un bello automóvil, no rodeada de una multitud y, menos aún, de la propia familia, en uno de esos tranvías de mierda en los que todos son iguales y por tanto nadie representa nada especial. Sentado en un Mercedes nadie se acercaría ya a preguntar cómo se llama el nene o la nena, ni le acariciaría a uno el cabello con manos que delatan pertenecer a la clase obrera, sin advertir que la criatura acariciada lleva ya instilado en el corazón el veneno del individualismo y está preparada para esparcirlo.

Una vez Anna se sintió realmente molesta bajo una mano enmitonada, al tiempo que por encima de ella flotaba un olor hediondo a ajo y se la trataba como si fuera una niña normal, cosa que en aquellos tiempos ya no era. Ni normal, ni niña. Un pis caliente goteaba entre sus muslos (el impulso hacia abajo) atravesando, violenta y acremente, las bragas de punto que le habían hecho en casa, mientras buscaba desesperadamente dónde evadirse de sus miserias domingueras: el suelo estriado del vagón. Gota, gota. La madre le da una paliza; sus brazos descienden como badajos de campana y vuelven a subir y vuelven a bajar. Es gimnasia de compensación para la mamaíta que acababa de recobrar sus fuerzas durante la excursión. La niña berrea como una loca. Desde el primer golpe Rainer se acurruca entre dos abueletes, agarrándose al zapato de uno de ellos. ¿Ya vas al colegio, nene? ¿Cómo te llamas? Vete a la mierda.

Fuera, los Opel y los Volkswagen hacen su aparición, como tiburones salidos de la niebla otoñal, pero inmediatamente después sus poderosos cuerpos -obedientes pero fieros- vuelven a perderse en la niebla, sin perder de vista su meta. En contraste con ellos, el 43 se acerca traqueteando trabajosamente, dando de sí todo lo que puede. Anna yace en su propia charca; se ha puesto perdida y su mamá pide consejo a otras madres sobre lo que se tiene que hacer con una niña que, siendo tan mayor, todavía se hace pis en las braguitas. Hay que hacer pipí antes de salir de casa, ¿no te parece, nena? Recuérdalo para la próxima vez y espera a que se entere papá, seguro que la zurra continúa. Aunque papá sólo tenga un pie, la fuerza que ya en su día demostró tener en los brazos no ha disminuido nada. Aunque en realidad, aún disponiendo de dos piezas de ese calibre, estas criaturas siguen dando trabajo doble. Y ahora tranquilízate porque si no te doy otra torta.

Con un movimiento imperceptible para la masa, las manos de los hermanos se entrelazan y sus dientes de leche relucen agresivamente como los de los vampiros. Espera a que crezcamos, mamá, entonces haremos lo mismo contigo y cosas aún peores.

Debajo del asiento hay un corazón de manzana, dos cortezas de queso y algunos pellejos de salchicha de alguno que se había creído que allí estaba en su propia casa y que podía enmarranarlo todo, cuando en realidad viajaba en un medio de transporte público que pertenece a la comunidad. La idea de que pueda pertenecerle un pedazo de tranvía no consuela a Anna en absoluto, porque en ese caso también pertenece a los demás. Hay gente que cree que cualquier sitio es su casa y seguramente en sus propias casas también se comportan de manera indebida. ¡Qué asco! ¡Menuda gentuza!

El niño Rainer muerde la corteza del queso compulsivamente y la succiona hasta quedarse pegado a ella como una sanguijuela.

La arena húmeda le cruje entre las mandíbulas que todavía no están provistas de todos los dientes definitivos. ¡Blob! De pronto se le revuelve el estómago y la rebanada de manteca, ya medio descompuesta, lucha por salir. ¡Hacia la salida de emergencia! A la larga uno pierde toda la alegría en las excursiones familiares, sobre todo cuando concluyen de forma tan precaria. Una se mea, el otro vomita. Con lo bien que se puede viajar sentado sobre mullidos asientos de cuero, indicando a dónde se quiere ir y llegando al destino sin el menor esfuerzo.

Como si la hubieran pulido, Sophie entra por la puerta, ahora para variar vestida con un traje de tarde porque tiene que acompañar a la madre a la ciudad. La violenta luz del exterior atraviesa la puerta de la terraza, pero no vaga erráticamente alrededor, sino que elige directamente el cabello rubio de Sophie para asentarse en él. También el parquet se ilumina un poco.

Nada es natural y, sin embargo, puede decirse que las cosas son como son por su propia naturaleza.

El niño que hay en Rainer prorrumpe en sollozos; lo peor es cuando, por haber llegado en el último momento, ya no se encuentran asientos libres en el tranvía eléctrico y hay que ir a pie. Los lloriqueos no sirven para nada, los adultos no se levantan, pero un niño siempre debe estar dispuesto a ceder su plaza a los mayores. Una vez más, uno se encuentra oprimido en un horrendo bosque, que se compone, pieza a pieza, de cuerpos idénticamente feos, sin alcanzar a ver ni la entrada ni la salida. Uno está dentro de una vez por todas y no tiene más remedio que continuar el viaje. Prácticamente incrustado entre la gente, entre los abrigos de invierno que huelen a naftalina y los anoraks de la preguerra. Y en cualquier lugar -desde luego uno no se libra de nada- habrá una pareja de jóvenes bien parecidos, seguramente estudiantes, cuyos padres dispongan de un coche, aunque hoy no tengan tiempo de llevar a su hijo o a su hija a ninguna parte, pero el coche está ahí, ahí, y les pertenece y hablan de esquiar y de viajes en grupo como si fuera la cosa más natural del mundo. Habría que imitar su ejemplo pero esto quizá sea imposible con un papá y una mamá como éstos. Habrá que imitarlos cuando se haya alcanzado la edad apropiada, pero eso todavía queda lejos. ¡Qué apariencia tan aerodinámica tienen, como seres que ya pertenecen al mañana y qué enorme impulso les mueve! ¡Y qué decir de los modernos y ajustados pantalones de cuña! Nadie les domina, eso salta a la vista. Pueden vivir su vida libremente. Pero, por el momento, es la mano materna la que le derriba a uno al suelo haciéndole papilla y le obliga a uno a transportar cáscaras de plátano entre los dientes como si fuera un perro.

Sin embargo, Sophie, cuya envoltura externa impide reconocer funciones corporales semejantes, y mucho menos aún las profundas o, si se quiere, las bajas, sigue funcionando y además lo hace a la perfección; y sin llegar a comprenderse bien ni el cómo ni el por qué, se apresura por enésima vez hacia cualquier lugar que exhiba un cartel de «Prohibida la entrada». Casi siempre que nos tropecemos con ella tendrá que ir

urgentemente a otro sitio, al que también llegará demasiado tarde, lo que en su caso carece de importancia. Rainer es el que se queda atrás y se enfada.

Se mantienen al margen, no porque rehuyan la luz sino porque, evidentemente, es la luz la que les rehuye a ellos, tanto en el patio como en la clase. La manada de lobos siempre se agolpa en los rincones. Demuestran tener cualidades sobrehumanas indiscutibles, que también otros querrían para sí, pero éstos sólo alcanzan niveles infrahumanos que, por otro lado, son necesarios para que destaquen las acciones sobrehumanas. Desde los rincones más oscuros de repente estiran sus piernas, lo que casi siempre provoca que un niño de mamá o una niña de papá, con una falda a cuadros plisada, tropiece y caiga. Los estudiantes formales del instituto afirman que no se les agotan los temas de conversación cuando salen a tomar un helado con el novio o la novia. Hablan de la utilización racional del tiempo libre, de los asuntos de la escuela, de aquellos estudiantes que salen con alguien de la Escuela Técnica o de la Universidad y de los que, al finalizar sus estudios, han tenido que contentarse con un elegante y pimpante dependiente de comercio. Otro tema adicional de conversación son los conciertos, el teatro, las exposiciones, las fiestas y los discos. El lobby Anna-Sophie-Rainer rechaza todo esto. Han superado la fase de los discos y si tienen que escuchar algo, entonces sólo el jazz frío o el rock caliente. El rechazo de Sophie es el menos violento porque no tiene necesidad de producir violencia. Las cosas van a su encuentro; algunas veces las deja pasar, otras las acepta. Todo depende de sus ganas y de su humor. Rainer dice que es bueno que muestre dureza, pero que en sus brazos debería abandonarse y ser blanda, aunque sólo fuera una vez.

Va a costar mucho trabajo motivar a Sophie para cometer uno o varios crímenes, ya que su naturaleza la inclina a no esforzarse demasiado. Tampoco es agradable pasarse toda la noche en pie, haciendo cosas que rehuyen la luz. Hace falta mucho autodomínio porque, en vez de esto, uno podría estar perfectamente tumbado en la cama, leyendo una apasionante novela policíaca.

El suicida Stifter alza su voz sobre la agitada clase de alemán; víctima de la programación equivocada que ha hecho de su vida y de un matrimonio fracasado, no tiene nada mejor que hacer que consagrar la gran fiesta de Pentecostés, durante la cual sale «a la orilla del bosque apacible, pero no donde retozaba el cervatillo» (poco importa lo que allí pudiera encontrar, en

opinión libre de Anna), sino a pasear en un paisaje que, por así decir, consideraba infinito, ¿pero qué sabe él de la infinitud? Su espíritu no la puede ni siquiera concebir. Rainer siente dentro de sí la infinitud del escritor que ha hecho saltar todas las barreras. Él sí las siente y no Stifter, que con su malgastada vida demostró sobradamente que no se había atrevido a nada. Adalbert Stifter sigue pasando revista a cualquier belleza, tanto animada como inanimada. La naturaleza tiene una tendencia inherente a sumirse en lo inanimado, piensa Rainer, nosotros también contribuimos a ello. Inmediatamente se lo comunica por escrito a Sophie, que está entretenida en pintar siluetas de caballos en su cuaderno de espiral. Ella no le da ninguna importancia a lo inanimado; prefiere dársela a las actividades deportivas. Hay que tomar conciencia del propio cuerpo y del cuerpo de un caballo de montar cuando pasa del trote al galope. El viento envuelve tanto al caballo como a la jinete, y el aire fresco ahuyenta el malhumor y la inquietud. En situaciones semejantes no es aconsejable hacer un alto en el camino porque uno se agarrota.

Lo malo suele esconderse en lugares protegidos del viento; jóvenes mantecosos y pálidos prefieren los ambientes cerrados de los bares subterráneos, mientras que fuera, a plena luz del día, uno siente la obligación de cruzar a un ciego de una acera a otra o acariciar a un perro.

¿Qué alboroto es ése! Witkowski uno y dos, ¿podríais callaros o preferís que os apunte en el libro de clase? No, no apunte nada, sólo sus propios fracasos en su agenda particular. Seguro que todas las semanas se le malogra algo. Le huele a usted el aliento, tiene un cutis feo y lleno de impurezas y unas muñecas demasiado anchas, señorita (Anna).

Stifter repara en el brillo de los aires diáfanos y en las maravillosas nubes de abril iluminadas por el sol y en los preciosos surcos verdes del sembrado invernal; a éste más le valdría que se le empinara, dice Rainer, mirando de soslayo a Sophie y prorrumpiendo en risas entrecortadas.

Anna propone incitar a Hans Sepp, al que conocieron hace poco en un local de jazz, a cometer con ellos uno o dos delitos. Sería el instrumento ideal y, además, debería abandonar la clase obrera. En la vida pública siempre hay alguien que abusa, de una manera u otra, de personas relativamente indefensas, ya sea en una fábrica o en una oficina. El cometido de Hans en la Unión Elin es la de manipular corrientes de alta tensión. Seguramente en permanente peligro de muerte. La electricidad

mata con ganas, con pulcritud y repentinamente. No avisa, viene de la nada. El mortificado ve en la oficina a muchos otros que corren su misma suerte y se solidariza incondicionalmente con ellos. La solidaridad, a su vez, le da una fuerza que no debe exhibir en la pandilla de Rainer quien, por iniciativa propia y definitivamente, se ha proclamado cabecilla del grupo. Donde quiera que mire, Hans no debe ver más obreros como él; debe vernos únicamente a nosotros. Debe convertirse en simple receptor de mensajes, amonestaciones, órdenes y estímulos.

Anna afirma que robar monederos resulta infantil, prefiero poner una bomba. De esta manera uno atraería la atención sobre sí y el mundo entero le pagaría a uno con reconocimiento y no con una dulce indiferencia.

Rainer se jacta diciendo que cuando su padre vuela a Nueva York, se le va a reventar la caja torácica de alegría (como dice literalmente), al poder mirar lo de abajo desde arriba, porque sobre las nubes se encuentra la libertad. Sólo que, desde el final de la guerra, su padre no ha llegado más allá de Zwettl que pertenece al distrito del bosque, hecho que Rainer no comenta. Anna recuerda que, siendo todavía niña, le regaló a su padre un ramillete de flores silvestres por el día de su cumpleaños, que éste arrojó al retrete. ¿Por qué piensa en ello ahora?

Debería uno manifestarlo abiertamente, pero el anarquismo se basta a sí mismo si se asume personalmente. En realidad, esto es lo que libera. Uno no debe pretender alcanzar nada con ello, y menos aún si es en beneficio de un grupo de personas, cualesquiera que éstas sean.

Según el marqués de Sade hay que cometer crímenes. Se emplea la palabra crimen siguiendo la acepción convencional, pero entre nosotros nunca llamaríamos así a nuestras acciones (Anna). Precisamos de las normas vigentes para estimularnos con nuestra propia desmesura. Somos monstruosos aunque nos disfracemos de burgueses. Somos hijos de burgueses pero no nos conformamos con eso. Por dentro estamos carcomidos por malas acciones, pero por fuera somos estudiantes de bachillerato.

Rainer, que está leyendo *El Extranjero* de Camus, dice que quiere dejar atrás la hostilidad del mundo. Cuando a uno le privan de la esperanza de algo mejor, es cuando se adueña definitivamente del presente. Entonces uno se convierte en la realidad misma, y los demás son comparsas. Cuando

Rainer ve transcurrir una noche, dice inmediatamente que se trata de una tregua melancólica en la que se ha extinguido la vida.

La profesora de alemán amonesta a los Witkowski para que no alteren la clase con sus ininterrumpidos cuchicheos. Stifter dice: Ahí estaban los bosques de un rojo pálido orlando las montañas, envueltas en el suave soplo del aire azulado. ¿Puedes ver cómo se mueven los bosques? Espero que tengan un billete para el viaje. No, fuera de bromas (Rainer), cuando se cometen crímenes se necesita el apoyo de un ser querido, que en su caso, es una mujer (Sophie). Este apoyo no es el que una mujer puede proporcionar a un pequeño-burgués, sino el que una mujer puede brindar a un artista. Cuando una persona se sumerge hasta tal punto en la ilegalidad, tiene que esperarle, en el umbral mismo de esa ilegalidad, el compañero, el TÚ: Sophie. En realidad me asquean mis deseos, pero son más fuertes que yo. También me sobrepasa el amor que siento por ti. Es un amor sin exigencias carnales, que es algo que nos reservamos.

Mierda, exclama, Anna, el amor no es otra cosa que el contacto de dos superficies cutáneas.

No aguanto a ese Adalbert Stifter ni un minuto más, y de ahí no me apeo, dice Anna. Quien sea capaz, en medio de la clase, de clavarse debajo de la uña esta aguja de zurcir de mi costurero, con toda su fuerza, y cuando digo fuerza digo fuerza, sin emitir un alarido, con ese me voy al servicio de los chicos, a la cabina de la izquierda. De algún modo, a Rainer esto le parece revolucionario. Anna dice que no lo es, porque la meta no es la igualdad de todos, pues ello repugnaría a la naturaleza y a sus leyes genéticas; se trata precisamente de todo lo contrario. La total separación y el aislamiento. La igualdad sólo la añoran quienes no pueden aspirar a las clases superiores. Se resarcen de ello desacreditando a los superiores, pues suponen que así éstos se debilitan. ¿Y qué pasa con la aguja? Gerhard Schwaiger, un chico del montón algo retrasado y cubierto de granos por todo el cuerpo -al menos hasta donde alcanza la vista -y con tendencia a ruborizarse, cree llegada su gran oportunidad, la hora cero, y se clava decididamente la aguja bajo la uña de su índice izquierdo. ¡Ay! Sophie sonríe hipócritamente con un resplandor blanquecino, como espolvoreada por Woolite.

Rainer se asombra de que sea precisamente Schwaiger, que por lo general sólo se interesa por el chocolate. Está pálido como un pañuelo

blanco y gime ¡ay!, me duele tanto. Anna le condena con la mirada. La señorita dice que Schwaiger se está comportando como un niño, pero que si le urge tanto puede salir, con la condición de que la próxima vez lo haga durante el recreo. Acto seguido, Gerhard sale pesadamente por la puerta, habiéndole dirigido a Anna una mirada de complicidad, que debía encerrar mucha intención. Pero en realidad, carecía de ella y se convirtió en una mirada quejumbrosa. Anna, por favor, ayúdame, te venero desde hace mucho tiempo y ahora necesito una muestra de afecto y reciprocidad porque si no, no se me pone tiesa y no te la puedo meter. Para mí una pizca de amor sería el regalo máspreciado, nena.

Tenía que ser precisamente él, le dice Rainer a su hermana. Anna, espero no tener que entrar a desatornillarte de ese paquete de grasa. ¿Tienes un condón?

Todavía me queda uno. Pero, tal y como le conozco, llevará uno consigo desde hace meses, porque lleva mucho tiempo esperando esta oportunidad. Entretanto la goma se habrá hecho fina y quebradiza y ya no cumplirá su función.

Witkowski Anna, ¿tendrías la amabilidad de seguir leyendo desde donde nos habíamos quedado? Desde luego que sí, señorita, Stifter nos enseña que el hombre no es libre sino esclavo de las leyes de la naturaleza. Por ese motivo hay que entregarse a acciones violentas (dado que uno no se entrega a nadie), que el hombre medio consideraría delitos, pero que nosotros tenemos por norma, es decir nuestra norma, no la de los demás.

Sin más preámbulos, Anna es expulsada de clase, que es lo que se había propuesto. Mientras Adalbert Stifter prosigue su disertación sobre el rubor de los jóvenes, que les sobreviene cuando se les mira de improvviso (le gusta tanto esa modalidad de pudor, babea el viejo pederasta), Anna se dirige con parsimonia hacia los lavabos desde donde acecha el ruborizado Gerhard. Ven, ven, ven para acá, no aguanto más, ¡crac!, casi se cae de bruces sobre el lavabo, el lelo, porque no había encontrado el lugar donde anclar su culo blanco y adiposo, falta de experiencia, eso se ve inmediatamente. Anna se quita las bragas y da instrucciones acerca de la postura a adoptar. Y ahora se le ha arrugado, eso era de prever, lo que nos faltaba. El miedo y la excitación pueden dar al traste con un ser inmaduro. ¿Qué? ¿Encima me toca hacer eso? Por fin, por fin sucede algo, algo se hincha y se mueve, acompañado de la palidez y rubor alternativos de Gerhard. En los primeros

intentos se derrumba como un castillo de naipes. Anna observa con interés las manipulaciones en el miembro de Gerhard y juguetea con el condón. Bueno, ¿funciona o no funciona? Por fin. Nada más ver su glándula roja y puntiagudo, piensa, no, mejor lo dejo, si es que es repugnante, todavía está por ver si lo voy a resistir, pero la duda se resuelve afirmativamente, porque debajo de las sacudidas y fricciones desesperadas de este inepto, se levanta algo parecido a un periscopio que registra todo lo que le rodea y advierte que se encuentran en una asquerosa cabina, cuya pintura verde oliva se está descascarillando, y que en semejante ambiente nunca se podría desarrollar un amor y mucho menos hoy. Hace tiempo que está enamorado de Anna, pero no le sirve de nada.

Lo prometido es deuda, y ella se acuesta delante de un ser al que el éxtasis ha llevado al paroxismo, está fuera de sí, al fin ha llegado el ansiado día, viva, viva. Después se lo contará a algunos de sus compañeros con todo lujo de detalles. El recuerdo tiende a agigantar las cosas, siento tan bien, tan bien, podría aguantarlo a diario sin problemas, lástima que no pueda hacerlo todos los días. Desgraciadamente, hay que esperar a ser más maduro, aunque ahora me siento muy maduro, Anna, conejito mío. El ser humano lo necesita y yo más que nadie porque estoy muy dotado sexualmente, te quiero, te quiero, aaay, Anna, ahora, ahora. Espera, no te vayas, mejor quédate para siempre, pronto estudiaré medicina. Cierra el pico, no berrees tanto, no ves que te pueden oír. ¿No te puedes correr en silencio? Ay, Anna, por favor sigue, no te pares ahora, es gigantesco, si me corro ahora nadie habrá experimentado lo que estoy experimentando, porque soy el más fuerte de todos. Eres tan guapa y tienes un tipo tan bonito, y eres tan esbelta, yo también voy a adelgazar, ya lo verás, lo hago por ti, para que hagamos buena pareja, lo que nos está ocurriendo ahora no se ha visto jamás, Anna, ratita mía. Lo de hoy está a la orden del día, imbécil. Despojo, eyacula ya, la señorita Kraftmann se dará cuenta de que llevamos mucho rato fuera. Siento como si mi interior se volcara hacia fuera, Anna, mi amor, porque, sin duda alguna, eso es lo que eres a partir de este momento, te quiero, te quiero. Tuyo es mi corazón. Échalo ya, que me largo. Y en este preciso instante le sobreviene poderosamente, gritando como un cerdo degollado. ¡Si esto no lo ha oído nadie, ya me dirás!

Anna recorre su cara desencajada con la mirada, dominando una vez más las ganas de vomitar que logra reprimir en el último momento. Eso si

que estaría bien, echarle una vomitona al baboso este.

A partir de ahora ya no nos vamos a separar, ¿verdad Anna? Ahora eres mi novia ante toda la clase, mía y solamente mía.

¡Vete a la mierda! por fin, ¿siempre eres tan lento? Después de abandonar los servicios, Gerhard le pidió a Anna durante media hora y con insistencia un poco de amor y dedicación que no consiguió. Muchas veces los jóvenes sufren mucho, algo que los mayores no suelen advertir y, si lo hacen, lo menosprecian.

Sophie se ha adaptado al estilo «buen burgués». Esto no lo advierte ninguno de sus compañeros de instituto, porque son jóvenes de nuestro tiempo para los que el pasado está muerto. En contraste con «bueno» y «burgués» se encuentran los deseos de Sophie de convertirse en una mujer dura, para quien no cuentan los sentimientos sino sólo las cifras. Quiere recibir en Suiza una formación económica especial para luego poder comerciar con acciones y divisas. Todo lo que no sea una acción o una divisa ha de despreciarlo. En esto se diferencia claramente de Rainer que tiene auténtica necesidad de sentimientos, no sólo para sus quehaceres literarios sino también para ella, su Sophie, de la que está enamorado hasta los tuétanos. Algo así puede que le ocurra a un hombre y a una mujer una única vez en la vida y no debe uno dejarlo escapar, ya que, de lo contrario, podría tener consecuencias nefastas. Rainer deja penetrar los sentimientos de una manera consciente en su interior, pero desde ahí, es el asco que esos sentimientos le producen, lo que se precipita en sus versos. A Rainer comienzan a aburrirle las ideas relacionadas con el pasado, el presente, el mundo. Exige únicamente que le dejen terminar en paz el libro que está queriendo escribir. El hombre que lleva dentro le dice que tiene que conseguir a Sophie, el artista, que siga siendo el lobo solitario que es. Rainer se escuda detrás de un caparazón de hielo, pero, es de notar, como ese caparazón es susceptible de ser derretido por Sophie.

Sophie lleva un traje de tenis, ya que pronto irá a jugar un partido. Rainer muele con la mandíbula inferior sobre la superior. Desde fuera éstas se perfilan como un destello blanquecino. Tritura nada menos que un trozo de pastel de chocolate que acaba de traerle la criada. No sólo tienen ocasión de hacerlo sino también motivo para ello. Sophie siempre abandona el cuadro antes de que se pueda dar sobre el disparador. Es un fuego fatuo. inconstante. La criada también ha traído una bandeja con vasos para el

whisky, bebida que la pandilla conoce de películas en las que la gente se nutre literalmente de ella. En las películas más recientes se empieza a advertir que, de no andarse uno con cuidado, es capaz de deshacer todo un entramado social, como el matrimonio o la familia. Dado que la guerra reduce casi todo al desorden, es posible también hacer estallar una estructura de clases, incluso adentrarse en las clases dirigentes (el término clase gobernante todavía no había sido inventado), si se tiene la inteligencia para ello. El cine alemán actual exhibe la flexibilidad de las personas privadas al tiempo que deja ver cómo, entre bastidores, se prepara la flexibilidad del propio capital. Esto lo ha importado el cine alemán de América, que por cierto les lleva la delantera. En América siempre fue posible violar las fronteras, como por ejemplo en Tejas, donde existen fronteras de pastoreo. Como montañas de hielo quejumbrosas, las agrupaciones se consolidan en confederaciones y, por encima, salpica el agua espumosa. La separación matrimonial también se convierte en tópico, porque, por fin, se dispone de tiempo para la ruptura de una pareja. La acumulación de capital desaparece como argumento, porque no conviene vislumbrarla tan rápidamente.

Hans, quien, por su trabajo, se ha convertido en un ser intranquilo y suspicaz, se apresura a dejar a la criada un espacio libre sobre la mesa. Su madre le ha enseñado, de manera superflua, que hay que ser amable con las mujeres, como se era antiguamente. Pero, en el último momento, Sophie le detiene para que la criada se las arregle sola. No existe, Hans, deberías comprenderlo. Pero, todo lo que podemos ver existe ¿o no? Pues no.

Junto con muchos otros, el principal error de los anarquistas austriacos (si es que en realidad existieron) fue el de querer sustraerse de su terrible condición social. Pero esto es una puerilidad. Si uno quiere lo mismo para todos, puede convertirse directamente al comunismo, lo cual resulta monótono. Lo que hay que hacer es destruir la mayor parte de lo que todavía arranca de generaciones pasadas. Rainer presume de que durante el verano irá a navegar, que su hermano conoce a innumerables actores de cine en América y que su madre viajará, al día siguiente, al balneario de Villach (que en realidad, es un viejo sueño). Y tampoco existe tal hermano. Rainer explica que, desafortunadamente, la tradición del surrealismo alemán se vio truncada por el estallido de la guerra mundial y declara estar interesado en cuestiones estéticas y en busca de un papel de mando. Una manera de

encontrar ese papel sería, quizá, darle a Sophie un golpe duro y seco en la boca, de manera que sangrara. Pero no, esto no puede ser, ya que en este preciso instante ella se dispone a abrir una caja de galletas bañadas en chocolate, que son sus predilectas. Rainer las devora con verdadera fruición. Uno de los deseos más vehementes del hombre es el de librarse del trabajo manual y para ello se sirve de cualquier medio. Algunos piensan equivocadamente que, por su naturaleza, les espera un trabajo no manual y Rainer cree que Hans piensa así, ya que con cierta frecuencia le ha oído decir que para él la naturaleza sólo tiene sentido como valor positivo de ocio. Y esa es la manera en la que se adentra en la naturaleza. Ahí te doy la razón (Sophie). A mí también se me puede encontrar en la naturaleza en mis ratos de ocio. Ahí me puedes buscar si hago falta.

Quisiera algún día dejar esta profesión que no me llena y convertirme en profesor de gimnasia. ¿Percibes mis músculos, Sophie? Tú eres la razón por la cual brotan de mi cuerpo y diariamente se robustecen. En la naturaleza, desgraciadamente, todavía tengo que atenerme a los caminos públicos y señalizados, pero cuando me haya convertido en un valiente escalador, podré aventurarme por sendas insólitas y coger más de un edelweiss. Rainer evita esta naturaleza siempre que puede y las más de las veces se escabulle de las clases de gimnasia alegando enfermedad o cansancio. Su padre no debe enterarse y siempre es mamá la que le escribe las excusas. Sophie sostiene que por causa de los papeles y por cosas aún peores, se está llegando a una devastación progresiva de la naturaleza, dado que el hombre medio, siempre que entra en contacto con ella, deja tras sí un rastro de inmundicias. Este es un problema nuevo que afecta al medio ambiente. Antiguamente los hombres no tenían tiempo para perjudicar su medio ambiente porque estaban entretenidos en perjudicarse a sí mismos. Buena prueba de ello son las guerras.

Rainer: Oye, Sophie, he vuelto a escribir una poesía que habla de ti.

Sophie: Que es lo único por lo que, en realidad, destacas sobre los demás, ya que, muy a tu pesar, no dispones de otros medios materiales que te ayuden a elevarte sobre la gran masa.

Rainer: hoy estás verdaderamente vomitiva. El dinero es asqueroso. El intelecto del hombre discurre independientemente de su preocupación diaria por la comida. Como ejemplo, te diré que a menudo las clases dirigentes

carecen de ingenio, mientras que las personas humildes pueden llegar a ser extremadamente inteligentes. Son conceptos totalmente independientes.

Hans opina que lo único que importa es la esencia del hombre y la formación de su carácter. Quiere profundizar más en su argumentación, porque es una cuestión que le plantea problemas íntimos, pero, desgraciadamente, Sophie le encomienda la reparación del tocadiscos que, por causas misteriosas, ha dejado de funcionar. Ella sospecha que depende de la corriente eléctrica y eso que a él le gustaría tanto participar en la conversación y sacarle algún provecho. ¡Quién sabe cuánto de lo dicho podría emplear cuando sea profesor de gimnasia! También hay que pensar en un futuro que no dependa de la rama de la alta tensión. Rainer describe la belleza intrínseca de la violencia, a la hora de quebrantar huesos y huesecillos o desgarrar tendones, o en el momento de provocar e, incluso, sentir cómo revienta una piel sometida a tensión. También cuenta que, dentro de no mucho, van a redecorar su casa con numerosos muebles de estilo que, actualmente, Francia está lanzando al mercado.

Tú con tu eterno miedo al contacto, ni siquiera eres capaz de darle a alguien la mano o de mirarle a la cara de un modo natural, exclama Sophie esquivando a Rainer, quien en este momento quiere darle la mano espontáneamente para acariciarla o simplemente sostenerla. Sophie es experta rehuyendo a Rainer. Déjame en paz, ¿por qué siempre tienes que manosearme? Se habla a través de la boca, no de las manos. Sí, pero se besa con la boca, mi adorada Sophie. Y esto me supera.

En seguida llega Hans y dice que es el más fuerte, ¿nos apostamos algo? Y para demostrarlo, el muy tonto de él, se arremanga la camisa para echar un pulso. El bachiller con brazos de pollo le mira con desagrado. Las pupilas de Hans revelan desilusión al no poder medirse con el otro. Lástima, ya que tiene fuerza para dar y tomar. ¿Para qué se ha tirado tantas horas entrenando? Para nada, ya que nadie le otorga ningún mérito.

Sophie enmudece y Anna está enfadada.

Despega tímidamente un pelo de la americana de Hans. Es una tentativa de acercamiento que se lleva a cabo porque se siente enormemente atraída por él. En comparación con su hermano o Sophie, cuando Hans hace algo, establece relaciones muy diferentes con las cosas. ¿Qué sentimiento se produciría si ahora, por voluntad propia, tocara a Hans? Sin dilación, se

pone manos a la obra y el sentimiento que la sobrecoge da paso a una nueva dimensión, la dimensión de la activación extenuante del cuerpo.

Rainer manifiesta que el tenis le parece una tontería y que prefiere probar con el golf. Su tío en Inglaterra (que no existe) juega al golf. Hans declara no conocer dicho juego y Rainer le contesta que ni falta que le hace, puesto que no lo va a necesitar.

Sophie piensa, y así lo expone, que el excesivo énfasis que se pone sobre el libre albedrío y la individualidad reconduce al cristianismo.

Rainer, quien todavía no ha superado el cristianismo y mantiene frecuentes conversaciones con curas, le pide que no hable de una manera tan irreverente acerca de Dios, ya que todavía no ha llegado a la conclusión definitiva de que éste no exista. Además, de niño solía ayudar a misa.

Acto seguido, Rainer se dispone a comentar el concepto de libre albedrío en el hombre, a lo que Sophie contesta que un intelectual es capaz de seguir defendiendo cosas semejantes, incluso cuando se está muriendo de hambre.

Rainer se defiende: yo soy ese tipo de intelectual del que hablas. Sophie dice que aspirar a la profesión de intelectual desemboca en la adopción de la ideología del intelectual. De repente toda problemática recibe una sobrecarga que resulta de la liberación de la producción material. Así se constituye un mundo deforme que se defiende de todo lo demás.

Rainer le explica a Hans que un obrero no debe tener la mentalidad de un escritor.

Hans le explica a Rainer que de todos modos prefiere tener la mentalidad de un profesor de gimnasia a la de un escritor.

¿Hans, has encontrado ya el fallo en el tocadiscos? No, porque prefiero charlar con vosotros. Rainer le contesta que primero tiene que aprender a escuchar.

Sophie, que empieza a observar al profesor de gimnasia en ciernes, le pregunta en este momento que con qué traje de confirmante se ha disfrazado, los pantalones le quedan demasiado cortos y asimismo las mangas, y que dónde ha escondido los puños. Brillan por su ausencia, eso está claro.

Y qué me dices de la tela, desde luego es horrible la pinta que tienes, daña a la vista. Hans que se ha puesto su mejor traje de los domingos especialmente para Sophie y que no daña ni su vista ni la de su madre (que

ya en dos ocasiones se lo había alargado personalmente), queda reducido al tamaño de un guisante como si le hubieran succionado todo el aire. ¡Encima de que se había presentado trajeado ante Sophie para competir con Rainer, que siempre lleva vaqueros, va ella y se burla de él! En seguida trata de tapar con las manos todas las partes que el traje no logra cubrir. Pero no tiene manos suficientes. Ha encogido en el tinte, os lo juro, antes me quedaba bien, los bestias de la tintorería lo han encogido. En contra de mi voluntad. A lo mejor puedo reclamar, porque está claro que se lo han cargado.

Espera, te voy a traer algo de mi hermano. Debe ser de tu talla, ¡anda, pruébatelo! A Rainer casi se le salen los ojos de las órbitas de envidia. Son un jersey de pico de cachemira y unos pantalones de fino paño de lana. «Pura lana» dice la etiqueta. A Rainer le llega al alma que Hans reciba un regalo tan bonito y él no. Pero es solamente un venate que le ha dado a la voluble Sophie, inconstante como un fuego fatuo, pero todo cambiará en cuanto siente la cabeza. Está jugando con Hans, que en cuestiones de amor todavía es un principiante.

Sophie le dice a Hans que se cambie ahí mismo, delante de ellos. Pero él no quiere porque su ropa interior está sucia. Pero se ve obligado a hacerlo porque si no no le dan ni el pantalón ni el jersey. Anna abraza a Hans con la mirada. Sophie se quita una mancha de la falda de tenis en la que nadie ha reparado, excepto ella. Rainer dice en el cuarto asfixiante en el que se encuentra que hay que actuar, actuar, actuar y actuar. Y que hay que asumir las consecuencias. Naturalmente se trata de acciones malas, ya que para nosotros no existen estas categorías morales. Por mi decimoctavo cumpleaños mi padre me comprará un coche deportivo.

Es curioso que de pronto quieras pasar a la acción, cuando hasta la fecha sólo te has dedicado a leer y a escribir poesía, dice Sophie. Ella cree que eso no va con su carácter.

Rainer contesta que Sophie no se puede ni imaginar el caudal de rabia y odio que tiene acumulado. El pensamiento encuentra sus barreras, con las que me he topado hace tiempo, puesto que llevo muchos años pensando sin interrupción, y se acabó, hay que derribar las barreras. Por mi decimoctavo cumpleaños mi padre también me va a pagar un viaje a América. La diferencia entre Sade y Bataille es que Sade, recluido en compañía de otros dementes, esparce las hojas de las rosas más fragantes sobre un estercolero.

Pasó veintisiete años en la cárcel para concebir sus ideas. Por el contrario, Bataille se apoltrona en su asiento de la Bibliothèque Nationale. El marqués de Sade, conocido por su voluntad de liberación social y moral, quería poner en tela de juicio un ídolo poético, para provocar que el pensamiento se desembarazara de sus ataduras. Por contra, la voluntad de liberación moral y social que propone Bataille es muy cuestionable. Lo que a mí me diferencia del marqués de Sade es que yo no soy ningún moralista, por lo demás ¡soy todo lo que él fue y todavía más!

¿Y esos quiénes son?, pregunta Hans arropado en cachemira, y le informan de quienes se trata.

Los atracos que estamos planeando deben ir recubiertos de un armazón de motivaciones más sublimes. Por decirlo de alguna manera, que nos sobrepasen. Ahora mismo os lo explico, dice Rainer.

Por favor, ahórrate las explicaciones, te lo pido encarecidamente, una explicación más y te juro que grito, dice Sophie. Pero os tengo que explicar el motivo por el que lo hacemos, porque si no lo hacéis sin ninguna finalidad y eso no vale.

Hans dice que quiere progresar en su formación.

Anna le dice que para ello tiene que leer mucho.

Rainer dice que no lea sino que le escuche a él. Él es el intelectual y no Hans. Si un intelectual no consigue adecuar su mundo a la ideología en la que se inspira, teniendo que recurrir (como Hans) a un sucio trabajo manual para sobrevivir, termina defendiendo un mundo falso que ya no es el suyo. Así es que más te vale defender tu propio mundo, Hans. No intentes ser más de lo que en realidad eres, porque ya existe uno que es más que tú: yo mismo.

A Hans le decepciona que Rainer le desaconseje tan tajantemente proseguir su formación académica. Pero, hasta cierto punto, tiene razón, porque en muchas ocasiones los conocimientos nos hacen desgraciados y la ignorancia suele ser más indulgente. Sophie echa a todos sin clemencia, porque percibe que ha llegado el coche deportivo de Schwarzenfels, que la transportará a un partido de tenis. Ese es el coche deportivo que le regalarán a Rainer por su cumpleaños, exactamente el mismo. Si pudiera probarlo una sola vez para poder conducirlo inmediatamente después de llegar su cumpleaños. No. No puede. Como último recurso, Rainer intenta tocar a

Sophie en partes de su cuerpo todavía visibles, pero ésta se escurre, entre sus dedos tan poco audaces, como la arena. Arena fina.

Todavía en la parada del tranvía, que los conducirá a barrios más pobres, siguen hablando de las maneras de atracar a la gente. Evidentemente no para enriquecerse, sino por liberarse de una vez por todas. Para siempre. Hans no está todavía muy seguro de si quiere liberarse. Preferiría asistir a un partido de tenis y aprender algo más acerca del mundo del deporte. Durante algún tiempo mira a su alrededor con lástima, pero no ve nada, porque un coche deportivo de esta clase es mucho más veloz que un tranvía, que hace su recorrido, trabajosamente, parada a parada.

Un momento, no nos bajemos todavía del tranvía, quedémonos aún un rato. Está repleto de una masa monocolor de la que no se puede deducir, a primera vista, de qué está compuesta. De ganado o de personas. Nada sobresale en esta multitud, excepto el sombrero -de un color hiriente que está de moda- que lleva una mujer fea. Destaca negativamente. Son bueyes o carneros mansos, dice Anna, que trotarían pacientemente al matadero llevando ellos mismos el cuchillo y señalando el sitio donde debe asestárseles el golpe.

Los hombres eran una combinación de gris sobre gris. Sus actividades habían trazado profundos surcos en sus rostros asexuados, poco viriles. Lo que hacen en casa con sus mujeres es fácil de adivinar: nada. Nada agradable. Pero ni siquiera algo especialmente desagradable. Incluso para eso les falta categoría. El asqueroso trabajo que realizan ha dejado al primero calvo, al segundo sin dientes y al tercero con las uñas negras. Hans se distancia interiormente de ellos y se refugia en una esquina sombría, para pasar inadvertido y para que de ninguna manera puedan asociarle con este rebaño. Erróneamente.

Pero en el momento en que aparece una señorita guapa y solitaria le guiña un ojo. Esto se llama flirtear, algo propio de la gente despreocupada.

Rainer y Anna, a quienes nadie asociaría con este tipo de gente, porque desde luego no tienen pinta de trabajar, se plantan libre y ostensiblemente sobre la plataforma abierta, permitiendo que el viento sople en sus caras asilvestradas. Pronto dejarán atrás los tranvías para acomodarse en un coche nuevo.

El abismo que separa a Hans de los gemelos se hizo más patente aún al estar rodeados de personas que los observaban.

Anna y Rainer estaban arriba, Hans (todavía) abajo, pero no por mucho tiempo.

¿Si no es la corriente originada por el movimiento del tranvía, qué es lo que le oprime el pecho a Anna? Es un gordito, con pinta de empleado que regresa a casa -donde le esperan mujer e hijo- que entretanto, evidentemente, pretende llevarse algo que le queda demasiado grande: Anna. La joven lozana que tanto le ha gustado.

Una masa blanda reposa sobre el culo de Anna. Es este individuo, que está aprovechando la ocasión (que no suele presentarse a menudo a tipos de su ralea) para aproximarse a esta joven criatura inocente y utilizarla para sus propios fines. Como no se divisa ninguna autoridad paterna, puede tomarse la libertad de enseñarle alguna cosita. A los dos gamberros que acompañan a esta putita se les ve que, llegado el momento, no se rebelarían contra una persona de autoridad. La persona de autoridad es él, un empleado de banca con expectativas de ser nombrado director de una filial. Pero sólo si observa buena conducta, y no puede permitir que estos niños crudos la alteren.

Si arman un escándalo, lo negará con una indignación justificada. Y dirá, ¡qué frescura!

¿Es un bastón picudo lo que siente Anna entre los muslos o es algo más desagradable? Es algo que le quita a uno el apetito, la polla del empleado de banca. Es un pequeño promontorio puntiagudo, pero en cierto modo carnalmente vulnerable, no tan duro como la piedra (probablemente nunca se le ponga dura, a no ser que se la ordeñen durante tres horas con violencia). Este individuo se estrujaba contra ella, mendigando un poco de amor y tolerancia, lo que su mujer siempre le negaba con las excusas más estúpidas. Un culo de niña, todavía no manoseado, es el súmmun. Estoy alucinando, insinúa Anna a sus compañeros.

El peso del empleado cae con más fuerza sobre ella. Envalentonado, barrena un poquito más. El gentío crece a medida que uno se va aproximando a las afueras. Los empujones provocan una aproximación entre viejos y jóvenes, entre lo de arriba y lo de abajo, mayormente lo de abajo. A la mujer le corresponde estar debajo, pero en este caso no está debajo sino de pie y delante.

Lo que sigue es una mano que palpa con cautela sin que nadie lo haya solicitado. No obstante, se acerca. Como si le correspondiera estar a la

altura de los pechos de Anna. Anna da la señal de que ha llegado el momento que habían estado esperando. Hans, que es duro de mollera, está ocupado con una rubita («rosas rojas, labios rojos, vino rojo»). Rainer, sin embargo, lo registra.

Como si hubiera recibido una orden, Anna sonríe con afilados dientes de depredador, sus labios se entreabren y aparece una lengua húmeda mientras pone cara de retrasada mental, lo que favorece la confianza y la despreocupación en los demás pasajeros. El vividor de quiero y no puedo hace un gesto feo con el índice que Anna interpreta de dos maneras: quiero entrar,  cu l sería el mejor procedimiento?, lástima que nos encontremos en un transporte público, como sardinas en lata, sería mejor hacerlo sobre una gran cama, te iba a enseñar yo donde vive Dios, desde luego no en el cielo, sino dentro de mí, en mi interior, te la meter a a empellones para que te volviera a salir por la boca, porque es un rato larga, así de fuerte y potente soy yo desde mi juventud, que gracias a Dios he podido conservar, porque salta a la vista que no soy viejo, más bien maduro, lo suficientemente mayor como para apreciar a una virgen de diecisiete años, la parienta est  un poco rellenita, eso es cierto, tiene el pecho más grande. Naturalmente se puede elegir entre todas las edades, colores, formas y estaturas. Así piensa el hombre, no la mujer cuya sexualidad se desarrolla pasivamente. Ser un luchador solitario es un rasgo esencial de mi carácter, lo que no puede decirse de todos los hombres. Se me ofrecen muchas más mujeres de las que soy capaz de consumir.  Sientes lo dura que est ?, totalmente tiesa y mis huevos est n rebosantes y a punto de estallar, t camelos, ésta es tu gran oportunidad, nena, la que has estado esperando tanto tiempo.

La mano acostumbrada a contar dinero agarra la mano de Anna (que hasta ahora no ha dado señales de rechazo) y la conduce con lentitud hacia lo más sagrado del empleado. Es una mano que no necesita mancharse durante el trabajo. Se advierte la sutil agilidad de esta mano. Sabe cómo hacerlo. Contar dinero ajeno durante el día y ahora, en la penumbra anónima, conducir la mano de una muchacha desconocida hasta el centro mismo de la vida. Ahí está el centro vital, correcto, el pene. Buenos días. La blandura gelatinosa se eleva como un monumento erigido para una ocasión grandiosa.  Qu ?  No es especialmente bonito?

 Ahora!, dice Anna, y para despistar hurga en el pantalón grasiento;  d nde est ?,  pero dónde está? La tiene un poco esmirriada,  no? Si no es

esto, ya no me aclaro, un momento, pero tiene que ser. No llevará encima una navaja, o a lo mejor sí, quizá para pelar manzanas o para cortar salchichas. No es la navaja, es el cinturón, sin duda alguna, porque una navaja tiene otra apariencia. Ya está, viva, ya la tenemos.

Hans sigue completamente atontado pero Rainer ha entendido correctamente el grito de ¡ahora! de hace un rato. Ligerero como una mariposa, se aproxima por detrás a la despistada víctima y le sustrae la cartera del bolsillo interior de la chaqueta. La tiene donde suelen tenerla los diestros, es decir, en el bolsillo interior izquierdo. Tampoco se daría cuenta si le colocaran una bomba. No parece que lleve mucho dentro, pero Rainer se alegra porque podrá comprar algunos libros de bolsillo.

Apriétamela un poco, por favor, bonita, frótamela, estrújamela, sé buena conmigo, así está bien, mi mujer ya no me lo hace nunca y se agradece tanto. ¿Podría volver a verla, señorita? Un poquito más arriba, así me gusta. ¡Qué bien lo haces! Aunque podría enseñarte a hacerlo mejor. ¿No tendrías un ratito mañana después de la oficina? Lástima.

Sólo nos faltaba que viniera el revisor a pedimos los billetes. En ese caso tendrías que soltarme. Y eso que da tanto placer agarrar y ser agarrado. No, pero no debo llegar hasta el final, porque ella busca en mi ropa interior esta clase de manchas, junto con manchas de caca y agujeros para zurcir. Mientras yo le tapono el agujerito, ja, ja, ja.

Pero ahí llega el revisor. Con las prisas, los gemelos no habían previsto que, a lo mejor, este gilipollas no llevara billete y tuviera que echar mano de su cartera. Pero, gracias a Dios, viene una curva y la velocidad disminuye. Mientras que el pasmarote busca su cartera con desgana, los hermanos bajan a trompicones del remolque del tranvía. El perplejo de Hans, que no ha entendido nada, se pega a ellos, aunque casi llega tarde. Salen rodando y sólo con dificultad recuperan el equilibrio, y mientras que el desgraciado busca desesperadamente su cartera, su dinero, reservado para comprar un regalo de cumpleaños a un asqueroso pariente, ¿dónde he podido perderla?, Dios mío (¡y se le hace la luz!), los jóvenes delincuentes penetran como galgos en la oscuridad del barrio. Pronto su respiración entrecortada se pierde entre los bloques de viviendas, desprovistos de locales comerciales, donde en este momento se está sirviendo la cena, mientras la gente devora los periódicos.

Y también se pierden entre muros de hormigón sus jóvenes y vitales siluetas. Como las espirales blancas de una canica de cristal que gira a una velocidad vertiginosa. Como los círculos que en el agua produce una piedra al caer.

La máquina de escribir golpetea con diligencia mientras van apareciendo caracteres negros sobre los sobres. La madre de Hans provoca la aparición de las letras. No puede conseguir un trabajo mejor porque el milagro económico alemán no la favoreció en nada. Su hijo Hans pasa a su lado desconsideradamente y tira su ropa al suelo. Te hubiera venido muy bien la mano dura de tu padre, Hans. Qué suerte no tener más que la tuya que pronto me quitaré de encima, por la mano de una mujer a la que quiero. Será la de Sophie.

Tengo la impresión de que serán muchas las manos que aún te quitarás de encima, manos que saldrán a tu encuentro desde la sordidez de la situación económica; son las manos de tus hermanos y hermanas que pertenecen a tu misma clase social y permanecen en ella.

Ahí te doy la razón, quiero salir, lo antes posible, de esta salsa viscosa que se me pega. En el polideportivo WAT me entreno en las distintas modalidades deportivas para tener una visión global y poder decidir a cuál de ellas quiero dedicarme profesionalmente. Con las manos no pienso hacer otra cosa que dar reveses de tenis que me enseñará mi amiga Sophie.

La madre está cansada como un perro muerto a punto de ser enterrado. Lo que hace es monótono. No se trata de una profesión sino más bien de una actividad que apenas reporta beneficios. Sabiendo de antemano que está perdiendo el tiempo, habla a su hijo con insistencia. Debe reingresar en la sección juvenil del partido para pegar carteles y agitar a las masas, lo que él rechaza de plano. Yo he encontrado el camino por mi propio pie, que los demás hagan lo mismo. Sólo aceptaría entrar en un grupo como cabecilla del mismo, si no, no. Lo primero que hay que hacer en un grupo es seleccionar a las mujeres. En la sección juvenil apenas hay chicas porque las mujeres no se interesan por la política, que es sucia, sino por la moda, los hombres y la limpieza. Él, como hombre que es, tiene que salir, flirtear, reír y bailar. Para disfrutar de su juventud, preferentemente con Sophie. A Anna tampoco se la puede desestimar, aunque es un poco flaca. Hans es deportista y, sin duda alguna, el jefe.

La madre se sume en un embudo negro de silencio en cuya pared, uniformemente curvada y lisa, a veces se refleja la imagen de su marido asesinado, sé valiente, me moriré cuando me tenga que morir, por la socialdemocracia, por la causa proletaria, que es una y la misma cosa, socialdemocracia y causa proletaria, algún día me recompensarán por ello. Siempre me recordarán y también perduraré a través de nuestro hijo. Quédate tranquila. Hasta cierto punto muero también por Austria, de la que eres una minúscula pero querida parte, y a la que nadie (excepto los comunistas) concede una razón para existir. Como a cámara lenta, la madre ve pasar los enormes bloques de piedra pulida de Mauthausen, que aplastan a los esmirriados presos. Incluso fuera de las horas de trabajo tenían que transportar las enormes rocas escalones abajo. Y la tierra madre de Mauthausen no se defendía; las madres lo perdonan todo. Aunque la madre siempre se defendió, no le quedan más que montañas de papel que le nublan la vista.

Hoy me voy al club de jazz, dice Hans con alegría. Se ciñe la ropa que estaba de moda a finales de los años cincuenta. Sirve de protección y camuflaje. En lo tocante a la moda, esta época rompió con todo lo anterior; en la juventud hay que romper con todo para librarse de las diversas obligaciones, tanto privadas como profesionales.

El trabajo no representa una obligación, el hombre se realiza a través de sus actividades, susurra la mamá. Pero la verdadera realización llega cuando un hombre ha dejado de ser esclavo de otro.

Yo ya no lo soy desde hace tiempo, soy un individualista que somete a otros individualistas, sobre todo a mujeres. Yo soy responsable de mis actos y la mujer que amo me tiene que rendir cuentas.

La señora Sepp escucha estas palabras con desagrado. Su hijo se niega a rebelarse contra sus opresores, y esto le hace recordar el mes de febrero del año 1934, en el que era todavía muy niña. Vio a muchos de sus compañeros que quisieron mejorar sus condiciones de vida, muertos y ensangrentados sobre el asfalto. El fascismo disponía de morteros y artillería pesada con los que disparaba. Al igual que las víctimas, los que manipulaban los cañones eran hijos de obreros, de los que también disponía el fascismo. Las dos corrientes de hijos de desheredados (que buscaban su herencia en el fango, sin encontrarla porque, evidentemente, se la habían llevado otros) se entremezclaron. Los unos -y entre ellos había muchos parados que estaban

bajo control y que fueron enviados a las milicias territoriales- se hallaban en una nación totalmente armada. El ejército federal, la artillería y los trenes blindados. La otra parte de la corriente: ametralladoras inservibles, nidos espinosos de pájaros débiles situados detrás de las ventanas de las grandes viviendas municipales para obreros. Nidos de ametralladoras. El telón de la historia se rasga, se rompe en dos como una sandía madura y siempre está hecho del mismo material, aquí los desposeídos, allí los sin ley. Y los que administran la justicia quedan fuera del alcance de las balas, controlan el paro y los vericuetos del patrimonio nacional que desembocan en la oscuridad, para volver a aparecer, iluminados por luz dé candilejas, en forma de guerra mundial. El telón humano sube y vuelve a caer, manejado por los hilos de la especulación, del tráfico ilegal de armas, de las maquinaciones sobre salarios y precios, de la inflación, del racismo, del acoso de la guerra.

A Hans no se le ocurre nada mejor que untarse brillantina en el pelo, que deja manchas en los cojines de las butacas, ocasionándole a su mamá un trabajo de lavado adicional, ya que son difíciles de quitar; con todas las manchas ocurre lo mismo. Pero lo hace para procurarse una vida mejor a través de una apariencia más cuidada. A ser posible una chica estupenda que también colecciona discos de Elvis. Hay que hacer inversiones. Este es uno de los principios básicos de la economía que Hans ignora totalmente, porque para él se trata más bien de una diversión.

El 12 de febrero de 1934 la madre de Hans era todavía muy pequeña y andaba, a toda velocidad, cogida de la mano de su madre, la abuela de Hans, que con la otra mano tenía agarrada a su hermana pequeña. En un tono apremiante grita: niñas, corred, se trata, ni más ni menos, que de nuestras preciosas vidas. Ahora que nos han arrebatado todos nuestros bienes materiales, hay que sobrevivir a toda costa. Se trata de nuestra vida, que es lo único que nos queda, ¿entendéis? En la fachada de la casa hay un enorme sol amarillo en un cartel publicitario que anuncia un detergente, el sol de Radion, el único sol radiante en este día turbio. A la chica se le queda grabado en la memoria inmediatamente. No conoce muchos más soles que éste.

El Goethe-Hof. Debía ser pacificado por la fuerzas del poder ejecutivo tal y como éste lo había anunciado. Un grupo de muertos pacíficos participaba en ello activamente; constituían un ejemplo de paz absoluta para

los elementos todavía inquietos de la preguerra. Los muertos duermen profundamente. Un proyectil hizo diana en la segunda escalera, algo que infundió a la niña, que lo había presenciado, un pánico terrible; como acatando una orden, las dos, es decir, Emmy y su hermana pequeña (que murió posteriormente durante un bombardeo, siendo todavía una niña, aunque algo mayor que entonces) se mearon en las bragas. Llegaron autobuses llenos de gendarmes, el señor canciller federal Dollfuss inspeccionaba todo, en su conjunto y en detalle, con gran satisfacción, llevando en su gorra la insignia de cola de gallo. Era la insignia de las milicias territoriales que proporcionó viviendas dignas a muchos de ellos. La visión de cadáveres con un tiro en la sien, camuflados bajo periódicos, en cuyas hojas se leía: GOLPE DE ESTADO, y que eran removidas por una leve brisa, el denominado viento de febrero. Los rostros demacrados de los muertos camuflados expresaban sorpresa, ¿quién me hace esto y por qué?, siendo, como soy, hijo de un don nadie, como también lo es mi asesino; un hilo de sangre en la comisura de la boca y en ambas orejas. Hilos con los que se ha tejido la historia y no con las hebras de oro de los mantos de los emperadores de Austria y de los reyes de Hungría. Creo estar soñando, mira que pasarme esto a mí, ser acribillado por una mano como la mía, marcada por el trabajo duro, que debería sostener una taladradora, una lima o cosas similares, en vez de un fusil, y cosechar el producto de su propio esfuerzo en vez de cosechar mi vida. El que ha talado mi vida como un árbol ignora que él también ha sido ya cosechado y recolectado por personas que nunca llegará a conocer porque permanecen largas temporadas en la Riviera o en sus cotos de caza en la montaña. Ahora lo comprendo. Estoy muerto y nunca volveré a ver a mi familia, y a esta familia le espera un futuro terrible si esto continúa así y nadie lo detiene. Dios mío, ni siquiera han mantenido la huelga general. Y tampoco es ningún consuelo que mi asesino muera en el frente en el año cuarenta y que entonces esté muerto como yo.

Y ahora los zapatos puntiagudos, que brillan tanto que, si uno quisiera, podría verse reflejado en ellos y Hans quiere. Con estos zapatos relucientes pisotea el vientre de su madre, sin darse cuenta que un día salió de él. Estos zapatos están de moda, aunque son un poco incómodos. La belleza tiene un precio, dice Hans a su madre con humor. Tanto mayor será mi recompensa, aunque mi sueldo todavía es escaso.

Sabes Hans, cuando en aquella ocasión tuvimos que rendirnos en el edificio municipal, el portero colocó unos viejos calzoncillos blancos en la ventana, en señal de rendición. Aunque no pudimos costearla. Hubiese sido una lástima haber empleado una sábana de hilo blanca en aquellos tiempos en los que se disparaba sobre nosotros. Una sábana de hilo nueva era una joya. Mejor sacrificar unos calzoncillos que una sábana de hilo. Y mientras se rendían, muchos fueron acribillados, eso es un hecho.

Mientras la belleza de Hans sufría en unos zapatos demasiado estrechos, cogió un montón de sobres ya terminados y los echó en el fogón de la cocina a espaldas de su hacendosa madre. Desconoce la razón por la que lo hace, pero tiene que hacerlo; una voz interna, que pertenece a Rainer, le obliga a ello. La voz de Rainer se alberga en su oído y su imagen se imprime en su corazón. Le guían y le incitan. Por fin hace algo carente de sentido, cosa que han tardado tanto en enseñarle. Carece de sentido precisamente porque la madre no se da cuenta de ello. Lo advertirá más tarde, pero no culpará a Hans sino a sí misma. Acto seguido Hans abandona la casa. Hace una noche cálida y agradable. Da gusto pasearse en ella.

El padre de Hans murió poco después de haberse liberado por el trabajo. Muchos trabajan durante toda su vida y nunca llegan a ser libres. Poco tiempo antes, el padre de Hans se convirtió en padre de Hans pero no tuvo mucho tiempo para disfrutarlo. En realidad, todos los hombres, ya sean pobres o ricos, conocen pocos momentos de felicidad. Son escasos pero intensos. Después de intensos sufrimientos, el padre de Hans muere aplastado por una roca de auténtica piedra austriaca.

Por lo menos se ha ahorrado la mediocridad de la vida cotidiana, opina su hijo, que corre el peligro constante de sucumbir a esta mediocridad, aunque hará todo lo posible para evadirse de ella. Una vida corta e intensa, y quizá entonces una muerte corta e intensa. Aunque dure poco, quiero experimentarlo todo con energía. Sólo se es joven una vez y yo lo soy ahora. Tu padre nunca fue joven, simplemente no tuvo tiempo para ello. ¡Pero para eso hay que tener tiempo! Sí, pero él no lo entendía así. Lo hizo mal.

Hans tiene razón. Viven en otro tiempo y, gracias a Dios, en un tiempo mejor, que pertenece a la juventud que se está apoderando de él.

¿Quién viene contigo?, pregunta la madre de Anna. ¿Es un compañero de instituto? Tiene suerte de poder ir a la escuela secundaria y, quizá, llegar

a la universidad, porque los años escolares son los más bellos y uno se da cuenta de ello mucho más tarde, cuando estos años ya han pasado. Además, después hay que ejercer una profesión, que en tu caso será la docencia. La vida hay que tomársela en serio y la seriedad se aprende más tarde.

A lo que Hans responde que él nunca vivirá esos años gloriosos, puesto que no va a la escuela secundaria. Aunque a mí me gustaría y eso es suficiente, lo que cuenta es la voluntad. Si hay voluntad se encuentra el camino. Un camino podría conducirme, por ejemplo, a un puesto de profesor de gimnasia, que es un trabajo duro pero no tanto como el de instalador de alta tensión, oficio que he aprendido en la Unión Elin. Y ahora, en este momento, mi amiga Sophie se ha ofrecido a enseñarme - además de las modalidades deportivas que ya domino, como por ejemplo, baloncesto, correr y saltar (todo ello en el polideportivo WAT)- otras, como jugar al tenis y montar a caballo. Es lo más bonito del mundo.

De todo ello, lo único que ha comprendido la madre es que Hans es un simple obrero y que desaprueba el trato con él. ¡Luego no va usted a una escuela superior! No basta con desearlo. Los hechos son más importantes que los deseos. Pero tampoco sirve cualquier trabajo. Depende mucho del que se elija. Lo importante es tener. Y ahora márchese y no vuelva más, no es usted buena compañía para mis hijos.

Hans dice que quiere seguir formándose por iniciativa propia, algo que requiere tener mucha energía, y él la tiene.

No se aprende para el colegio, sino para la vida misma, el que más aprende es el que más vive. Yo quiero aprender para la vida, el colegio me importa un bledo. También puede uno quedarse a mitad de camino y acabar trágicamente. Se puede fracasar tanto en los estudios como en la vida.

A pesar de su mal carácter, Anna escucha todo esto con una paciencia sorprendente. Mientras tanto, está pensando en cómo, más tarde, en la intimidad de su cuarto, va a deslumbrar a Hans con sus múltiples conocimientos intelectuales y también con una pieza que ejecutará brillantemente en el piano. Artillería pesada: Hans empieza a valorar el arte sin saber lo que puede llegar a significar. Que acabarán acostándose es evidente. Sophie no lo hace pero ella sí. Va a traducirle un párrafo pornográfico de Bataille y cuando empiece a babear, Dios y la libido harán el resto. Adoptará las más variadas posturas que ha visto en las películas francesas, lo que él no reconocerá porque no ha visto tales películas. Sólo

Chimpún. Ella se hará la dura pero mostrará la suficiente ternura para que él no se asuste. Observa el relieve de los fuertes músculos de Hans bajo el jersey. Juegan. No existen muchos músculos en el entorno natural de Anna. Crecen en otros lugares. Le gusta que Hans, una vez desnudo, sólo sea un cuerpo y nada más. Es una sensación completamente nueva en la que no interviene el espíritu, cuya presencia siempre es inoportuna. Incluso en la manera que tiene de agarrar las cosas, se ve hasta qué punto sabe emplear sus manos. En cuestiones manuales es una autoridad. También sabría manejar un martillo, unos clavos y una lima; se mueve en círculos completamente distintos. Esto atrae a Anna. Mientras se es joven hay que experimentar cómo funcionan las cosas en otros ambientes, puesto que lo propio ya se conoce.

La madre dice que en seguida recordará la traducción latina de lo que antes había expuesto, aquello que decía que se aprende para la vida y no para el colegio.

Dispone de un caudal de refranes y de frases hechas. Él no llegará a comprenderla y se derrumbará, y en lo sucesivo dejará en paz a su hija. En su familia la cultura es tradición y no se basa en la propia iniciativa. Es demasiado valiosa. En última instancia, lo más valioso es lo que se sabe. Lo propio siempre implica un factor de riesgo. Es preferible desecharlo. Por lo demás, tampoco desea que estos dos entren, sin vigilancia alguna, en la habitación de adolescente de Anna, que ella misma había decorado con cortinas estampadas que se dan de patadas con el carácter de su hija. En la habitación de una adolescente no debe morar una mujer, solamente una adolescente. En realidad, Anna sigue siendo una niña. Hans quiere seguir las indicaciones de la madre porque ésta le infunde respeto, pero Anna replica que se vaya a tomar por culo. Y a pesar de todo, se van. Para suavizar la grosería de Anna, Hans dice: la próxima vez traeré flores, un hermoso ramo, que puede revelar muchas cosas, agrega inmediatamente la madre de Anna. Este proletario por lo menos es educado. Las flores tienen un lenguaje propio y la madre lo conoce. Las rosas, siempre que sean rojas, significan amor; los claveles, siempre que sean rojos, simbolizan al partido socialista, y luego hay flores que pueden expresar constancia, fidelidad, confianza y tonterías semejantes. No debe uno equivocarse porque podría suponer una catástrofe para el ser querido. También se puede hablar del lenguaje de la naturaleza, que sólo se puede percibir si uno está

absolutamente callado. Puede estar o no estar dentro del ser humano; pero sólo si está dentro puede uno oírlo. Es igual de importante que los áridos conocimientos adquiridos a través de los libros, aunque éstos son imprescindibles. Hay que reparar incluso en las raíces de formas más inverosímiles, en las piedras y en las ramificaciones de los árboles que uno va encontrando por el camino y, eventualmente, recogerlas y no rechazarlas conscientemente. En lo sucesivo prestaré mayor atención al lenguaje de la naturaleza, señora Witkowski.

Anna: anda ven, ¿o quieres echar extrañas raíces aquí?, ¿no? Bueno, pues entonces. Vamos por aquí.

La madre amenaza con la figura del padre. Esto provoca en Anna una carcajada, que no es alegre. Pero si a papá le encantaría hacerlo conmigo, lo que pasa es que no se atreve.

La madre se tranquiliza a sí misma pensando que probablemente estén escuchando discos, fumando a escondidas y hablando con misterio sobre el arte. ¡Cómo podrá hablar de arte con él!

Hans experimenta una sensación desagradable porque el hecho de estar por primera vez a solas con una chica exige mucho de él, mucho más que estar rodeado de la manada de sus compañeros.

Anna observa su áspera cara en el espejo y piensa que, ahora que las cosas se están poniendo serias, preferiría ser dulce y rubia como Sophie; su aspereza exige un esfuerzo mayor por parte del otro, sólo se soporta a duras penas. Mejor será comportarse con dulzura, aunque eso es peligroso porque podrían llegar a pensar que es de esas que lo toleran todo. Como en Jean Seberg, su dureza es una manía. Le gusta Hans y está imaginando cómo es o, mejor dicho, cómo será dentro de un momento. Ya le ha visto en pantalones cortos en el polideportivo WAT y también jugando al fútbol. Completamente desnudo tiene que estar aún mejor. Es como una bestia salvaje a la que no se puede abordar con discursos sobre literatura, y eso la excita. Por muy culta que sea, en este momento no es más que un cuerpo que tiene que descender al plano de los demás cuerpos, donde es una entre muchos y no la mejor; siempre es la mejor en todo porque dispone de unas facultades intelectuales que ahora no deben entrar en juego y esto supone una pequeña tragedia para Anna. Uno se siente muy desnudo sin un intelecto y en semejantes situaciones la mujer debe prescindir de él. Anna esconde su cabeza en la estantería repleta de libros y examina a Hans que

parece estar pensando que es un animal bien formado, algo así como un lobo. Está apretando las mandíbulas (su vieja manía), un gesto que sugiere apasionamiento, excitación y, simultáneamente, soledad, como también lo sugirieron, una y otra vez, John Wayne y Brian Keith y Richard Widmark y Henry Fonda. Son los mismos métodos, sólo que mejor empleados. El esmalte dental de Hans chirría en señal de protesta ante el rudo trato que está recibiendo. Siempre se le exige demasiado. Desde fuera sus músculos deben perfilarse con un destello blanquecino; es un efecto que siempre logra ante el espejo y que nunca falla con las chicas. Se quedan impresionadas. Pero al final uno casi nunca se atreve a nada, y mucho menos la chica. Anna sabe perfectamente de qué película se trata. Ve pasar ante sus ojos la pradera, los caballos, las cabañas, los cactus y unos hombres solitarios y armados. Pero a pesar de saberlo, sigue apeteciéndole muchísimo. Es gracioso. A pesar de haberle visto el juego, quiere comprobar qué es lo que hay detrás de todo ello. Y si finalmente todo se reduce a unos tendones, a unos músculos y a una piel, también es suficiente. Basta ya de hablar. Ella tiene un cerebro que ahora quiere dejar de lado y sólo ser un cuerpo para Hans, que tampoco debería aspirar a ser más que un cuerpo.

Anna ha encontrado el párrafo de Bataille y traduce que la madre de Simón entra repentinamente en el cuarto del enfermo. Éste se baja los pantalones porque la madre le trae unos nuevos pasados por agua. Así reza el texto. Es evidente que ella no puede alejarse completamente de los libros. Al desnudarse (en el libro), lo hace con la intención de que su madre se vaya, y también con la satisfacción íntima de estar rebasando ciertos límites. Afortunadamente, aquí, en el cuarto de Anna, no está presente la madre.

Lo mismo ocurre con nosotros, prosigue Anna. En seguida estaremos rebasando los límites, es una sensación agradable, eso dice el libro. Lo haremos porque sí, simplemente por hacerlo, sin finalidad alguna, no pretendemos alcanzar nada con ello.

Hans no quiere alcanzar nada especial, ahora sólo quiere tirarse a Anna. Anna tiene un sentimiento de limitación que le dicta su intelecto, y que ha sido descrito en múltiples ocasiones, e insiste en él para experimentarlo tal y como fue descrito. Sin su intelecto, Anna no podría saber que en este momento es sólo un cuerpo y nada más.

Anna le desabrocha a Hans la camisa con movimientos nerviosos y entrecortados, porque siempre ha oído decir que hay que hacerlo con cierto nerviosismo. También Hans se pone nervioso, pero solamente porque lo que lleva debajo no está todo lo limpio que debería estar, pero en un estado de excitación uno no repara en esas cosas. Esto no quiere decir que te quiera, se apresura a decir Hans. Yo tampoco te quiero a ti, porque para esto no es necesario el amor, contesta Anna. Esto sí que es una novedad (Hans). El amor esclaviza a la gente porque se pasan el día pensando dónde podrá estar el otro o, simplemente, ¿por qué no está aquí? Eso le priva a uno de su autonomía, es espantoso. Hans piensa en la mejor manera de hacerlo y sólo entonces lo hace. Se abalanza como un lobo, un depredador hambriento, sobre la boca de Anna y la besa. Sus dientes escarban con premeditación en el interior de la boca, y asimismo su lengua. No lo hace muy bien, pero, en todo caso, es un gesto apasionado y propio de un hombre. Anna le agarra, le palpa, le estruja y le clava los dientes y las uñas. No son muy largas porque para tocar el piano debe llevarlas cortas, un fallo. Pero, en compensación, acelera el ritmo. Lo que uno se ahorra en dolor puede compensarlo con el ritmo. Tiene que doler porque la perversión es estimulante, y no esas cosas que hacen los demás. A Hans le duele lo que le está haciendo Anna y su rostro adquiere un rictus atormentado, pero recuerda que también Gary Cooper reflejaba una tortura interior en muchas escenas amorosas. Hay que aparentar que uno está actuando en contra de su voluntad, pero finalmente hay que recurrir al catre porque a uno le embarga el sentimiento. Debe abatirse sobre uno, la ola roja o, mejor, la incandescencia blanca o, mejor, la negrura del total olvido.

¿Qué tengo que hacer ahora?, se pregunta Hans a sí mismo, siempre tiene que estar ocurriendo algo, no puede haber un punto muerto, porque es difícil salvar la situación si se pierde el ritmo. Ahora tengo que arrancarte la ropa, si ella dice que no, no debo hacerle caso. Anna no sólo no le dice que no lo haga, sino que se quita ella misma la ropa porque Hans es un poco torpe. Para eso he leído a Sartre en mis ratos de ocio; todo el Ser y toda la Nada se le arremolinan en la cabeza mientras se quita las bragas. Y ahora no me sirve para nada. Ahora podría ser perfectamente una de esas que jamás ha leído otra cosa que la revista *Bravo*. Tampoco hace falta mucho más en este momento. Haber reparado en esto la distingue una vez más de todas las demás chicas. Para Hans, desafortunadamente, es una más del

montón. Y la trata en consecuencia. Como piel, carne, tendones, músculos y huesos, cosas que también tienen todas las demás; para Anna es una evidencia terrorífica darse cuenta de que cualquier otra (una chica más guapa) podría estar en su lugar y no únicamente ella, ella, Anna. Así es como se siente y le tortura la idea de estar analizando una situación que para otros sería placentera.

Oh, Hans, Hans, dice en contra de su voluntad, pero Hans lo acepta sin titubeos. Ese es su nombre, no cabe la menor duda. Aquí estoy. En persona. En seguida echarán un polvo. Y por fin se quedará tranquila, por regla general habla demasiado, casi tanto como su hermano. Hans cree que también a Sophie le empieza a crisar tanta palabrería. Seguro que prefiere los silencios de Hans, el ensimismado, a la verborrea estúpida de Rainer que sólo busca el grupo para brillar en él. Para este pollo es algo compulsivo. Corre, córrete, córrete, córrete, susurra Anna, como si éste no estuviese haciendo ya lo imposible por correrse. Pero se le encoge una y otra vez, es debido a la excitación ante este acontecimiento trascendente, es la primera vez, y es algo que le marca a uno durante mucho tiempo. Anna sigue acariciándole y le susurra palabras de amor al oído, por cierto bastante triviales, con lo ocurrente que suele ser ella, parece otra, y la razón es que en este momento no es más que una mujer y, por consiguiente, poco original. Le dice que le va a querer tanto, que es tan guapo, que para ella es muy guapo aunque no lo sea para las otras. Le mira con los ojos del amor, que tantas veces se equivocan, pero da igual. Siente algo por él, lo lleva debajo de su piel. Y no se le va. A él le bastaría con metérsela en el cono. Pero si no la tiene completamente dura entra con dificultad, qué faena. Está empezando a sudar y como las cosas no salen según sus deseos, se vuelve brutal, pero no contra sí mismo sino contra Anna.

Le dobla el espinazo, la magrea, le echa hacia atrás el cuello, que cruje, ay, que me haces daño. Sí, naturalmente, te hago daño porque soy muy fuerte y ni siquiera me doy cuenta del daño que hago. Eres tan fuerte. Por fin llega la palabra liberadora. Como movido por un resorte codificado, empieza a funcionar, y en marcha. Lo que Anna diría en situaciones semejantes sería: ¡por fin estás listo! Pero se le atasca en la garganta, tan fuerte es el fenómeno que llamamos amor, que se da en cualquier lugar, ya sea en un sembrado o en una pista de hormigón, donde se seca y acaba en el cubo de la basura. Ella misma no comprende cómo ha podido suceder. Qué

cosa. No deja de reiterar lo bonito que ha sido, y que tendrán que repetirlo con frecuencia porque a ella le ha gustado y, probablemente, a él también, y a medida que pase el tiempo será cada vez mejor, esto sólo ha sido el principio y si éste ha sido tan maravilloso, ¿cómo será el final? Más maravilloso aún. Mi amor, mi amor, dice Anna mientras abraza con fuerza a Hans, que está al borde de la asfixia, pero lo fundamental es que haya sacado la polla, y que lo haya hecho medianamente bien, después de las dificultades iniciales.

Anna experimenta una sensación de tibieza, nada más. Hans piensa en Sophie que mañana le dará la primera clase de tenis. Le da unos besitos distraídos e indiscriminados aquí y allí con su hocico. Anna confunde esto con una ternura postcoital, que no lo es, ni pretende serlo. Sólo quiere desviar su atención porque no siente ternura alguna por ella, aunque se alegra de haber podido llevarlo a cabo, por primera vez, como Dios manda. Seguramente Sophie no querrá juntarse con un hombre inexperto, ya basta con que lo sea ella. Podría ser hasta perjudicial para un deportista, para su condición física, de la que no puede prescindir ante Sophie si quiere vencerla en el plano deportivo. Anna querrá hacerlo con más frecuencia y él le dirá que se equivoca en sus cálculos. Ella no cuenta con las exigencias del deporte de competición.

Hans, Hans, Hans, dice Anna en voz baja.

Aquí estoy, así me llamo, contesta Hans riéndose de su propia gracia.

Para que también entre en juego la naturaleza, de la que uno sobresale luego como un cuerpo extraño, el grupo se va al famoso bosque de Viena, donde hay una enorme cantidad de naturaleza y poco más. Sólo excursionistas en busca de un modus vivendi más natural; en este tiempo avanza la industrialización y también avanzan los caminantes.

Los últimos jirones de niebla matinal remontan la pendiente cubierta de follaje y también ayudan a los jóvenes a alcanzar la cima donde se hallan un mirador y un café-restaurant y donde se termina abruptamente la naturaleza, porque ahí comen tartas protegidos por una luna de cristal. El sol entra oblicuamente formando conos de luz por entre los cuales uno pasa serpenteando. Hojas de árboles y materia descompuesta de diversa procedencia forman un tapiz que crepita. Lo que diferencia a este grupo de otros grupos que llevan equipos de excursionista, es que éste no lleva un equipo de excursionista, pero a cambio de eso, un cesto con un saco

cerrado. En el saco hay algo que se mueve y se queja, porque en su interior se halla un gato, al que han apresado. Durante la época de madurez de Jean Paul Sartre alguien quiso ahogar a sus gatos, y esta es la razón por la que hoy ellos quieren ahogar a este gato, aunque también tenga derecho a existir. Rainer dice que él también tiene derecho a la no existencia, igual que el gato, al que va a precipitar en la no existencia antes de que puedan contar hasta tres. El gato sospecha algo, de ahí la inquietud en el saco.

Sophie lleva un vestido deportivo de lana de la casa Adlmüller. El abrigo de entretiempo que lleva Anna está cosido a máquina por su madre, cosa que se ve a la legua. Sophie salta ágilmente por encima de raíces, pinas, ramitas y hayucos. Sophie es la que tiene que ahogarse en un arroyo del bosque de Viena, que todavía hay que encontrar. Es la única que todavía tiene que superar la prueba de valor, porque si no, no puede pertenecer al grupo. Porque si lo de los atracos sigue en pie, no puede ponerse a llorar y a gritar como una niña tonta, sino reaccionar con frialdad y sin alterarse. Al que más le interesa la participación de Sophie es a Rainer, porque crearía entre ellos un vínculo de solidaridad.

El bosque de Viena está formado, como se sabe (en realidad no se sabe, porque ¿quién lo sabe?), por numerosas colinas entre las que, como forma intermedia, se encuentran montículos menores, separados por canales por los que fluye el agua. Son manantiales burbujeantes y cristalinos, donde el caminante puede saciar su sed, si es que la tiene. Desgraciadamente, suelen llevar poca agua. Excepto en primavera, época en la que estamos. Con frecuencia puede percibirse la presencia de un pequeño animal que, en busca de alimento, hace crujir el follaje.

El grupo busca un canal que lleve más agua porque si no tardarían demasiado en ahogar al gato. Y quién sabe si el gato colaborará. Sophie tiene una larga y rubia cabellera que brilla cuando los conos de luz se enredan en ella. A la sombra es de un amarillo mate, como el latón. Rainer ha tenido que aceptar que aquí destaca menos que en el club de jazz, e incluso que en este paraje verde Hans puede parecer superior a él, y eso que nunca parece superior. En cualquier caso, Sophie está dispuesta a ahogar al gato. Anna se mantiene al margen, ocupada en ocultar que ahora a Hans y a ella les une un lazo indestructible; la indiferencia que muestran sus rasgos es fruto de un largo ensayo. Antes quiso besarla. De eso nada. De cariñitos nada, que son de adolescentes.

No obstante, al mirarle, la recorre un escalofrío; un escalofrío producido por el recuerdo del placer. Si ya el recuerdo le hace temblar de esta manera, qué ocurrirá cuando llegue el momento. ¿Qué ha sido eso?, ¿el grito de un animal?

No, son los gritos de júbilo de unos caminantes. ¡Hola! ¡Hola! Han asustado a los animales. Son mujeres y hombres gordos en una situación vital que por fin les permite hacer algo que no tenga sentido ni finalidad alguna, es decir, escalar montañas. La Sophienalpe, el Schöpfl y el Satzberg. La mayoría de las veces, en ropa deportiva con vagas reminiscencias de Estiria. Pero es gente de ciudad, lo campestre es signo de abundancia, porque ya no hay que vivir en el campo, ni tampoco en la miseria. Hasta los sombreros tirolese les sientan bien.

Esparcen restos de comida a su alrededor y destruyen su medio ambiente natural convirtiéndolo en uno artificial, una problemática que no les es familiar a Rainer y a Anna, que en la medida de lo posible quieren propagar afectación por todas partes. Sus caras pálidas y trasnochadas se ocultan tras unas gafas de sol baratas. Los dedos de Rainer, amarillos de nicotina, alcanzan con un gesto nervioso los cigarrillos, porque quiere provocar un incendio forestal. Los pájaros pían estridentemente. Las hojas se caen. Se oyen silbidos de tren en la lejanía. Es domingo.

Anna habla sobre *La noche transfigurada* de Schönberg.

En un lugar y tiempo equivocados.

Con esta magnífica luz diurna te pones a hablar de la noche y ni siquiera de una noche real, sino de una noche transcrita en música, sonríe Sophie sorprendida. Durante todo este tiempo, Hans boxea en la sombra, escenificando combates de cuadrilátero imaginarios y partidos de fútbol. No va más allá de sus narices ni del alcance de sus brazos. Está sumido en el ahora, es un individuo del presente. Ni siquiera tiene presente al gato micifú del saco, que para él forma parte del futuro. No hay que pensar en ello. Hace una demostración de cómo se hace una finta al adversario en un partido de fútbol, representando también el papel de adversario; seguro que a Sophie le parecerá formidable. Sophie disfruta del sol y del aire puro, a pesar de que puede hacerlo a diario y durante largas horas montada sobre los lomos de un caballo o en actividades semejantes. Para disfrutar de algo es preciso conocerlo previamente. Los gemelos no están en su elemento. Les silban los pulmones, carecen de la buena condición física que tiene

Hans. Demasiado alcohol y demasiados cigarrillos, se jacta Rainer que quiere abrir un debate sobre Camus para sobresalir. Sophie no quiere sobresalir sino ponerse al sol para broncearse. Hans quiere enseñarle a Sophie unas llaves de judo que le ha enseñado un amigo suyo. Poco después inician una pelea amistosa entre grandes carcajadas que a Rainer y a Anna les sienta como una patada en el estómago. Anna se apresura a asegurar que está estudiando la *Sonata* de Berg en el piano, una meta que se había propuesto y que ha alcanzado. Le cuesta mucho trabajo pero al final lo conseguirá. ¿Es eso para comer?, pregunta Hans relinchando como un caballo Lipizzaner. ¿Conoces este, o este, o este otro disco, Anna? No, porque es música poco seria, deberías aprender algo más Hans, porque si no te estancas y en tu estado actual no puedes permitírtelo porque te quedarías atrás, en la nada. Los padres de Sophie tienen un abono para la Filarmónica. A menudo Sophie acompaña a su madre. La madre es una belleza reconocida en sociedad, todos la conocen, todos la saludan, evidentemente sólo en aquellos círculos donde todo el mundo se conoce. Seguro que no tiene ninguna escala de valores, opina Rainer que sólo la conoce de vista, no tiene ninguna escala porque no la necesita. Se mueve dentro de una masa gelatinosa, transparente y estéril. Nada la ata, pero esta masa cristalina la mantiene en suspensión, sin jamás llegar a tocar el suelo. Sophie también podría acabar así, si no se evita a tiempo. Y el amor lo evitará.

Los filarmónicos sólo tocan cosas reaccionarias como Schubert, Mozart y Beethoven, dice Anna echando espumarajos por la boca. El domingo pasado, escuchando a Webern, todos se pusieron a aplaudir como imbéciles, y eso a pesar de que desprecian ese tipo de música. El público filarmónico es demasiado educado como para silbar a un Webern, saben qué lugar ocupa como compositor, uno alto, replica Sophie. Pero lo que se dice gustarles, no les gusta. La obra de Webern es una auténtica broma.

Con asombro, Hans señala a una ardilla roja. De verdad, es completamente roja. Es tan mona. Sube y baja del tronco con agilidad, tiene unos ojos muy vivos. El sol se abre paso por el cielo con esfuerzo. Las nubes del mediodía hacen acto de presencia. Ojalá que no se conviertan en densas nubes oscuras. Por fin han encontrado un arroyo mayor, que posiblemente sea el más indicado para ahogar al gato, no, posiblemente no, lo es con toda seguridad.

Venga, Sophie. Métete en el barro para acercarte lo más posible. La verdad es que casi prefiero no hacerlo, dice Sophie, porque soy amiga de los animales. Yo misma cepillo a mi caballo. Tienes que hacerlo porque si no te excluimos antes de haber entrado. Os encuentro verdaderamente infantiles, os pasáis el día haciendo el indio, ¿qué culpa tiene el gato? Eso da igual. Date prisa, tenemos que coger el autobús. Bueno. Entonces lo haré. Menos mal que he traído esparadrapo. Estoy pensando en mi yegua preferida, Tertschi, ella también es un animal. Para el futuro no nos servirá la mansedumbre, así que ya lo sabes, Sophie.

Sophie saca al gato que chilla, araña y espumajea y que acto seguido le destroza la mano, que empieza a sangrar. Ayayay, ¿no podrías haber elegido a un animal que le produjera a uno menos dolor? Sólo encontramos a este gato. ¿Quieres darte prisa?

Sophie se arrodilla con su precioso vestido en el lodo, está totalmente recubierta de él. Coge al fiel animal doméstico, acostumbrado a la compañía de los hombres, y lo sumerge en el agua, costándole mucho esfuerzo y mucha fuerza. Luego, en el agua, gruñidos, resoplidos, pataleos y sonidos guturales. Poco le falta para tener que echarse completamente sobre la bestia, me voy a mojar y acabaré con pulmonía.

Antes de que se produjera la muerte del animal, interviene Hans, cuyo comportamiento con la ardilla ya había sido bastante extraño, y arranca a Sophie del gato. El animal, empapado, sale con dificultad del arroyo y se aleja escupiendo agua. Seguramente acabará en las fauces de algún lobo, que tampoco es una muerte bonita.

Hans le da una torta a Sophie, de una de las comisuras de su boca mana un hilo de sangre. Ay. El grupo se queda parado como una sagrada familia a la que le hubiesen arrancado el techo del establo, mientras llueve torrencialmente.

Sophie se ha quedado perpleja. Algo le está ocurriendo pero aún no sabe lo que es. Espero que no esté ocurriendo nada en el interior de Sophie, piensa Rainer aterrado.

Hans, que conoce las películas auténticamente emocionantes y no aquellas que pretenden serlo y sólo logran aburrir a la gente, toma a Sophie en sus brazos y la besa, embadurnándose con la sangre de su boca. Tiene un sabor dulce. Sophie es dulce. Como algo lavado con un detergente para lana

especial, no, mejor como algo que ni siquiera necesita ser lavado porque jamás se ensucia. Angora.

Hay que robarle un beso a una muchacha con toda naturalidad, dice la canción popular y enmudece inmediatamente, asustada, porque se ha hecho realidad. Esta breve escena deja a dos satisfechos y a dos insatisfechos. En la vida siempre ocurre lo mismo, mitad y mitad, algo que establece una cierta justicia.

Tienes que alejarte de mí amedrentada, como si se tratara de un demonio. El miedo se ve en los ojos, el hambre en la constitución física y los malos tratos en la piel, aunque a veces calan más hondo. Hasta el alma, y esto también puede leerse en la mirada. Por ejemplo, una mujer que huye de su violador con la certeza de que, en esa situación, es su amo y señor. A partir de ese momento, la mirada tiene que denotar sumisión, una mímica sucesiva es inútil, esto no es una cámara cinematográfica, sólo hace fotos. Te pido concentración, Margarethe. Entra un subarrendado, imagínate la situación: contra toda previsión sorprende a su casera, que aún es joven (tú, naturalmente no lo eres), mientras ésta se está vistiendo completamente a solas. La mira de tal manera que la mujer comprende inmediatamente que le ha llegado la hora y que no puede ayudarla ni Dios. Él no tardará en ponerse manos a la obra. ¿Qué haces ahora con el trapo del polvo, Margarethe? Deja eso y enséñame de lo que eres capaz. Tienes que dejar caer la combinación muy despacito, e intenta ponerte la mano delante, pero recuerda que esta mujer siempre desatina y que se le puede ver todo.

El señor Witkowski habla una vez más a borbotones, «que desgraciadamente sólo es plata», la señora Witkowski siempre permanece callada, «y eso es oro». El señor Witkowski conoce este dicho desde la infancia y también de las casetas de prisioneros en Auschwitz, y asimismo aquella otra frase que dice que la honestidad es la cosa que más tiempo perdura. Desde que la guerra le deformó se ha hecho honesto y de eso hace ya mucho tiempo. Después de 1945 la historia se propuso volver a empezar desde el principio, también la inocencia tomó la misma determinación. Y el señor Witkowski se apoya en ella para empezar desde abajo, como lo hacen los jóvenes que tienen toda la vida por delante. Pero esta ascensión es más difícil con una sola pierna, ya que, por regla general, todo se hace más cuesta arriba cuando sólo se tiene una pierna. Y aún hay más oro que calla (tal vez para siempre): prótesis dentales, monturas de gafas, cadenas y

pulseras reservadas para ocasiones especiales, monedas, anillos, relojes, el oro permanece en silencio porque arranca del silencio y retorna al silencio. El silencio sólo produce silencio.

No me dejes tanto tiempo desnuda en este frío, que viene de tanto ahorrar calefacción, dice Margarethe Witkowski. Primero tengo que pensar cómo hago las tomas porque, desde luego, sin violencia la cosa no funciona. Dóblate de dolor, imagínate, por ejemplo, que estás siendo apaleada. Así está bien, con el tiempo aprenderás hasta tú. Si supiera que ángulo debo tomar para que entre todo en la foto. Las bragas deben colgarte flojamente a la altura de los tobillos. ¡Y ahora salte de ellas muy lentamente! Dejas a tus pies una piel, como lo haría una serpiente en época de muda, y avanzas lo más sinuosamente posible, para recibir un placer, contrario a tu voluntad, pero intenso.

La señora Witkowski lo hace como imagina que lo haría una serpiente, se desembaraza de sus bragas, pero no para recibir un intenso placer, sino alarmada por un olor que ha anidado en su pituitaria, y sale disparada a la cocina para salvar el arroz con leche que se está quemando. De esta manera rompe la débil vena artística de su marido. Justo cuando le ha llegado la inspiración, la genialidad, su prosaica mujer se la frustra. Ya es hora de que me ocupe de la cocina, es incluso demasiado tarde. Mientras tanto, su marido se entrega a recuerdos que se adentran en las llanuras polacas, y también en las rusas, que ahora propagan un comunismo incensante. Allí todavía era alguien, ¿qué es ahora? Un don Nadie, que es portero. El señor Witkowski se alegra de que el golpe del año cincuenta pudiera ser frenado. Él también fue un pequeño eslabón (aunque inactivo a causa de su invalidez) en la cadena de los que lo impidieron, previniendo infatigablemente contra las infecciones que podía causar el bacilo del comunismo. Todas las medidas de precaución eran pocas. Lo que ocurrió es que las tropas de choque comunistas recibieron, por hombre y acción, 200 chelines de los rusos, una noticia que se publicó en el periódico. Las fuerzas de ocupación occidentales salieron al paso del golpe y lo impidieron. La circulación de otros periódicos, no la de aquellos que habían informado sobre la cuestión de los 200 chelines, fue restringida, sin que interviniera el ministerio fiscal, por haber divulgado noticias falsas. El ministro del interior del partido socialista, llamado Helmer, se saltó a la ligera la libertad de prensa. Eso estaba bien porque ojos que no ven, corazón que no siente, y

todos debían permanecer tranquilos para evitar posibles conflictos. Cuando un periódico empieza a disfrazar la realidad es mejor acabar con él. Los socialistas no son el partido predilecto de los Witkoski porque no son obreros, pero esta vez han reaccionado, eso hay que admitirlo. Quizá aprendan finalmente de la historia y apoyen, desde el principio, al auténtico poder, es decir, al poder capitalista, que en realidad es el único poder porque el dinero gobierna el mundo, piensa el inválido, que no lo tiene y, consiguientemente, no gobierna nada. Pero el dinero, como es sabido, también se gobierna solo. La consecuencia es que a los que no tienen nada se les deja en la nada y a aquellos que ya tienen algo se les da un poco más, y así puede llevarse a cabo una monopolización moderna. El capital del resto de los países occidentales extiende sus generosas manos y aliena nuestra patria, al tiempo que une sus manos con las nuestras hasta formar una resistente cadena, parecida a la de un tanque. El señor Witkowski se adhiere al credo capitalista a pesar de no tener dinero, y mira desde el pasado hacia el futuro con orgullo. Con orgullo porque en otro tiempo defendió personalmente el capital y ahora es el capital el que vuelve a gobernar absolutamente y le testimonia su agradecimiento. Porque además de cobrar una pensión completa por invalidez, le han dejado trabajar como portero de noche en un hotel burgués, donde tiene la oportunidad de ver a los representantes de la clase media que, profesionalmente -durante sus viajes de negocios-, representan a la industria. De esta manera, unos representan a otros, sin saber, en cada caso, quién representa a quién. Es evidente la razón por la cual el señor Witkowski sigue representando al partido nacionalsocialista, del que sabe perfectamente quiénes lo configuran y qué es lo que representa cada cual, porque éste le hizo tan grande que se sobrepasó a sí mismo. Nadie hubiese podido ampliarlo tanto y hoy él amplía sus bellas fotos. No está pendiente únicamente de su propio bienestar, sino del bienestar del grupo al que conoce tan a fondo. Como piensa que en su tiempo libre representa a todo un grupo y no únicamente a sí mismo, se comporta en consecuencia. El sirve de ejemplo para guiar a la juventud. Así como otros en sus ratos libres representan con dignidad a sus respectivas empresas.

Cuando pasa revista a sus hijos, duda de los resultados de la educación que les ha dado. Otra gente está bien educada pero sus hijos no. En el momento de engendrarlos todavía era oficial, ¿y éste es el resultado? Niños

tan inquietantes como los suyos no existían antes. Ahora, al parecer, se ven con más frecuencia. La mujer revuelve el engrudo, lo que, en modo alguno, lo mejora.

Busca su pistola para limpiarla y engrasarla; aunque no se utilice hay que hacerlo. Hay que estar preparado. El acero pesa gélidamente en su mano. En la funda guarda sus fotos preferidas de Margarethe, la foto de ginecólogo, que habría que volver a repetir porque, mientras tanto, su experiencia de fotógrafo ha aumentado considerablemente, la foto de burdel, la foto de colegiala con delantal y férula. La funda de la pistola está en un cajón secreto del armario de la cocina que nadie conoce. Tampoco le interesa a nadie, a su hijo, desgraciadamente, lo único que le interesa es la literatura.

El ex oficial, siguiendo una determinación repentina (como oficial hay que saber tomar determinaciones), entra en la cocina porque de pronto le han entrado ganas de violar a su mujer, pero como la vaca siempre hace movimientos desmañados, se resbala sobre las baldosas y cae de bruces al suelo. Ahí se mueve de un lado a otro agitadamente, moviendo la única pierna que le queda a modo de balancín. Pero no logra ponerse en pie, por mucho que lo intente. Tampoco suele ponérsele dura, aunque en esta ocasión posiblemente lo hubiese logrado, porque está terriblemente excitado. Pero no ha podido ser. Piensa que se debe a que los estímulos, que de joven le sacudían en los territorios ocupados del Este, en la actualidad se han debilitado. A quien, como él, ha visto montañas de cadáveres desnudos, también de mujeres, le excita muy poco su propia mujer. Él, que una vez estuvo en los resortes del poder, se encoge rápidamente, cuando la forma más extrema de violencia se reduce a estrechar manos extrañas en un hotel. Los clientes asiduos le saludan con un apretón de manos o con una palmadita en el hombro, acompañando el saludo con los típicos chistes y anécdotas de representante. Él los vuelve a contar en casa para excitar a Margarethe, cuando su rabo no logra hacerlo, lo que acontece a menudo. Es un quiero y no puedo.

Pero los tiempos se reblandecen y se hacen insulsos y a la juventud actual le ocurre lo mismo. Él no sabe dónde iremos a parar; es evidente que a una tibia mediocridad, si no es a algo peor. A su hijo también le asusta esta mediocridad.

El desamparado papá sigue girando en círculo porque equivocadamente sólo bracea en una dirección y no en ambas. Además, desde hace algún tiempo le aquejan abundantes dolores reumáticos y de ciática, cuando ya de por sí la falta de su pierna le da bastante quehacer y no nadan precisamente en la abundancia. Gira sobre su propio eje e intenta ponerse de pie, lo cual sólo es posible con el patentado tirón de Margarethe, venga, arriba, ya lo hemos conseguido. Ahora ya está en pie e inmediatamente se ajusta las muletas bajo las axilas. Creyó poder prescindir de las muletas durante el estupro de Margarethe, en otros tiempos no hubiera necesitado semejantes ayudas.

Pero ratoncito, vámonos a la cama, allí estamos más cómodos. Pero la cama cede, y yo quiero taladrarte en el duro e inflexible suelo. De todos modos allí estamos más blandos, más calentitos y más cómodos, tesorito mío, además todavía me queda un sorbito de ron, ven corazón.

A Otto le duelen diversas partes del cuerpo mientras se incorpora, apoyándose sobre las muletas y lanzando la única pierna que le queda hacia delante y hacia atrás, hacia delante y hacia atrás, pero no exterioriza su dolor. Su antigua irradiación de autoridad hace que su mujer le siga también hoy. Ahora siempre estoy tan cansado, tendré que ir a que me hagan un reconocimiento. ¡Pobrecito mío, claro, tienes que hacerlo! Y en vez de aprovecharse intensamente de Margarethe, ahora que la tiene a su lado, esconde su encanecida cabeza en su pecho y tiene que llorar. Esto la conmueve mucho porque no sabe por qué y supone erróneamente que es por ella. Pobre maridito, todo se andará, susurra intentando consolarle, cosa que no logra en manera alguna. El hombre vigoroso solloza; él, que pudo con tantas cosas y que liquidó a tanta gente, ahora se siente incapaz de hacer frente a nada. Mala suerte.

Necesito tanto llorar, espero que los niños no me vean en este estado. No volverán tan pronto a casa, últimamente nunca están y no sé adonde van. Necesitan de una mano dura, yo la tengo, incluso tengo dos, aunque sólo disponga de un ejemplar de pierna.

Mi pobre Otto, Caricia, caricia, manitas y palmaditas.

Ya pasó todo, shsss, shsss, shsss.

Ahora nos tomamos un traguito, luego nos hacemos un buen cafetito y por la noche oiremos el concurso de Max Böhm. Como concursante en casa se pueden ganar valiosos premios, que seguramente algún día ganaremos.

Si no sabemos la respuesta se la preguntamos a Rainer o a Anna, los chicos aprenden tanto hoy en día. Pero seguramente nosotros también lo sabremos, para eso somos los padres. Por fin se vuelve a reír mi Otto, buen chico.

Él le dice que le sirva otro traguito, pero no con la tacañería de antes, al fin y al cabo las propinas son generosas. Aunque en el fondo humillantes. Pero las circunstancias han cambiado y lo que predomina es la ineptitud. La bebida ayuda a olvidar y es buena para los jugos gástricos, cuando la carne llega tan pocas veces a la mesa. Una vez consolado, el señor Witkowski olfatea y se deleita pensando en el café que tomará con mucho azúcar. La vida puede ofrecer cosas agradables si uno no tiene exigencias desorbitadas que, por otro lado, él podría perfectamente tener porque se las merece. Hoy, por haber llorado tanto, se le da ración doble.

Otro escenario es el Café Sport. Precisamente porque uno se sienta ahí para ver qué artista o intelectual está sentado en tal o cual sitio. Lo importante es participar y no ganar. Es como el deporte, del que ha tomado su nombre el bar. Son muchos los que ya han perdido la confianza en el arte, incluso aquellos que estaban predestinados a él. Éstos practican el arte porque no les aporta bienes materiales, el dinero no llega a ensuciarles. Pero si el arte aportara algo, gustosamente se dejarían ensuciar. Nunca jamás se dedicarían a profesiones burguesas, no porque no las dominan, sino porque al final serían las profesiones burguesas las que acabarían dominándoles a ellos y no les quedaría tiempo para el arte. Uno ya no puede realizarse estéticamente cuando un jefecillo cualquiera se realiza, a través de coches deportivos y mansiones, en detrimento del mentado artista. Si uno puede permitirse fumar cigarrillos algo mejores que los de perra chica, en seguida viene la gente a gorronear. En la mesa, a la que hoy está sentada «la sagrada cuatrinidad», se encuentran otras dos personas, entretenidas en demostrar gráficamente el teorema de Pitágoras, pero no lo consiguen. Para Rainer las matemáticas forman parte del realismo y por eso no le interesan. Si se tratara de literatura, hace tiempo que se habría inmiscuido y, con todo el derecho del mundo, habría dejado en ridículo a más de uno.

En otro lugar están sentados los griegos, cuyas cabezas casi se funden de lo mucho que las juntan para hablar de mujeres, a las que de vez en cuando se dirigen. Esta escena se desarrolla cerca del servicio de mujeres, por donde irremediabilmente éstas tienen que pasar.

Cuando se dice algo que a Rainer no le gusta, y también independientemente de ello, éste se levanta rápidamente para dirigirse pensativo a cualquier rincón, donde fija su funesta mirada hasta que Sophie o Anna vuelven por él con un gesto solemne. ¿Pero qué te pasa? Me estáis crispando los nervios, so vacas. Tengo otras preocupaciones, precisamente las que corresponden a la esfera en la que yo me muevo. Me aburrís. Anda, Rainer, por favor, vuelve a sentarte con nosotros. Realmente no comprendéis nada, con gente así no se puede pasar a la acción; todo les asusta porque son el prototipo de la mediocridad cobarde. Lo que quiere Rainer es que los demás se manchen las manos en su lugar. Los otros tienen que actuar por y para él, él se mantendrá al margen de todo mientras ellos se juegan el pellejo. Pero, sin embargo, sí aceptará su parte del dinero porque lo necesita para comprar libros. Él será quien, entre bastidores, mueva los hilos, pero actuará sin la red de las pequeñas seguridades burguesas, que arrancará a los otros de debajo de los pies para que caigan uno encima de otro y todos sobre él.

Rainer observa las colillas, los papelitos, las manchas de vino tinto y los pañuelos de papel usados (y otras cosas aún peores) que va encontrando por el suelo, en espera de que llegue el irremediable hastío, que a veces viene y a veces no. Justo en este momento, cuando estaba a punto de escribir un verso, le sobrecoge por fin el asco, y deja caer la pluma que derrama su tinta inútilmente. ¿Era o no era asco? No, más bien no. El sitio tiene el mismo aspecto burgués de siempre. Apenas se encuentra algo que le parezca más pesado, más grueso o más compacto. Pero, al igual que Sartre, ha comprendido que el pasado no existe. Y los huesos de los asesinados y también de los que murieron de forma natural, incluso de aquellos que fenecieron en sus lechos, existen por sí mismos, en la máxima independencia, no son más que un poco de fosfato, cal, sales y agua. Para Rainer, sus rostros sólo son imágenes, pura ficción. Ahora mismo siente algo con mucha fuerza, es el vacío. Pero no le confiesa a nadie que ya con anterioridad Jean Paul Sartre había sentido ese vacío, y da a entender que es el suyo propio.

Hans, quien perdió a su padre, no piensa en el fosfato, cal, sales y cosas semejantes que ahora, supuestamente, éste representa; está tarareando uno de los grandes éxitos de Elvis, pero sin letra porque viene en inglés, lengua

que no domina. En realidad no domina gran cosa. Aunque le bastaría con dominar a Sophie.

Otro escenario es el club de jazz. Rainer quiere que sean los otros los que cometan los delitos. En el intermedio que hacen los músicos, Rainer se acerca desafiante al saxo y juega con una serie de posturas que cree acertadas, aunque es probable que no saliera ni una sola nota si efectivamente fuera a soplar dentro. Le basta con que todos los presentes crean que sabe tocar el saxo. Cuando vuelven los músicos, coloca el instrumento rápidamente en su sitio para evitar que le arreen una bofetada, acusándole de haberlo dañado. Luego pide una soda con frambuesa, que es lo más barato (¡todavía no han mangado ninguna cartera!), y se pone a escribir el principio (mañana el final) de una poesía, de la que no le podrá apartar ningún agente externo, sea cual fuere. También tendrá que aceptarlo Sophie, aunque con ella será más tolerante porque es la mujer amada. El amor sólo constituye una pequeña parte de la vida de Rainer porque sabe que sólo puede ser eso, una pequeña parte, mientras que el arte es todo lo demás. En esa poesía Rainer desprecia a todos los gordos, que en sus gordas manos llevan gruesos anillos y que no tienen otra cosa en la cabeza que ganar dinero. Por cierto que nunca ha visto de cerca a ese tipo de gente. El padre de Sophie es esbelto y alámbrico. Él también es un deportista. A Rainer no le gustaría tener que despreciar al padre de la mujer que ama; qué suerte no tener que hacerlo. La imagen de gruesos anillos recubriendo manos carnosas la ha tomado del expresionismo, que hace tiempo fue perdonado y olvidado. Desprecia todo, la grasa de los excursionistas, las cariátides en frac, su madre no le expulsó de sus entrañas para eso y así lo escribe, sintiéndolo con vehemencia. Su madre se habría cuidado mucho de parirle para que se juntara con esos inútiles del polideportivo o del café Hawelka. Lo parió para que recibiera una sólida formación que él ahora desprecia.

También aquí -en una continua penumbra- lleva sus modernas gafas de sol, hechas de plexiglás y con forma de rombo, y el pelo peinado hacia la cara. Imita el peinado de César, pero no parece salido de la antigua Roma, sino de la Viena moderna, que continuamente le susurra que tiene que contribuir a la reconstrucción de su ciudad natal y a embellecerla sin cesar. Pero eso no entra en sus planes. La Viena florida es el título de un concurso literario que se celebra anualmente en el instituto y que Rainer ya ha ganado

en dos ocasiones. El premio que recibió la primera vez fue un ficus y, la segunda, un helecho que se estropeó en seguida porque su adorada madre lo regó excesivamente hasta matarlo. Los helechos necesitan poca agua, le dijo el jardinero confidencialmente al joven ganador del concurso literario. (Tuvo que compartir el tercer puesto con otros nueve alumnos de secundaria.) Pero el consejo fue desestimado. El instituto siempre organiza estas cosas para luego poder hacer alarde de ello. Las numerosas y animadas flores primaverales o de cualquier otro tipo, que hay en todas las plazas y rincones, dan un aspecto más variado y verde a esta ciudad y, además, sustituyen a los uniformes extranjeros que desaparecieron por el acuerdo internacional. Por fin. También desaparecieron los rusos, que eran los peores, aunque normalmente no hacen nada por voluntad propia, pues prefieren someter a otros, sobre todo a mujeres, a cosas terribles, cosas que es preferible callar. Eso les divierte. Ahora que se han marchado, pueden salir a la luz los nuevos nazis y también los buenos viejos, como florecillas en tiestos grises. Bienvenidos sean.

Por cierto que Rainer -ahora que estamos hablando de flores y hojas- nunca vio, entre los ganadores del concurso organizado por la junta de institutos de Viena (durante el homenaje que se les rindió), a nadie que no fuera un estudiante de secundaria, porque éstos saben expresarse y describir lo que sienten frente a un tulipán o unas lilas. Es decir, alegría y esperanza para el futuro. Si cualquier otro sintiese esa misma alegría, es probable que no supiera describirla sin cometer faltas. Éstos no hablan un lenguaje cuidado y culto, sino el suyo propio que no está reconocido. En la lengua austriaca se abre una gran brecha entre estos dos niveles de habla, que surge de la desigualdad que reina entre la gente y que siempre reinará, no la gente, sino la desigualdad. Basta que uno hable del pasado común para que el otro deje de entenderle. Esto también les ocurre a Hans y a Rainer. Hans es torpe y Rainer se expresa con soltura.

Ya entonces reconocieron las aptitudes literarias de Rainer y hoy éste quiere dedicarse a ellas profesionalmente. Si esto llegara a suceder, su profesión sería al mismo tiempo su *hobby*, lo que sería una situación francamente excepcional, aunque existen muchos que presumen gozar de este privilegio. Pero, en la mayoría de los casos, no es verdad. Cuando un electricista o un carnicero dicen de sí mismos que su profesión es al mismo tiempo su *hobby*, seguro que no es verdad. Tampoco se lo cree uno de un

tranviario o de un albañil. Si, en cambio, un médico dijese que su *hobby* es curar y ayudar, podría uno incluso llegar a creérselo. Curar y ayudar puede ser una diversión en los ratos de ocio y, paralelamente, también una profesión. *Hobby* es un barbarismo reciente que se ha adoptado rápidamente. Los americanos se han ido, su lengua se ha quedado, ¡hurra!

Rainer advierte con desagrado que en este momento el gañán, es decir Hans, no es su instrumento, sino el instrumento de los músicos de jazz. Va de un lado a otro, juntando servicialmente todos los atriles, envolviendo los contrabajos en fundas de tela de vela, abriendo y cerrando alternativamente el piano, dependiendo de las indicaciones que en ese momento le den, agrupando las partituras con arreglos y, como si estuviese acatando una orden, volviendo a separarlas, subiendo y bajando sillas, haciéndolas chirriar en el suelo y volviendo a deshacer todo lo que minutos antes había hecho, y solamente porque uno de ellos le dice que ha hecho algo mal, va y pregunta, ¿cuánto tiempo se tarda en aprender a tocar la flauta, el saxo, el trombón, el bajo, etc.? Seguro que lo que más tiempo se tarda en aprender es el piano y, para ser sincero, también eso que quiere terminar Rainer. ¡Posiblemente a mí también me gustaría aprender algo así! Tiene que ser bonito saber tocar un instrumento. A lo mejor más bonito aún que ser profesor de gimnasia o licenciado. Cuando acabe la actuación con el número de Chattanooga Choo Choo, se prestará, junto con otros voluntarios descerebrados, a cargar los pesados bultos hasta la salida, donde otro imbécil pondrá su coche a disposición para el transporte de los instrumentos, y para poder figurar, aunque tan sólo sea una única vez, y figurar implica todo (véase más arriba), porque las ganancias no lo son todo. Y todavía quedan muchas preguntas sin contestar: ¿es difícil?, ¿cuánto se tarda en aprender a leer las notas?, ¿cómo se afina correctamente un violín?, ¿a dónde hay que ir si uno quiere aprender a tocar un instrumento con seriedad? Mañana mismo me apunto voluntariamente. Lo que se hace con placer se hace voluntariamente. El oficio de instalador de alta tensión es un deber del que hay que desembarazarse.

¡Esto se acabó! A Rainer se le han disparado las ideas y arremete contra Hans. En este momento sus pensamientos son los siguientes: ¡me cago en vosotros, con vuestros paquetes de merienda y vuestras enormes barrigas!, ¡yo soy tan gigantesco que ando por el techo, me podéis ver todos perfectamente, sí yo soy aquel! En esto le arranca de las manos al lacayo de

Hans la caja del clarinete, que éste estaba dispuesto a cargar, y se la estampa contra la cabeza, haciéndola retumbar, mientras el instrumento de viento gimotea en el interior. El músico afectado le dice: ¿tú estás tonto o qué?

La expresión de la cara de Rainer (opaca e inalterable) no la entiende el clarinetista -que ensaya en sus ratos de ocio porque en realidad es estudiante de derecho- y por lo tanto la ignora. ¡Si supiera lo que Rainer está pensando de él! Rainer piensa: me gustaría atravesarle el cuello con un gancho de carnicero. Esto no podría llegar a sospecharlo el hijo del farmacéutico y, por consiguiente, no muestra ningún temor, pero Rainer está orgulloso de tener pensamientos tan brutales. Y rápidamente pasará a la acción, pero primero vuelve a su mesa para planearlo con seriedad y sofisticación. No puedo repetirlo todo cuatro veces y esto también te afecta a ti, Anna, aunque sólo te haya informado a grandes rasgos, como hermana mía que eres. A Sophie la informaré como a la mujer a la que amo y a Hans como a la mano ejecutora, suponiendo, claro está, que entienda de lo que se trata, algo de lo que todavía no estoy muy seguro. ¡Anna!, ¿vienes o no? Pero Anna no va en seguida porque, advirtiendo la excepcional oportunidad, se ha sentado al piano para ejecutar con indolencia el *Estudio* para teclas negras de Chopin, con indolencia, aunque el hecho de que pueda salir algo semejante denota mucha práctica casera. Y cuando ya se disponía a interpretar algo del Clave Bien Temperado, la interrumpe el pianista de jazz (estudiante de medicina) y le dice: lo siento, nena, pero no has acertado. Mejor te vuelves a casita con mamá y sigues practicando allí obedientemente, pero aquí no, hay demasiado ambiente. Esto no es un conservatorio de música, aquí se viene cuando se ha terminado la carrera con éxito o si uno es autodidacta. Pero si quieres que te enseñe algo, ratita, te lo enseñaré con mucho gusto cuando te hayan crecido las tetas. Para la madre de Anna es totalmente inaceptable que uno pueda aprender algo por sí mismo. Uno tiene que seguir a los doctos en la materia, si no, no vale.

Anna se ha quedado fría porque se acaba de enterar de que posiblemente no esté del todo preparada y tenga que formarse aún más, que es algo que rechaza de plano. Ha alcanzado el punto final y ya no tiene nada que perder. La enloquece la idea de que aún le puedan esperar más cosas cuando creía que ya lo había visto todo. Le entran ganas de matar. Ya no puede haber nada más, excepto la nada absoluta, que no se rige por

preceptos morales, por los que seguramente se rige este estudiante, aunque sepa hablarle a una mujer con rudeza. Al pasar tira una jarra de cerveza a medio terminar y ¡zas!, el contenido se vacía sobre los vaqueros nuevos del joven y sabiondo universitario; ahora tendrá que lavarlos y se desgastarán un poquito, lo que indudablemente pesará sobre el bolsillo del estudiante. Bien.

Rainer se dirige a Sophie, que está bebiendo una limonada, y le dice que deje de decir necedades y que le escuche; en realidad Sophie no estaba diciendo nada. Hans piensa que ya que ella no quiere escuchar, será mejor que le sienta a él. Sophie no quiere escuchar sino observar cómo Hans levanta objetos pesados y todavía más pesados, con la mayor ligereza. En su tronco no hay ni una sola parte blanda, pero ojalá que las tenga en su interior. En comparación, el tronco de Rainer se asemeja al de una gallina, una gallina que, además, hace mucho que no ha comido ni ha visto un rayo de sol. Por otro lado, también es verdad que sabe emitir algo más que un simple cacareo.

Hans se arroja sobre un sillón y empieza a describir a grandes rasgos - los detalles tendrán que evidenciarse más adelante- sus futuros estudios de música, a través de los cuales podrá encontrar gente, alegría y relajación y, quién sabe, quizá, hasta la fama. Cállate, dice Rainer. Pero todavía tiene que agregar que su madre le cripa los nervios con sus estúpidos sobres y su antigua participación en la sección juvenil del partido, y quizá pueda distanciarme de todo eso por la vía musical. Rainer dice que le va a dar una patada en la boca. Sophie le dice, como arrastrándose, hombre déjalo en paz.

Anna: Hans, podrías aburrir hasta al monumento de Goethe en el Ring.

Sophie: No seas tan arrogante.

Hans: ¿Te has dado cuenta, Anna? Cuando una mujer quiere a un hombre y no sabe cómo demostrarlo, o no quiere demostrarlo, entonces le defiende ante todo el mundo. De este modo se aclaran, en contra de su voluntad, sus propios sentimientos. Esto lo ha visto con mucha frecuencia en las películas. Anna le coloca la mano entre las piernas, donde no está del todo mal. ¿Qué, ya estáis otra vez manos a la obra?, pregunta Sophie airada. Hans aparta la mano no deseada -aunque de vez en cuando todavía la puede necesitar- de su entrepierna y se avergüenza. Sophie no debe saberlo, pero sí intuirlo y también desearlo. Por un lado Anna le quiere castigar, pero por

el otro tiene miedo a que ya no quiera hacerlo con ella, con lo bien que lo hace.

Hans es asunto mío y no tienes por qué defenderle; él sabe defenderse sólo, yo le digo cómo. Además, me da igual (lo que, evidentemente, no es verdad). Hans sabe que a veces puede parecer que una mujer protege a un hombre en contra de su voluntad, pero, en realidad, lo hace porque es más fuerte que su voluntad. La debilidad vence a la dureza. Sophie no parece estar atravesando una lucha interior y se pide un ron con coca-cola. Esto es demasiado caro para los gemelos y cuando llega el camarero miran en otra dirección, a lo que éste ya está acostumbrado. Hans se pide algo todavía más caro; si su madre se enterase, daría vueltas sobre el viejo sillón de la cocina. Son las misteriosas horas extra.

Anna dice que en la naturaleza el débil se somete al fuerte, como, por ejemplo, los juncos al viento del Norte, o como el silencio al bosque.

Rainer: entonces será un asalto con intento de robo.

Hans: Oye, que yo no estoy loco. No sabéis de lo que estáis hablando. Es una locura.

Rainer: ¿Una locura? Esas categorías no existen para mí, todo es sano salvo la fruta y la verdura. La locura también se ha puesto de moda en el arte y se manifiesta en el arte de los locos y pronto habrá artistas que se inflijan heridas a sí mismos y esos serán los artistas más modernos que existan. Por ejemplo, uno que cruza gravemente herido la calle y le muestra al inspector de policía sus heridas como si fuesen una obra de arte; éste no lo entiende y el abismo que hay entre él y el artista, que a la vez es su propia obra de arte, se abre aún más y se hace infranqueable. Someterse a algo que uno no ha proclamado personalmente, no sirve para nada, es una cita. El hombre tiene que liberarse de las absurdas limitaciones impuestas por lo que se supone que es la realidad actual y la perspectiva de una realidad futura, que apenas tiene valor. Cita: cada minuto entero alberga en su interior el declive de una historia claudicante y quebrantada. Final de la cita.

¡Bah!, dice Hans mientras sorbe sus bebidas. Esa es una de las pocas profesiones que no me gustaría ejercer, ni policía ni artista, salvo quizá instrumentalista. También apartará a la mujer a la que quiere (Sophie) de todo lo que sea desagradable y sólo permitirá a Beethoven y a Mozart, después de un examen exhaustivo.

Anna agudiza su oído porque en el nombre de Sophie percibe un matiz amoroso que le disgusta. Es una mierda que por una ley natural uno desprecie lo que ya tiene y ansíe lo imposible; en realidad ella querría encarnar ese imposible, pero desgraciadamente es el papel que ya representa Sophie. Mierda. Mierda. Si por ella fuese, Sophie podría pudrirse; Sophie lo advierte y arquea las cejas.

Rainer pregunta a Sophie si no cree que uno de los mayores deseos de Hans debería ser el de la originalidad, ya que sus pensamientos son tan poco originales. ¿No te parece? Anna dice que todas las frases de Hans las habrán dicho otros, de la misma manera, por lo menos un millar de veces. ¿Qué lugar ocupa Anna en este amor, el de timonel o el de timón? Ya se verá. Podría ser incluso en las próximas décimas de segundo porque ha vuelto a palpar los muslos de Hans que, hasta cierto punto, considera de su propiedad. Pero el muslo en cuestión se aparta; eso no debe hacerse en público, y menos aún en presencia de Sophie; y así la titubeante y amorosa mano de mujer acaba adherida a un viejo chicle desechado. Ella está pegada a él con la misma intensidad con la que está pegada al amor.

Hans está en contra de la violencia por principio, algo que sólo es verosímil en alguien que dispone de una enorme fuerza física y, por tanto, no tiene por qué emplearla. Se ha comprado un libro de Stefan Zweig, un autor importante, que le ha gustado mucho; no obstante, tiene que hacer algunas preguntas porque se trata de un tipo de literatura complicada. ¿Sophie, podrías darme algún dato acerca de este libro? Rainer dice que Sophie podría dárselo, pero que va a hacerlo él porque es el entendido en la materia y no Sophie. Además, Sophie entiende exclusivamente de su propia literatura (la de Rainer), en la que tiene que concentrarse las veinticuatro horas del día. Está bien que Hans empiece con las cosas sencillas. Pero Hans replica que Stefan Zweig se incluye dentro de las cosas más difíciles que existen. Rainer dice que la relación espiritual entre él y Sophie es mucho más fuerte y duradera que cualquier relación corporal, que además no existe. Una unión intelectual puede durar una vida entera, mientras que una corporal, en el mejor de los casos, tan sólo un par de semanas. En este momento estamos leyendo juntos *El extranjero* de Camus. Al héroe del libro no le importa nada, igual que a mí. Sabe que nada es realmente importante y que sólo tiene la certeza de que le está esperando la muerte. Tú tienes que llegar a ese punto, Hans, donde nada te importe y nada tenga

importancia. Pero por el momento, y para que tengas algún fundamento, todo debe parecerte importante.

Los atracos serán una experiencia fortísima y luego los podríamos discutir.

Hans quiere salvar a Sophie de sí misma y darle su apoyo. Sophie dice que no necesita ningún apoyo. Rainer dice que él elige conscientemente no tener apoyos y que por eso es tan fuerte, precisamente porque nada le preocupa. Hans dice que a él sí le preocupa un ascenso profesional.

Anna: Lo mejor que puedes hacer es pensar que no existe otra persona excepto tú. De esta manera te ahorras las comparaciones con otros y sólo te comparas contigo mismo. Así lo hago yo, por ejemplo.

La mano de Anna se encamina ya por tercera vez, y ahora pegajosa de chicle, y Hans, que se siente halagado, la deja estar. Mejor pájaro en mano de Anna que ciento volando sobre el tejado de Sophie. Rainer piensa en la mejor manera de incitar a los otros sin él ensuciarse demasiado las manos. En primer lugar necesitará de un emplazamiento más elevado, por aquello de la perspectiva, y éste se encuentra en la Hohe Warte que es mejor que el del monumento a Ehsabeth en el Volksgarten. Ya que existe la naturaleza de jefe y todas las demás, prefiere ser el carnero dirigente antes que el cordero propiciatorio, eso está claro.

Hans mueve su cabeza, oriunda del Burgenland, en un sentido y luego en el otro, para ver si aún quedan mujeres bonitas que él no conozca. No hay ninguna y si la hubiera seguro que no querría conocerle. Esperad a que me ponga mi jersey nuevo, seguro que me rodearéis todas para..., él ya sabe para qué. Le guiña un ojo a una negra, acompañada por un pequeño mulato, de tal manera que uno podría pensar que padece de la vista, Pero en realidad ve muy bien, sobre todo cuando alguna belleza pasa a su lado. Entonces piensa que le pertenece. Los hombres querrían tener a todas las mujeres del mundo; las mujeres sólo al hombre que aman y al que serán fieles. Anna se lleva inmediatamente a Hans para poder estar a solas con él. Se ha dado cuenta de que este chico significa mucho para ella. En su espontánea despreocupación, Hans se ha dado cuenta de que él significa mucho para esta chica, probablemente porque en los últimos tiempos ha leído muchos libros buenos y con ello ha logrado que ella le aceptara. Anna es un ejercicio previo a Sophie. Anna se cuelga de Hans, precisamente porque él ha leído menos libros que los demás, porque es más cuerpo que

otra cosa y porque ella es todo sentimiento, hasta tal punto, que ha dejado de oír y de ver. Los dos esconden un desorden sentimental, que es propio de los jóvenes que todavía no se han encontrado a sí mismos ni su lugar dentro de la economía moderna. Aunque Hans ya ocupa un lugar desde hace tiempo. Este lugar se encuentra junto a una conducción eléctrica y es preciso cambiarlo.

Fuera, en la clara y fresca luz del día, que pronto se abandonará para acomodarse en la oscuridad de un cuarto poco saludable, Hans juega animadamente con unos papeles y demás basuras, como si se tratara de balones de fútbol, driblando y regateando a uno o varios adversarios. Anna procura seguirle el ritmo con agilidad, elasticidad y vivacidad pero resulta algo pesado, duro y torpe. La luz no pertenece a los dominios de Anna, tampoco la naturaleza, solamente lo artificial. Ahí se siente florecer, pero aquí sólo existe la luz primaveral, el polvo, los tubos de escape y el aire de Viena.

Hans hace un comentario acerca de la piel de Sophie que siempre está saludablemente bronceada, se nota que está acostumbrada al aire puro. Es producto del sol y del viento. Está limpia y su pelo rubio también está limpio y sedoso; el tuyo está a veces tan grasiento que te cuelga en mechones, que rozan algo que, sólo con dificultad, se reconoce como tus hombros,

delgado chasis de huesos. Una percha con ropa. Aunque, de alguna manera, también resulta elegante. Eres justo lo indicado para un hombre que ha desarrollado un talento deportivo y que ahora quiere descubrir sus aptitudes espirituales. ¿No te gustaría aprender a jugar al tenis? No, prefiero practicar la sonata de Berg, que supone un reto para cualquier pianista joven. Te vendría mejor escalar montañas que tocar sonatas, ja, ja, ja. Para que no vuelas tan alto.

Menos mal que los viejos no están en casa. También hay que saber agradecer las pequeñeces. Anna desabrocha la camisa de Hans para ver lo que hay detrás. Nada nuevo, más bien lo de siempre, un pecho musculoso y sin vello y una piel tersa y bonita que se deja tocar. Desde luego hoy te mueres de ganas, nena, esto está bien. Anna hince sus dientes de vampiro en diferentes puntos del cuerpo de Hans. Ay, responde éste, no dispongo de mucho tiempo para comer, así que vamos a dejar los preliminares, como dijiste que se llamaban, y te la meto en seguida. Pronto habrá terminado

todo. Para Sophie habría elegido un prado con olor a heno, o una calurosa playa al borde de un caluroso mar, o un refugio de esquiadores recubierto de pieles, pero sólo está con Anna y, además, en un piso de un edificio viejo y destartado. Sophie es rubia, Anna morena, uno a cero para Sophie. Y este ha de ser el resultado final, uno a cero para Sophie.

Te deseo tanto, te deseo tanto, me gusta tanto lo que me haces, susurra Anna. ¿Te gusta, verdad que sí, Anna?, pregunta Hans entre dientes, en seguida me voy a correr, así que ya sabes, estate preparada, que me corro, ¡ya he terminado!

Anna jadea y tose por falta de aliento, el amor la ha agarrado con una fuerza terrible, siempre lo hace, no logra salirse de sus malos hábitos, viene tanto si se quiere como si no se quiere. Anna no quiere correrse pero desgraciadamente tiene que hacerlo.

Anna le dice a Hans que tenga en cuenta que no es fácil encontrar a una mujer como ella, que teóricamente sepa lo que sabe ella porque simplemente no las hay, y menos aún en el radio de acción de Hans. Ninguna otra podría entender lo que le sucede contigo, yo, sin embargo, lo entiendo, esa es mi ventaja, por eso tienes que tratarme con cuidado, porque mi sensibilidad sufre mucho más con los defectos del mundo que la de cualquier otra. Quiéreme, Hans, ¿lo harás, verdad? por favor, por favor. Una mujer como yo no suele pedir las cosas, pero si lo hace una vez, hay que darle lo que pide porque ha sabido tragarse su orgullo.

Ya ha cedido mi tensión y tengo que volver a mi puesto de trabajo antes de que adviertan mi ausencia.

Anna besa a Hans con amor. Lo hace con un ruido excesivo que incomoda a Hans. Se aparta de Anna y se pone sus pantalones de trabajo y su camisa de cuadros. Encima de la mesa está el segundo bocadillo de queso y un botellín de cerveza que son imprescindibles para reponerse. Sobre la cama está la mujer que a continuación le ayuda a uno a recomponerse. Hay que querer mucho a una persona cuando ésta puede comerse un bocadillo de queso justo antes del acto. Anna quiere tanto a Hans que ni siquiera había reparado en el primer bocadillo de queso, igual que una madre que ha dejado de percibir el olor a mierda de su bebé.

Hans dice que no cree que en este caso se pueda hablar de amor, porque el amor todavía le está esperando y porque se parece más a Sophie... que, además, lo es. Mucho después de haberse perdido sus pasos por las

escaleras, Anna sigue viéndole, igual que una vaca que ve pasar un tren expreso, y sabe que el amor se parece a él y que no es que sea feo pero sí, de alguna manera, desagradable. Porque él ignora lo que ha encontrado en ella, porque es lo mejor que le ha podido ocurrir, en realidad, casi demasiado bueno. Desafortunadamente, él persigue una dicha lejana cuando la tiene tan cerca, en la vida lo bueno suele estar cerca. Pero él tiene que dar rienda suelta a su fantasía. Desagradable para ella, pero no para él.

Árboles de distintas especies se estremecen contra el cielo nocturno, sacudidos por el viento. Parece como si los sacudieran unos ganchos de hierro invisibles, pero este cuadro de aparente desorden, que en realidad es orden, lo ha creado el jardinero, que quiso agruparlos así intencionadamente. Gimen y suban como si estuvieran en peligro sus vidas, pero nadie les hace nada excepto el viento. En el jardín de Sophie están definitivamente a salvo de cualquier desperfecto. La impresión que crean es íntima y artística; es la misma que quiere producir Rainer, quien se encuentra agachado al pie de un árbol cualquiera, maltratando la lengua alemana, como suele decirle su profesora de alemán, pero sus redacciones son ante todo originales y, con frecuencia, rompen con los convencionalismos. Además de su hermana, sólo le entiende Sophie, nadie más. Con violencia da golpes repetidos contra un pino porque no se acuerda de una determinada palabra, no quiere venirle a la cabeza, pero al golpear al inocente pino por quinta vez consecutiva, de pronto la recuerda, naturalmente es «muerte» y esto crea un ambiente lúgubre en su derredor. Siempre piensa en la muerte e intenta acompañar este pensamiento con la expresión de rostro pertinente. En el ámbito francés es una mujer y aparece en Cocteau, en el ámbito alemán es un hombre y aparece en su propia obra. Una de sus poesías se encuentra en estado de gestación, que suele ser doloroso y a veces no concluye porque el poeta se ha rendido antes de tiempo. Tiene muy poca paciencia porque la creación de un poema está ligada al dolor y, además, consume mucho tiempo, algo de lo que un artista no suele disponer porque, además de su poesía, tiene que hacer otras cosas que continuamente le precipitan a ir hacia adelante.

Sophie no se precipita como el viento, sino que se desliza como la cuchilla de una bota de patinar sobre una superficie de hielo espejeante. Su razón está fundamentada sobre su finca y sus terrenos y no necesita ninguna razón especial para pasearse por ellos; los cubre un césped inglés saturado

de aspersores de agua y de flores exóticas. Un espectro blanco surge de la nada y se revela como Sophie en persona y Rainer espera que no vuelva a perderse en la nada con demasiada rapidez, ya que la necesita para inspirarse. Se ha quedado parado en el estanque donde la muerte deposita un gorrito de marinero sobre la cara del niño muerto. Esto recuerda a Trakl, pero sólo vagamente. Prueba con la violencia, para encubrir su debilidad frente a ella, y le ordena que se siente sobre su propio césped. Esto es algo que ella debería decirle a él porque, por regla general, el anfitrión suele ser el propietario. No obstante, ella se sienta.

En la casa se ha reunido un grupo de gente, que conversa envuelta en fragantes vestidos embrocados y trajes de etiqueta. Es gente emprendedora que, como se desprende de la propia palabra, emprende muchas cosas. A veces también toleran alguna broma. Emprenden cosas como jugar al golf o montar a caballo en la Krieau. Apenas puede percibirse la débil melodía de un fox-trot que hace girar las manchas de mujer color pastel de un lado a otro. Unas veces se deslizan grácilmente, otras despejan los espacios como palas de una excavadora y los criados que traen las bandejas se ven obligados a ponerse a salvo; si son honrados y diligentes tienen asegurado su puesto en esta casa. Los vestidos son preciosos, se regocija uno con sólo verlos, aunque sea desde la distancia, en la que en este momento se encuentra Rainer. Dice que no tiene interés en pasar al interior porque las estructuras sociales se comprenden mejor desde fuera, porque se ve el cuadro con más detalle. Pero semejantes estructuras no tienen cabida en la literatura, porque ya existen y no tienen que ser inventadas, que es algo de lo que se ocupa exclusivamente la poesía. Las manchas de color y las cabezas de sus portadoras destacan como enormes manchas de color -como otra cosa simplemente no se reconocen- sobre el fondo cristalino. Y sus joyas brillan como la espuma de las olas. Rainer observa todo esto desde su sitio, que naturalmente no es la calle sino el parque. Aunque tampoco este lugar le resulta muy familiar porque está acostumbrado a los espacios interiores, que le protegen cuidadosamente de los ruidos y de los movimientos de esta calle en particular. No es el hastío, sino los muebles de estilo que hay en el cuarto de adolescente de Sophie. Y digo adolescente porque lo siento así, porque todavía no eres una mujer, Sophie, aunque será algo grandioso cuando lo seas, ayudada, naturalmente, por mí. Será una

explosión pero sin impurezas, como suele serlo entre personas normales, si el marido es un burro y la mujer no tan bella.

Sophie nunca ha pensado que con un cuerpo se pudiera hacer otra cosa que no fuera deporte, nunca se le había pasado por la cabeza (nunca se le había ocurrido). Quizá haya algo más que yo no conozca pero ¿qué podría ser? Realmente no se me ocurre nada, pero seguro que es innecesario porque a mí no me falta nada, no necesito nada, y por eso no se hace aunque, en honor a la verdad, con frecuencia ella misma lleva a cabo lo innecesario. De la pared de su cuarto cuelgan fotos enmarcadas: Sophie a los tres años, a los cuatro llevando bonitos y elegantes vestidos en una de sus fincas, o delante de una de las grandes mansiones de St. Moritz. La impresión es terriblemente estética y Sophie mira estas fotos con placer porque de ellas emana una armonía que ahora ha perdido, no sabe dónde, pero tampoco la busca, porque en los últimos tiempos tiene una ligera necesidad de suciedad, que es precisamente todo lo contrario. Pero hasta la suciedad la lleva con estilo, porque todo lo que hace Sophie, lo hace con estilo. Las cosas, si se hacen, se hacen bien. En contraste con ella, está el cerdo de Rainer que sólo produce mierda, de la que también quiere deshacerse hablando ininterrumpidamente de ella, hasta convertir la mierda en oro. Así ésta pierde sus propiedades. Pero transformada en oro tampoco tiene ya el mismo valor. ¿Por qué no revolcarse en ella y abandonar de manera consciente la transformación literaria? Basta con que uno sepa que es mierda, ¿tiene que enterarse todo el mundo? ¿Es posible que a Rainer le interese más la descripción de la suciedad que la suciedad misma? Hastío. Delante del enorme portal de hierro, heredado de una enorme fortuna, la madre de Sophie surge del suelo como una llama de vela que fuera encendida súbitamente; en seguida se abalanza sobre ella una enorme cantidad de gente que con sus débiles garras llaman a las puertas de su capital, pero no reciben respuesta y se vuelven a marchar con las manos vacías. Pero no es cierto, como pudiera sospecharse, que esta madre no haga absolutamente nada porque además de madre es una científica estupenda y encima guapa, que se realiza con su trabajo; unos se realizan más que otros, ella, desde luego, más. No basta con quedarse todo el día en casa, además hay que hacerse científica. Es como un cuadro de Klint transportado por la locomotora de un tren rápido, de la oscuridad a la luz. Su silueta, de un azul pálido, no fue ideada en ningún momento para servir

de monumento recordatorio de todos aquellos que durante la época nazi murieron por las fundiciones de acero de su propiedad, sino que se concibió para que un observador imparcial pudiera admirar su belleza; aunque se tengan reservas, hay que saber valorar una belleza cuando se la tiene delante, independientemente de quien se trate. La madre le dice a Sophie que entre en casa, para evitar un resfriado, y porque quieren verla varios invitados. Tu amigo puede pasar a la cocina y comerse el helado de frambuesa casero, aunque coma mucho, sigue habiendo suficiente. No puedes comprar mi amor, mamá. Acto seguido la madre entra en casa, se tira sobre la cama, le da un ataque histérico y se pone a gritar como un animal, víctima de los estertores de la muerte; varias personas lo intentan pero no consiguen amortiguar el ataque, hasta que finalmente un profesor de medicina, presente entre los invitados, le administra un medicamento para que pueda dormir. No le importan nada sus invitados, ella se suicida ahí mismo si su única hija no la quiere. Cuando el mando entra a preguntar cómo se encuentra, le escupe y le echa porque proviene de una familia relativamente pobre y ha estudiado ingeniería, una carrera que costó muchos sacrificios a sus padres. Pero los sacrificios forman parte del pasado y también los padres, sólo queda una mujer que solloza.

Sophie hace una pequeña reverencia y se pavonea con su falda de tul blanca. El tul crepita suavemente como si estuvieran ardiendo minúsculas virutas de madera. Con los pequeños soplos de aire se levanta ligeramente porque para el viento es una buena superficie de ataque, cosa que Sophie rara vez suele ser. Cuando la tela se levanta pueden verse las delgadas piernas de Sophie, envueltas en unas medias finísimas, que son tanto más caras si se tiene en cuenta la facilidad con que se pueden romper. Pensar en la permanencia en presencia de este resplandor mate, es la perversión misma, y Rainer intenta dejar de pensar en ello porque reflejar la fugacidad de su propia lírica ya es suficiente trabajo. Produce pocas satisfacciones pensar en ello, porque después muchas generaciones habrán de leer su poesía con detenimiento. Aunque es posible que no lo hagan porque probablemente no lleguen a conocerla. Sophie recoge, pensativa (espero que ella sí piense en estas poesías, pero no, evidentemente no) una ramita puntiaguda del suelo y hace un agujero en el nylon de una de sus medias, hurga un poco en él y ¡zas!, todos los puntos se deshacen a una velocidad extrema, tan fina es la media que casi ni se percibe, pero se sabe que donde

antes había media ya no queda nada. Es como si se hubiese desintegrado. El hecho de que su pelo brille tanto es debido a los cien golpes de cepillo. Es tan necesario para su cuidado diario como la mantequilla lo es para el bocadillo, a no ser que en casa uno tenga que sustituirla por margarina. Sophie ha destrozado su media derecha íntegramente, no sé si estoy a tiempo de pedirle un par para Anna, ya que es capaz de estropearlas con tanta saña y dejarlas inservibles, pero no, todo antes que pedir. Ahora voy a entrar, después de todo, tendremos que prescindir una vez más de la compañía de mamá por el resto de la noche. Si quieren oír una de mis poesías (también Sophie escribe cosas semejantes pero con menos ganas), les leeré en francés uno de los pasajes guarros de Sade o de Bataille, cosa que no les chocará sino que les divertirá. No como Schwarzenfels, que el otro día en el club insultó soezmente a sus compañeros de juego y rompió varios vasos. Se lanzó, completamente uniformado, sobre la mesa, todo tintineaba y castañeteaba. El incidente se pasó por alto, aunque fue de mala educación, Schwarzenfels es un *enfant* terrible, eso no se puede remediar. Se emborracha y se pone grosero, tan sencillo como eso. Es un cerdo. Conduce un Porsche, que a Rainer le gustaría tener pero no así la inteligencia del propietario, que considera muy inferior a la suya.

Sin embargo, ahora Rainer tampoco demuestra tener mucho más seso que él porque intenta meter su sucia cabeza entre las piernas de Sophie. Pero no lo logra. Con un ágil paso lateral, la chica -que ya lleva algún tiempo de pie- golpea su cabeza contra el sorprendido pino; lo hizo intencionadamente y por eso el golpe fue más duro de lo necesario. Te quiero, Sophie, con lo que quiero decir que ya nada me importa excepto tú. Sólo por ti se contraen de dolor mis músculos faciales. Pero el dolor sólo es el principio porque ahora voy a besarte violentamente y ese será el punto culminante. Está bien que casualmente seas blanda, Sophie, y yo duro, porque los opuestos se atraen. Nos atraemos mucho mutuamente y no lo podemos remediar. Una nueva ráfaga de viento hace que los abedules giman y también los dos sauces que están a una buena distancia el uno del otro. Habiendo sido interrumpido su sueño, un pájaro emprende su vuelo gritando. En un parque público se carece de tranquilidad y ahora tampoco logra uno encontrarla aquí. La luna alocada galopa apresuradamente por el cielo, pero en realidad sólo son las nubes las que galopan. Rainer contempla la luna y dice algo sobre ella, tiene que ser una imagen que todavía no se le

haya ocurrido a nadie, porque si no, podría decir simplemente que la luna es como un disco plateado que cuelga del cielo, o algo así. Sophie dice que el éxtasis amoroso no es otra cosa que la satisfacción del propio orgullo (Musil). Rainer dice que sólo es orgulloso como artista y entonces en grado sumo, pero que, por lo demás, ha terminado con todo en la vida; su vida está desecha porque él se mantiene al margen de la sociedad y de sus normas. Su amor está completamente libre de todo menos de amor. Cuando destapa la parte delantera del vestido de Sophie, profundamente escotado, y observa sus pechos, se da cuenta de que está parado sobre la hierba mojada y supone que mañana seguramente estará resfriado. Las suelas de sus *clippers* americanos han sido reparadas demasiadas veces con cartón, y el cartón no es demasiado consistente, se ablanda; tan poco consistente como los deseos de Rainer, que son ambiciosos y que le presionan tanto que le sale humo por las orejas.

Sophie vuelve a cubrir lo que debía cubrir su escote y aparta la ansiosa mano de este pájaro codicioso; no va a conseguir lo que quiere. Vuelve a repetir a Rainer que si su situación económica fuera distinta, no tendría que ser artista, ya que el arte, aun siendo inmaterial, es lo único que la gente valora un poco. Rainer rechaza esta definición porque la gente le importa un comino, él produce arte única y exclusivamente para sí mismo y si, además, hay alguien que se interese por él: ¡adelante!, ¡quizá algún día le impriman y le editen! Esconde su cabeza en el vientre de Sophie, que es liso y está muy caliente y no contiene guijarros; si alguno de sus arrogantes amigos los está observando, seguro que siente envidia, porque ninguno de ellos puede hacer lo que él está haciendo. El tiempo se detiene un momento para el hombre y la mujer, y es un buen momento porque el tiempo suele empeorarlo todo, los pobres envejecen en él, los ricos logran retenerlo un poco, pero no definitivamente, porque al final éste les alcanza. Al fin y al cabo el tiempo es democrático, algo que Rainer no es. Él odia a la masa y por eso sobresale de ella notoriamente. En la cavidad de Sophie se siente como una cría que ya no encuentra alimento en el seno materno y desafortunadamente tiene que buscarlo en una naturaleza que le resulta hostil. Y quién sabe si algún día tendrá que dar de mamar él mismo, eso si no sucede algún milagro que le permita librarse de la procreación. Rainer tiene miedo al futuro y al envejecimiento paulatino. Ahora Sophie tiene que marcharse definitivamente, una frase que, como sabemos, repite con

frecuencia. Rainer le dice, muy oportunamente, que ha notado que lucha implacablemente contra los sentimientos que ha desarrollado por él, pero que no logrará vencerlos y le recomienda emplear esas energías para dar una patada a esos burgueses que tiene dentro de casa. Recorre con sus manos el largo de las piernas de Sophie, hasta que ya no quedan piernas y tampoco manos porque ella se las aparta. Eres un precioso anarquista que sólo quiere vengarse (Sophie). No, no me quiero vengar, precisamente porque busco el absurdo como principio. Como ya decía Sade, siempre que los derechos de los seres humanos se repartan por igual -para que luego cada uno de ellos pueda vengarse de las injusticias sufridas- no puede engrandecerse un déspota. Le harían callar rápidamente. Es la enorme cantidad de leyes la que provoca los delitos (Rainer). Estas leyes, o cualesquiera otras, no están hechas para mí, sino para aquellos que anhelan un papel de mando. En realidad yo ya soy un dirigente y de ahora en adelante quiero, por ejemplo, dirigirte a ti, mi amor. Albergo un odio tal que podría compartirlo con una segunda persona. ¿Y quién es esa segunda persona con la que podrías compartirlo? A mí, por ejemplo, no me hace falta el odio, puedo hacerlo sin ninguna razón aparente. Me gustaría saber para qué iba a desarrollar yo un odio.

Rainer ha vuelto a destapar la parte delantera del vestido de la muchacha, y le muerde el pezón derecho, que es mínimo y de un rosa pálido como el de los niños pequeños; esto provoca un leve chillido parecido al de los numerosos pájaros que uno puede encontrarse aquí. Pero rápidamente el grito vuelve a extinguirse. Ay, decía el grito.

¡Qué tontería! Creo que tengo que refrescarte un poco. Ahora mismo te traigo un helado, en seguida te lo traigo. La hierba se alza ante Rainer. Eso procede del asco, el asco procede de la agresión, la agresión procede de las ansias que tiene por Sophie, y estas ansias proceden de su belleza. La realidad rebasa a Rainer, como si estuvieran vaciando la piscina encima de él. Él se encuentra abajo, en una humedad totalmente oscura que quiere entrar por todos sus orificios, por más que intente taponarlos desesperadamente. Cuando siente que alguien le está lamiendo, alza la mirada, pero sólo es Selma, la perra de caza de Sophie, llamada así en honor de la escritora Selma Lagerlöf, una de las primeras experiencias literarias de Sophie, que carece de valor porque todavía no conocía a Rainer. Rainer abraza al animal insensible que se ha arrimado a él. A veces,

los animales son mejores que los hombres y uno puede aprender de ellos. Por ejemplo, dulzura y sumisión. Sophie carece de ambas. Rainer coge el helado de la mano del criado y se va trotando. Hace mucho desde que le ha abandonado Sophie y poco desde que Selma, con sus bien cuidadas patas, recorriera el césped, dando saltos juguetones (en este momento no está de servicio), persiguiendo a un adversario imaginario. Y Rainer tropieza en la oscuridad con un adversario que es auténtico, probablemente sea él mismo; le han informado de que en la postpubertad el hombre joven siempre es su propio peor enemigo y que eso procede de las hormonas en ebullición. Abre el portón del parque y entra en una barriada que, a medida que va avanzando, se va haciendo más pobre. Su figura se empequeñece, no porque se esté alejando, sino porque el entorno la empequeñece involuntariamente. Hace un rato, todavía era alguien en un parque, ahora es Nadie en un tranvía. Es una experiencia terrible porque también podría darse el caso de la desaparición total. La oscuridad engulle las rejas del parque como si nunca hubieran existido. El parque ha desaparecido, Rainer sigue estando, pero en otro lugar.

Detrás ha dejado la luz, ésta se llama Sophie y no suele permanecer mucho tiempo. Pero Rainer tiene que quedarse justo donde está, porque no puede salirse de su pellejo, y en esto se parece, excepcionalmente, a los restantes seres humanos, que tampoco pueden hacerlo.

Ahora que ya conozco los grandes espacios, los pequeños, como éste, me resultan aún más pequeños. Es que son realmente pequeños, dice Hans enfadado, al tiempo que da una patada contra la pared del piso comunitario, que no tiene la culpa de su tamaño; con todo, sigue siendo un piso humano porque dispone de todo lo que se necesita para vivir. Que, por otro lado, no es mucho, porque el hombre sabe manejarse con poco si se ve en la necesidad de hacerlo. Por ello esta casa ofrece más bien poco. También aquí sopla el viento, pero es un viento de ciudad que arrastra la suciedad y el polvo de las obras que han de eliminar las últimas ruinas y embellecer la ciudad de Viena. Una luz tenue atraviesa el conjunto e indica que la primavera que llega va a ser suave. Esta luz es característica de esta zona antigua de Viena; no pasa nada por alto, pero tampoco revela nada digno de atención. El aire es seco; en él se esconden periódicamente fragmentos de cristal, insectos y bacilos de la gripe. Lo atraviesan muchachas con enaguas modernas y simpáticas coletas; el rasgo esencial de su carácter es la

juventud, que pronto perderán. Les gusta bailar y escuchar música; en el piso de arriba nacen ilusiones respecto a la profesión futura, que se puede elegir porque la situación económica ofrece posibilidades de elección, aunque de perspectivas inciertas. También podría ocurrir que se le derrumbara a uno encima.

Hans tiene un recuerdo de juventud, y es el siguiente: por cinco chelines puede uno sentarse en la primera o segunda fila del cine Albert, para ver qué pinta tiene esa situación económica de la que él pronto pasará a formar parte. Pero por el momento ésta todavía pertenece a otros y sólo se la observa desde fuera. Exhibe preciosos trajes de sastre con corpiño, o vestidos tirolese con pronunciados escotes y besa a Rudolf Prack o a Adrián Hoven o a Karlheinz Böhm. Todo ha mejorado y si no ha mejorado, ya lo hará. 1937: empresarios-100, trabajadores-100. 1949: empresarios-115, trabajadores -85. Si se trata de un hombre, entonces besa a Marianne Hold o a la cariñosa y entrañable Conny, aunque ésta es más bien para los jóvenes. A veces él la acompaña, ¡incluso con frecuencia! Canta alguna cancioncilla que está de moda y se llama Peter Kraus. A menudo, se producen curiosas confusiones, que provocan carcajadas, y de las que se deduce que en realidad Christian Wolff es hijo de un director general, aunque no se le parezca en nada; su público no aparenta nada porque en realidad no es nada. Conny tiene gracia vistiendo y se enamora de él cuando éste aún no promete nada. Lo que dice mucho en favor de su corazón y de su carácter, que es lo que en definitiva cuenta. Los rizos engominados de los espectadores se balancean al compás como colas de gallo y se alegran ante la expectativa de que unas manos acariciantes de muchacha, que pertenecen a aprendizas de peluquería y a futuras secretarias, los desenmascaren como lo que son, es decir, como rizos engominados de aprendices y jóvenes empleados. No se debe querer aparentar más de lo que uno es, esta es la moraleja. A veces, los héroes del cine aparentan intencionadamente ser menos de lo que en realidad son. Es totalmente incomprensible. A veces las manos de las muchachas se deslizan un poco más abajo para tocar el pálido instrumento que nunca llega a ver la luz, a lo sumo un bañador, y que con frecuencia, por sus costumbres sedentarias, está demasiado cansado para moverse o hacerse sentir. Otras veces, sin embargo, hace acto de presencia súbitamente, sin interesarse por los sentimientos de la persona que lo está

manipulando. Con tal de poder salpicar, se da por satisfecho y, desde luego, no lo hace dentro de la mano.

A veces también Edith Elmay, con sus enormes pechos, se desenmascara como lo que realmente es: la hija del propietario de una fábrica, algo que no se podía prever. Pero el espectador lo sabe desde el principio y disfruta con las exquisitas situaciones de enredo en las que uno se burla de otro, movido por un gran amor -mal entendido al principio- pero que acabará imponiéndose. Nosotros nunca pondríamos en peligro nuestro incipiente amor por malentendidos, porque quién sabe cuándo llegará el próximo; y ya es una suerte haber encontrado uno.

Muchos de los espectadores juveniles, que se sienten centro de la atención porque la heroína de esta película es la chica de enfrente, sueñan ya con tener coche propio o Vespa, y esto muy poco después de que sus padres hayan podido rehacer sus vidas destrozadas por la guerra y hayan salido tímidamente adelante en la más sofocante de las estrecheces. ¿Les saldrá bien o se habrán quedado estancados? Pero no, sus padres no pueden estancarse porque no tienen tiempo que perder, tienen que reconstruir su patria. Por lo tanto, deben enmudecer todos los deseos egoístas, sólo puede prevalecer el deseo de adquirir una aspiradora nueva, un frigorífico nuevo o un aparato de música nuevo, para fomentar el comercio y operar un cambio. El comercio ya empieza a existir pero todavía no ha cambiado nada. Hace no demasiado tiempo un panfleto del partido socialista en Graz, incitando a la liquidación de los dirigentes de las huelgas, contribuía a impedir el cambio; ahora sólo existe la publicidad, que por lo menos presta al conjunto de las calles un alegre colorido.

Ruth Leuwerick besa a O. W. Fischer con lágrimas en los ojos. Maria Schell besa, con lágrimas en los ojos a O. W. Fischer. Con lágrimas en los ojos, un corazón de madre observa un asado de domingo carbonizado. Lo ha dejado quemar por descuido. La carne es cara y, hasta cierto punto, un lujo. Los Alpes aparecen en el cuadro cada vez con mayor frecuencia y se oye una música popular. Las gemelas pueblan el valle del Wachau o el monte Dachstein y cantan ininterrumpidamente hasta que cada una de ellas ha conseguido el hombre más adecuado y se retira con él a la vida privada. A los espectadores les inquieta que, como ellos, esta gente de película sólo tenga una única vida privada, y que si la pierden no encuentren otra. Lo fundamental es poder llevar una vida privada sana. Hay que hacer todo lo

posible por llenar esa vida privada, lo que algunos intentan en una mansión en el Wolfgangsee, otros en una vivienda municipal o en un viejo edificio con lavadero comunitario, en cuyo caso depende, naturalmente, de la voluntad. Pero ni siquiera las gemelas Kessler, con sus elegantes piernas, disponen de dos vidas, es decir, sí tienen dos, pero cada una de ellas sólo una. Peter Weck se adelanta con un descapotable deportivo y acto seguido desaparece. Antes todavía estaba solo, ahora le acompaña la encantadora Corny Collins, con sus hoyuelos en las mejillas; está arrimada a él y derrocha *charme*. En las próximas horas no le abandonará, probablemente no lo haga nunca. Otra en su lugar tampoco lo haría porque se tarda mucho en encontrar un gran amor y una vez que ha llegado no se le puede dejar escapar. Tampoco lo harían las muchachas que van al cine. Siempre se quedan el mayor tiempo posible y si se las rechaza bruscamente lloran su mal de amores, como, con frecuencia, lo hace María Schell. De vez en cuando un mastuerzo molesta considerablemente, riega su entorno con cerveza, da una paliza a alguien y luego vuelve a casa donde, a su vez, recibe una paliza para que se restablezca el equilibrio, la estabilidad. Por el camino, le insultan muchas personas, sobre todo por su vestimenta de cuero, que es precisamente lo que le gusta a él y por lo que ha estado ahorrando tanto tiempo. Él sabe de antemano que no conseguirá a Corny Collins, porque ésta ya pertenece a Peter Weck, pero por lo menos lo intenta. También Heinz Conrads, la gloria local algo entrada en años, besa finalmente a una muchacha; él es más bien para los mayores porque tiene cualidades humanas. A los insignificantes mayores, que ya no intervienen en el proceso de producción, les basta con una estrella local, no necesitan contratar a una estrella invitada. Él demuestra que los mayores tienen un sistema de valores mientras que los jóvenes son superficiales. Los jóvenes se ríen de los mayores y de sus valores, pero unos años después echan mano de ellos, porque para entonces ellos mismos se han hecho mayores y buscan la tranquilidad. Hans ya es algo mayor pero sigue dando guerra. Luego incluso se compran una casa propia, si se lo pueden permitir, claro está. El sol se pone, como tantas otras veces, y Maria Andergast canta un dúo con alguien de cuyo nombre no puedo acordarme, ¿no sería Attila (Paul) Hörbiger? Peter Alexander canta un dúo con Caterina Valente. Caterina Valente canta un dúo con Silvio Francesco, su hermano carnal, acompañándolo de unos gestos que quieren indicar lo contenta que está hoy

otra vez, tan contenta que casi no cabe en sí. Lolita canta una canción acerca de un marinero y luego un dúo con Vico que también hace muecas, unas muecas tan exageradas que está a punto de desencajársele la mandíbula. El marinero deja de soñar y en las agencias de viaje crece la facturación. Vico entorna los ojos hasta dejarlos en blanco, se regocija como en un ataque epiléptico. Si sigue así habrá que meterle un tarugo de madera entre los dientes y sacarle la lengua, para que el talentoso cantante suizo no se asfixie. De lo contrario su gran porvenir acabaría antes de lo debido. Jóvenes cervatillos Bambi dan miedosas zancadas sobre la pantalla, sus largas piernas de bebé son tan monas que pronto serán alzadas del suelo para estrujarse contra unos pechos encorsetados, de tal manera que sacan la lengua y entornan los ojos. Ninguna actriz principal puede dejar a un Bambi, este animal de bosque, tirado en el suelo. Precisamente porque se le quiere tanto, está tan alegre en la linde del bosque. La que lo levanta es Waltraud Haas (Haasi), en su papel de huérfana rubia, que encuentra a un buen amo, el párroco de Kirchfeld. Iba a ser seducida pero se escapa antes de que esto ocurriera. Las jóvenes dependientas que están en el cine comprimen sus muslos al llorar, de tal manera que las manos del tornero o soldador que los palpan, quedan atrapadas en medio sin espacio para maniobrar. La mano quiere entrar pero sólo consigue entrar en una bolsa de palomitas, recién descubiertas en América, que rebosa abundancia y superfluidad porque está muy llena. El tantas veces ensayado abrazo esta vez no llega a realizarse porque Conny, la graciosa Mariann, tiene que hacer un examen en el conservatorio. Con ella se transpira sudor de ocio que es más agradable que el sudor del trabajo, porque se produce voluntariamente. Ella, Conny, a pesar de haber recibido una formación musical clásica, prefiere cantar alegres canciones de moda en un club nocturno, lugar al que la sigue el director del conservatorio, que al fin tiene que reírse enérgicamente del yerro de su mejor alumna, que pronto se casará con un hombre joven y rico, aunque de momento todavía oponga resistencia. En esta película, Conny lanza a veces graves quejidos, que no corresponden a su naturaleza que es despreocupada y alegre, como tiene que ser la juventud (la seriedad pega demasiado pronto), pero el mal de amores le da quehacer incluso a ella, es increíble. No obstante, se sabe que no durará mucho. Bibí Johns y Peter Alexander cantan un dúo en *Amor, jazz y fantasía*, «quieren tener una casa rodeada de flores junto al mar azul». Ernst,

desgraciadamente, llega cada vez más tarde a casa, quiere un Volkswagen, pero debe casarse. Finalmente, también las muchachas del Wachau acaban contrayendo matrimonio. Pero no en Wachau, porque se casan con unos chicos de ciudad, que ojalá no sean demasiado materialistas, como suelen serlo los que viven en la ciudad. Deberían haber elegido a un buen hombre del campo porque éstos saben lo que son los valores y de donde proceden, es decir, de la naturaleza. La madre de Hans, ocupada en escribir sobres, interrumpe el popurrí de pensamientos de su hijo, porque quiere mejorar sus capacidades intelectuales. No lo consigue porque Hans sólo escucha el rock and roll, que con frecuencia, su amigo Rainer le comenta. En estos momentos Rainer tiene delante un campari-soda y explica el modo en que funciona la música moderna, mientras que Hans preferiría simplemente dejarla funcionar, algo que le impiden las sandeces de su amigo. Además, Rainer ha vuelto a mentir, dice que conoce personalmente a un músico, pero es mentira. No conoce a ningún músico, sólo presume de ello.

Frecuentemente, Rainer diserta sobre temas que no interesan a nadie lo más mínimo. Hoy diserta también la madre de Hans para abrirle los horizontes a su hijo, pero es en vano. Como de costumbre, es una lección de historia" que Hans se ha tragado ya con anterioridad. La madre abre un libro y lee sin voluptuosidad alguna: el viernes 6 de octubre de 1950, el chelín austriaco fue devaluado frente al dólar de 14 a 21,60, con lo que se demostró que el acuerdo sobre salarios y precios del mismo año, con su pretendida compensación de la subida de precios, fue un timo y un fraude para el pueblo. (¡Qué importa! con tal de que siga corriendo el chelín en el Hawelka o en el bar Picasso). La madre narra que muchos funcionarios socialdemócratas del sindicato han abandonado su viejo y amado partido porque, desde un punto de vista espiritual, no podían soportar la idea de un frente común con el reaccionario partido popular en contra de los obreros combatientes. Si como socialista uno es tildado de cerdo por un secretario del sindicato socialista, uno debe abandonar el partido. Y así, etc., etc., etc., su madre le aburre y sigue trabajando como si le pagaran por ello, que de hecho es lo que ocurre. Pero lo necesita. Preferiría hacer algo más interesante, pero es demasiado vieja. Porque el futuro pertenece a las fuerzas de trabajo jóvenes y asimismo el presente. También en el pasado la juventud podía morder el polvo en primer lugar. Nunca se la ha dejado de lado, siempre lleva la delantera. Cuando lo viejo se ha hecho insoportable

hay que recurrir a algo nuevo. A Hans su vida antigua le parece insufrible y quiere empezar una vida nueva. Cuando ya no se soporta un matrimonio insufrible entonces hay que separarse, piensa Hans recordando una película americana en la que surgieron problemas y se actuó de esa manera. Por lo demás, prefiere ver películas alemanas, no por fomentar lo nacional, sino porque son menos problemáticas. Con James Dean va todo demasiado rápido y es difícil seguirle. Nada más haber asimilado un problema, surge uno nuevo. Es mejor una separación rápida y limpia, que quizá duela profundamente, que un espanto sin fin. Hans piensa en Anna y en su coño y en que lo viejo tiene que ser sustituido por lo nuevo. Por regla general a uno siempre le espera algo mejor, de lo contrario, podría uno quedarse tranquilamente con lo viejo. Pero cuando se ha encontrado algo nuevo y mejor, uno deja pasar lo viejo. Todo depende del momento de la separación. Hay que seguir los impulsos del corazón que, de todos modos, siempre dice lo que uno quiere. El corazón de Hans grita ¡Sophie! y da un salto de más de cuatro metros sobre la arena, ¡bravo! Hans tiene problemas privados, su madre problemas públicos que carecen de interés porque no tienen ventajas visibles y le roban a uno tiempo. El trabajo también le roba a uno tiempo, el tiempo en que éste se realiza, pero por lo menos uno lleva dinero a casa; este dinero se traduce en calidad de vida, si se tiene sensibilidad para ello. Hans empieza a aclararse acerca de sus sentimientos hacia Sophie, algo que en una película puede durar una eternidad aunque luego de repente todo vaya a una velocidad extrema y se desarrolle un poder de penetración increíble.

Sophie, alias Vera Tschechowa, alias Karin Baal, son tan impetuosas y estupendas que por el amor de un hombre cometen delitos mayores y menores sobre el asfalto húmedo, que naturalmente es el camino equivocado. Cuando Hans dice, alto, toma otro camino, no el de la ilegalidad, dan su aprobación y al día siguiente se van con él para hacer algo mejor con sus vidas que cometer actos ilegales. Hans ha conseguido que lo hiciera porque la quiere. Un valiente protector podría ser útil, pero en este caso Hans no lo necesita porque tiene voluntad para dar y tomar. A veces uno es acribillado a tiros y yace muerto sobre el pavimento. No deben llegar a las armas de fuego. Antes de llegar a eso deberían dar marcha atrás. Para alcanzar la dicha y hacer carrera no son necesarios los delitos, porque éstos excluyen totalmente a aquéllas. Para hacer carrera hay que ser digno

de confianza; este paso ya lo ha dado Hans porque Sophie confía en él. El segundo le seguirá en breve. A veces Rainer presume con una pistola que supuestamente pertenece a su padre y dice que puede cogerla tantas veces como quiera; pero es otro de los muchos faroles que acostumbra a tirarse. Por otro lado, su padre le deja coger el coche a pesar de no tener carnet de conducir, cosa que es cierta porque Hans lo ha visto con sus propios ojos. Esto podría acabar mal, en muerte, en lesiones o en el castigo de Rainer.

Como acosada, Karin Baal choca contra los faros de un coche. Hans persigue a Sophie atormentado, la alcanza, la tira al suelo y le hace entender que la honestidad es lo que más tiempo perdura. Ella le cree en seguida. La gabardina de Vera Tschechowa es elegante, de una tela brillante. En un momento dado, también podría llevarla un hombre.

La madre pide a Hans que le traiga la sopa que se está calentando sobre el fogón. Tiene el pie puesto en alto porque le duele. Esparce papeles a su alrededor: el martes 26-9-1950 en Viena, van a la huelga 200 empresas, 8.000 manifestantes avanzan hacia el Ballhausplatz, acordonado por la policía, y organizan un acto ante la cancillería federal.

Miércoles, 17-9: en Viena, Linz, Estiria y otros centros industriales, sobre todo Wr. Neustadt y St. Pölten, se producen enérgicas manifestaciones y actos protesta. La huelga llega a su punto culminante.

Hans trae la sopa y, sin ser visto, escupe una enorme cantidad de saliva, lo remueve todo y le da el revuelto a su madre, como si no hubiera escupido dentro.

El sábado 30-9-1950, tiene lugar, en la nave de montaje de la fábrica de locomotoras de Florisdorf, la conferencia de comités de empresa de la totalidad del territorio austriaco. Cuenta con 2.417 participantes, por lo menos el 90 % son representantes sindicales. Plantean las siguientes exigencias: 1.º anulación de las subidas de precios y 2.º la no devaluación del chelín. El gobierno, por contra, exige la defensa de la libertad que se ve amenazada por el comportamiento irreflexivo de los obreros. No deben dejarse amedrentar por los malhechores comunistas. También hay que derribar las barricadas ilegales y echar de las empresas a los usurpadores infiltrados, porque hay que acabar con la huelga, de lo que depende el futuro del obrero: es decir, el bienestar general, del que se benefician mayormente los obreros, aunque en realidad no se lo merecen. La madre lee algún texto más.

Pero Hans se levanta y se va. Al pasar tira, como sin querer, un gran montón de periódicos y libros, de la mesa de la cocina al suelo de esta casa de obreros tan culta. Sin limpiar la suciedad que acaba de dejar tras sí, sale rápidamente.

Aunque Rainer no tiene todavía carnet de conducir, su padre le permite, de vez en cuando, utilizar el coche, que está por encima de sus posibilidades económicas. El padre no tiene base material, sólo principios básicos y ya ha sido condenado una vez por concurso fraudulento. Se resigna difícilmente con su incesante decadencia y aprovecha el más mínimo pretexto para concebir nuevas esperanzas. Pero no tiene nada que objetar a que su hijo menor conduzca sin carnet. Lo importante es el coche y también Rainer comparte la misma opinión. Pero éste sólo puede conducir el coche cuando lleva al padre y rara vez para fines propios. El inválido se contorsiona al entrar y salir del coche. Es una maniobra complicada y requiere tanta energía que puede dejarle sin aliento. Hoy es el típico día en el que decide, inesperadamente, ir en coche a Zwettl, situado en el distrito del bosque. Es por el paisaje. Pero apenas ha tomado la decisión la emprende a latigazos con su mujer en el dormitorio, donde marido y mujer hacen el amor, sirviéndose de una fusta que pertenece a su colección de recuerdos de antaño, de la que también forma parte una bayoneta. El hijo y la hija sólo han podido percibir de la madre un;ay! muy débil, que ha sido suficiente para hacerles saber que otra vez está recibiendo una paliza por faltas conyugales, que por regla general son debidas a engaños. ¡Putas, so putas, me doy media vuelta y te falta tiempo para meterte en la cama con otro hombre! Este otro hombre es el tendero de abajo, al que vigilo. Pero mi paciencia llega a un límite. Pero ¡no!, Otto, yo no me acuesto con ningún otro hombre, sólo contigo y me quedo muy satisfecha. Tú sólo vives para los momentos que pasas en compañía de ese impotente. ¡No!, yo no vivo para esos momentos sino sólo para mis hijos y para darles una educación. ¡Lo ves!, lo estás reconociendo. ¿Qué es lo que estoy reconociendo, Otto? En cualquier caso te voy a pegar para que tomes nota y no vuelvas a hacerlo más y en caso de que no lo' hayas hecho nunca, también te pego para que no se te ocurra ni siquiera la idea. Pero si no lo he hecho nunca, por favor no me pegues, Otto, ¡ay!. Éste fue el ¡ay! que escucharon los hermanos.

Rainer dice: Anna, tenemos que hacer algo con este viejo asqueroso. Pero Anna dice que no. ¿Qué es lo que podríamos hacer?, deja a los viejos

en paz y preocupémonos de nosotros mismos. Pero la va a matar. Pues que lo haga, una menos, y el otro irá a parar a la cárcel, donde se pudrirá en total soledad. Al fin seríamos libres. Pero él tiene una pistola. Ya ¿y qué?, si es demasiado cobarde.

Y así, sin haber sido protegida por sus hijos, la madre, llena de cardenales y deshecha como está, se apresura a entrar en la cocina para preparar el consistente desayuno de los domingos. Anna quiere practicar intensamente en el piano y después salir a pasear con Hans, Rainer, por el contrario, llevará a su padre en coche a Zwettl, donde éste quiere ir para desahogarse. Intentará engañar a su mujer, cosa que no logrará, pero al menos habrá valido la pena lucir una camisa limpia. El papá siempre está algo excitado. Y por ello se procurará mujeres todavía más jóvenes que la propia mamá, que para empezar es mucho más joven que él. Para estos fines adopta un acento alemán que provoca interés. Vamos, vamos, deprisa, vámonos, porque, si no, no saldremos nunca de aquí y tengo mucha prisa por llegar al distrito del bosque. Tú harás de chofer, muchacho, porque tú eres mi hijo, aparte de ti sólo tengo una hija. Además, por la tarde podrás jugar al ajedrez con papá, cosa que Anna no puede hacer porque carece de lógica. Por desgracia, se tienen que abandonar los libros filosóficos de Kant, Hegel y Sartre cuando al papá le entran ganas de ir al distrito del bosque, porque de eso no le libra ni Dios. Si vuelvo a casa y te cojo acostada con el consabido tendero, cometo un asesinato. Y te lo anuncio sin gritar, no como otras veces, Margarethe, porque nunca me has hecho caso, pero hoy fría y terminantemente te digo que te mataré con mi pistola Steyr de cañón reclinable. Tengo todo el derecho a hacerlo. Pero, Otto, por el amor de Dios, no, no, este tendero está felizmente casado y no te conozco más que de ir a comprar a su tienda, para lo que me doy mucha prisa y no cruzo con él ni media palabra. Pero antes de ir te cambias de bragas. De eso me he dado cuenta. Pero es para estar más limpia cuando salgo y también para oler mejor, Otto. No tengo a nadie más que a ti y a los niños, a los que procuro una educación académica porque procedo de una acreditada familia de maestros.

Asqueada, Anna se dirige hacia el piano para encontrar olvido en el reino de los sonidos y consigue encontrarlo porque la música requiere mucha concentración. El padre dice que son sonidos horribles. Porque es

mujer como ella, Anna es la preferida de su madre, quien al pasar la acaricia, cosa que indigna a Anna profundamente.

El padre y el hijo suben al coche (que está autorizado para cuatro pasajeros, aunque ahora sólo lleve a dos); uno se sitúa aquí, el otro allí, uno aburrido, el otro con dificultad y cargado, y se alejan del lugar tomando una de las vías de salida de la ciudad para adentrarse en la naturaleza, en la que se encuentra un conocido establecimiento para excursionistas donde se pueden hacer amistades con señoras, que al principio están solas, pero acaban saliendo acompañadas. Pronto empiezan a divisarse los suaves bosques y praderas y los pantanos que se hunden en la tierra, lo cual es característico de esta región, colindante con Checoslovaquia y en la que ya se respira el áspero aliento del comunismo del país vecino. El aire está más frío porque estamos más al Norte. Aquí la primavera no está tan adelantada. Huele a agujas de abeto, exactamente el mismo olor que el del spray que se compra en las tiendas, las casas son más pobres, la economía sufre, como es de rigor en una zona de emergencia económica. Los pájaros elevan sus voces de advertencia, no se debe causar ningún accidente, y los corzos hacen acto de presencia en el horizonte, pero asqueados, desaparecen inmediatamente, adentrándose en la naturaleza, su dominio ancestral, porque los coches despiden gases por los tubos de escape y esto va a convertirse en un grave problema si el número de coches continúa multiplicándose. Hoy en día no todo el mundo tiene uno. Es una pena que tengamos que soportar a los coches, cuando la naturaleza en sí es tan pura, dice el padre con humor. Como si, momentos antes, no hubiera amenazado de muerte a su mujer.

Ahora está hecho un bendito y en manos del hijo que conduce. Tú eres mi muchachito, Margarethe no ha sido capaz de tener otro como tú. Esos hombres siempre hacen fotografías pornográficas de tu madre. Cuando tenga la oportunidad te las enseñaré, desde luego son lo más guarro que hayas podido ver jamás. Si no fueran extraños los que hicieron esas fotos, diría incluso que son artísticas, pero el propósito lujurioso de estos desconocidos, desafortunadamente, destruye todo el efecto. ¡Qué asco!

El hijo muele con sus mandíbulas y permanece callado. No tiene ningún sentido defender a la madre porque el papaíto volverá a agredirla con redoblada violencia. Ya se tranquilizará. Los nudillos de la mano de Rainer se destacan blanquecinos sobre el volante como si quisieran salirse de la

piel. El único consuelo que tiene es pensar en Sophie a la que no ha podido ver hoy por culpa del papá y de sus ansias de pasear. Ojalá que ella tampoco pueda ver a otro joven. Les hubiera gustado conversar sobre Camus, sobre su obra *El absurdo y el suicidio* *, pero ahora no pueden hablar absolutamente de nada porque el distrito del bosque incita y brama, pregunta y responde: ¿de dónde vienes?, ¿de la gran ciudad? Entonces has llegado al lugar indicado porque esto es el campo.

El padre se envenena por el mutismo de su hijo y le acusa de incesto. ¿Qué pasa?, ¿tú también has dormido ya con mamá, mientras yo estaba fuera, trabajando duramente para sacarlos adelante?

Pueblos aislados van haciendo su aparición al borde de la carretera y vuelven a desaparecer, muy a su pesar, detrás de ellos, porque han elegido otro pueblo para ir a comer. Zwettl no ofrece mucho más, aunque es más grande y está a la orilla de un pantano. Finalmente hace su aparición, produciendo la buena impresión que acostumbra a hacer. Tiene incluso un monasterio llamado «Stift Zwettl», que no será visitado porque esto no se le puede exigir a un mutilado de guerra. Los domingos descansa la vida ciudadana y por doquier reina la calma. Padre e hijo se comen un escalope de ternera con ensalada de pepinos y se toman una cerveza cada uno. Se hallan envueltos en el ambiente de una taberna de raigambre y sabor típicamente campesinos. El padre empieza a guiñarle un ojo a una joven fornida, de cabellos negros, de unos veinticinco años que se sienta en la mesa de al lado y está tan sola y es tan bella la señorita que la invita a una tarta Sacher con una porción extra de nata y a un vaso de vino. Y a continuación un cafetito. La joven suelta risitas estridentes: Y bien, hermosa señorita, ¿no estaríamos mucho mejor juntaos que separados? No por estar mutilado he dejado de ser hombre, aunque sólo me apoye sobre una pierna. Cacareo, cacareo, risotada. Se sienta en la mesa del papá que todavía paga dos copas más, Primer ensayo de *El Mito de Sísifo*. (N. de la T.) una de un licor llamado «Beso con amor» y otra de un licor de huevo con frambuesa y nata. Son muy caros y saben fatal. El papá ya se ha gastado bastante con ella. Pronto el hijo se pondrá a devolver. El padre estropea el peinado cardado de la gorda y se aventura en el interior de ese nido de pájaros. ¿Me lo puedo permitir? Ja, ja, ja. Sí, se lo puede permitir, maestro, ji, ji. La muchacha no quita los ojos del hijo que tiene pinta de estudioso. El hijo contempla la cortina estampada de plástico que hay en la

ventana. El inválido dirige su mirada hacia lo que, debajo de la falda tirolesa de la joven, le ha estado esperando durante tantos años. Su mano se desliza hacia esas oscuras altitudes, mientras que su hijo se encuentra en zonas más sublimes, componiendo una poesía: Aquí os mecéis, pálidos harapos sobre el suelo. Yo soy el gran auxilio que se pide socorro a sí mismo. Yo habito en todos los cuadros del mañana.

El padre posa la otra mano sobre el escote que está a punto de rebosar. Pronto todos saldrán volando de aquí. Pero el tabernero, que como el padre es veterano de guerra y durante algún tiempo fue un «ilegal» *, se planta delante de ellos y les convida jovialmente a otra ronda. Cuando al padre le ofrecen algo gratis jamás dice que no. Está ya un poco entonado y se permite una broma, al preguntar insinuantemente a la chica, si ya tiene edad suficiente para hacer la carrera, pero incluso para eso es demasiado tonta. Cacareos y más cacareos. Quizá, me puede enseñar algo el señor. A usted ya no es posible enseñarle nada. Pero en caso de que todavía se le pudiera enseñar algo, entonces se lo enseñaría yo. Ja, ja, ja. Ji, ji, ji.

Finalmente se deshace el alegre grupo, pero sólo después de haberse preguntado si el hijo ya lo ha hecho o todavía no lo ha hecho y si se le permite hacerlo y el padre da una respuesta afirmativa con orgullo, diciendo que él mismo fue quien le inició. Rainer, sin embargo, no lo ha hecho nunca, siendo éste un secreto que sólo comparte con su hermana, aunque en sus conversaciones afirma todo lo contrario. De creer lo que dice, lo ha hecho a menudo con muchas y diferentes muchachas a las que plantó demasiado pronto. De todo esto se desprende la escasa capacidad de adaptación social de Rainer. Miente más que lee y lee muchísimo.

Todas las mentiras derivan de lo que se lee. Es mejor tener un hijo aprendiendo un oficio que un hijo mentiroso en un instituto.

La chica, que se llama Frieda y trabaja en una fábrica de azúcar, se despide con la manita diciendo: ¡adiós, adiós! No ha sido un buen final.

En la historia austriaca, «nacionalsocialista» entre las dos guerras mundiales. (*N. de la T.*)

Con toda facilidad me hubiera despachado yo a ésta y me hubiera bastado un dedo y poco más, babea el padre, metiéndose una mano en el interior del pantalón dominguero, recién planchado, pero que pronto se arrugará. Dentro del pantalón mueve y agita sus diligentes dedos, que desde hace ya mucho tiempo no han estado activos, la última vez fue en la guerra

y con propósitos homicidas. Ahora se trata de todo lo contrario. El padre se frota el miembro para provocar una eyaculación. Esto le proporcionará un alivio después de la excelente comida y seguramente se callará y se dormirá. Pero, por el momento, siente todavía la necesidad de explayarse sobre la calidad de las almejas femeninas, que unas veces son grandes y húmedas, otras estrechas y secas, en cuyo caso es preciso dilatarlas previamente. Escucha lo que te digo, muchacho, lo importante es tenerla tesa. Si no, no vale. Mira la mía, ¿no es un ejemplar magnífico? Una seta colorada apunta hacia arriba con curiosidad, y es posible que todo vaya a estrellarse contra el parabrisas que luego habrá que limpiar.

Rainer se atraganta con su propio vómito, que ya no sabe tan bien como cuando el escalope de ternera estaba aún sin tocar y sin digerir. Este hombre hace todo esto con mi madre, piensa él. Y ella lo tiene que aguantar como obligación conyugal. Yo también quiero hacerlo con Sophie, pero con ella todo se desarrollará de una forma totalmente distinta.

El padre acelera el ritmo y empieza a jadear. A intervalos bastante regulares el herrumbroso carricoche se ve invadido por uno de sus erupciones de cerveza o uno de esos pedos que tanto teme Rainer. A través de carreteras secundarias, Rainer conduce el coche hasta el pantano, aproximándose peligrosamente a la naturaleza que de pronto ha abierto una garganta capaz de succionarlo y devorarlo. El verde se hace desabrido y peligroso, es demasiado verde. Es como una gigantesca oquedad de espinacas. La muñeca del padre sigue dale que te pego; ya se había desabrochado el botón superior en la taberna y ahora siguen todos los demás. Es preciso tener espacio para maniobrar. El padre se va aproximando con la velocidad del viento al orgasmo, mientras el hijo se aproxima al pantano que se extiende, como abandonado, en la tibieza del mediodía. Hace todavía demasiado frío para bañarse, habrá que esperar al verano. El padre mira a su hijo con complicidad, de hombre a hombre. El hijo no le devuelve la mirada sino que mira al frente ensimismado. Una luz se refleja sobre la superficie encrespada. El agua se asombra y murmura ¿con este frío vas a meterte? Una pareja de patos salvajes se levanta, aleteando y salpicando agua. Sálvese quien pueda, estas cosas ya se sabe como son, y uno no va a pagar el pato si un imbécil decide quitarse la vida. Los árboles susurran al unísono. Ahora nos vamos los dos a la mierda, es horrible, piensa Rainer, pisando sobre el acelerador. E inmediatamente se

pone a rugir el motor que, aunque relativamente débil, tiene la suficiente potencia. ¿Chico, tú estás chalao, o qué? La superficie del agua les hace un guiño y se adelanta a su encuentro para abrazarlos, por fin una distracción en esta estación del año tan aburrida. Aquí hay una gran profundidad, ya que se trata de un pantano artificial. La naturaleza no es la única en producir esta clase de peligros. La grava de la orilla gime atormentada; Con un grito, todo el paisaje primaveral se sitúa oblicuamente y lanza una advertencia a través de una señal de stop. ¡Alto! Prohibido el paso. Peligro. Millones de diminutas criaturas son arrolladas y sus débiles advertencias se acallan. En algún lado se oye el ladrido de un perro de granja que nunca tuvo libertad pero que tampoco la conoce, por haber estado atado siempre a una cadena. No añora lo desconocido. Una aldeana que lleva comida para las gallinas en el delantal, mira con asombro. La hierba comienza a segregar savia presintiendo la llegada del verano. La orilla del agua se precipita hacia ellos para saludarles, ¡qué cosa!, ¡precisamente hoy cuando uno pensaba que ya no iba a pasar nada más!

Animales voladores se alejan estrepitosamente en vuelo rasante, pero no se les oye porque lo impide el motor del coche.

El intento combinado de parricidio y suicidio se abandona en el último momento, porque uno es demasiado cobarde para poner fin prematuro a su vida, todavía queda mucho por delante, una suposición siempre errónea, aunque se crea y eso es lo importante. Rainer está sentado en la orilla, temblando y blanco como el queso. Recibe una bofetada y dice: sólo quería asustarte, sabía perfectamente cuando tenía que frenar, soy un conductor experimentado, papá. ¿Te has asustado, eh? ¿Y si los frenos no hubieran funcionado, qué? Y más bofetadas, una en el lado izquierdo y otra en el derecho. El papá ha estado a punto de cagarse en los pantalones, pero afortunadamente ha podido contenerse. Pero le urge mear debido a la cerveza que ha bebido. Rainer, ciertamente debilitado por sus propósitos homicidas, se ve ahora obligado a arrastrar a su padre, saturado de cerveza, hasta el lindero del bosque donde éste quiere mear. Como castigo y venganza insiste en que el muchacho le sostenga durante todo el tiempo y admire su rabo. ¡Qué grande es! Hace un rato Rainer ya había tenido la oportunidad de ver lo grande que era. En fin, lo que hay que soportar.

Dan la vuelta lentamente, con cuidado (por hoy la crisis está superada),

y emprenden el regreso a la ciudad. El distrito del bosque eleva sus protestas, le hubiera gustado albergar a estos dos por más tiempo, a punto estuvo de quedárselos para siempre. Pero por el momento, papá conserva a Rainer y Rainer conserva a papá.

La piscina Jórger supone un fuerte contraste. Por un lado, con el distrito del bosque, donde Rainer ha estado recientemente y donde el hombre todavía no ha ganado la batalla contra la naturaleza, «un vigoroso bosque de color verde oscuro y rocas de granito grises y duras han dejado su impronta en un paisaje de adusta e inmisericorde belleza, que se extiende a través de profundos precipicios y de amplias planicies. Además esta región de bosques, tranquila y sombría, ha inspirado a muchos de los que han podido adentrarse en su poderosa e indómita belleza». Todo lo contrario es la vivienda de los progenitores, que también supone un contraste con la piscina Jórger. Aquí ya no se ven los espacios libres y abiertos del distrito del bosque, sino muros que se alzan creando recintos oscuros, desde los que no se divisa el azul del cielo ni las enigmáticas y sombrías aguas de los lagos que han debido quedar misteriosamente enterradas en alguna parte. Esta oscuridad deriva de los numerosos envases de detergente, maletas viejas, cajones y cajas que se conservan apiladas hasta el techo y que han absorbido el horror de un hogar pequeño burgués de toda la vida (demasiado pequeño para cuatro personas) que se derrama profusamente sobre los adolescentes. Tan pronto como se levanta una tapa, se difunde una peste que es fiel a su cometido: apestar. No se tira nada, todo debe quedar allí, para dar testimonio de la suciedad de este hogar y la de sus moradores. Prendas de vestir descoloridas, vajillas desportilladas, juguetes de la infancia, material de deportes, *souvenirs* del interior del país, papeles, objetos heredados, aparatos diversos para actividades diversas y en medio de todo la vida marchita y rota de cuatro personas, de dos adultos y de dos adolescentes. A Rainer le gustaría salir a la luz, ya sea la de un paisaje abierto o simplemente la de una vivienda más luminosa, en la que preferiblemente no debería haber nada más que tubos de acero y cristal. Para poder alcanzar esta luz se ve obligado a salir de casa, porque dentro no la encuentra. Ahí ni siquiera se puede respirar libremente, pues también escasea el aire. Y los jóvenes necesitan el aire, sobre todo para poder alcanzar la estatura que les corresponde. Pero si no hay luz se la puede crear uno mismo. En relación con esto, Rainer cuenta frecuentemente una

anécdota en el instituto, según la cual su padre tiene un Jaguar E y realiza constantes vuelos al extranjero. Pero todo esto son mentiras. Su padre, a su vez, ha afirmado repetidas veces que el famoso cantante de moda, Freddy Quinn, es su hijo ilegítimo, al que ha tenido que pasar alimentos durante mucho tiempo. Tampoco esto es verdad. Por mucho que Rainer se empeñe en repetir estas historias, éstas nunca se harán realidad.

¿Qué es lo que hay sobre las infinitas baldosas blancas, sobre las que se desliza la luz formando franjas luminosas? Allí no se encuentra la verdad definitiva y universal, que busca el adolescente en sus ratos de ocio, cuando no tiene nada mejor que hacer. Lo único que es posible encontrar sobre esas frías baldosas es agua. De acuerdo con su naturaleza, produce una impresión global azul y transparente que pierde su nitidez por el continuo vaivén, algo que también puede aplicarse a la verdad. Todo irradia lisura, no se detecta aspereza alguna. También Sophie irradia esa lisura para que ésta se difunda entre la gente. Un extremo de esta lisura es muy profundo, el otro es menos profundo porque está reservado a los no nadadores. Los silbidos del socorrista resuenan penetrantemente, se oye el chasquido elástico del trampolín, y estallan unos gritos amortiguados que no se sabe de dónde vienen, ni adonde van. En esta enorme caja de resonancia no se puede determinar de dónde proceden los ruidos porque retumban. Por encima, a una gran altura, se arquea una bóveda de cristal. Ahí, ahí arriba, quiere estar Rainer y desde ahí observar cómo los jóvenes se salpican unos a otros. Pero ¿dónde se encuentra realmente? Abajo, como lo que desgraciadamente es, un mal nadador. Sin embargo, hay que disimular que uno es mal nadador, que uno tiene miedo a la profundidad excesiva y que por ello prefiere refugiarse en la zona en que no cubre. Esto no cuadra a una persona que, como él, hurga constantemente en las profundidades. Pero aquí no se atreve a profundizar demasiado. Este elemento le resulta extraño como pocos otros. Anna y Rainer hacen muchos movimientos de los que pueda deducirse que saben nadar bien, pero en realidad no nadan bien. Se arrojan al agua con estrépito y salpicando mucho, ahí donde sólo hay un metro de profundidad y donde hacen pie, pero con la intención de producir una sensación de peligro. Al otro lado, el verde misterioso de los cuatro metros de agua en la vertical, les infunde un enorme pavor, pero no tan grande como el que les produciría el poder mirarse ellos mismos por dentro. Uno disfruta de la limpieza y este disfrute se refuerza todavía más por el

penetrante olor a cloro que parece decir: «Extermino a todos los bacilos y gérmenes que encuentro a mi paso, pero los restos ocasionales de semen o de pis tengo que cedérselos a la depuradora. Tampoco logro penetrar dentro de la piel de los jóvenes, para poder exterminar el odio y el asco que éstos albergan.»

El agua chapotea dentro de su recinto de porcelana, pero no puede salirse de él. Del mismo modo que uno tampoco puede salirse de la propia piel. Son muchos los que sonríen, ríen, gruñen, chillan o se distraen haciendo deporte. Algunos se arrojan al agua en posturas grotescas, quizá, encima de alguien inocente, mientras que otros se deslizan elegantemente por el agua, como delfines adiestrados. A este último grupo no pertenecen ni Anna ni Rainer. A ellos les horroriza tener que practicar cosas en las que no destacan sobre los demás. Por consiguiente, se ven obligados a fingir su suficiencia. Pero con demasiada frecuencia tienen que hacer sitio cuando, por abajo, alguien se desliza entre sus piernas como una anguila o cuando, por arriba, alguien amenaza con caer sobre sus cabezas. Cédele el paso al capaz, dice un refrán y también lo dicen los audaces nadadores, que nadando audazmente dejan atrás a los dos gemelos, porque su punto fuerte es el mundo del libro, que en esta piscina no es solicitado y no tiene ni voz ni voto, porque aquí sólo los tiene el deportista, es decir el atleta especializado en natación. Esto es una injusticia porque esos valores son realmente ínfimos. Lo que también se valora aquí es la constitución física de cada cual. Lo de arriba y lo de abajo. En las mujeres se pone mayor énfasis en lo de arriba. En los hombres, en lo de abajo. En ambos casos el desarrollo está en función de la edad, y aquí la mayoría no ha alcanzado todavía su pleno desarrollo. Nos estamos refiriendo a los caracteres sexuales primarios y secundarios de Rainer y Anna que aquí resaltan más que bajo la vestimenta habitual. Pero tanto en un caso como en otro han salido un tanto esmirriados.

Abrazados fraternalmente, como si se encontraran en medio de un huracán, aguijonean a un tarzán musculoso que ignora quiénes son Sartre y Camus y en qué país viven (Francia).

En el extremo profundo, y para desconsuelo de Rainer, Sophie nada a crawl enfundada en un impecable bikini blanco que, aunque tapa lo imprescindible, sigue dejando ver a los circunstantes lo que sólo pertenece a Rainer. Ella nada con estilo, se cubre la cabellera con un gorro y practica

este deporte sin pretensión alguna, porque cuando se domina algo tan absolutamente, las pretensiones resultan innecesarias. Ha venido sola. Parece haberse olvidado de la existencia de Rainer, que supone una constante amenaza y simultáneamente un reto, pero no en el plano deportivo, sino en el privado, en el que ambos tienen que trabajar para mejorar sus relaciones. Con la flexibilidad de un arco sale y vuelve a sumergirse en la humedad verde y fría que llamamos líquido elemento. Cuando alguna cosa se tensa decimos que se tensa como un arco, pero Sophie tensa su cuerpo como sólo ella sabe hacerlo. Es como un reluciente imperdible abierto que sobresale de una piel de plástico, pero sin dejar huella de pinchazo alguna. Sophie sólo deja huellas en el corazón de Rainer y en el cerebro de Anna, porque es ingrátida, sólo su caballo conoce su verdadero peso porque la lleva muy a menudo. Pero todavía nadie ha oído quejarse a Tertschi, su caballo.

La bóveda retumba bajo el vocerío de un grupo de escolares que, en formación cerrada, acude a la clase de natación. Rainer y Anna les observan con disimulo para aprender algo que luego puedan poner en práctica, cuando Sophie les esté mirando. Pero son demasiado cobardes para meter la cabeza debajo del agua porque ahí uno se siente indefenso, no puede respirar y está en inferioridad de condiciones respecto a los más avanzados. Por eso prefieren observar desde arriba. Un joven muchacho, que por su constitución física bien pudiera ser cerrajero o tornero, bucea entre las piernas de Anna, que lanza un grito y desaparece completamente en el chapoteo. Con muchísimo cuidado, su hermano trata de sujetarla bajo el agua para protegerla. Sophie se acerca, con la velocidad de una trucha, para ayudar, pero Anna ya se ha recuperado. Rainer tiembla ante la idea de que Sophie haya podido darse cuenta de que no nada bien, pero a ella esto le trae sin cuidado. Sophie no disfruta de nada tanto como de la sensación que, en su estricta corporeidad, le brinda a uno el cuerpo, cuando se ejercita. Luego se precipita a la ducha porque tiene prisa. Rainer y Anna, blancos como el queso, la siguen. Sophie se cimbrea bajo el chorro de la ducha y Rainer se le aproxima para platicar sobre el amor que siente por ella. Entre otras cosas le dice que el concepto abstracto de la felicidad debe ser equiparado al concepto abstracto del amor, y subraya esto una vez más, con vehemencia, ya que lo ha dicho en múltiples ocasiones. El amor es felicidad. La felicidad sin el amor resulta inconcebible. (Supuestamente) el

verdadero sentimiento de felicidad sólo recorre tu turbado corazón cuando eres consciente de ello, cuando reconoces que una persona te pertenece totalmente y que te quiere con todas sus fuerzas y que va a apoyarte incondicionalmente, pase lo que pase, y entonces sí podrás decir, soy feliz. Afirmar esto por haber obtenido buenas notas en el colegio sería decididamente ridículo. No oigo nada, replica Sophie a esta efusión cordial, dejando correr el agua por todo su cuerpo para enjuagarse el olor a cloro y también los oídos. Serpentea bajo la ducha enroscándose en el chorro de agua como si fuera una taladradora que llevara un bikini blanco. Feliz sólo puede ser aquél que ama y que, por sus propios merecimientos, es amado. Esta felicidad se debe menos al placer de la unión sexual que al sentimiento de estar acompañado por otro. Como yo, Rainer, ya tuve el honor de explicarte en una ocasión, Sophie, el acto sexual produce en su conjunto un sentimiento de felicidad menor que el que produce un beso totalmente inocente o una palabra de la mujer a la que amas. Witowski Jr. rechaza totalmente la idea del acto sexual, aunque sí le gustaría recibir un beso inocente, pero no se atreve a pedirlo. A Sophie todavía no se le ha ocurrido pensar en el acto sexual. Bajo el chorro de agua, su rostro está tan lejos que es como si una autopista pasara entre los dos. Con el tráfico constante de los domingos. El sólo quiere un besito y ni siquiera esto consigue. Hace poco Rainer todavía recortaba fotos de jóvenes desnudas de las revistas, pero con ayuda de las tijeras amputaba cuerpos y pechos, dejando sólo el resto, es decir, los rostros, que era lo único digno de figurar en ese lugar de honor que es la puerta de su armario.

Una enorme mancha de luz se desplaza sobre la pared de azulejos, un idiota descerebrado se ha puesto a jugar con un espejo de bolsillo. Las estrechas pasarelas, escalerillas y galerías se bambolean y vibran bajo los pies mojados de los nadadores. La luminosidad es inmisericorde. Anna está sentada en el suelo y se pone las manos delante porque no tiene pecho. Permanece callada que es algo que le acontece a intervalos irregulares desde hace algún tiempo. A los catorce años, estando en el colegio, de repente se quedó muda. Porque era buena alumna se le concedió un permiso especial para poder realizar sus exámenes por escrito. En la actualidad se encuentra mucho mejor, pero hoy ha vuelto a empeorar y es incapaz de decir nada aunque quiera. En comparación con esto, Rainer habla por dos y declara lo mucho que desea que

Sophie sea suya, pero eso tendrá que ser más adelante, cuando los dos sean lo suficientemente maduros. Ahora, todavía no ha llegado el momento, habrá que tener paciencia. Ya llegará. Pero si traspasas los límites de la naturaleza humana y te atreves a buscar el amor y la felicidad a través de la llamada unión libre, seguro que no lo lograrás, Sophie. Esta sale de debajo del chorro de la ducha, salpicando agua, como si hubiera nacido y crecido en el líquido elemento, una sensación que con ella se tiene en cualquier entorno, igual da dónde, ya sea en la tierra o en el aire. No se da por aludida, le da una palmadita a Rainer en el hombro y va a vestirse. Rainer la sigue a todas partes, de acá para allá y de allá para acá, lo que a ella le saca de quicio, es como si no pudiera ir solo a donde quiere ir. Le da otra palmadita como si se tratara de un mueble o de un perrito, ¡apártate de mi camino, éste es mi camino particular, lo tengo arrendado, búscate tu propio camino!

Rainer dice -como también se afirma en el *Fausto*- que el trabajo no puede hacer feliz, que a lo sumo procura satisfacciones. El trabajo es un instrumento del que se sirve el amante para distraerse y deshacerse parcialmente de las tensiones acumuladas. A modo de explicación: creo estar en lo cierto cuando digo que tú has amado, amas o que, al menos eres capaz de adaptarte a las exigencias sentimentales de un amante. Si haces esto, podrás saber, reconocer, sentir y experimentar que el trabajo, en el momento en que estás concentrado, puede librarte de la pesada carga que se cierne sobre un joven corazón atribulado. Junto al amado te embarga una sensación de tranquilidad absoluta, que inmediatamente dará paso a una tremenda inquietud, una inquietud tal, que empalidecerán tus manos y comenzarán a temblar. Esto es exactamente lo que me ocurre a mí. Rainer se agarra a la barandilla, cuyo objeto es impedir que se caiga al agua, porque no es un nadador experimentado. Sus nudillos han vuelto a empalidecer, como él mismo insinuó hace un momento con perspicacia. Así se vive en dos diferentes estados de agregación, en dos estados que cambian continuamente y ambos implican la felicidad. El agua se encuentra en estado de agregación líquido, Rainer en estado de agregación semisólido.

Malhumorada, su hermana se agacha a sus pies sin decir nada, sin preguntar nada, pero en su silencio sepulcral ha tomado la determinación de no volver al agua por el momento, porque éste no es su elemento. Su elemento son las ondas de los sonidos musicales, que se propagan de un

lado a otro, pero que a diferencia de las ondas del agua no mojan. Abre la boca, pero nada sale de ella, ni una palabra ni un sonido musical. Silencio.

El agua no la acoge sino que la repele. El silbato del socorrista suena estridentemente, porque un individuo con muy mala intención ha saltado sobre un grupo de bañistas, derribándolos, pero éstos sólo se ríen. Una lisura inconcebiblemente lisa se desliza bajo las plantas mojadas de los gemelos, dejando tras ellos una senda serpenteante. Es imposible encontrar un sitio donde afianzar las plantas. Y el arte, que constituye su único apoyo y sostén, alguien se lo ha llevado de aquí maliciosamente para transportarlo a otro lugar.

Anna vuelve a abrir la boca, pero no sale nada de nada. Si hay que empezar de nuevo con los exámenes escritos, me suicido.

Rainer opina que la felicidad y el amor son sentimientos idénticos, o, mejor dicho, un único sentimiento, que es imposible describir. Cualquier descripción de este fenómeno resulta insuficiente y nunca podrá sustituir la experiencia real, querida Sophie. Anna quiere intervenir en la conversación pero no puede hacerlo, aunque ya tenía pensado lo que iba a decir.

Arrastrando los pies, se dirige con su hermano hacia los vestuarios. La esbelta Sophie acaba de salir de una de las cabinas, completamente vestida y peinada, y da gusto ver los ricitos todavía húmedos pegados a sus sienes. A Rainer le gustaría tanto poderlos tocar, pero este simple gesto bastaría para mancharla. ¡Qué mona es Sophie! Ella se marcha en seguida diciendo: bueno, hasta mañana, hoy tengo prisa. Mañana tenemos mucho de qué hablar, he reflexionado sobre el tema de los atracos. Estas palabras oscurecen la impresión global de claridad que hoy ha ofrecido la piscina Jórger; pues, donde había una claridad resplandeciente, ahora sólo hay una roma oscuridad, porque Sophie se ha ido, quizá para siempre, pero probablemente sólo hasta mañana por la mañana en el instituto.

Las habitaciones de Rainer y Anna están separadas por un tabique de fabricación casera muy delgado, que permite que lo que se hace en una de las habitaciones resuene en la otra y viceversa. Como adolescente no se tiene privacidad alguna. Uno no se puede desarrollar sin que el otro lo perciba y quiera a su vez desarrollarse. Hoy por ejemplo Anna ha desarrollado una apetencia corporal por Hans, e inmediatamente Rainer pega su oído a la pared divisoria para tratar de espiar algo que luego pueda ensayar con Sophie. Pero nadie debe advertir que tiene algo que aprender.

Durante la adolescencia es frecuente que los jóvenes piensen que nadie les puede enseñar nada nuevo. Evidentemente Sophie representa algo distinto que su hermana. Ella será su amante y relevará a su hermana cuando alcance la edad adecuada. Ojalá que este relevo llegue en el momento oportuno para que el joven pueda abandonar la casa paterna sin grandes traumas.

Desnúdate, quiero hacerte mío inmediatamente (Anna).

En ese caso, escucharé el disco nuevo más tarde (Hans). Ahora que lo han ensayado varias veces les sale mejor que al principio. Hacen un simulacro de juego preliminar antes de que Hans penetre a Anna y hurgue en su interior como si revolviera un cajón de calcetines viejos en busca de uno que ha extraviado. No se trata de embestidas irracionales sino de frotamientos sensibles y refinados. Lo que no puedo expresar con palabras, porque la rabia me ha hecho enmudecer completamente, lo expreso a través de mi corazón y todo mi cuerpo (Anna, neurótica). Lo que callan los labios, lo susurran los violines: quíereme. Y Hans también susurra: Oye, lo que estamos haciendo es estupendo, para sobresaliente y aún lo haremos mejor, porque aunque hemos tenido que esperar mucho, muy pronto gritarás y bramarás de placer como las sirenas de los barcos.

En el espejo manchado que cuelga de la pared, Rainer se mira de perfil, distraídamente; como en tantas otras ocasiones, también hoy se esfuerza en suprimir y reprimir toda clase de mímica. Ensaya una total inmovilidad del rostro que impida que los cambios de ánimo se transparenten hacia el exterior, para que nadie pueda aprovecharse de ellos. A menudo su tía le increpa, diciendo que desde luego no está contento con nada, ni siquiera con sus propios padres que hacen tantos sacrificios -con éstos con los que menos- a pesar de ser ellos tan delicados con sus hijos, cosa que demuestran incluso en presencia de extraños. A él sólo le interesan las últimas novedades de jazz y no es ni fácil de contentar ni modesto. ¿Cree usted que se pondría unos zapatos corrientes? No, no se los pondría. Sólo quiere ponerse zapatos puntiagudos ultramodernos que estropean los pies. Tampoco usaría el viejo pantalón que llevó el día de su confirmación sino exclusivamente vaqueros. Como tienen que ahorrar el dinero, de su asignación semanal (para eso sus padres podrían quedárselo directamente), le piden los vaqueros a la abuela, o a la tía anteriormente citada, o hacen

pequeños trabajos de recadero, que les humilla hacer, por lo que a falta de otras soluciones, no tienen más remedio que recurrir a los atracos.

Tampoco en este momento Rainer puede remediarlo, se ve obligado a escuchar como Anna grita, más, más, más, ay, sí, así está bien y como Hans le contesta guturalmente, Anna, tienes un coñito muy bonito, lo que además rima. Hans opina que lo deben hacer mas a menudo y que es una lástima hacerlo sólo de tarde en tarde. Él estaría dispuesto a hacerlo a todas horas, pero eso no es posible en la casa de los padres de ella. ¿Es mi hermana, a la que conozco mejor que el forro de mi chaqueta, la que emite esos ruidos?, se pregunta el hermano, sin hacer la más leve mueca ante el espejo, ¿espejito, espejito, dime quién es?...

Acto seguido, se sienta en su mesa de escribir y automáticamente se pone a redactar un cúmulo de patrañas jactanciosas sobre un papel, que al día siguiente repartirá en su clase. Que sus padres han volado hace poco al Caribe y que han vuelto muy bronceados, después de haber hecho interesantes amistades con otros pasajeros. Que se han bañado continuamente, que han paseado por playas blancas junto al mar azul y que han cabalgado sobre las olas. Tanto para el viaje de ida como para el de vuelta han utilizado el avión. Todo esto os lo digo por escrito pues la escritura es mi forma ancestral de expresión. Una necesidad imperiosa me impulsa a comunicarme con vosotros de esta forma, aunque son cosas que deberán permanecer en secreto. Rainer desgraciadamente no tiene amigos, sólo compañeros, pero también éstos tienen derecho a conocer la historia del Caribe.

Al lado, Anna empieza a sollozar. Son ruidos repugnantes. A pesar de compartir sus puntos de vista en el plano espiritual, en el plano corporal no está de acuerdo con ella; sus inarticulados gritos de lujuria se le pegan a uno como resina de los árboles. Anna exclama: ¡Síiii, síiii, ahora! Ahora seguramente este paquete de músculos se estará corriendo

dentro de ella. Y ella no sólo acoge la mierda que él le está vaciando dentro, sino que también aprovecha orgánicamente lo que otros, en secreto, desperdician y desprecian al lavar las sábanas sucias con agua fría. Nunca se puede llevar a casa a un amigo, porque el ambiente que ahí se respira no sólo parece asqueroso sino que también lo es. Uno se avergüenza del hogar familiar. Ahora Rainer redacta otra mentira más, en forma de poema amoroso, dedicado a Sophie, lo cual es una tarea sutil. El título reza

«Amor», y lo que sigue es igualmente pobre, porque no logra trascender sus propias limitaciones. Así pues, amor. Tu rostro se me aparece día y noche. Carissima... así comenzaba la carta en que te declaraba mi amor... Con rubor escuchabas mis promesas de amor. Besos... Yo besaba tus rojos labios, las velas ardían ante nosotros y mirábamos las claras llamas y las copas de cristal tallado. ¿Pero aquí qué cristal tallado va a encontrar uno, si no es el de las gafas? Aquí no hay más que trastos desechados. En lo que concierne a Rainer, su mímica sigue bajo control.

En la habitación de al lado, que es sólo una pequeña pieza, Hans continúa profiriendo estupideces entre gruñidos. Hans es un imbécil integral y nada más. A su hermana debe parecerle demasiado estúpido, por eso ni siquiera contesta. Su hermana, la que lee a Bataille en versión original. No obstante, en este momento parece haberse olvidado de él por completo. Como suele suceder en estas viviendas para pobres, la pared divisoria del «cuarto juvenil» de Rainer esta formada por pilas de trastos voluminosos, porque nada se tira, todo son cachivaches, que a lo mejor todavía tienen un valor, o podrían llegar a tenerlo algún día, aunque quién sabe cuando. En su campo visual inmediato hay un viejo frigorífico cuya puerta fue arrancada hace muchos años por un hombre malvado. En el interior hay manzanas, una hucha en forma de cerdo, un reloj con una sola manecilla, varias gafas (fuera de uso), un jarrón de flores, diversos productos de limpieza, cubertería en un recipiente de plástico, una maquinilla para afeitarse en húmedo, varios artículos de tocador en una abigarrada bolsa de plástico, un cenicero, un monedero vacío, varios libros deshojados, un par de mapas de excursionista, una escudilla de-porcelana con útiles de costura. Dentro de su cabeza Rainer oye el rumor del mar y unos pies muy morenos que pertenecen a unas piernas muy delgadas se adentran en él. Los pies pertenecen a Sophie y los otros dos pies morenos, que ahora caen dentro del campo de visión, son los de Rainer que también penetra en la humedad salada. Frente al mar todos son iguales, ricos y pobres. Nadar es una actividad completamente espontánea porque en este sueño diurno de Rainer el líquido elemento es tan llevadero como el seco, en el que normalmente suele desenvolverse.

¡Ayyy!... gritan Hans y Anna a dúo. Dadas las circunstancias, este comentario no viene mucho al caso, opina Rainer. Seguro que en este momento Hans la está mirando a la cara y constata que la tiene

completamente demudada. En una vieja maleta de cartón hay una vieja bayoneta de la primera guerra mundial. Es un recuerdo valioso y su filo mide 25 centímetros de largo. Es suficiente, no necesita ser más larga. A Rainer le gustaría que Anna le hiciera una fotografía con esta bayoneta. La empuñaría como si fuera una espada de esgrima, pero probablemente resultara muy patoso, porque siempre produce una impresión torpe cuando no habla de problemas filosóficos. Por el momento la bayoneta sigue estando en el receptáculo que le fue designado, una maleta. En ésta también descansan juguetes rotos, un proyector de diapositivas, pensado para diapositivas de vacaciones que nunca se toman porque tampoco hay vacaciones, y un montón de sombreros de fieltro. En su fuero interno Rainer ya se ha separado de su familia, y en el mundo exterior, serán los atracos perpetrados contra personas inocentes los que le separen de ella.

¡Oooooooooh! es el grito que, para variar, llega desde la alcoba vecina, es una variación sobre el mismo tema pero no añade nada nuevo. Rainer sigue esforzándose en conservar un rostro inmutable a pesar del odio, en mantener su mano tranquila a pesar de la enorme agresividad y en no torcer su boca a pesar de las ansias y de la cólera.

¡Ayayay! delira Anna que acaba de tener otro orgasmo, quién sabe cuántos lleva ya, es sorprendente. Seguro que esta noche Rainer volverá a recurrir al onanismo, para descargarse de tensiones, pero lo hará con repugnancia y completamente a oscuras, que es como normalmente vive.

Rainer -y en esto no se diferencia de otros muchos chicos de su generación- es un simple adolescente que nunca consigue lo que quiere y siempre quiere más de lo que puede conseguir; es posible que cuando haya alcanzado la completa madurez por fin consiga lo que quiere. Su situación actual carece de salidas. Él mismo lo entiende así. El año pasado quiso demostrarle su confianza al profesor de gimnasia, dándole, para que las leyera, una o dos poesías que él mismo había compuesto. Esto suponía un tímido intento de llegar al TÚ, un tratamiento que ocasionalmente puede darse entre dos personas. Pero, entre grandes carcajadas, el profesor de gimnasia dio a conocer la obrita -decididamente inmadura- en la sala de profesores. Después, algunos de ellos ridiculizaron al joven autor citándole, fragmentariamente y fuera de contexto, algunos de sus versos.

Al lado, Anna berrea, como si algo le hiciera daño. Pero probablemente provenga del placer que, como se ha hecho intolerable, se expresa

reiteradamente en forma de dolor. Para hacerle compañía Hans corea sus berridos, como si fueran dos lobos aulladores. Es absolutamente bestial, nada que pueda dignificar al hombre. Creo que ahora ya han acabado, a Hans no debe quedarle nada dentro, así que darán por concluido el acto y le darán la vuelta al disco.

Inmóvil, Rainer clava su mirada en el espejo y, con la misma inmovilidad, éste le devuelve su imagen, sólo que invertida. Rainer está en el lado correcto, es decir, en el que corresponde a su auténtico ser. El no representa a nadie y nadie quiere ser representado por él, ni siquiera sus compañeros de clase, que han elegido a otro para delegado de curso, aunque Witkowski había presentado su candidatura con mucho interés. Para justificarse le han tachado de engreído, dicen que quiere aparentar más de lo que es y que continuamente está diciendo cosas que no son ciertas. Eso supone un comportamiento insolidario frente a los demás compañeros, porque siempre hay que decir la verdad, aunque haga daño y uno pueda ser castigado por ello. Esos castigos deben llevarse con orgullo porque no se ha recurrido a la mentira para evitarlos.

A mí tampoco me gusta jugar con fuego, me daría demasiados quebraderos de cabeza, dice Rainer. Hay muchas cosas que sólo se desarrollan en el plano de las ideas y que enriquecen al hombre, pero hay otras que tienen que ser llevadas a la práctica.

La pistola está en el estuche que el padre tiene destinado para ella, una caja de hierro, de 7-8 cm de alto, 30 cm de largo y 15 cm de ancho. Debajo hay desnudos fotográficos de la madre de Rainer y también primeros planos de sus órganos genitales. La llave de esta caja el padre siempre la lleva consigo, pegada al cuerpo. En una redacción escolar que hizo sobre la obra de Paul Claudel *El zapato de raso*, Rainer defiende la tesis de que el arrepentimiento no exime del castigo y que la libertad sólo puede alcanzarse a través de él.

En este momento, y un tanto desordenadamente, Hans y Anna salen de la habitación y presumen de lo bien que lo han pasado. Ya os he oído, ya, contesta Rainer. La hermana estrecha todo su cuerpo contra el de su hermano, como si quisiera cometer un incesto. Pero ésta no es su intención, pues acaban de satisfacerla. Hans habla sobre una modalidad deportiva. Hasta sus berridos de antes eran más agradables.

En la pila de la cocina se amontonan los cacharos sucios. El fondo está recubierto por una costra de suciedad verdosa, mohosa y afieltrada, que en otro momento fue huevos con jamón. El joven adolescente, que es un estorbo, ahora no puede dar un paso sin tropezar consigo mismo. Sobre los muebles se acumula el polvo que la madre debería haber limpiado. Pero no está. Realmente no puede uno invitar a nadie a casa. El adolescente suele perjudicarse más a sí mismo que el adulto y, por si esto fuera poco, también le perjudican sus condiciones de vida. Ahora, por ejemplo, los dos hermanos podrían coger un trapo y ponerse a limpiar el polvo.

Tenemos que discutir el asunto de los delitos más detalladamente, recuerda Rainer. Pero ahora no, de ninguna manera después de esta experiencia tan profunda, jadea Hans atléticamente, adoptando un gesto muy significativo. Tú también deberías echar un polvo, te aseguro que te olvidarías de esas cosas por completo. A pesar de ser Anna la que probablemente se ha quedado embarazada, es Rainer el que tiene que vomitar, lo que constituye una peculiaridad biológica de primer orden. En ese momento regresan a casa el papá y la mamá y encuentran en ella a un amigo no deseado.

La mamá entra en casa y el papá también, sólo que cojeando. ¿No le das un besito a tu papá?, solicita de su hijo predilecto. Éste enrojece y dice que no, pero, en realidad, no sabe muy bien por qué no ha de hacerlo. ¿Y por qué no? Pues porque la tía dijo hace poco que sólo los homosexuales besan a personas del mismo sexo. ¿De dónde habrá sacado el muchacho estas cosas?, a su edad nosotros no sabíamos nada de nada. Probablemente se lo habrá oído decir a su hermana.

Y el techo de la habitación del que pende una araña de cristal, que tiene rotas dos de las tacillas en las que se asientan las velas eléctricas, se cierne sobre Rainer y sus necesidades, pero éstas no desaparecen sino que quedan encerradas en una cárcel sin salida.

La Kochgasse ha acogido a Hans los años suficientes como para hacerle olvidar los recuerdos de su infancia en el campo. Sólo queda una larga cadena de hombres vestidos con monos de trabajo y pantalones y guardapolvos descoloridos, aunque nada de ellos rememora ya las verdes praderas ni el arroyuelo. La gran ciudad no tiene misericordia. Sólo con dificultad logra uno sobresalir y ser admirado y reconocido por los demás; indudablemente el deporte puede ayudar mucho, uno pasa a formar parte de

un equipo y puede incluso llegar a cosechar victorias. Ahora los caminos de barro con surcos de neumáticos, los animales y las gentes del campo están donde deben estar. La Kochgasse transmite una atmósfera ciudadana que también hoy envuelve a Hans y le impele a entrar en el portal del edificio donde vive, cuya decoración es funcional, para que el obrero se sienta a gusto y no encuentre cosas superfluas en las que recrear la mirada o que le hagan desear vivir en la superfluidad.

No hay ningún ornamento, frontón, mirador, torreta o relieve de escayola, que son cosas que pertenecen al definitivamente periclitado mundo del pequeño burgués, que en realidad ya no existe. La sobriedad está en consonancia con la sobria dureza que caracteriza al esfuerzo de reconstrucción económica de la que es protagonista, desde hace años, el obrero que aquí vive.

También se puede crear poesía a través de tapetitos, fotos familiares, cuadros de ciervos y muebles de la casa SW, de algunos de los cuales emergen los extraños sonidos de la nueva época, siempre que éstos sean los modernos y codiciados aparatos de música que se compran a plazos. Cada uno de los inquilinos tiene opción a crear su propia poesía ya que el arquitecto ha dejado espacio libre en paredes y techos para que puedan ser cubiertos con pinturas y esculturas. Sólo depende de la gente y de su grado de madurez decidir dónde colocar esta poesía, si arriba, abajo o a un lado.

Hans penetra en la casa y lo único que encuentra en ella es la más absoluta sobriedad. La casa no tiene ninguna personalidad salvo la impronta que deja el trabajo de la madre; montones de sobres esparcidos de cualquier forma que estropean la impresión general. Hans ya ha conocido otros espacios, todavía no mancillados por el uso, de cuyas profundidades parecen surgir islotes de mobiliario semejantes a bancos de hielo a la deriva. Sophie es propietaria de un espacio como ése y él lo ha visitado en múltiples ocasiones, pero cada vez que iba distraía a Sophie de algo que estaba a punto de hacer y que supuestamente era muy importante. Pero a ella eso no le importa porque le tiene afecto y porque hay algo entre ellos que se está desarrollando por momentos. No sólo el ambiente que la rodea diferencia a Sophie de las demás chicas que conoce, tiene un algo tan especial que sería capaz de reconocerla en cualquier multitud; como dice la canción de moda, incluso en atuendo de trabajo hubiera saltado la chispa entre ellos.

Evidentemente si también ella llevara un atuendo de trabajo, y no sólo él, puntualiza Hans. En su casa Hans encuentra a dos compañeros de las juventudes obreras a las que también él pertenece, le guste o no. Llevan consigo carteles y un cubo de cola que remueven constantemente. Hans no muestra entusiasmo alguno. En los últimos tiempos ha adquirido la costumbre de cambiarse de ropa en la empresa antes de emprender su camino de vuelta a casa. Para andar por la calle lleva exclusivamente pantalón y jersey. Antes volvía a casa en bicicleta y en ropa de trabajo. Hoy son las prendas que le ha regalado Sophie las que envuelven sus músculos. Están un poco dadas de sí y algo chafadas en las zonas más expuestas, y aunque Hans las cuida y su madre las tiene permanentemente sobre la tabla de planchar, poco a poco van perdiendo su forma para adaptarse al cuerpo de Hans. Su dueño originario ahora estudia en Oxford y seguramente se habrá comprado prendas nuevas. Hay que hacer una distinción entre el lugar de dónde proceden los músculos y el lugar a dónde se dirigen.

Los músculos de Hans penetran en la corriente eléctrica y se disuelven allí, transformándose en pura energía; a menudo Hans mastica tabletas de glucosa cuadradas y blancas como la nieve para recuperar sus energías; en los últimos tiempos se alimenta casi exclusivamente de ellas, porque son tan puras como Sophie y están bien formadas como ella. Se llaman Dextro Energen y algunos deportistas hacen su publicidad; tanto esquiadores como tenistas conocen sus efectos y hacen uso de ellas.

Nada más entrar en casa, Hans se apresura a entrar en su cuarto para quitarse y guardar cuidadosamente su ropa de calle y para ponerse la ropa «normal», y eso que posiblemente dentro de media hora vuelva a salir vestido de cachemira. Después entra en la sala de estar, donde le esperan, apoltronados, sus compañeros. Desde hace algunas semanas, por su nuevo círculo de amistades, tiene una mayor seguridad en el trato con personas de cualquier raza, clase o nacionalidad, antes sólo conocía a gente de su misma raza y clase. Los jóvenes compañeros que ahora están presentes suponen un retroceso a su vida de antes ya que pertenecen a su misma clase social y salta a la vista que jamás podrán salirse de ella; no saben qué hacer con sus vidas. La madre les ha preparado un café para que se calienten y una gruesa rebanada de pan para cada uno de ellos. También a su hijo le ha tocado una de esas rebanadas. Los jóvenes del cubo tienen fervor y practican el socialismo. Hans tiene una ambición tan grande, que con ella no sólo sería

capaz de nadar contra la corriente del agua, sino que también podría luchar contra la corriente eléctrica, que es un adversario invisible. Hans está dispuesto a emprenderla con cualquiera que quiera obstaculizarle el futuro. Pone un disco para evitar tener que oír el viejo rollo sobre el partido comunista, que está gastado y suena mal. Además siempre repiten lo mismo; a pesar de ser dos personas distintas no parecen tener ni vida propia ni individualidad. No advierten que Hans ya se ha desligado de la larga cadena de manos que, unas a otras y en línea recta, se pasan pesados cubos de agua para apagar una casa en llamas (que no se ve pero que existe, porque si no, no existirían los cubos); que se ha desligado, que se ha ido y que ahora el compañero de atrás tendrá que hacer un esfuerzo doble para cubrir el puesto que ha quedado vacío. Pero eso es todo. Los compañeros exponen que ya desde hace algún tiempo ha llegado el momento de unirse a las fuerzas verdaderas.

Una vez alcanzada la madurez, Hans quiere unirse a Sophie en matrimonio. Las manos de Hans están muy estropeadas por el trabajo que realiza desde los catorce años. Debajo de sus uñas la porquería y el sudor han formado una unidad. También el cuerpo y el alma forman una unidad. Hans anhela conocer esta unidad de dos desde que conoce a Sophie. Nada se adhiere a las uñas de Sophie, ni siquiera un esmalte de uñas, porque sus uñas no lo necesitan, no tienen nada que ocultar y por consiguiente no ocultan nada. La madre conoce a los padres de los dos muchachos por un viaje que hicieron juntos en autobús y quiere que también Hans los conozca porque son personas muy razonables y ser razonable no es el fuerte de su hijo. Es preciso integrarse en un grupo, el individuo aislado es impotente, sólo en unión con otros se hace fuerte. Hans afirma que él ya ha encontrado un grupo de esas características, en el que se valoran sus aptitudes específicas que, por otro lado, no son reconocidas en ninguna otra parte. En este grupo nadie puede sustituirle ni confundirle con otro.

En el baloncesto soy insustituible tanto en el puesto de lanzador como en el de defensor, sin embargo mi trabajo lo puede hacer cualquiera tan bien como yo, y esto también pasa en la vida. Es un ejemplo representativo de la vida en su totalidad, en la cual el trabajo representa un mal y aunque siempre me quieran convencer de que es un mal necesario, yo creo que podría vivir perfectamente sin trabajar y además mucho mejor. Lo único

que necesito es a Sophie. Si ella me quiere, estaría incluso dispuesto a renunciar al trabajo.

Después de haber dicho esto, desprecia la pobre rebanada de pan, que es especialmente gruesa y rebosa margarina, margarina una vez más, nunca embutidos, ¡qué asco! y, a continuación, les dice a sus compañeros con cierta destemplanza, que es el individuo y no el grupo anónimo e insensible, el que tiene que salvarse; en el grupo uno desaparece para no volver a salir nunca más, a no ser que uno sea cabecilla del mismo o que el grupo esté hecho a la medida de uno, como sucede con el suyo, un grupo que él mismo ha contribuido a formar.

Durante todo este tiempo nadie ha tocado las rebanadas de pan. Creo que te doy dinero suficiente como para que compres mantequilla y embutidos decentes. Hay que ser un individualista, este es el nuevo modelo de trabajador, el trabajador moderno, que muy pronto también dejaré de ser. El viejo modelo de trabajador es eternamente el mismo. El trabajador individualista necesita mucho espacio, mucha luz, mucho aire y mucho sol, que favorezca el crecimiento de las flores, de la hierba y de los árboles que, al final, aprenderá a valorar después de haberlos descuidado en la lucha política. El hombre moderno también escribe con mayúsculas la palabra deporte.

Ahora la madre repite el grave error que siempre comete cuando se enfada con su hijo y pierde el control, que es ponerse a contar historias sobre los campos de concentración; es el caso del niño que estaba comiéndose una manzana y fue golpeado contra un muro hasta morir, y cuya manzana, acto seguido, terminó de comerse el asesino; el caso de los niños que fueron torturados y arrojados desde un segundo piso; el caso de la madre que, junto a su bebé de dos días, fue enviada a la cámara de gas, después de haber pedido al médico permiso para dar a luz, permiso que le fue concedido. También muchos amigos y amigas de tu padre y míos fueron decapitados en el tribunal territorial. Me acuerdo de ellos constantemente.

Hans bosteza exageradamente porque ha oído estas historias muchas veces; piensa que los tiempos han cambiado y con ellos las personas, que ahora tienen otras preocupaciones, sobre todo los jóvenes, a quienes pertenece el futuro que, después de todo, contribuyen a crear.

Los dos compañeros, que ya están absolutamente desconcertados, continúan removiendo la cola en el cubo para que siga blanda y no se

endurezca. Para ello la cola necesita calor, un calor que no encuentra en la calle y sí en el caldeado calentaplatos del fogón, que es donde ahora se encuentra. No saben cómo interpretar a Hans que parece estar muy seguro de sí mismo. Es evidente que los otros ya se han hecho con él y lo utilizan para sus fines. Fuera, en la calle, un viento frío azota la fría lluvia. Los árboles ceden entrelazándose por la humedad. Este es el poder de la naturaleza. Muchas manos invisibles, procedentes del movimiento obrero, empujan a los dos jóvenes que llevan el cubo, para que ofrezcan argumentos a Hans, algunos de los cuales ya empiezan a salir de sus bocas. Pero él no les escucha, sólo atiende a una voz interior que le dice que es necesario llegar a las raíces de la propia existencia para comprenderse a sí mismo, pues sólo así es posible comprender a los demás. Si pensáis que podéis hacer algo en beneficio de otros sin antes haberos conocido a vosotros mismos, sois unas cabezas de chorlito. Esa es precisamente una de las condiciones previas. Algunas veces se cometen acciones que a primera vista parecen absurdas pero en realidad no lo son porque para uno son de capital importancia. Mi nuevo amigo se llama Rainer y está mucho más limpio que nuestro entorno. Esta es una afirmación que desde el punto de vista objetivo no concuerda con la realidad, porque la casa de los Witkowski está en un estado de abandono total, algo que no parece percibir este joven cegado.

¿Quién es ese Rainer? pregunta la madre, que ha adivinado que ya en una ocasión preguntó quién era. Su padre estuvo en las SS, contesta Hans, hoy está jubilado y trabaja de portero. Sus hijos van al mismo instituto que Sophie, y yo iré a la escuela de formación profesional. ¿Pero no querías ser profesor de deporte? Ya he cambiado de opinión, aspiro a algo más.

Los portadores del cubo de cola permanecen callados y dentro de poco se marcharán. Fuera empieza a amainar el chaparrón, pero los cristales siguen vibrando en sus marcos. Seguramente este mismo chaparrón esté azotando la ventana de Sophie y haciendo temblar los abedules de su jardín. También podría llevarle un mensaje de amor. Lo más seguro es que Sophie esté haciendo sus deberes a la luz de una lámpara. A Hans también le gustaría hacer lo mismo, pero para él no existen ni el instituto ni los deberes.

Así que no vienes, dicen los dos cartelistas poniéndose en pie. Ve con ellos, le aconseja la madre. Con este tiempo de perros, no gracias, ni

siquiera iría si hiciera buen tiempo, porque sería el momento oportuno para jugar al tenis.

A ti siempre te ha gustado tu trabajo. Gracias a él te has convertido en un auténtico miembro de la clase obrera. Eres uno de ellos, uno más en la ininterrumpida cadena de hombres que crearán la nueva era (la madre).

¿Estás loca? Con que encima tiene que gustarme. Rainer afirma que el trabajo manual constituye la fase primitiva de la actividad industrial y que un día desaparecerá por completo. El, Anna y Sophie piensan que la cultura del hombre se ha ido desarrollando a medida que éste ha aprendido a separar el trabajo manual de un método que lo agilice a través de herramientas y otros procedimientos. Sin el trabajo intelectual, no habría habido cultura alguna, que es lo más importante que existe.

La madre dice que va a perder la cabeza y los dos pegadores de carteles dicen lo mismo. En este momento, señora Sepp, creemos que no se puede hacer nada con él. Así que hasta la vista. Nosotros nos apartamos de este compañero descarriado. Quizá algún día llegue a entenderlo, aunque probablemente no lo haga. Cada día que pasa nos tropezamos con más casos como éste.

La madre dice, por favor volved cuando tengáis más tiempo. Veréis cómo le convencemos. Pero ahora os tenéis que ir.

Como si hubieran estado esperando una señal, las ráfagas de viento del exterior abren sus brazos y engullen a la pareja junto con el cubo. Ojalá que no se traguen también los carteles, que son de papel y, por consiguiente, no están protegidos contra la humedad. En caso de necesidad los protege una funda de plástico. Pero, de todos modos, ya ha amainado y los muros de las casas emergen mojados. El asfalto vuelve a relucir, como lo hace en la película *Asfalto mojado*, donde también el asfalto tiene un papel.

La madre dice: ¡si se enterara de esto tu padre muerto, que tanto se sacrificó por nuestra causa!

El no se sacrificó, le mataron, si no todavía estaría vivo. Dime de que le sirvió. Yo no pienso sacrificarme. Cuando en los libros de Rainer leo acerca del dolor, éste me parece mucho más auténtico que el dolor que pudo sufrir mi padre en los Peldaños de la Muerte en Mauthausen.

¿Todavía vas a salir, Hans?

¿Con este tiempo tan asqueroso? Pero si ni siquiera desde lo alto de un caballo, que es la cosa más bonita del mundo, podría ver más allá de cinco metros. Además en el campo están cayendo las nieblas vespertinas que impiden totalmente la visión. A caballo, el campo abierto produce una impresión completamente distinta de la que tengo cuando voy a visitar a la tía Mali a su granja. A lo mejor más tarde voy a un club de jazz.

Cada vez que te miro tengo la impresión de que ni mi vida ni la muerte de tu padre han servido para nada. En cambio, cuando miro a estos dos compañeros que acaban de irse, comprendo que sí han servido para algo, aunque mi propio hijo no quiera reconocerlo.

En cualquier caso la muerte es gratis, aunque la pagues con tu propia vida, observa Hans con una risa reprimida.

Los desconocidos no le interesan en absoluto porque sólo se interesa por sí mismo y por Sophie.

¡Cómeme, que a lo mejor vienen tiempos peores!, le amonesta la rebanada de margarina despreciada. Pero Hans, que tiene fe en un futuro mejor, no se la come.

No hace mucho tiempo que Rainer ha comenzado a trastornarse y a apartarse de la senda que tienen marcadas las criaturas de Dios. En aquellos días, la fe católica suponía para él una gran compensación que ahora pretende recuperar a través de acciones violentas. En medio de este basurero su hermana Anna enmudece cada vez con mayor frecuencia, pero a menudo vuelve a estallar de

forma imprevista, arrastrando todo lo que encuentra en su camino. Hoy los dos hermanos se hallan abrazados sobre la cama de Anna. Han desviado el viento de la realidad hacia la cocina de estilo rústico, mientras que el viento del pasado sigue soplando en la habitación donde están. Es posible que aquí Rainer rompa el tabú, el tabú del incesto, pero sólo por la curiosidad de ver si sale algo interesante. Pero por fin decide no romperlo, por lo que tendrán que ser otros los diques que caigan. El adolescente los tendrá que derribar personalmente porque en esta casa tan degenerada no deben echar raíces las costumbres libertinas. Dicen los progenitores.

De niño, además de hacer travesuras, Rainer ayudaba a misa, lo que hoy le produce una gran aversión cada vez que lo recuerda. El papá le decía, ahora vete a ayudar a misa, y él se iba en seguida. Las palizas del padre le dolían más que las frías baldosas bajo sus rodillas desolladas. Era el frío helado de las seis de la mañana en invierno, y la mano floja del párroco que, menos mal que para pegar no se servía de perchas o de muletas, ¡paff!, otra bofetada, porque se ha perdido el hilo del texto latino y porque se han dado contestaciones descaradas, cuando en realidad no había sido formulada una pregunta sino una orden. Y encima las pesadas vestiduras blancas de encaje con su cuello negro que le daban a uno aspecto de muchacha. Y en medio de todo imágenes, sobre todo de Dios y de la Virgen María, de hechuras y materiales diversos. La custodia es predominantemente redonda porque fue hecha en la época del barroco. Para completar el cuadro, el alboroto de risas nerviosas de los jóvenes de la congregación católica que, a empujones y canturreando, entran en su residencia para jugar al ping-pong y los cantos solemnes que entonan los escolares más antiguos y el orgullo que se siente cuando un niño se hace congregante. Últimamente también se puede ver la televisión y se hace a conciencia. La iglesia siempre dispone de las últimas

novedades y también sabe utilizarlas contra sus miembros. Estandartes dorados y banderas con la imagen de la Santísima Virgen, joven-citas con faldas plisadas azul marino, todo ello tiene lugar en la desdeñada iglesia de los hermanos de las escuelas pías. En el coro se dice muchas veces que Dios llama a la juventud, y ésta acude apenas ha recibido el llamamiento. La juventud es la cristiandad militante, algo que requiere fortaleza en este mundo pagano y sin ideas. Rainer forma parte de esa juventud, desgraciadamente la parte peor, la que más acusa las huellas de su desgaste material. Y va al encuentro de Dios de mala gana, a pesar de ser él quien recibió la llamada más vehemente, porque Dios conoce sus debilidades y su falta de convencimiento. Por eso su llamada es especialmente insistente. ¡Rainer! ¡Rainer! Y acto seguido Rainer vomita sobre las baldosas. Si él visitara las selectas escuelas pías, Dios se lo tendría muy en cuenta, pero sus padres no tienen dinero suficiente para pagar la matrícula. Los monaguillos de familias pudientes nunca reciben bofetadas, algo que el despabilado de Rainer ha percibido inmediatamente porque son éstas las cosas en las que repara en vez de ensimismarse en la oración y olvidarse del mundo que le rodea. La iglesia toma cuanto puede conseguir y lo guarda; no lo emplea donde más falta hace. Rainer no necesita golpes, sino amor. Se supone que Dios le ama, pero él no siente ese amor, sino sólo bofetadas.

Sin embargo, todos los domingos, con el único pie que le queda, el padre vuelve a meterle a patadas en la sacristía, para que se ponga sus vestiduras y, colocado en el centro del coro de jóvenes alegres y lozanos, que Dios ama tanto por la inocencia de sus voces, se presente ante su tía y su abuela.

Las dos acuden a la iglesia con devoción. En mayo y en cuaresma hacen turno doble y dejan una propina para el muchacho que tan bien ha ayudado a misa, para que, de vez en cuando, pueda comprarse unos zapatos de punta o un jersey. Desgraciadamente es

lo que más le importa a este chico tan superficial, que todavía tendrá que aprender a mirarse hacia dentro. Muy hacia dentro. Para ello los pies que se arrastran y surcan los espacios sobre dimensionales que justamente corresponden a la grandeza de Dios, que aunque no se ve, necesita muchísimo espacio. A la izquierda los chicos, los jóvenes servidores del Señor, a la derecha las chicas, las jóvenes servidoras del Señor. Y en el medio la alocución del deán, Dios, en su bondad, ha dejado que los niños se acerquen a El, aun cuando éstos probablemente tengan algo mejor que hacer. Durante el sermón los acólitos permanecen sentados y descansando, la mayoría de ellos está pensando en cualquier picardía, marranada o trivialidad escolar. Pero a Dios esto no le importa nada, conoce perfectamente las inquietudes de los pequeños y les presta oído. Pero Rainer piensa en El, en Dios en persona, para confiarle sus preocupaciones. En los últimos tiempos se ha convertido en su última esperanza, porque ya nada funciona y Jesús, naturalmente, tiene que arreglarlo todo. Pero no basta con rezar, también hay que hacer algún sacrificio y en este momento Rainer prefiere no hacer ninguna inversión. Es demasiado arriesgado. Además qué hace sentado ahí arriba, en vez de aquí abajo, donde uno aposenta el rabo que, de creer a Jesús, no debe tocarse, frotarse ni apretarse, ni el propio y, mucho menos aún, uno ajeno. Entretanto, Rainer sabe que el rabo no existe porque el padre tiene uno y lo que no existe no puede deshonorar a su propia madre en el hogar. Así solucionó un problema bastante desagradable.

Sólo una imagen de cierta armonía se le ha quedado gravada a Rainer en la memoria durante mucho tiempo. Es la imagen de una joven congregante que, después de haberle buscado a una más pequeña un determinado pasaje en su devocionario, le acarició la cabeza una y otra vez, lo que proporcionó a Rainer una gran paz interior. Durante muchos años ha seguido pensando en ello sentado en la bañera (una bañera que se improvisaba en la cocina), mientras

que su mamá le enjabonaba todo el cuerpo, incluso cuando dejó de ser niño, para que estuviera limpio por todas partes, una criatura de Dios limpia por dentro y por fuera. A pesar de todo, y aunque en una criatura de Dios todo es pureza, él se avergonzaba. Pero si soy tu madre, la que te ha visto nacer, y delante de papá no tienes por qué esconderte ya que tiene lo mismo que tú y además en el mismo sitio. Esto provoca en Rainer un sollozo ronco y profundo, semejante al aullido de un lobo.

Pero incluso ahora que puede enjabonarse solo, sigue teniendo la sensación de haber sido engañado.

Tiene un anhelo indebido de armonía y de sociabilidad y en última instancia también de belleza, del que habla a menudo y abusivamente a sus compañeros; para que ellos le entiendan habla de una armonía encarnada en coches caros, viajes en avión, padres que se besan y cristal reluciente, cosas todas ellas que pueden encontrar en sus casas. Y eso que la armonía no se puede comprar, o se tiene o no se tiene. Pero sus compañeros de instituto no le creen.

¡Vamos hombre!, que voy a dejarte completamente limpio, Anna no se anda con remilgos, cuando lo hace tu propia madre es como si lo hicieras tú mismo. Pero si quieres avergonzarte, adelante, avergonzarse siempre es sano.

Todos somos iguales, es decir, hombres de carne y hueso. Tú no, mamá, tú eres incorpórea como Nuestro Señor y sólo papá te deshonra corporal-mente, por eso afirmo que el cuerpo no existe y lo recorto de las fotos de esas hermosas muchachas desnudas, justo a partir de la barbilla, para luego poder colgarlas en mi armario. La carne muerta empieza a heder rápidamente si se la deja expuesta. ¡Ay este chico! Y ahora sécate bien, eso puedes hacerlo tú solito.

El órgano zumba y Rainer se seca sin atreverse a bajar la mirada, la mirada siempre debe dirigirse al frente, todo lo que se hace es para gloria de un ser superior. Cuando seas mayor, ya verás

como muchas cosas cambian, algunas incluso se aquietan para siempre.

Anna quiere expresar la mayoría de las cosas a través de la música. Hoy ha confiado al teclado las obras de Schumann y Brahms y quizá mañana le confíe las de Chopin y Beethoven. Todo lo que no puede decir su boca lo dice la música, que también es algo que procede de Dios, como han afirmado algunos compositores (Bruckner) en relación con sus obras. Rainer le lee algunas anotaciones antiguas de su diario en las que dice que las cosas grandes sólo pueden llevarse a cabo si han sido planeadas con el debido tiempo y a conciencia. En su diario se puede leer que en aquel momento le pareció que esta frase tenía una validez universal. Y añadía: 1. ¿Qué estoy planeando?, ¿cuál es mi meta definitiva? y 2. ¿Qué necesito para alcanzar esa meta?

Por aquel entonces Rainer todavía quería estudiar en la Politécnica algo relacionado con las ciencias naturales (química), ahora sólo quiere meter mano en carteras ajenas y convertirse en un germanista que al mismo tiempo escribe poesía. Pero sólo bajo la condición (según el diario) de que las ciencias naturales no se conviertan en un fin en sí mismo ni en el objeto exclusivo de su pensamiento y acción, sino que se inserten dentro de un sistema más amplio, más completo y más estructurado. Como dice literalmente en su diario, quiere disponer de unas normas que estén por encima del pensamiento humano, pero tienen que ser normas de verdad. Quiera la fe cristiana ser el fundamento de mi existencia durante toda la vida. Mi deber como científico es el de impregnar el campo de la química con ideas cristianas y lograr una síntesis entre ambos mundos (aunque sólo sea una pequeña, añade honradamente en su diario) -para mayor gloria de Dios. ¡Escucha esto Anna! Es increíble, es increíble. Un resultado de este esfuerzo debería ser que la química contribuyera al bienestar del hombre y dignificara su existencia. En ello veo una posibilidad de llevar a la práctica el

concepto cristiano de amor al prójimo, sirviéndome para el resto de mi vida de mi talento, fuerza y facultades. Quiera Dios concederme la gracia de poder realizar este proyecto.

¿Qué opinas de todo esto Anna?! Condiciones necesarias:

1. conocimientos óptimos de química, matemáticas, física y de doctrina cristiana y

2. conocimientos óptimos de alemán, inglés, ruso y francés.

Ojalá logre (gritos y risas) mantener siempre la modestia y la humildad, pero no (no, no, eso no) para ganarme el favor de quienes en algún momento pudieran causarme problemas o de los que, en un momento dado, pueda aprovecharme yo, aunque actúen en contra de mis ideales. Y todavía necesito:

1. autodisciplina (chillidos y risas) y en esto, los dos hermanos caen revoltosamente uno sobre el otro, escupiéndose al reír. Y lo que te acabo de citar debía ser un proceso que se realizara a través de una continua reflexión acerca del mundo circundante, ¿te imaginas que haya podido escribir esto alguna vez? No, contesta Anna. Vaya, por lo menos una palabra, un no, ¡un nuevo récord! Apenas un minuto después, Anna se pone a hablar como un papagayo, pero de sus cicatrices internas nadie sabe nada.

Desde las numerosas imágenes y frescos del techo, Dios mira a sus descastados hijos preguntándose con asombro cómo pudo llegar a crear algo semejante y además enseñarlo en clase de religión. La fe sigue dándole muchos quebraderos de cabeza a Rainer. En honor a la verdad, no sabe todavía si negar la existencia de Dios aunque él y Camus lo hayan sustituido por la Nada. Desde luego desaparecer todavía no ha desaparecido y, además, su familia tiene amistad con muchos párrocos.

¡A comer, niños, a comer! y en seguida todos se sientan delante de la anhelada cena. Siempre que tiene algo que decir a su padre, Rainer se dirige a su madre. Dile que ahora mismo voy a arrancarle las muletas para que se caiga sobre las frías baldosas. Quiero

escribir una poesía pero aquí no encuentro el ambiente apropiado. ¡Cómo que no!, puedes incluso elegir entre el confortable ambiente de una cocina rústica o el frío ambiente de una cocina de piedra, dice Anna, lo que para ella supone todo un discurso. Acto seguido el padre se pone a mugir como un toro embravecido y le dice a su hijo que como vuelva a faltarle al respeto va a romperle el espinazo. De esa manera, éste se retorcería en el suelo como un gusano, mientras que él aún podría cojear y dar saltitos. También le dice que en cualquier momento puede sacarle del instituto, porque es el mantenedor de la familia. La madre ofrece puré y compota y dice que luego papá se vería obligado a admitir ante la gente que no ha mandado a su hijo al instituto, sino a un vulgar centro de formación profesional. ¿No es verdad, Otto?

Mira Margarethe que te voy a dejar morada. Yo a su edad, siendo un «ilegal», ya cumplía con mi deber y ahora sigo cumpliendo con él detrás de un mostrador en el que hay muchas llaves de habitaciones a las que tengo acceso a cualquier hora.

Rainer enseña los dientes como un perro rabioso. El Salvador, colgado de una cruz de madera rústica cortada a máquina, contempla la escena cariacontecido. Hoy la corona de espinas le oprime mucho, porque el barómetro señala tempestad y también los ánimos están revueltos. Nuestro delito irá acompañado de violencia, ¿no crees Anna? Pero no debemos perpetrarlo en un estado de excitación, como si estuviéramos desahogándonos de algo. Hay que hacerlo a sangre fría, evitando cualquier estado de excitación.

Tienes toda la razón (Anna), de lo contrario el delito pasaría a un plano secundario cuando en realidad debe ser la cuestión principal.

El arcón rústico, en cuyo interior cabría perfectamente un cerdo sacrificado, está lleno de juguetes rotos de la infancia que, como todo en esta casa, ha perdurado hasta los plomizos y aburridos días

de la adolescencia, algo que no alegra a nadie especialmente. En el viejo diario de Rainer también puede leerse que cualquier tarea (sea cual fuere) es grande, y ¿no debería precisamente esto constituir el estímulo para enfrentarse al problema y ganar fuerzas? Esto requiere autodisciplina, consideración, tolerancia y también un espíritu de renuncia. Hoy en día Rainer miente a todo el que quiera escucharle y también a todos los demás, diciendo que en su casa no tiene que renunciar a nada, porque su familia posee todo lo que uno pueda necesitar. Sin embargo, aquí dice que a través de la renuncia uno se hace más rico (¡es increíble!), escalará cimas ideales donde soplará, como indica claramente el texto, un fuerte viento, fresco y purificador. Pero qué asco, todo lo purificado hoy se le antoja como una finísima corriente de aire helado que viniera a incidir en su Ojo. La tarjeta postal de la Virgen de Lourdes se dobla a los pies del Redentor, que es el sitio que le corresponde por el efecto de la corriente del aire, y no la cabecera. También el agua bendita en el interior de un corazón de cerámica se ondula y rebosa. El rosario, que es regalo de una vecina y también procede de Lourdes, oscila suavemente de un lado para otro ante el fresco ímpetu de la juventud. Un ímpetu refrescante, que procede de una vida que acaba de empezar con brío y que ojalá no sea interrumpida antes de tiempo.

En la religión la madre encuentra consuelo y ayuda para su difícil papel de procreadora y ama de casa; el papá lo tolera tácitamente, aunque también Nuestro Señor es hombre, como ya lo sugiere su nombre. ¡Que no se le ocurra a Dios entrar en contacto íntimo con la madre! Aunque en realidad es ella la que le busca.

Rainer nunca piensa en esas fotos guarras que supuestamente existen. Por lo que ha oído decir son fotos de su madre hechas por hombres desconocidos. Han desaparecido de la conciencia de Rainer con la misma rapidez con la que entraron. Al parecer,

también existen detallados primeros planos de sus genitales, pero lo que no se ve, no existe.

El papá se ha comido prácticamente toda la compota, aunque son sus hijos los que están en época de crecimiento y no él, que no sólo ha alcanzado su total desarrollo, sino que además está mutilado. A la mamá no le han dejado ni un bocado, a pesar de haber sido ella quien la preparó.

Fuera, algunas nubes tontas empiezan a apelotonarse para vaciarse en cualquier momento sobre una tarde de un día cualquiera.

En un estrecho abrazo los mellizos abandonan la cocina rústica para adentrarse en el mundo de la música que emerge de un tocadiscos. Un artista es lo contrario de un campesino que tiene una cocina de esas características en su casa. Anna se sume en el silencio y Rainer en su locuacidad maniática a través de la cual intenta apoderarse del mundo. En su mundo el poeta es rey y suyo es el reino de la fantasía que dispone de espacios ilimitados.

El café es el típico café de estudiantes y por eso muchos de ellos se reúnen ahí. Discuten sobre temas religiosos o filosóficos. Las estudiantes van a misas de jazz, dan sus primeras fiestas y después de un bonito concierto de iglesia se dan besitos. Un estudiante de secundaria, sentado a una mesa de mármol, dice a su pareja que cree que ha llegado el momento de que sus relaciones, su primer conocimiento superficial, se transformen en algo distinto -la estudiante lo llama compañerismo, algo que al estudiante se le antoja como una reserva incomprensible. No obstante, siente que de alguna manera es eso precisamente lo que presta durabilidad a su relación y así lo expresa. También durante la fiesta del jueves pasado fue consciente de ello, dice suave y dulcemente el estudiante, por eso le gustan tanto los símbolos que tan directa y maravillosamente expresan aquello que no se puede expresar con palabras.

Hans escucha el diálogo, que parece discurrir en una lengua extranjera, mientras pasea su mirada entre distintas clases de helado color pastel, bolsitas de té estrujadas y jarritas de chocolate, pero en seguida vuelve a retirarla, asustado porque percibe que a nadie le interesa su mirada.

Para terminar, el estudiante le dice a la estudiante: ni el historiador más taimado averiguaría quién besó a quién aquel 27-3.

Hans se pregunta a sí mismo qué significa la palabra aquel y qué significa taimado y qué significa historiador.

La estudiante dice que le ilusiona la idea de sus vacaciones y que el memorable día de su puesta de largo pareció estar bajo una buena estrella, porque de principio a fin guardo un buen recuerdo de esa noche tan excitante. Bailamos juntos y todo me pareció embriagador y bello. Los dos estudiantes de secundaria se sirven de su pasado común y, aunque lo emplean continua e insistentemente, en sus bocas siempre resulta novedoso.

Hans oye que el de al lado, que seguramente no sabe lo que un hombre de verdad debe y puede hacer, estuvo esquiando en los Alpes Ötztaler. Como ocurre siempre que va a las montañas, piensa mucho en la estudiante que ahora está a su lado. La relación entre una y otra cosa puede resultar incomprensible en un primer momento: lo que ocurre es que el imponente espectáculo que ofrecen las montañas me hace concebir ideas muy profundas y ¿acaso la amistad, el amor y la fidelidad no son algo humanamente profundo?, pregunta el estudiante. La estudiante contesta que ella también estuvo esquiando, sólo que en otro lugar. Y una vez más su único vínculo fue la palabra escrita. Y también un telegrama que no llegó: felices pascuas *et basia mille*. Brigitte.

Hans quiere pedir una cerveza y después otra y luego otra, pero Sophie ya le ha pedido un café y un coñac. Sophie enmudece dentro de su oscura falda plisada y su oscuro jersey. Hans también enmudece, pero en el atuendo del hermano de ésta. En su entorno

inmediato habla la inocencia, hablan los hijos y las hijas -como si les pagaran por ello- de cosas, hechos y obras igualmente inocentes. Hans no es ni hijo ni hija, porque es hijo de un don nadie.

El Prater iluminado a trechos por la primera luz de la mañana, la hierba húmeda, las hojas húmedas, y el gozo de levantarse un día muy temprano, el cuello inclinado de un caballo, la nieve en polvo que se levanta, el leve crepitar de la escarcha en la cima nevada, los gritos alegres cuando uno se cae y luego el atardecer colectivo en un refugio bebiendo ponche o vino caliente, los acordes de guitarras acompañadas por acordeones y después la famosa salida hacia el exterior, el cielo estrellado de invierno, el primer beso y alguien que sueña con lo inalcanzable.

Hans también quiere probar una de esas tartas con abundante crema, aunque sólo sea una vez, pero Sophie se lo prohíbe. Tampoco puede beber si a continuación canta o escupe a alguien.

Emocionantes excursiones en coche, en las que los hermanos mayores

hacen de chofer, el padre les ha regalado un coche pequeño por haber superado la prueba de madurez, y a ti también te regalará uno. Veladas musicales caseras en un cuarto entarimado, el padre toca el chelo, la madre, que es médico, el piano, los hermanos, adorados por sus padres, tocan la flauta o el violín, es la nochevieja en la casa del Semmering. Entre risas, risitas y besos de los jóvenes, los manjares que necesita la desenfadada reunión, se transportan hasta la casa, lo que tiene que ver con trabajar lo que lavar un coche con un alto horno, cuánto le gustaría a Hans, cuánto, llevar cargas aún más pesadas, tan pesadas que todos tuvieran que admirarle. En Pentecostés, ganas de viajar antes de partir hacia el viejo monasterio romántico para realizar los ejercicios espirituales que ayudan a reconciliarse con uno mismo, y luego poder decir que es imposible describir el ambiente de esos días de Pentecostés. Con

cierta frecuencia dicen que es imposible describir un ambiente con palabras, pero para ello emplean una cantidad ingente de términos que se supone que nadie, excepto ellos, conoce. Pentecostés, dice el estudiante que ya es universitario, Pentecostés recuerda a la fuerza, al Espíritu Santo, o ¿podría tener otro significado oculto? Hans alarga el oído, porque probablemente lo tenga. ¿Acaso el amor de una joven muchacha? El poder de irradiación de esta experiencia debe excluir otras cosas. Después del desayuno se entablan discusiones sobre la fidelidad y cosas semejantes, luego, en un esfuerzo mancomunado, se improvisa una comida y más tarde habrá otra discusión sobre las obligaciones y las aficiones. Algunas misas son bonitas, profundas y al mismo tiempo modestas, y eso le llega a uno al alma.

Finalmente Hans puede tomarse otro helado y lo remueve nerviosamente con la cuchara hasta convertirlo en un puré rosa verde y marrón, el cochino de él. Soy un guarro ¿verdad?, pregunta Hans y Sophie le sonríe. Y ahora todavía quiero tomarme un trozo de esta tarta de chocolate. Te vas a poner malo (Sophie). Nunca nadie ha visto comer a Sophie, no obstante debe de hacerlo puesto que sigue en pie y anda y consume calorías.

Fiestas de cumpleaños, donde todos se quieren y las pequeñas riñas no hacen más que fortalecer el amor en vez de corroerlo como ácido nítrico humeante; una iglesia fresquita, unas palabras sinceras, pero no demasiado, sonos de guitarra, la unidad de un grupo unido, después tenemos que despedirnos del padre Clemens. ¡Desgraciadamente! Conferencias con proyecciones, a un tiempo divertidas e interesantes. Paseos nocturnos iluminados por las estrellas en una finca propia o en sus alrededores. Algo que constituye un nuevo comienzo, un nuevo capullo que debe florecer. Según los respectivos diarios, lo eterno es el silencio -el sonido de lo perecedero. El sol y los padres que se quieren, las visitas a palacios, los adioses, la tristeza, pero con una media sonrisa en los

labios porque los reencuentros quedan en el marco de lo probable, hermanos que le consuelan a uno con divertidos juegos de sociedad, hermanos que se pelean entre risas, el piano, Debussy, cuadros impresionistas, un lago, ovejas, Waldmüller, nubes doradas, excursiones con mochila. Pequeñas citas en las que se conciben grandes planes, la capilla del palacio imperial, los clubs de jazz, la limonada, las piscinas, el descenso de la Gemeindealpe, desgraciadamente hay muy poca nieve, accidentes de esquí que pronto sanarán, bromas que le hacen a uno olvidar la cama de convaleciente. Sentimientos que se perciben, regalos de cumpleaños, veladas musicales en las que se escucha a Fisher-Dieskau. Una cama que hay que guardar, la fiebre que cederá, visitas a galerías de arte, un aprobado en el examen de latín que habrá que festejar. Visita a la abuela, la lluvia, un cielo cubierto, las farolas, el asiento trasero del coche, bocadillos de salchichón, líneas de expresión, fotos, un cojín de seda, el cálculo integral, traducciones de Cicerón, disquisiciones sobre si uno debe o no debe entristecer a una persona por querer ser fiel a la verdad. ¿Qué es la verdad, que es la falsedad y qué es la hipocresía? Escuchar discos, discutir a la luz de una vela. Trajes elegantes, el primer vestido de noche que se estrena para ir al Burgtheater, que ha sido del agrado de uno. Don Giovanni en la ópera, que también ha sido del agrado de uno. El chico, al que sólo se conoce como compañero de tenis que saca muy bien, de pronto le ayuda a una a quitarse el abrigo en el guardarropa, está muy cambiado, y luego le da a una un beso en el parque. Así ha franqueado la frontera que separa al niño del adulto. Un paso importante que la familia celebra. Alcanzar un punto donde todo parece estar vacío, donde los rostros se revelan como máscaras huecas, donde uno se encuentra ante un profundo abismo, donde uno ya no encuentra salida, etc., y el sufrimiento, para el que existen muchas expresiones que lo describen con precisión. Este problema luego se discute en un

reducido círculo de amigos y todos terminan comprendiéndolo, con lo cual el problema desaparece inmediatamente. El amor. Sólo el ignorante se enfada, el sabio comprende e incluso da un paso más, por el cual finalmente el hombre se sitúa lo más cerca posible del amor divino. Algo queda sellado con un largo beso y todo queda en paz. Conversaciones en inglés y en francés. Hans hinca los dientes superiores en el labio inferior, donde en seguida va a formarse un agujero, pero en cualquier caso ese agujero es mejor que el precipicio que se abre ante él. Y sin embargo reina el entendimiento entre él y Sophie, que sorbe su limonada a través de una paja. A primera hora de la mañana, antes de ir al banco para solucionar cosas, su madre ha sufrido otro ataque de nervios. Como siempre, Hans juega con sus músculos, pero no al escondite. Se mueve en la silla de un lado para otro, como si se hubiera cagado; le guiña confidencialmente a Sophie y le describe una gigantesca borrachera, durante la cual uno o dos amigos suyos se pusieron especialmente groseros y armaron un gran alboroto; algunos objetos a su alrededor se rompieron en mil pedazos. Habla demasiado alto, todos pueden oírle, nadie le entiende, pero aquello que no se entiende se tolera y donde no hay tolerancia uno la crea discutiendo sobre ella.

Incluso cuando uno tiene que separarse de otro, siempre lo hace con un brillo en los ojos porque el reencuentro tendrá lugar dentro de muy poco tiempo, adiós corazón, un escarabajo dobla la esquina lentamente y desaparece, pero mucho queda atrás: una amistad y una calidad humana. Una muchacha, que entre bromas bienintencionadas de su familia -que en este momento está comiendo- se levanta de repente como picada por una tarántula, para recibir a su novio, al que ha estado esperando tanto tiempo y que acaba de regresar de una pequeña excursión a las montañas. A continuación la familia entera decide emprender algo conjuntamente. A Hans este gregarismo, que inunda el espacio

como una espesa niebla, le pone a rabiar. Con agresividad aplasta los últimos trocitos de helado en el interior de la copa de metal; así descarga su rabia contra los inocentes alimentos.

Descripciones de travesías de ventisqueros, despedirse de *family*. Christine, la amiga del alma, que está al corriente de la alegre travesura. Y en marcha, un trayecto de hora y media, ratos de tranquilidad y sosiego en el bar del tío Sepp. Un chico joven, que después de haberla escalado, vuelve a descender la montaña para verla a ella. Un sentimiento muy particular que fluye de mí hacia ti y de ti hacia mí. Una abuela que saluda amistosamente con la cabeza. Pasear, charlar, comer. Paseos para ver la tala de los alerces. Alguien que no ama nada tanto como la hierba y el cielo.

Hans sigue la pista de las distintas corrientes que aquí se establecen entre unos y otros. ¿Y qué es lo que se establece? Las partes interesadas desconocen la palabra precisa, conocen más bien una imprecisa que lo engloba todo: el TÚ. Empezar el camino en dirección al hospital del Semmering, viaductos, túneles. Subida al Jockelhof, instalarse en las habitaciones, la comida y la siesta, pereza de escribir durante las vacaciones, capas de niebla y un cielo que parece reír aunque no le haga falta. Muchas cosas de las que poder hablar. La comprensión de todos.

Hans tose y escupe la mitad del café, al que le había convidado Sophie, en el platillo. Le sube mezclado con saliva. En su cerebro hay un gran agujero que, en términos muy generales, podría designarse como la Nada. Cuando los estudiantes conversan entre ellos quiere decir que están allí los unos para los otros, y precisamente en esta sencillez radica la «profundidad inconmensurable del contenido» que exponen, dicen a dúo. A veces es muy interesante observar al prójimo, para ello uno se sienta sobre un tronco de madera. La meta la tenemos en la punta de la lengua y se llama amor.

Los inagotables manjares, que consumen los jóvenes que rodean a Hans, se abandonan ahora por un rápido cruce de miradas y un sosiego interior compartido. Cuando uno está sentado sobre un tronco talado en medio de un pinar disfrutando del sol, puede uno olvidarse del reloj, evidentemente no del reloj de oro, sino de la hora que marca dicho reloj.

Maquinalmente Hans mira su viejo reloj por si acaso se lo había dejado olvidado en alguna parte, pero sigue estando en su muñeca.

Sophie, como todo en su interior, permanece en silencio. Ni aquí ni en cualquier otro lugar se sale de su ser. De vez en cuando saluda a un conocido. Cuando cruza más de dos palabras seguidas con alguno de ellos, se crea una unión extraña. Hans cree que entre él y ella existe amor. El amor le trastorna porque, por regla general, suele trastornar a un ser que ama, pero a Hans le trastorna muy especialmente porque no conoce nada con lo que pudiera compararlo. Está irremediablemente a merced del amor.

Otro estudiante está comparando a dos personas que se llevan bien, con las dos mitades de una bola que casan perfectamente formando una bola. Se habla espontáneamente y con confianza mutua, cosa que percibe esta figura completamente geométrica y espacial.

A la hora de la despedida uno se plantea si debe sentir lo mismo que a la hora del saludo, indudablemente sí, aunque se sale más enriquecido por las experiencias vividas.

A Hans nunca nadie le ha regalado nada, excepto Sophie (pantalón y jersey), y de vez en cuando su madre le compra algo práctico. Sophie pregunta a Hans que qué opina de los delitos. Rainer quiere perpetrarlos y ella piensa que definitivamente también quiere hacerlo. Estos niños me aburren mortalmente, ¿a ti no? Además tú estás acostumbrado a otras cosas que no a la palabrería insustancial de los estudiantes.

Hans, al que nada le gustaría tanto como ser estudiante, dice que ya ha desvalijado algunas máquinas, pero que ahora quiere llevar una vida ordenada para conseguir a la mujer a la que ama, sin embargo no dice quién es, no, no, a eso no se atreve.

¿Es Anna?, pregunta Sophie. No, no, no es Anna, y no te voy a revelar quién es, dice Hans mirando a Sophie con cara de ternero degollado, para que ésta intuya que en realidad se trata de ella. Sophie no sabe cómo interpretar esta estúpida expresión y le pregunta si piensa que los actos ilegales pueden llegar a desinhibirle a uno. Pero Hans no conoce la palabra..., la palabra «ilegal».

Si ahora me tomara otro coñac, me pondría a cantar a voz en grito y le daría una paliza indiscriminada a uno o dos estudiantes.

Pero no, ahora fuera de bromas, sí que me gustaría ponerle a alguien las manos encima. Hasta ahora, Hans sólo ha podido ponerlas encima de la escayola húmeda o dentro de Anna. Hans dice que ya está empezando a calentarse con el alcohol aunque está bastante acostumbrado a beber, una vez incluso llegó a tomarse tres litros de cerveza de golpe, ¡qué barbaridad!, estaba completamente borracho, doy fe de ello.

Sophie observa a Hans como si lo estuviera viendo por vez primera, algo que siempre ha de ocurrir entre un hombre y una mujer antes de que pueda hablarse de una relación. Su mirada abarca conscientemente cuerpo y cara. Para obtener una impresión de conjunto. La temporada de baile ha pasado, ya no está en puertas como otras veces. Al baile de la ópera asistió con una corona de piedras falsas; fue una tontería, pero la mamá se empeñó en que así fuera. Ahora que dispone de tiempo libre puede valorar la cara de este Hans. De manera que esto también es un rostro humano, qué heterogeneidad tan magnífica ofrece la naturaleza, piensa Sophie para sus adentros. Existe una extrema izquierda y una extrema derecha que se acercan considerablemente, e incluso

existe un Hans que no parece molestar ni estorbar a nadie. En la naturaleza hay especies y formas muy diversas y dos sexos completamente diferenciados. Sophie pertenece a una especie noble por excelencia.

Hace varios meses Sophie se olvidó de todo, sobre todo del mundo exterior, en brazos de un compañero de baile, ahora quiere olvidarse de todo a través de una acción completamente distinta. Ella, que tiene todo cuanto pueda desearse, hace todo lo posible por olvidarlo. ¡Pero si tú no puedes hacer eso!, vienes de una familia que no está acostumbrada a esas cosas, le dice Hans. Lo importante es que me acostumbre a ello, responde Sophie, que como Rainer y Anna quiere echar todo por tierra. No obstante, quieren destruir cosas distintas puesto que poseen cosas distintas.

Rainer, que no había sido invitado, logra sin embargo averiguar su paradero a través de hábiles preguntas, y entra en el café mirando indolentemente en todas direcciones sin que nadie se aperciba de él y, acto seguido, se pone a hablar sobre actos delictivos. Es posible que sean contagiosos. De su amor hacia Sophie prefiere no hablar en presencia de Hans. Uno madura a través de los delitos, sigue explicando. En *El extranjero* de Camus, que en este momento está leyendo con Sophie y nadie más que Sophie, el héroe también acaba en la cárcel. Estando condenado a muerte, percibe unos dulces sonidos que proceden de la naturaleza y es capaz de distinguir todos sus matices. Esto es importante porque la cotidianeidad más que reforzar la sensibilidad, la destruye. En breve (esto se prevé), los «accionistas vieneses» * van a destruir sus propios cuerpos; nosotros queremos destruir cuerpos ajenos porque satisface más. ¿Pero quién iba a destruir voluntariamente su propio cuerpo, si sólo se tiene uno?, pregunta Hans. Un artista que posiblemente acabe mutilándose a sí mismo, y está bien que así sea. Con frecuencia yo también tengo ganas de descuartizarme y luego tirar los pedazos a la basura.

Quiero echarme enteramente sobre Sophie y penetrarla, piensa Hans. Lo hará igual que con Anna, sólo que mejor porque en este caso interviene el amor.

Sophie mira a Hans atentamente. Rainer quiere que Sophie fije su atención en él y no en Hans y tira al suelo una copa de helado que acaban de traer. Antes de que pueda pisotear las bolas multicolor, porque ya no le gustan y porque enfadarse no depende del dinero, Sophie dice: ¿estás loco, o qué? Si así lo deseas, Sophie, le digo a Hans que vuelva a recogerlo todo con la cuchara. Hoy te estás portando otra vez como un niño (Sophie). Todavía está por ver quién va a recoger qué (Hans).

La camarera, vestida de blanco y negro, se abre camino ágilmente entre las mesas y deja que los adolescentes de clase alta la traten como a un semejante, transformándose así blanco y negro en gris, que es desemejante; hay que tener vista para estas diferencias. Hay quienes hablan con ella de tú a tú, a pesar de que poseen una casa de veinte habitaciones en Hietzing. Le cuentan sus pequeñas preocupaciones, fundamentalmente preocupaciones escolares, que ella intenta resolver. Todos los trabajos satisfacen cuando uno

ⁱ Grupo radical que mediante actos de protesta extravagantes reivindicaban cambios estéticos, ideológicos, etc. (*N. de la T.*)

los hace bien y éste satisface muy especialmente porque uno está en contacto con otras personas. Y, además, es un buen material humano el que uno encuentra aquí.

Recuerda también tú, Hans, que depende del Cómo, y no del Qué.

Rainer dice que un asesinato o un atraco no son locuras, sino el final más sensato para una existencia carente de una base material sólida.

Hans dice que es una locura atentar contra el prójimo.

Sophie contesta, que si lo ha entendido bien, entonces sólo debe hacerse por el acto de violencia en sí mismo.

Bueno, claro, el dinero desempeña un papel secundario. Un asesinato no es más que un poco de materia revuelta (Rainer).

Sophie contesta algo y Hans la secunda. Es de su misma opinión. Dice que comparte su punto de vista.

Rainer dice que cierre el pico porque no conoce los polos opuestos del pensamiento, ni su absoluta autonomía, ni su estricta dependencia. Para molestarle, Sophie manda a Rainer a hacer deberes, después puede pensar qué es lo que se va a comprar con el dinero robado. Rainer grita que el dinero le importa un bledo, lo mismo que también a Sophie le importa un bledo el dinero, él es igual que Sophie y percibe las cosas igual que ella. Sophie insinúa que quizá una bicicleta, unos libros edificantes, una caja de construcción... y ahora quiere que se marche, hoy se había citado con Hans y no con él y no quiere que la espíe.

Hans dice que comparte la opinión de Sophie.

Rainer matiza que uno que dirige todos los asuntos no espía porque tiene todas las cartas en su mano. Además ha escrito otra poesía especialmente para ella, en la que invalida el pensamiento cristiano hasta hacerlo desaparecer.

Sophie dice que Rainer seguramente acabará convirtiéndose en un probo funcionario que escribe poesía en la administración pública. Hans le dice a Sophie que él también sospecha lo mismo. Sophie percibe claramente como Rainer está a punto de correrse, es como en la masturbación, justo antes de llegar al orgasmo. Hans dice que es de su misma opinión. El lo suscribe totalmente.

Analfabeto, grita Rainer viendo manchas rojas delante de sus ojos. Lo que desgraciadamente también tiene delante de los ojos es a Hans y a Sophie, en una especie de complicidad que se desarrolla en un plano profundo y no en el suyo.

Lo de ellos es epidérmico, lo de él y Sophie, sin embargo, es profundo.

La profundidad no va hacia abajo sino hacia dentro. Dice que no le importan ni sus padres ni Dios, porque los odia, sí, también odia a Dios, y por eso soy más libre que vosotros dos. Ha decidido que nada es importante. Pero ellos todavía tienen que entender qué es esa Nada que no es nada.

Ahí tengo que darle la razón a Sophie, dice Hans, y ahora te voy a partir la boca, Rainer. Pero Sophie se lo impide. Rainer se da cuenta de que Hans es un elemento extraño que perturba la vida de Sophie, cosa que no se debe confundir con un sujeto extraño. Pero en realidad Hans es un objeto para Sophie, y nada más.

Mierda, me he olvidado el monedero, advierte Sophie. Anda, préstame dinero hasta mañana, es que he invitado a Hans. Rainer, que sabe que no debe ser tacaño para no parecer tacaño, paga inmediatamente, no sin antes haber dejado claro a Hans que ha sido *él* quien ha pagado.

Sophie mira a través de la ventana a una apacible calle residencial.

Estoy completamente de acuerdo, Sophie, dice Hans.

De noche, los lamentos de la madre traspasan cada vez con mayor frecuencia los sensibles y bien afinados oídos del hijo adolescente y de la hija adolescente. A menudo también oyen que el papá quiere disparar sobre la mamá porque está atentando contra su matrimonio. Pero Rainer sabe que lo único contra lo que está atentando es contra su propia vida sin sentido, pero nunca contra el matrimonio y, además, ¿con quién iba a hacerlo ahora que el paso del tiempo ha causado estragos en su figura? La vida de la madre es una larga cadena de años absurdos, como también son absurdas las cadenas humanas formadas por gente de clase baja, de las que nunca nadie sobresale. Se quedan atrapados en lo vulgar, sin llegar jamás a un nivel más alto. Sólo rara vez logra uno alcanzar un lugar

donde explayarse y desarrollarse. Pero en el club de jazz sólo hay burgueses de segunda categoría que, a falta de perspectivas mejores, escuchan los largos discursos de Rainer ya sea sobre Dios o sobre la moderna música de jazz y su estructura. Sus compañeros de instituto desaparecen en cuanto se tropiezan con él, porque saben que lo único que les espera es una charla aburrida en la que ni siquiera pueden meter baza. Este chico es mortalmente aburrido. Hay que largarse. A pesar de saber más que él, éste nunca permite que nadie haga alarde de sus conocimientos.

Cuando por la noche resuenan los apagados lamentos de la mamá, al día siguiente Rainer mira a su padre de tal manera que éste se ve obligado a justificarse inmediatamente ante testigos: ¡observen esa mirada!, ¡imagínense de lo que éste sería capaz de hacer con su padre!

A la hora del desayuno Anna le reprocha a su madre el haberle destrozado la vida, y Rainer profetiza que él, Rainer, va a destrozarle personalmente la vida a su padre.

Rainer tiene madera de dirigente, eso le salta a la vista a cualquiera, aunque nadie se toma la molestia de examinarlo con más detenimiento. Por eso no cabe la menor duda de que se convertirá en el cabecilla del grupo, en el caso de que se cometa un atraco. Todos le consideran como la voz cantante en lo relativo a la ejecución del mismo. Sophie es la que más le considera y una inclinación embrionaria puede convertirse en amor. El próximo paso es que ya no se dude del amor: ya ha llegado.

Un punto fuerte de Rainer es que también ha conocido personalmente el horror. Este horror suele adoptar la forma de un sueño, en el que él recorre las calles al anochecer y acaba completamente cubierto por las hojas que caen de los árboles. Cuando luego se pone a escribir poesía se inspira bien en los libros, bien en el tiempo.

Hoy hay junta de directores, es decir un día escolar en el que excepcionalmente no hay clase. El inusitado día libre se descompone en múltiples actividades, agitadas y divergentes, que se llevan a cabo por los más variados grupos de personas. Rainer sale temprano de su casa para ir a un taller de cerrajería, con el deseo ligeramente borroso de hacer una copia de la llave de la caja donde su padre guarda la pistola, sirviéndose para ello de un molde de cera propio de un aficionado. No sabe muy bien por qué lo hace pero probablemente lo haga para poner la pistola fuera del alcance de su papá que tantas veces ha amenazado con disparar sobre la mamá, sin que hasta el momento sus amenazas hayan tenido consecuencias dignas de mención. Pero nunca se sabe, nunca se sabe... Lo cierto es que donde no hay pistola no hay disparo. Luego Rainer constatará que la llave ni entra ni cierra, puesto que nada de lo que Rainer lleva a cabo funciona, a no ser que se trate de una actividad intelectual. Porque Rainer es un hombre de pensamiento, Dios un hombre divino (Jesús) y Hans un hombre de acción, al que no obstante hay que guiar porque siempre piensa cuando ya es demasiado tarde. En la mayoría de los casos sólo hace tonterías. Pero Rainer interviene dando órdenes contradictorias, que ninguno entiende y todos ejecutan de manera distinta a cómo habían sido concebidas.

Medio muda, Anna se va a tocar música de cámara para que debajo de sus dedos se forme la bóveda luminosa de sonidos que rara vez llegan a acumularse en su boca. En su cabeza se expande la oscuridad de acciones absolutamente malignas, a pesar de que su lengua no pueda obedecer las instrucciones. Anna está cada vez más delgada y «sus ojos oscuros brillan incandescentemente en su carita hechizada», como se dice en una novela edificante que una vez leyó a Hans. Pero a veces uno siente pavor cuando observa la desesperanza, de toda una generación en estos ojos de Anna, que no tienen un tabique protector, de tal manera que toda la fealdad

que proviene del exterior puede penetrar directamente en el cerebro y causar enormes estragos. Anna ejecuta la parte para piano de un trío de Haydn que toca con unos correligionarios. En contraposición con la turbulencia de Brahms o de Mahler, la claridad de Haydn se eleva hasta el techo de la habitación, mientras que la confusión de Anna permanece abajo y se instala cómodamente en su interior. A la confusión siguen, en orden de aparición, el deseo de herir, de matar y de destruirlo todo. Y una desagradable sensación de tirantez en el bajo vientre que recuerda a Hans y simboliza a Hans. Pero éste desaparece cada vez con mayor frecuencia y ojalá no esté con Sophie, aunque es probable que sí esté con ella. Sophie nunca copula y también su hermano Rainer ve en el acto sexual una degradación de la mujer y del hombre. Pero, si en contra de toda previsión, Sophie fuera a hacerlo, él dejaría inmediatamente de considerarlo una degradación y pasaría a verlo como una ascensión hacia cimas más elevadas. Después de todo sigue teniendo perspectivas de ascenso y algo más, que en el caso contrario ya habría dejado atrás. Lo bueno es preferible tenerlo delante que no detrás. Anna ejecuta el tiempo rápido con el brillo de una- perla cultivada japonesa. El violín desafina terriblemente y el oído musical de Anna lo acusa con dolor y exige más práctica. Hoy tocan por diversión y no por obligación. Desde la distancia, la señora Witkowski apoya a su hija porque por fin ésta ha convertido en realidad sus sueños artísticos y culturales de adolescente. A ella también le hubiera gustado hacer lo mismo, pero se casó con un oficial grosero, cuyo oficio fue matar y además le gustaba. Sólo pudo estudiar cuatro años de piano y eso es poco para un instrumento tan grande, que casi es el rey de los instrumentos si no existieran los órganos que son todavía mayores. Cuatro años no son nada si se trata de algo agradable. Por lo demás pueden parecer una eternidad.

Rainer en el cerrajero y luego en casa de un compañero estudiando para la prueba de madurez; Anna con la música de cámara. Rainer sólo tiene compañeros, no amigos. Rainer está con un compañero.

Como siempre, los padres hacen sus fotografías rápidamente para aprovechar al máximo la ausencia de sus hijos, ¡aprovecha el día porque quizá sea el último! Señor W.: Hoy eres la criada viciosa a la que hay que pegar por sus faltas profesionales y privadas. Señora W.: ¡Ay! (le están pintando cardenales). Para vosotros eso lo he sido siempre: una criada y nada más. Creo que el ligero ya no me entra porque he engordado. Las últimas veces siempre he interpretado a la gimnasta bajo la ducha.

Señor W.: No debes llamar interpretación a esta actividad tan seria. Mi campo de acción está restringido por mi invalidez, pero cuando lo que uno hace lo hace bien, hay que tomárselo muy en serio.

Señora W.: ¿Utilizo accesorios o no, Otto?

Señor W.: Ahora has turbado mi autoestima como fotógrafo amateur. Y también está equivocada la vergüenza, tal y como la estás representando, y precisamente eso deberías saber hacerlo. Lo de los accesorios tampoco puedo decidirlo tan rápidamente porque un artista tiene que esperar a que le llegue la inspiración. Ahora se me ha ido. Acabas de herir sensiblemente mi orgullo de fotógrafo con eso de la interpretación.

Señora W.: No quería herir tu orgullo, Otto.

Señor W.: Pero lo has hecho y te mereces el golpe especial de muleta.

A continuación se produce dicho golpe, pero sólo alcanza la pared, dejando una abolladura más porque la mujer, siguiendo un reflejo excepcionalmente oportuno y perfeccionado en múltiples situaciones similares, se ha hecho a un lado justo a tiempo. La abolladura se encuentra en compañía de otras muchas semejantes

que proceden de acciones anteriores parecidas y que contribuyen a afeer la ya de por sí descuidada pared.

Sorprendentemente, puesto que la primera fue tan buena, el día tiene todavía una segunda parte y ésta se llama tarde. Tiene lugar después de la comida, durante el transcurso de la cual Rainer profetiza ampulosamente que todavía va a destrozarle la vida a él, a su papá.

Ahora los padres van de visita en ropa festiva, el padre como siempre hecho un brazo de mar -todas las semanas se compra una corbata nueva y sus camisas parecen herramientas mortíferas, planchadas como láminas cortantes, al fin y al cabo es un don Juan y tiene fama de ello-, la madre, como salida del cubo de la basura, con prendas de vestir discordantes, que no pegan ni con cola y que nunca pegaron, ni siquiera cuando estaban nuevas; así pues, los padres van a visitar a una tía lejana, a quien la mirada de Rainer siempre resultó inquietante, tiene algo punzante y a la vez algo alevoso; la tía le cree capaz de cualquier cosa. A R. le alegraría oír esto.

Los padres son felices fuera de casa, los niños dentro de ella y hoy, por variar, la que fotografía es Anna. La semana pasada, en el cuarto de Sophie, Rainer vio una foto hecha en Oxford del hermano, vestido con traje de esgrima y empuñando un florete. Hoy Rainer empuña una navaja de *boyscout* que, en realidad, por su aplicación originaria, es un machete de las juventudes hitlerianas jubilado, y posa con todo su empeño como en la foto del hermano de Sophie. Postura de asalto, o como se diga, en una mano el florete, la otra haciendo un ángulo ligero y grácil en el aire. Resultado: un efecto lamentable. Un momento Anna, creo que hay algo con lo que podríamos mejorar el lamentable resultado, la bayoneta de recuerdo de nuestro padre que él, a su vez, recibió de su propio papá; es casi impensable que esta bestia tenga unos padres que un día lo parieron y lo engendraron, pero los tiene y

prueba de ello es la bayoneta que procede de la primera guerra mundial. ¿Sabes en cuál de nuestros quinientos cartones de detergente se encuentra la ominosa bayoneta?, pregunta Anna con escepticismo (hoy funciona el hilo de voz), dejando vagar la mirada mientras arrastra la película a la siguiente posición. Sí, lo sé, es la maleta de cartón de la tercera fila de arriba y la cuarta a la izquierda, si esto sigue así acabarán aplastándonos y los grupos de salvamento tendrán que desenterrarnos completamente asfixiados. Esta basura podría alcanzar para cinco vidas.

La maleta se abre en medio de filas oscilantes de cartón y la bayoneta se extrae de su cama de cachivaches, y ahora a volver a empezar desde el principio. Con un arma tan larga (el filo mide 25 cm) todo funciona el doble de bien, y así fue. Anna ya tiene la película en la cámara y la expresión asesina de Rainer se ajusta perfectamente porque está pensando en cosas agresivas. La expresión de su cara no debe ser simplemente brutal, tiene que reflejar la expresión de un individuo que lee a Camus y que, por el tormento que le produce el mundo, llega al asesinato. Camus es un nihilista existencial, pero cree en Dios, algo en lo que erróneamente también creyó Rainer y sigue analizando aún hoy, pero si también lo analiza un Camus de esas características es que está en buena compañía. Camus es un super nihilista, nada es nada y por consiguiente carece de sentido. Aferrarse a la nada supone una cobardía, lo mismo que aferrarse a Dios. El absurdo, tal y como lo entiende Camus, podría equipararse, en mi opinión, a la Nada. Camus convierte el dolor en principio universal, el dolor y el aburrimiento. Ambos se llegan a conocer por experiencia propia. Para eso hay que leer: *Los posesos*. Preferiblemente leerlo con Sophie. Hay que leerlo con la mujer amada, que se diferencia de las demás mujeres en que definitivamente se ha hecho incorpórea. A Anna y a la mamá se les ha prohibido, bajo pena de muerte, dejar algodones o compresas ensangrentadas a la vista de todo el mundo.

Semejantes objetos deben ser retirados o destruidos sin dejar rastro alguno. En realidad, Anna lo haría por voluntad propia ya que, de todos modos, tiene que eliminar inmediatamente toda huella corporal. Aún así, no se niega a sí misma el deseo íntimo de tener dentro a Hans. Unas veces deja de hablar, otras de comer, ni siquiera le pasa la sopa y si lo hace se mete en seguida los dedos en la boca y la sopa, que no le había hecho nada, vuelve a salir formando un gran arco. Acto seguido se elimina el resto raquítico en la taza del water, al igual que el algodón ensangrentado, que en su caso da testimonio de un proceso vital bastante desagradable. Hay que acabar con ello, así es como si nunca hubiese existido y es perdonado.

Rainer sigue ensayando un extraño salto con las piernas separadas, del que nadie sabría decir lo que representa, mientras sacude la bayoneta con inquietud. Anna dice, quédate quieto hombre, se me está moviendo la imagen, además estamos prácticamente a oscuras. Rainer ofrece una imagen lamentable y la imagen que resulta es más lamentable aún que el natural. El objetivo de la máquina de fotos es despiadado con los diletantes y Rainer también lo es.

Pronto Rainer y Anna irán a casa de Sophie, Anna para ver si se tropieza con Hans, Rainer para explicarle a Sophie por qué hay que ser despiadado consigo mismo y con los demás. Pero sobre todo con los demás.

Bajo su mando y dirección va a cometerse un delito y después, ojalá, otro y este será el principio de la carrera delictiva.

La costosa máquina se vuelve a colocar en la caja como antes, para que el padre no note que en sus ratos de ocio ha estado trabajando bajo cuerda. Los gemelos salen juntos a la luz pública, donde un arce, representativo de muchos, sacude maliciosamente sus hojas de un lado para otro y donde también hay otros árboles y pronto florecerán las flores que embellecen la ciudad.

Anna rechaza el cuidado personal. Se acerca rápidamente a Hans, que seguramente la ha estado esperando. Con él no necesita cuidar su aspecto exterior porque a Hans le interesa más lo que hay debajo de la envoltura. Con un jersey recién lavado Rainer proyecta hacer lo mismo con Sophie. Ellos sazonan la distancia que los separa con conversaciones culturales y así la acortan.

No se atreven a entrar en el bar porque caerían bajo la ley de protección al menor, que divide a la humanidad en dos clases, los que pueden y los que no pueden. De qué tipo de bar se trata puede deducirse de los coches aparcados en el exterior. Revelan gratuitamente al inquiridor la situación económica de sus propietarios. Hagan lo que hagan tienen que tener cuidado porque si no viene una especialista en la materia y los echa a la calle. Anna se propone actuar como una mujer perpetuamente seductora porque Sophie resulta demasiado inocente para ello. Esto no es un barrio de prostitución infantil, aunque de vez en cuando sí vienen menores que necesitan dinero para comprarse discos nuevos. Al prometedor vestido de Anna le sale al encuentro un traje, que a pesar de no ser demasiado elegante tiene ganas de divertirse en la gran ciudad, que ni es demasiado grande ni es demasiada ciudad. Éste descubre la entrada levantando la cortina de seda para dirigirse a su habitación de hotel, que es de clase media alta pero que él paga como si fuera de clase alta baja. Por el corte del traje se deduce que es un paleta de provincias que cree estar dando la impresión de lujo rutinario de un hombre de mundo.

Pero no lo es porque acaba de fijarse en Anna, que en este momento, sale tambaleándose del portal de la casa de al lado, Dios mío, no me atrevo a volver a casa, mi mamá me va a dar una paliza o si no lo hará mi papá, porque he sobrepasado considerablemente mi hora de llegar a casa. Por favor, ayúdeme, soy una muchacha indefensa que tiene problemas que no sabe resolver sola.

El paleta la mira, la examina, la mide y se dice a sí mismo en su propia jerga que qué suerte tiene de poder apropiarse de una muchacha tan joven y relativamente intacta. Luego, además, tendrá ocasión de contarlo. A lo mejor resulta que en esta sombría callejuela vienesa, me he ligado a una muchacha completamente inocente que no sabe nada de nada, y podré enseñárselo todo personalmente, viva. ¡Una chica tan guapa y sola!; eso lo tendremos que remediar. Dispongo de una bonita y carísima habitación de hotel, que incluso tiene cuarto de baño propio. Ay, eso es verdaderamente amable por su parte, porque no sabría dónde ir, ni por qué, ni para qué, pero ahora que le veo ya lo sé. ¿Pero no vas a darme un besito como adelanto, ratoncito? (lo cual es una enorme estupidez porque en todo caso el que tendría que pagar es él). Yo seré bueno contigo, sé perfectamente cómo hacerlo, no soy un jodedor basto, sino un experto en mujeres, tesoro mío, que, además, sabe evitar un embarazo a voluntad. Ahora mismo le doy el beso, aunque con un perfecto desconocido no deba hacerse.

Esto decepciona al provinciano y frena sus impulsos porque esta personita demuestra tener cierta familiaridad con el uso y el abuso del cuerpo, que en un principio no parecía tener, al final encima hay que apoquinar, cosa que normalmente no tengo que hacer con las mujeres, puesto que llevo muchos años despachando buena calidad en pueblos importantes y en mercadillos. Pero no estaría aquí, sino en Gánserndorf o en Ottenschlag, si no estuviera buscando las diversiones de la capital. Vamos chati, que no aguanto más pensando en lo que vamos a hacer, espero poder burlar al portero de noche, al señor Fischer, porque sólo tengo una habitación individual. Seguro que es un nido de pulgas, dice Anna emponzoñada, subrepticia y dubitativamente. Si quisiera podría hospedarme perfectamente en el Bristol, pero no quiero. Soy representante de máquinas. Lo de las máquinas no es cierto, se trata de ropa de señora. En la ciudad dice lo de las máquinas para no

resultar afeminado, en el campo a menudo prefiere lo de la ropa de mujer porque las mujeres se tumban con más facilidad sobre el colchón si luego pueden elegir un bonito vestido.

¿Y lleva usted consigo la cifra anual de ventas? Eso es peligroso en esta parte de la ciudad en la que hay tantos criminales. Es usted muy valiente.

Por regla general nunca llevo dinero encima, dice el homúnculo palpándose maquinalmente la chaqueta a la altura del corazón y a Anna allí donde otras mujeres suelen tener el pecho, pero no Anna. Te vas a sorprender de lo que soy capaz, babea el representante de ropa con su atención puesta en el culo de Anna que, por lo menos, apunta ligeramente. Las líneas y contornos de las mujeres siempre me han gustado especialmente, espumajea el viajante y cuenta algunos detalles como si quisiera estropearle el negocio a la empresa de confección Peitel & Maissen. Todo eso lo conoce por experiencia propia y ahora puede darle un repaso porque Anna se está atando los zapatos, que es una señal acordada previamente. Y, efectivamente, así es porque acto seguido varias figuras se descuelgan de una entrada de vehículos y se aproximan en zapatillas de deporte silenciosas a la siguiente entrada, adoquinada irregularmente y entre cuyos adoquines crece con desorden la hierba y la mala hierba, que dan testimonio de la decadencia de esta ciudad. Un delito se avecina silenciosamente, tal y como se avecinan todos los delitos, para no revelarse como tales con demasiada rapidez.

No aguanto más, tengo necesidad de entrar contigo en ese portal y sentir tus labios prietos sobre los míos, babosea Anna con avidez. Esto está hecho, muñeca, masculla ininteligiblemente el viajante, con el pensamiento nublado, de ningún modo voy a ser miserable, a pesar de ser de Linz soy generoso, si viene al caso. En Linz, junto al Danubio, este tipo de muchachitas todavía entran dentro de la categoría de niña y la policía las protege

escrupulosamente, pero aquí en la ciudad maloliente, puede uno usarlas y a continuación mandarlas a paseo.

Ya han entrado en el portal y en su interior una mano se desliza debajo del vestido, pero simultáneamente también han entrado, personificados, los delitos de hurto y robo. Y mientras el representante de Linz hurga debajo de la falda de Anna, su cabeza, oriunda de Linz, recibe un duro golpe de un puño desconocido que, además, pertenece a un obrero: Hans. Lejos de transportarle al país de ensueño y promisión, el puño le hace perder sensiblemente el ritmo amoroso y caer al suelo, que además está sucio, las desgracias raras veces vienen solas y las que acompañan a ésta tampoco son mucho mejores. A continuación Hans se monta ágilmente encima de él y empieza a dar saltitos sobre distintas partes de su cuerpo, que en la oscuridad sólo se distinguen con dificultad, pero ojalá que haya alguna que duela especialmente. Anna muerde, araña y da tortas desenfrenadamente, como corresponde a una mujer. Y todo ello incide en la cabeza del pobre representante, en estas situaciones -como puede constatar cualquier experto-las mujeres siempre apuntan a la cabeza. Evidentemente no tienen práctica en este tipo de actividades corporales porque de ser así, sabrían que el cráneo es especialmente duro y resistente, al fin y al cabo envuelve el cerebro del hombre en una cáscara protectora. El viajante defraudado gime estrepitosamente porque en vez de amor está recibiendo una paliza. Era una trampa, deduce correctamente, pero esa conclusión no le lleva a ninguna parte. Y gritar es imposible porque Sophie se ha lanzado sobre su boca con una extraordinaria presencia de espíritu e intuición, espero que este animal no me muerda, cierra inmediatamente el *pico* porque en esta ocasión hemos sido previsores y tenemos una navaja. Esta se exhibe. El comerciante que sólo conoce los cuchillos de la cocina de su mujer, enmudece angustiado. ¿Dónde está la cartera? Tomadla, está en mi bolsillo interior, vale más mi vida, la

antepongo al dinero. Es lo más valioso del mundo. Cuatro contra uno es una cobardía, se lo voy a contar a mi mujer y a mi jefe, pero diré que fueron seis contra uno. Ay. La rebosante cartera es confiscada y al viajante, que está bien y generosamente alimentado, se le pisotea, amenaza, insulta, escupe y humilla hasta más no poder, y encima por muchachas que, por su edad, podrían ser sus hijas, pero son hijas de gente que las ha educado deplorablemente mal y así se han convertido en delincuentes juveniles. Qué asco, da ganas de vomitar. En Linz esto no existe.

¿Le saco la cola y le hago daño?, pregunta Anna visiblemente alterada. No, eso no lo hagas, le contesta su hermano, el cabecilla, ¿quién si no?, que se mantiene elegantemente al margen y dirige con sensibilidad. ¿Crees que me espanta cualquier nimiedad? En Bataille he leído todo lo que se puede hacer con la cola de un hombre así, insiste la hermana con obcecación mientras le abre la bragueta. Por lo menos hay que dañarle lo suficiente para que se quede inservible durante algún tiempo. También la esposa sufrirá por nuestra operación a distancia.

Ahora que ya tenemos el dinero nos largamos, no vamos a arriesgar el pellejo en el último momento por peligros inesperados.

¿No habíamos quedado en que el dinero era lo de menos?

El dinero no es que sea lo más importante, pero tranquiliza tenerlo.

Pero yo no quiero tranquilizarme, estoy inquieta, total es cuestión de un minuto, se la saco y le escupo encima. Agarradle fuerte. Dicho y hecho. Incluso Rainer interviene en la operación para que Sophie no piense que sólo lo hace por la pasta. Hola manguerita, ¿no te esperabas esto, eh?, pensabas que te iban a hacer algo agradable, so cerdo. Se la saca y escupe encima. Y me lo ofrecía con toda seriedad. ¡Esto a mí! Os aseguro que este hombre no volverá a ofrecer una herramienta tan raquílica a una

mujer en mucho tiempo, hoy seguramente se le han quitado las ganas. Bueno, vámonos.

Hans pisotea al representante de Linz y le asesta una patada en la cola, que a partir de ahora probablemente ni se mueva ni se agite por lo menos en seis meses, y eso que al principio parecía que iba a cosechar más de lo que había sembrado; también le da una buena patada en la garganta y otra en los fragmentos de calzoncillo blanco que brillan en la oscuridad, de tal manera que el viajante cae hacia un lado, derrama un poco de sangre y enmudece repentinamente. Seguramente no ha sufrido lesiones permanentes. Pero se acordará de ello.

Rápidamente se pierden en la oscuridad de la calle, que poco antes les había estado espiando, ni siquiera la oscuridad nocturna de una ciudad puede tolerar a unos adolescentes tan mal educados. ¿Nos meamos encima de él?, pregunta Hans contagiado por las acciones de Anna, no, eso ya no lo vamos a hacer, nos largamos, jadea Anna tirando de él. De pronto le han entrado prisas.

Sophie lleva un sencillo vestido oscuro que se funde con el muro del patio. Frecuentes escalofríos la recorren reiteradamente y se mezclan con una extraña y apremiante sensación en el bajo vientre, que se repite cada vez con mayor frecuencia. No sabe interpretar esta sensación, pero desde luego no es ni amor de niño ni lealtad de amigo. Seguramente expresa algo más bien negativo y no hay que obedecerla porque uno nunca se puede fiar de una sensación. Vamos, Sophie, exhala Rainer cogiéndola del brazo. Ella se lo quita de encima y sale disparada a la calle, como un hilo negro que se deslizara sobre la superficie lisa de una mesa a toda velocidad.

Para dar un poco de claridad a sus desdibujadas existencias, Rainer, Anna y Hans se dirigen a zancadas hacia donde se aloja la claridad por excelencia: la mansión de Sophie en Hietzing. El día siempre resplandece ahí donde los jóvenes irradian su juventud.

Puede decirse que les acompaña en su resplandor. Esta primavera, que es inusualmente cálida, deja entrever un verano caluroso que -después de haber superado su prueba de madurez- les separará, llevándolos por los caminos más variados. Algunos esperan que sea el mismo camino que tome Sophie. Muy pronto los pies desnudos de Sophie se pasearán por la Croisette, el asfalto está calentito, incluso caliente, y la raqueta de tenis disfruta de las vistas desde el interior de su bolsa Vuitton. Como siempre, la madre histérica se protege del sol envuelta en chales de seda. El sol es nocivo para ella porque la mamá es rubia y de compleción muy fina. Y todo esto por haber organizado el desayuno y por las continuas llamadas telefónicas que atiende con profesionalidad y nerviosismo. Dirá que se ha citado con Sophie para tomar el té. La obediencia se ha acomodado en Sophie como un muelle que se estira y se encoge sin dolor. Es como un bonito y ligero animal al que se domina sin lastimarlo o reventarlo. Hans se quedará en Viena e irá a menudo al Gánsehäufel en bicicleta, para embriagar a las jóvenes peluqueras con sus trucos baratos, en los últimos tiempos ya ha aprendido todo lo que se puede hacer con una de esas putitas. Él no es de esas personas que añoran a Sophie y la Riviera porque no sabe que existe una Riviera. Rainer y Anna desgraciadamente sí lo saben. A ellos les amenaza el distrito del bosque, que a menudo se ha hecho notar desagradablemente. Les amenaza desde lo más sombrío y lo más despoblado, precisamente ahí tenía que vivir la tía Muschi, que con el saludable aire del campo intenta atraer precisamente a aquellas personas que en vez de sanas prefieren ser insanas. Y eso habiendo tantos para quienes la salud es el mayor regalo. Y éstos no pueden. Hay que recuperarse corporalmente antes de que los estudios universitarios sustituyan la regeneración por la destrucción.

En primer lugar hay que superar la prueba de madurez, de la que no se habla porque es de mal gusto.

Pero antes todavía aparece Sophie, y qué casualidad, haber pensado hace un momento en Sophie y en su raqueta de tenis y de repente ver llegar a una raqueta de tenis acompañada por Sophie. Ambas están bien acomodadas en un Porsche color crema que conduce un joven señorito de clase noble, sobre el que en seguida Rainer vuelca todo su odio, un odio que ha estado acumulando para verterlo en la primera oportunidad. Rainer odia a todo el que se siente al lado de Sophie, lo cual es injusto porque independientemente, de su procedencia, un hombre puede demostrar tener buenas intenciones. Porque cada cual es diferente a su antecesor y esto ofrece variedad. Sophie sale del precioso coche y también ella está preciosa en su vestido de tenis sin manchas de sudor, que suele ser un fenómeno concomitante de muchas modalidades deportivas. En Sophie el sudor no encuentra una superficie apta; ella es un ángel. Un ser incorpóreo. Rainer se tritura el labio inferior con los dientes superiores. El contorno blanco de Sophie se apoya en la ventanilla del Porsche y le susurra algo grácil al conductor, algo que apenas se oye, ni siquiera lo puede oír Rainer, que es el experto en lingüística. ¿Qué le decías a ése?, pregunta inmediatamente después. Dime, tú estás loco, yo a ti no tengo por qué darte explicaciones de ningún tipo (Sophie). A continuación Rainer se da varios golpes nerviosos sobre los muslos, que con todo y con eso no logra endurecer, sino más bien hacerse daño. Anna intenta distraídamente agarrar los músculos de los muslos de su Hans, que desde luego están más duros que los de Rainer, pero Hans elude la mano palpante y, mirándole a los ojos a Sophie, intenta anunciarle que secretamente se ha iniciado el amor. Además sus ojos devoran la figura de Sophie, que hoy puede verse perfectamente. Rainer y Hans quieren llegar a la misma altura desde la que se ofrece Sophie y se empujan mutuamente hacia el abismo que se abre a sus espaldas para llegar arriba el primero. Sin mediar palabra Anna manosea a Hans. En comparación con él, ella

ya representa una pequeña colina. ¿Para qué querrá alcanzar el macizo de montañas sin haberse aclimatado previamente?

Las flores, que están empezando a florecer inesperadamente pronto, brillan en el jardín. El jardinero está recortando algo para perfilar su forma. La grava chirría bajo las ruedas del Porsche que acaba de arrancar y salta cuando el coche empieza a correr. El rival se aleja rápidamente, como es debido. Sophie descansa todo su peso sobre la pierna de apoyo y ciertamente está mejor así que apoyada sobre las dos piernas a la vez. En esta postura es la mujer permanentemente seductora para Rainer y Hans. Rainer prefiere a Sophie a los sonoros bosques del distrito del bosque; es posible que ella le invite a pasar el verano en la Cote porque estando enamorado, uno no puede ni quiere privarse de la compañía del ser amado, aunque sólo sea un minuto, y también Sophie lo siente así. Hans dice algo superficial acerca de las piernas de Sophie, porque no tiene la profundidad suficiente como para decir algo acerca de sus pensamientos. Esta baja la mirada y dice que nunca había reparado en ello. ¿Por qué no entráis? Ahí está el whisky, serviros vosotros mismos, yo voy a cambiarme rápidamente. Rainer y Hans cada cual a su manera, uno con muchas palabras, el otro con pocas, le dicen que no hace falta que se cambie. Anna calla con amargura y vigila a Hans, su propiedad. Pero la propiedad insensible añora tener otro propietario que la cuide mejor. Hans tasa una lámpara de escritorio de acero cromado, probablemente porque la electricidad es su especialidad, quizá pueda reparar alguna avería eléctrica para ganar puntos. Con cuidado, adelanta un bíceps y lo tensa para que la fuerza bruta que almacena pueda ser vista y apreciada por Sophie. Hans es un animal y quiere despertar la bestia que seguramente Sophie lleva dentro.

Nada más entrar en la habitación, Rainer deja correr su cinta magnetofónica interior y exterioriza sus sentimientos acerca del atraco del día anterior; al final seguramente acabará hablando de

sus sentimientos hacia Sophie; entre una y otra cosa median dos horas mortalmente aburridas. Soy vuestro dirigente y espero que los acontecimientos de ayer os hayan gustado, de todos modos hay que corregir algunas cosas de las que quería que habláramos ahora. Sobre todo del tiempo de duración. Voy a exponerlo con detenimiento. Sophie bosteza y Hans dice que comparte su opinión.

... (Anna).

Y pensad en la cantidad de dinero que hemos apresado, ¿qué vamos a hacer con todo ese dinero?, se pueden comprar tantas cosas bonitas y luego poseerlas, silba Rainer descuidada y atropelladamente.

Ante la verborrea de Rainer, Sophie decide recurrir a la táctica de oclusión auditiva y se pone a observar a Hans, pero hoy con ojos nuevos porque ha visto que su mano administra buenos golpes. Los ojos de Sophie buscan el músculo debajo de la miserable envoltura de una camiseta de deporte barata, de corte enfáticamente deportivo y con muchos bolsillos que parecen gritar, ¡tan horrible resulta!; los ojos lo buscan y finalmente lo encuentran. Lo que ayer se tensó en el interior de Sophie, vuelve a tensarse hoy, pero no como se tensa un músculo, más bien como una idea que se asienta en la cabeza. El intelectual vuelve a ocupar un puesto equivocado, a pesar de haber sido *su* ocurrencia, pero no tiene unos músculos que le apoyen. Rainer dice que un intelectual que estrena un jersey de cuello vuelto negro, no tiene por qué pegar tan fuerte, puesto que ofrece cosas de mejor calidad.

Anna no dice nada y mira a Sophie con ojos de rival.

Una larga procesión de bichos sube por las piernas de Sophie y se esconde bajo su falda de tenis, donde inicia una especie de trabajo de zapa. Todos deben irse, excepto Hans que puede quedarse. Esto es lo que dicen los bichos y también Sophie. En su propia casa ella es el amo y señor y puede determinar quién se queda y quién no. Esto lo dice abiertamente.

Una reacción confusa, excepto por parte de Hans. Anna siente que le duele, pero en este momento es incapaz de verbalizarlo, sólo anotarlo, ¿dónde está el papel que un estudiante de secundaria siempre debería tener a su alcance? Está atravesando un momento difícil y necesita ayuda urgente. Los profesores ya han solicitado un permiso especial al consejo escolar de la capital, para que también los ejercicios orales de la prueba de madurez pueda realizarlos por escrito. Es tan inteligente que no se le quiere obstaculizar el camino hacia un futuro académico con disposiciones impersonales. Hay algo en Anna que se está agarrotando definitivamente y es posible que nunca más se vuelva a deshacer, y eso que la primera pubertad y la pubertad tardía deberían ser espontáneas y no rígidas. La naturalidad y el agua y el jabón favorecen más a la juventud que la doblez y el maquillaje.

En realidad, Rainer sabe nacerlo mucho mejor. Abre violentamente las esclusas de su boca y el denominador común de lo que ahí derrama, expresa que Sophie sólo puede quererle a él, a Rainer. Incluso si ahora se marcha, los pensamientos de ella estarán con él y le acompañarán, razón por la cual podría quedarse directamente ahí. Más le vale a Hans no hacerse ilusiones vanas.

Sí, sí, pero ahora lárgate (Sophie). Estoy completamente de acuerdo con Sophie (Hans).

¡Socorro! (Anna). (Lo que se oye es: aaaaaaah.)

Llevaros una tableta de chocolate, dice la voz acampanada de Sophie en diversos registros tonales. No, el chocolate no nos lo llevamos, Sophie, porque eso es sadismo, dice Rainer pisando el terreno firme de su especialidad. Pasión, aspereza y obstinación. Aspereza porque el sadismo aparece cuando el ansia se ha liberado de su tristeza, como ya dijo Jean Paul Sartre.

Hans, en cambio, declara que es un animal y no un hombre y que por eso se comporta como un salvaje, que es algo que leyó en una novela policíaca. Hans también ha leído algo, sólo que lo

equivocado, es decir, todo lo que se puede encontrar en una casa de obreros que han participado en un movimiento cultural obrero. Pero ha leído lo suficiente como para saber por dónde se entra y por dónde se sale. El mundo de los libros era la única salida y en una familia de obreros, interesados por la educación, éstos abundan. Pero sin tocar otro mundo que no sea el propio. Sus padres fueron obreros conscientes, lo que no les sirvió de nada, puesto que uno ya está muerto y la otra prácticamente también.

Rainer refunfuña, es más escrupuloso que Hans porque tiene más que perder (ya que el otro no arriesga nada), es decir, una carrera académica y literaria en ciernes. ¡Para Hans todo son ganancias y encima Sophie le apoya! Hans es una pelota inconsciente con la que juegan Sophie y los elementos. Rainer no es inconsciente sino autosuficiente.

A pesar de todo tiene que marcharse y llevarse consigo a su hermana. Por favor, iros. Los hermanos se arrastran llenos de odio por el césped inglés, pisoteando intencionadamente múltiples flores y hojas y plantas con sus finísimas suelas de zapato. La forma de un zapato de punta moderno sufre mucho si se le ponen medias suelas nuevas. Después se dirigen hacia la parada del autobús y Rainer mantiene un monólogo en el que explica que el hecho de haberse ido voluntariamente, le hace más fuerte que Hans, que se ha quedado por obligación. Gracias a Dios su hermana no está haciendo observaciones ni objeciones estúpidas; Anna calla horrorizada por haber dejado a su Hans en una casa enemiga. Hoy el amor de Rainer y de Anna ha sido rechazado conjuntamente y les ha hecho a ambos una fisura que difícilmente podrán soldar o pegar.

El dolor se manifiesta en todo su esplendor, cuando el tranvía, que apesta a una mediocridad odiosa, vuelve a acogerlos en su seno, es como el regazo de la madre que el lactante quiere abandonar a la mayor brevedad posible. Uno debería poseer un

Porsche, pero no lo posee, aunque en el instituto presuma de que un familiar, que no existe, posee un coche de lujo de esas características.

En la habitación de Sophie acaban de poner un disco y Sophie exige a Hans que se siente allí, en el sillón, que se desnude, sí, completamente, y que se masturbe delante de ella porque quiere observar cómo suele hacerlo en su casa tumbado sobre el improvisado sofá-cama. Hans dice que no puede hacer eso delante de ella. Sophie dice que quiere que lo haga delante de ella. Hans se ruboriza y se pone nervioso y recalca las razones que le impiden hacerlo. Pero tiene que hacerlo, dice Sophie, de lo contrario puede irse inmediatamente y no volver nunca más.

Hans empieza a desnudarse torpemente, más torpemente aún que en el polideportivo WAT cuando va a jugar al baloncesto, pero finalmente logra abrirse la camisa. Afirmo con solemnidad que probablemente no salga bien porque le da mucha vergüenza, no puedo. Quiero que sea especialmente vergonzante, dice Sophie. Eso es precisamente lo que quiero.

Hans dice que él hará lo que ella quiera, además ella lo sabe, pero le pide por favor que no se aproveche de él porque es injusto.

Pero yo me aprovecho con placer. También tienes que quitarte los calcetines. Mira la pinta que tienes, desnudo y con los calcetines puestos, eso daña la impresión global. Hans se quita los calcetines mostrando unos pies sucios. Sophie está acurrucada en una esquina, observa las costras de suciedad entre los dedos y le dice que quiere que su libertad se someta como tal. Ella sabe que le está causando dolor pero fuerza esa libertad y le tortura, obligándole a identificarse voluntariamente con su carne, que se resiente; eso es libertad, ¿entiendes? Sophie se enrolla formando un ovillo y se muerde una uña detrás de otra. Hans dice que no lo entiende.

Sophie dice que evidentemente él puede pedirle que le exima de hacerlo. Pero si ejerzo una presión sobre ti, entonces tu miedo y tus ruegos serían libres, aflorarían por iniciativa propia. Pero tú decides. ¿Está claro?

Hans dice que lo hará porque la ama en secreto, lo que ya ha dejado de ser un secreto. Con menos benevolencia contempla su verga, no se me va a poner dura, esto está claro.

Y ahora tienes que acariciarte, venga, dice Sophie, que por primera vez no está pálida ni bronceada, sino que tiene manchas rojas en las mejillas y casi parece estar viva. Dice que no quiere perderse un detalle, que se coloque de tal manera que ella pueda verlo todo y que en caso de necesidad encienda la luz eléctrica con la que está tan familiarizado.

Que conste que lo hago por amor, dice Hans, que sin habilidad alguna empieza a tirar, estirar, frotar y apretar su pilila, que, por miedo, se le ha quedado reducida al tamaño de un petardito.

Es una colisión de fuerzas opuestas, en cuyo centro se encuentra Hans, que en este momento está produciendo una impresión más bien floja.

¿Eso es todo?, pregunta Sophie. No, tengo mucho más que ofrecer, dice Hans entre dientes porque está empezando a ponerse furioso. Mira a Sophie y de inmediato es arrollado por su fragancia juvenil y su buena constitución física y el rabo se le empina como es debido. La juventud y la salud han vencido a la vejez y a la enfermedad.

Sophie ha llegado casi hasta los nudillos.

Cuando por quinta vez consecutiva Hans le dice que lo está haciendo por amor, Sophie le responde que le importa un pepino la razón por la que lo esté haciendo, que lo único que le importa es que lo haga, y aprieta las palmas de sus manos contra su cuello para enfriarlo.

Hans sigue trajinando como si quisiese atravesar un muro con un alambre, pero en realidad sólo desea concluir.

Sophie quiere que se corra y así lo expresa.

Hans no quiere estropear el brocado del sillón con su semen. Sophie dice que pudo hacerlo porque, al fin y al cabo, ése es su sillón. Pues entonces voy a ensuciarlo, jadea Hans, lamentándolo mientras lo ensucia. Pronto habrá esperma por toda la habitación despidiendo un olor a pescado, piensa Sophie despidiendo a Hans rápidamente.

Hoy, como excepción, Hans ha ido a cobrar su sueldo en ropa de trabajo. Debajo del brazo lleva un libro que antes no habría llevado. Está a la vista de todos. No es propio de un obrero, aunque este obrero ya ha dejado de serlo. Pero no va tan lejos como Rainer en querer crear una cultura personalmente. Se ocupará más del progreso económico que del cultural porque la economía le conviene más y de hecho ya es un pequeño eslabón en la cadena económica. A través del libro que le ha prestado Anna, Trotzki le habla confidencialmente y le dice que en una sociedad en la que ya no existe la onerosa preocupación por el pan nuestro de cada día, en la que todos los niños están alimentados por igual y pueden asimilar con alegría las ciencias naturales y también el arte, y en la que incluso el enorme poder del egoísmo aspira a una mejora del mundo, la fuerza de la cultura va a surtir un efecto distinto al de antes. Esto no impresiona a Hans, lo que le impresiona es el sillón de cuero de Sophie y quiere comprarse uno igual.

Hoy, como siempre, nada más pisar la Kochgasse, ésta le compra su optimismo a precio de derribo. En seguida su admiración por el deporte va a relevar su inoportuno optimismo y le llevará a hacer muchas canastas. Hace poco Sophie estuvo de espectadora. No se oyó una palabra más alta que otra y en todo momento reinó un tono comedido. Sophie le recuerda a un fuego fatuo, que de pronto está aquí y al rato allí, animando al equipo que

apoya. ¿Debería mandarle flores o mejor un perfume caro o quizá una bombonera tamaño especial? Lo mejor será preguntar a una mujer que conoce el corazón de las otras mujeres, es decir, a Anna. Después también tendrá que estudiar para poder casarse con Sophie y comprar la butaca. Sophie es muy complicada, la razón es: su naturaleza única. Si uno desea ser complicado debe conocer las distintas maneras de ser.

Espumeante y burbujeante como la coca-cola, el presuntuoso y blando de Rainer tiene que irse siempre que Sophie dice: ¡Hans, quédate! Y Hans se alegra cada vez que el que se nombró a sí mismo como cabecilla, emprende su retirada. Rainer ha dicho que en esos momentos siempre se va por voluntad propia, el mentiroso y el bocazas de él, porque prefiere probar la herramienta de la fantasía (el alcornoque), como un cerrajero probaría una llave, con tranquilidad y paciencia. Rainer ha dicho que quiere convertir su carne y la de Sophie en una herramienta.

Hans se contonea como la altanería personificada por el parque Schön-born, situado detrás del museo etnológico, balanceando de un lado para otro su cartera, en la que lleva un termo y un bocadillo. En este instante no se siente oprimido porque Sophie no frecuenta esos lugares. Sería como la seda, si esta chica se dignara a acariciarle o palparle íntimamente, aunque tan sólo fuera una única vez. Sin embargo, no lo hace porque su orgullo está muy desarrollado; a su vez, una mujer menos orgullosa que ella ya ha dejado de besarle. Su interés por Anna disminuye en un sentido proporcionalmente inverso al amor que siente por Sophie. Ya casi no existe. Ahora sólo la besa superficialmente, en agradecimiento a las relaciones que mantuvieron, a las que Sophie todavía no se quiere prestar. Los pensamientos de Hans son difusos, como también lo son el concepto vital y los valores de los compañeros que, delante y detrás de él y a su lado, emprenden el camino de vuelta a casa. Tres plátanos se doblan rítmicamente al viento

produciendo chasquidos porque son viejos y están bajo una ley que los protege. Hans quiere proteger a Sophie por el resto de sus días y adentrarse frecuentemente en la naturaleza. Pronto la heladería abrirá sus puertas y dejará entrar a la juventud que ahí se agolpa. A Hans le ilusiona la idea de tomarse una copa de helado de frambuesa y poder invitar a Sophie a otra. Pronto habrá llegado el verano y posiblemente, no, seguramente, uno podrá observar a Sophie en un ceñido bañador de dos piezas; delante el vapor del agua, detrás el vaho de los bosques al amanecer y en medio las emanaciones de dos cuerpos que se abrazan. Hans se adelanta un poquito porque le invade una perspectiva de futuro que le hace creer que la próxima vez podrá hacer completamente suya a Sophie. Cuando se imagina la entrepierna de Sophie, se le empina y esto le impide correr y saltar. Seguro que su cuerpo es mucho más blando y más claro que el de Anna, que es más duro y más oscuro. Pero en lo sucesivo nunca despreciará a Anna, sino que será comprensivo con ella. Si algún día estudia, se ocupará seriamente de sus problemas, aconsejándola y ayudándola en todo lo que pueda. De vez en cuando Sophie y él cogerán el coche y se la llevarán de excursión para enseñarle, no sin esfuerzo, alguna modalidad deportiva para que aumenten sus ganas de vivir y su actitud vital sea más positiva. Pronto florecerán los castaños y los viejos se alegrarán mucho más que los jóvenes porque éstos los verán florecer todavía muchas veces y los viejos dentro de poco ya no. Los muchachos se alegran mucho más que las muchachas porque debajo del castaño ellos les roban los besos y ellas tienen que defenderse.

La ciudad huele a aventuras, música de jazz, cafés y tubos de escape. Hans mueve su cartera en círculos y esta noche en el baile hará lo mismo con Sophie. El termo amenaza con romperse, la vida es bella, pero pronto su madre se la amargará hablándole de política e insuflando su tristeza al montón de sobres crepitantes. El mes que

viene es probable que le den un trabajo fijo y mejor pagado en una oficina en la que necesitan una auxiliar de contabilidad.

Y ahí está la madre, aporreando la máquina de escribir y criticando a los pequeños burgueses, que fueron los que más aclamaron a Hitler y con los que su hijo no debe tener trato. Éstos, políticamente inconscientes, saciaron su afán de lucro mezquino y egoísta a costa de las minorías.

Hans lo tira todo desordenadamente sobre el banco de la cocina, incluidos sus zapatos. Con un optimismo y una confianza indebidos en la trascendencia histórica del movimiento obrero, la imagen del padre muerto acecha desde el marco, en el que estará recluido los próximos años (en la medida en que todavía alguien se acuerde de él) sin poder comprometerse en la lucha de clases. Se lo tenía merecido este altruista enfermizo y se convirtió en polvo ayudado por el fuego; ni siquiera se conoce su tumba. Y de ser esto cierto, millones de personas se desintegraron con él y desaparecieron sin dejar huella en el mundo, y constantemente aparecen otros que a su vez desaparecerán porque sus existencias no tienen razón de ser. Nadie hace recuento de ellos. Hans no va a desaparecer, sino que llegará a su máximo esplendor en una escuela nocturna. Y en sus ratos de ocio frecuentemente empuñará una raqueta de tenis. Hacer deporte le hace a uno sentirse especialmente vivo, algo que el desconocido papá no podrá percibir nunca porque ya no existe. Quizá el papá le hubiera mandado directamente y sin rodeos a la escuela superior, de haberla podido costear. Hans se convertirá en el responsable económico del emporio del padre de Sophie porque va a casarse con su hija. Va a hacerse merecedor de sus laureles para que el padre no se arrepienta de haberle aceptado como yerno. Tendrá que trabajar mucho pero finalmente será aceptado. El escepticismo inicial desaparecerá, a más tardar, después del nacimiento del primer hijo.

No helarse bajo tierra con millones de exterminados, sino calentarse al fuego del entusiasmo deportivo y del bebop.

A intervalos irregulares Hans se despoja de sus ropas y le dice a la madre, que está hablando de la guerra y de la financiación de las SS por una empresa americana: de Wall Street, que de América vienen los vaqueros y toda la música actual y que piensa hacer carrera siguiendo el patrón de directivo americano. No obstante, no quiere disfrazar sus sentimientos y convertirse en un gélido hombre de carrera.

Sobre el fogón se está cociendo algo maloliente y barato. La máquina de escribir se interrumpe espantada y finalmente se detiene.

Hans le dice a su madre que el hombre tiene que liberarse y afirma, en tono de protesta, que entonces empieza la vida sin imposiciones, como suele decir Rainer. Cuando tiene razón, tiene razón. Más adelante, cuando uno se ha hecho mayor, empiezan las obligaciones del mundo de los negocios en el que uno dirige discretamente a las masas. No todas las personas son iguales porque varían en color, forma y tamaño.

La madre dice que ese concepto de libertad está trasnochado, uno no vive en el vacío, sino condicionado por la sociedad. Vierte un engrudo que parece sémola en el plato y acusa a varios miembros del partido socialista austriaco de traición. Sobre todo acusa al desacreditado ministro del Interior, Helmer, que en el año cincuenta hizo detener a los enlaces de empresa y que tenía muchos trapos sucios que ocultar. Sobre el pasado de esta oscura existencia se corrió un tupido velo, que ni siquiera la policía estatal logró esclarecer. Pero también los funcionarios del partido socialista, Waldbrunner (ministro de Energía y denunciante), Tschadek (ministro de Justicia y fiscal querellante contra los obreros) y muchos otros sindicalistas dirigentes, que se cagaron en su partido y en su tradición, son denostados por la madre, sin distinción de

persona, posición o clase. Y esto sin mencionar a Olah, el agente secreto.

Hans dice que está por encima del vacío del burgués medio, en el que uno puede asfixiarse fácilmente.

La madre corta el pan, como siempre, en rebanadas gruesas como ladrillos y da a entender a su desorientado hijo que precisamente eso le convierte en un burgués. Si te pones por encima de un determinado sistema de valores, es que en realidad lo apruebas. Y esto te ciega frente a la miseria. Ya el hecho de que hables «del hombre» es un crimen, porque este hombre universal no existe, eso nunca jamás, existe el obrero y el explotador del obrero y sus ayudantes.

Hans dice que Rainer dice que a uno le da miedo la idea de ser parte de un todo. Porque uno es un individuo y está completamente solo, y por ello es insustituible y esto infunde valor.

La madre pone un grito en el cielo, pero no porque se haya cortado, sino porque su hijo ha tomado un rumbo equivocado. ¡Da la vuelta! Estás destruyendo las necesidades de tu clase, Hans. No hay nada universal. En vez de desear su unidad y con ello su fuerza deseas fraccionarlos en moléculas individuales, unas aisladas de otras. La madre ha adoptado la apariencia de un abejorro y pronto estará chapoteando en el engrudo de sémola y llamando la atención de su hijo sobre el padre asesinado, que desde luego lo hizo mejor que él. Ya se ve de lo que le ha servido. Y antes de eso sufrió lo indecible, pero esto no significa nada para Hans puesto que quiere ser indeciblemente feliz junto a Sophie.

La madre dice que no ha sido ella quien le ha enseñado ese egoísmo. Y el padre tampoco lo hubiera hecho. El dedo de la madre, como ya es habitual en ella, apunta hacia los rasgos de esa cara amada pero ya casi caída en el olvido. Hans dice (y el padre puede oírlo tranquilamente) que con ayuda de su amor por Sophie

puede violar todas las fronteras y, además, mucho mejor que a través de cualquier lucha porque su amor no conoce fronteras.

La madre dice que quiere saber por qué ese amor ha de violar las fronteras en vez de respetarlas y le pregunta si de postre todavía quiere un yogur para mantener la serenidad, todavía queda uno en la ventana. No, Hans no quiere un yogur de frutas primaverales, sino hacer oscilar un coñac o un whisky en su copa. Casi percibe el tintineo de los cubitos de hielo y la blanca mano de mujer que no pertenece a ningún fantasma, sino en concreto a su Sophie. Concreto pero irreal como el concepto de clase trabajadora. Irreal como la misma explotación, ya que uno puede librarse de ella si desea hacerlo. Todo depende de uno mismo.

La madre añora las palabras, las acciones y las obras de su marido muerto, a quien de vez en cuando todavía querría tener consigo en la cama y a su alrededor, como ayuda de orientación en la educación de su hijo. Hoy en día todo es difícil, Hans (así se llamaba). Tus pobres huesos maltrechos ignoran que existen otros obstáculos además de los corporales. A ti seguramente te dolió morir. Pobrecito mío. Pienso mucho en las salidas en bicicleta en las que compartimos tantas cosas. Fue tu última risa. Las noches heladas del pajar en las que yacíamos acurrucados uno al lado del otro. La leche fresca y la mantequilla fresca del granjero y el agua del pozo con la que nos lavábamos. Las discusiones en los ahumados cuartos traseros de los mesones con aquellos que debían llevarlo todo adelante, pero nuestro hijo no lo hace y ¿dónde están los demás? Desde luego ya no militan en nuestro viejo partido. Y luego esa sacudida que debió ser terrible. Exprimirle a uno la vida sin estar preparado para ello. Aunque quizá sí estuviera preparado, por el terrible daño que le habían infligido, un daño que uno soporta mejor muerto que vivo.

Descansa, mi querido Hans.

Y el joven Hans, que ya es un Hans hecho y derecho aunque no sabe lo que debería saber, coge, por segunda vez consecutiva, un montón de sobres ya escritos y los quema, a espaldas de su madre, en el fogón de la cocina.

Más tarde la madre se pasará mucho tiempo buscando los sobres extraviados, ignorando, como siempre, dónde habrán podido ir a parar.

La Höhenstrasse serpentea hacia el Danubio entre frondosas colinas, pero termina poco antes de alcanzar Klosterneuburg y se estrecha. El viejo coche de los Witkowski también serpentea siguiendo el rumbo de la calle, y en su interior Rainer se retuerce atormentadamente mientras habla sobre tensiones artísticas íntimas, que acredita con el ejemplo de Camus. Rainer se ha puesto en camino sin el carnet de conducir pero con el permiso de su padre inválido, que hoy se queda en casa, sirviéndose de su pierna como único medio de locomoción. Sophie está sentada delante, junto a Rainer, iniciando una excursión al aire libre, que de todos modos disfruta constantemente, y Anna está sentada en el asiento trasero, segregando indecorosamente un sudor acre, semejante al de un animal asustado. No obstante, sus estudios de piano la sitúan en un nivel cultural alto. Lo que no logra salir a través de su boca, parece ahora manar de sus poros. Tiene depositadas sus esperanzas en América, el país de los espacios y de la ilimitación, y ha pedido una beca para el año que viene. Tiene muy buenas notas en inglés y, por lo demás, es una estudiante con inquietudes, aunque taciturna. Y eso a pesar de que en casa nunca abre un libro de texto. Como por encargo aparece otro animal asustado que, a su vez, se parece a Anna. Está subido en un carro tirado por caballos, que pertenece claramente a unos viticultores y es un perro. El perro está arriba del todo, atado por el cuello, tambaleándose encima de los aperos vinícolas y aferrándose fuertemente con sus garras, tal como lo haría un gato y no un perro, que ni siquiera sabe meter y sacar sus

ñas. El perro intuye que si pierde el equilibrio y se cae del carro, se va a estrangular; sus ojos revelan un horror penetrante a causa de la brutalidad de sus amos y la del mundo en general, que podría ser tan entretenido, si pudiese correr ágilmente tras un pequeño animalillo y sentir las ganas de vivir. Sigue siendo primavera, la vida incipiente se anuncia por doquier: en los nidos hay huevos y las ciervas están preñadas. Sin embargo, no se ven porque lo embrionario se esconde para escapar de una destrucción prematura. Ya ha quedado atrás el perro, los campesinos poco amantes de los animales y el coche con sus tres ocupantes. Es una mañana en la que ellos hacen novillos y Hans se dedica a trabajar, lo que se demuestra en que deja transcurrir el día sin interés alguno, en espera del atardecer. Pero los estudiantes sí muestran interés, ya que en la escuela secundaria han despertado su curiosidad por explorar.

El Schottenhof también ha quedado atrás, la carretera es una cinta gris plateada, como puede leerse con frecuencia; las bifurcaciones conducen a los viñedos de Salmansdorf y de Neustift am Walde, pero ellos desestiman esos caminos porque quieren ir a los viñedos de Grinzing. La carretera se eleva suavemente hasta llegar a Cobenzl, desde donde se puede disfrutar de una vista panorámica del Háuserl am Roan o del Kahlenberg, que ya es famosa. Aparcan el coche e inician el paseo. A la izquierda los viñedos se alzan hacia el cielo, a la derecha descienden hacia el Danubio, que también es una cinta plateada, sólo que más lejana. La claridad invade el ambiente y también un frío intenso que les obliga a envolverse en las modernas bufandas extra largas. Arriba hay nubes aisladas. El aire transporta polvo. Los viñedos todavía no han florecido, lo que, según una canción vienesa, sucederá más tarde y en otro lugar, concretamente «junto al Danubio donde florece el vino». «Luego sonarán mil claros violines», continúa diciendo la canción, pero enmudece a causa de

su propia estulticia. El trío entra finalmente en los viñedos; a sus pies se extiende el famoso suelo calcáreo en el que tan gustosamente crece la vid. Las agujas de los campanarios de los pueblos vinícolas no están desempeñando su función porque hoy es viernes. Se oye ladrar a los perros, cacarear a las gallinas y cantar a los gallos. En la distancia, claro está, porque las cercanías están bastante despobladas ya que en los paseos uno busca la soledad; si uno no la tiene debe buscarla. Los jóvenes de hoy en día llevan la soledad en su interior y también se tropiezan con ella continuamente en el exterior. El itinerario discurre por el camino de Reisenberg, que sale valerosamente al encuentro de las posadas de Gnnzing. Hoy cogen este camino con la intención de tomarse un café una vez efectuado el descenso. Las viejas mansiones de los valles se esconden detrás de los árboles, aunque todavía están en buenas condiciones. Miradores acristalados recubiertos por vides silvestres, cuya hermana domesticada trabaja a una distancia pertinente para el propietario de la mansión, proporcionándole beneficios. La increíble y embriagadora belleza de esta ciudad cobra una preponderancia tal que incluso Rainer intenta cerrar su boca, pero no lo logra porque inmediatamente se pone a ensalzar lo que les rodea. El aire es completamente transparente. Como la gelatina sobre un panecillo preparado que, a su vez, aseguraría ser tan clara como el aire sobre los viñedos.

Abandonan el camino señalizado y se adentran, como es su costumbre, desordenadamente campo a través. Anna camina a trompicones detrás de la desigual pareja de enamorados, que a los ojos de su hermano es una pareja armoniosa, aunque sólo con dificultad logra mantener el ritmo que le marca Sophie. Aún más difícil le resulta a la torpe de Anna. Y eso que en América se hace mucho deporte y sólo le queda poco tiempo. Sophie es simplemente Sophie. Anna extiende una, dos manos temerosas para encontrar un apoyo, pero no lo encuentra y casi se precipita en la

nada porque no ha reparado en el precipicio que corta la cantera. En lo alto planean tres águilas. ¿O acaso son azores? Graznan estrepitosamente. Rainer percibe algo frente a este paisaje natural, en el que el hombre ya ha dejado su huella artificial, y lo describe con todo lujo de detalles. Anna grazna roncamente preguntando si no deberían sentarse. Estás en una pésima condición física, dice Sophie, que al final acaba sentándose. Anna quiere zambullirse en América para conocer una vida distinta de la que ya conoce y empezar de nuevo. Colocar el gran charco entre ella y sus padres. Y también mucha tierra. Sabe que es su única oportunidad. Para eso ha sacado buenas notas. Están tan cómodamente sentados el uno al lado del otro que intenta describir cada uno de sus proyectos americanos en particular y también su estancia en diversas ciudades americanas, que ella misma va a financiar con su trabajo. Incluso ha elaborado un detallado itinerario y sólo queda que se lo confirmen, que den luz verde a sus planes. Hoy Rainer siente una especie de inclinación fraternal hacia su hermana, mientras observa cómo desarrolla un extraño fervor ante la luminosa Sophie, como un animal frente a su presa. Durante un breve instante siente que él y Anna están formando un frente común que es infranqueable para Sophie. Pero en seguida esta sensación cede. Sophie hince reiteradamente la punta de su zapato en la loma cubierta de vides porque le da igual el estado de sus zapatos y explica súbitamente que hace poco la junta de profesores llamó a su madre para preguntarle si ella, Sophie, no quería pasar el año en América, respaldada por una beca. Pero ella no la quiere y de alguna manera le parece injusto, puesto que Anna ha sacado las notas mejores. Pero, al parecer, en el extranjero hay que saber comportarse especialmente bien, porque allí nadie conoce ni la identidad ni el lugar de origen del que llega. Por eso eligen a la gente según su procedencia familiar, lo cual resulta absurdo en un país desclasado como América, con una población tan liberal y permisiva. Pero esta

es la única explicación que encuentra Sophie para justificar por qué ella sí y Anna no.

Ésta enmudece horrorizada, de todos modos ya es una vieja costumbre, y hasta Rainer reduce la velocidad para preguntar si Anna no podría obtener la beca, ahora que Sophie la ha rechazado. Sophie dice que no, que ya lo había preguntado, pero que hoy mismo la beca perdía su validez porque supuestamente nadie se la merecía. Rainer dice, ¡qué pena!, era una buena beca. Pero lo que en realidad está pensando es, menos mal que Sophie no se marcha, así seguiremos siendo una pareja y podremos iniciar juntos los estudios.

En los ojos blanquecinos de Anna habita la muerte; se vuelven completamente transparentes y el frío chorrea desde su fondo como oxígeno líquido. Anna vuelve a su estado primitivo, ninguna belleza paisajística logra alcanzar su pupila. La información recibida le ha dado la puntilla, la sugestiva salida hacia el extranjero ha quedado definitivamente descartada. Anna se golpea con el puño sobre la frente, pero nada entra y nada sale.

Los amantes de Viena, a cuyos pies borbotan los arroyuelos y sobre los que reina Dios en medio de una nube de violines, no se dan cuenta porque ni siquiera han percibido que este amor sólo va de Rainer a Sophie y no viceversa. En este momento Rainer quiere hacer una pequeña disertación sobre ese amor, o colocar un brazo alrededor de Sophie, pero sería situarse en el mismísimo borde de un precipicio uniformemente recubierto por viñedos, una perfecta síntesis entre arte y naturaleza, la vida representa la naturaleza, la forma de plantar el arte. Pero Sophie le interrumpe, diciendo que de vez en cuando es necesario desinhibirse porque normalmente uno siempre está inhibido. Y extiende dos brazos recubiertos por lana de oveja.

Tú, además, estás sujeta a los dictados de mi corazón, dice Rainer.

Anna observa un escarabajo industrioso y lo pisotea.

En vez de matar animales, escúchame, exige Sophie, me he propuesto batir un récord; quiero llegar lo antes posible a mis propias limitaciones, construyendo por ejemplo una bomba de mano. Incluso tengo la receta. Se la he sonsacado a mi madre que es una científica especializada en química.

Anna está en otra órbita; Rainer más cerca de la persona amada, sintiendo que sus pantalones se han ensuciado repentinamente a causa del miedo. Y dice: Sophie, la prueba de madurez está a la vuelta de la esquina, no podríamos construirla *después*, para evitar que nos echen del instituto si sale a luz pública, o quizá sería mejor olvidarse de ello por completo.

Sophie le pregunta si está cagado de miedo.

Rainer dice que no, que también él quiere conocer sus límites, pero que éstos se encuentran más bien en el mundo del arte.

Anna no dice nada. Todavía aplasta tres hormigas más (una de las cuales estaba ocupada en transportar un trozo de gusano, o lo que fuera, que también acaba pegado a la suela de su zapato) y también su propio corazón sangrante, aunque éste pertenezca a Hans. Entretanto, ya han vulnerado suficientemente la propiedad ajena y también la integridad de sus desconocidos propietarios.

Rainer dice: de verdad que no tengo miedo, sólo que no me parece bien que hagamos esas cosas justo antes de concluir nuestros estudios y superar la prueba de madurez, que nos brinda la posibilidad de estudiar cualquier carrera.

Sophie dice: ahora calla y escucha. Naturalmente hay que fabricarla al aire libre, para que no nos despedace a nosotros sino a extraños, ¿no es así?, bueno hasta aquí todo está claro. Se utiliza una retorta de cuello ancho, de tamaño grande, de una capacidad de aproximadamente 500 mililitros y en segundo lugar dos tubitos de prueba (tubos de ensayo), uno lleno de ácido nítrico y el otro de

una mezcla a partes iguales de clorato potásico y azúcar. ¿Está claro?

Rainer dice que sí está claro, pero que es previsible que no lo haga porque, a su juicio, pronto empezará la etapa más bonita de su vida, la etapa universitaria, que no quiero estropear lanzando bombas, no estoy tan loco, y además tú tampoco estás hablando en serio. Eso no va con tu carácter. Sin embargo sí va con el mío, pero no lo voy a hacer por prudencia y a partir de ahora también quiero ser prudente contigo. Además, el amor produce en mi cuerpo una explosión mucho mayor que la que pudiera producir una bomba, es un relámpago hiriente que proviene directamente de la naturaleza. Como tú misma sabes, me quieres desde hace mucho tiempo, aunque no lo quieras admitir.

Anna destruye un objeto, concretamente un sarmiento, pelándole el tallo.

Luego, continúa Sophie, después de haber llenado la retorta con éter, se introducen los dos tubos en el interior de la misma, de manera que la base de éstos quede bien aposentada sobre el fondo de la retorta. Acto seguido, tanto los tubos de ensayo como la retorta se obturan con un corcho y se sellan con cera.

El agradable extrarradio vienes se incrusta en Anna como una broca incandescente, que no encuentra un muro de contención que le impida la entrada y atraviesa a Anna de cabo a rabo. Anna ya no encuentra nada que matar y por consiguiente es ella misma la que comienza a morir, lo que a menudo es un proceso largo y doloroso. Preferiría matar a otros seres vivos, pero todavía no ha llegado la estación adecuada.

Rainer reitera que no lo va a hacer y además él es el cabecilla, aunque Sophie parece haberse olvidado de ello. Es posible que lo haga *más adelante*, no excluye esa posibilidad, pero sólo cuando tenga asegurada su existencia con un buen sueldo y pueda reírse de todo, pero nunca antes. Más adelante necesitará aún más valor

porque tendrá más que perder. Pero ahora está seguro de que no lo va a hacer y Sophie tampoco. Además Sophie nunca podrá querer a un hombre que hiciera algo así, algo que incluso puede afectar a gente inocente.

Sophie dice que eso es precisamente lo mejor del asunto, hoy en día nadie es inocente. Evidentemente hay que lanzar la bomba de mano de tal forma que sea la base la que toque el suelo, porque de lo contrario no ocurriría nada; si se lanza adecuadamente, explota al más leve golpe.

Rainer lloriquea como un lactante y explica profusamente por qué en primer, segundo, tercer, cuarto y quinto lugar no quiere hacerlo (en realidad no quiere hacerlo de ninguna manera). Sus razones no interesan a Sophie, además son las típicas. Con que una se va de excursión con este pesado (además a petición suya) y lo único que sale es una diarrea verbal. Se lo voy a proponer a Hans, que seguro que participa.

Rainer calcula hasta la quinta cifra decimal que Hans no tiene nada que perder, él sin embargo mucho, es decir, su futuro, que está esbozado clara y luminosamente y que incluye un doctorado y, adicionalmente, múltiples premios literarios.

Anna tiene arcadas desagradables y sonoras. ¿No irás a vomitar ahora otra vez, después de que para la primera vomitona te saqué del coche justo a tiempo?, dice su hermano malhumorado, que lo que menos necesita en este momento es algo tan repugnante; Sophie le toma por un cobarde y eso que él estaba siendo especialmente considerado. ¿Quién ha planeado los atracos y ha ayudado a llevarlos a cabo, Sophie o él? El, naturalmente.

Por desgracia Anna acaba vomitando y Sophie le alcanza un pañuelo de papel volviendo la cara. Luego abandonan el lugar, alejándose de la vomitona. Sophie enmudece y Rainer aprovecha la ocasión para explicárselo todo con tranquilidad. Lleva sus argumentos de un lado para otro como un escarabajo su bola de

estiércol. Cuando por fin llegue a ser alguien, sin que nadie se lo impida, Sophie entenderá sus razones y las aprobará. Al final envejecerán juntos y se reirán frecuentemente de este estúpido plan. Más adelante. Cuando tengan nietos.

Sophie dice que por fin quiere llegar al éxtasis. Desgraciadamente la mayoría de la gente no sabe desinhibirse.

Rainer dice, algo forzadamente, que uno necesita un compañero, el TÚ. El compañero es él, el TÚ es Sophie. Él dice que no y sin este compañero uno se queda solo.

Un gato atigrado asciende sigilosamente la montaña para vigilar una ratonera. Anna considera brevemente si debe matarlo, pero no lo lleva a cabo porque la vomitona la ha debilitado. Se muerde el nudillo de la mano, que casi sangra.

Rainer llora intensamente delante de Sophie, lo que a ella le parece de mal gusto. Rainer dice que aunque Hans acabe haciéndolo, eso no significa, ni mucho menos, que tenga más valor que él, puesto que la estupidez y el valor suelen ser la misma cosa, sobre todo si se trata de Hans. He elegido una carrera tan bonita, Sophie, espera y verás, estoy seguro que también te gustará a ti.

Sophie permanece callada y muestra su desprecio lanzando con el pie chinitas a un hoyo. Después dice, bueno vámonos, hoy todavía tengo otras cosas que hacer.

Por fin estás siendo sensata y entiendes mis razones, Sophie, desembucha Rainer; sabía desde el principio que ella iba a ceder, porque es un rompe corazones al que nadie se puede resistir. Eres maravillosa, por esta y por esta razón eres maravillosa, pero también porque primeramente eres terca y luego tu terquedad se deshace dulcemente en mis manos. Como un pequeño animal, que uno puede apaciguar hasta hacerle abandonar la lucha absurda contra sí mismo y contra los demás, y que acaba recostándose tranquilamente.

Sophie alza la vista al cielo y Anna también.

El paisaje se aleja de Anna infinitamente, al final nadie permanece demasiado tiempo en él. La claridad de la luz se contrapone a la confusión de estos jóvenes y ambas se restringen mutuamente. Rainer fuma nerviosamente un cigarrillo, que enturbia la luz antes descrita.

En los vestuarios del aula de gimnasia explota una bomba con espoleta de percusión. Muchos sueños neomodernos de la generación de la posguerra quedan completamente destruidos. Entre otras cosas se desintegran las faldas Conny, los pantalones de franela gris, los vaqueros, los calcetines, las medias, los jerseys, las blusas, las americanas y la temida falda escocesa. Se acordó que no se produjeran daños personales porque la persona dañada podría ver al que la lanzó. Y todavía no ha llegado a conocerse la persona que reconozca responsabilidades en esta travesura escolar, que ya es algo más que una travesura, es más bien un acto criminal.

Fue un acto irresponsable, dice el periódico. No es de extrañar que no se encuentre al responsable.

Sophie transportó la bomba en su bolsa de tenis. El director incluso la vio y la saludó, pero nadie se atrevería a detener a una Sophie Pachhofen y mucho menos creerla capaz de algo semejante.

Los jóvenes Damianes, que no tienen otra cosa en la cabeza, lloran por sus prendas de vestir arruinadas porque tardarán mucho en convencer a sus padres de que necesitan nuevas faldas y pantalones modernos. ¡Y para esta gente se ha esforzado Sophie! En realidad lo ha hecho para sí misma. Los vestuarios, que apestaban a sudor y grasa, tendrán que ser renovados íntegramente. Los que están a punto de terminar sus estudios ya no llegarán a verlo porque ocurrirá durante las vacaciones.

A causa de lo sucedido, el señor Witkowski quiere sacar a sus hijos del instituto; éstos le suplican e imploran, a dúo, que les deje quedarse y finalmente pueden hacerlo porque pronto habrán

acabado las clases y vendrán tiempos más duros; Witkowski sénior describe cómo serán esos tiempos.

Como es sabido, entre Hans y Sophie ha saltado la chispa y él fue quien, con orgullo y sin vacilar, compró los ingredientes de la bomba en una tienda en la que generalmente sólo compran los estudiantes de la Politécnica. Se giró y se volvió tantas veces que a punto estuvo de atraer la atención. Estaba tan orgulloso. Entre él y Sophie ya existe un vínculo espiritual y pronto le seguirá el corporal. En este momento trata de convencer a Sophie de que un ser sin amor es como una partícula de polvo sin amor.

En Rainer algo se rompe porque siempre se rompe algo en el hombre (suele ser el corazón), cuando la persona amada le es infiel. El miedo a levantar sospechas, aún siendo inocente, paraliza muchas determinaciones que conciernen a Sophie. Después del impacto, Anna ya no siente nada, sólo Hans podría romper su estupefacción a través del amor, pero desgraciadamente lo único que está rompiendo son sus juramentos de lealtad hacia ella.

Los viñedos del decimonoveno distrito de Viena han quedado atrás definitivamente y ahora lo que se alza ante su vista son montañas de miedo.

Los padres enloquecen porque tienen que comprar cosas nuevas.

Unos son poco solidarios porque sospechan de sus compañeros. Se producen denuncias e interrogatorios. En todas partes hay estudiantes llorando. Muchachas y muchachos, gimoteando y berreando respectivamente en pasillos, wateres y aulas de ciencias naturales.

Pero es en vano.

Bofetadas.

Sophie baja las escaleras, sale y se sube a un taxi, como si durante todo el día no hiciese otra cosa

Anna Witkowski emite un grito inarticulado y le permiten regresar a casa antes de terminar la clase.

Los profesores parecen tener comprensión. El culpable debe presentarse, no le pasará nada, sólo queremos saber quién es. Cuando advierten que su actitud no sirve para nada, mugen como bueyes.

Rainer Witkowski escribe una redacción extraordinariamente mesurada

sobre *El extranjero* de Camus; pero sus pensamientos son desmesurados y libres, como suelen serlo los pensamientos, tal como dice la canción.

Los padres abofetean a sus hijas porque prefieren llevar zapatos de tacón antes que los zapatos planos, típicos de la región, que quedaron destruidos.

Sophie lleva un vestido de tarde de la casa Adlmüller, y el sol resplandeciente anida en su pelo. Pero el resplandor del sol no es nada en comparación con su vestido.

Anna Witkowski pierde la razón. Pero nadie se da cuenta de ello porque aquel hecho absurdo y terrible también careció de razón, y asimismo absurdas fueron sus repercusiones.

El que paga el coche tiene derecho exclusivo a disponer sobre el viaje. El señor Witkowski es el que lo paga y su hijo Rainer lo conduce. Sólo ocasionalmente puede Rainer conducir solo. Independientemente del rumbo que tomen, el inválido tiene asegurado el asiento de al lado del conductor, y da las órdenes y las instrucciones.

También durante las vacaciones el vehículo emprende el camino hacia el distrito del bosque, de no ser así el inválido no llegaría a ninguna parte y, como todos los demás, también él necesita oxígeno.

Hoy el señor y la señora Witkowski quieren ir a la ciudad para mirar escaparates, que para ellos son como las puertas del mundo.

Las puertas del mundo se abren cuando llegan a la Kártnerstrasse, una calle de comercios de lujo, que los del extrarradio visitan a lo sumo dos veces al año, pegándose contra sus muros para evitar que la masa, que se dirige hacia las famosas pastelerías, los aplaste. Hoy se dirigen allí porque el señor Witkowski sólo se conforma con lo mejor; le dice a su mujer que para él nada es demasiado caro porque la calidad tiene un precio y si no se paga, luego se sufren las consecuencias. Mira ese frigorífico y aquella lavadora, figúrate todo lo que podríamos refrigerar y lavar con ellos. Pero por regla general se trata de boutiques. Los nuevos tiempos han llevado abundancia a la ciudad, una ciudad que se ha liberado de la ocupación hace relativamente poco tiempo y que vuelve a pertenecerse a sí misma y a sus habitantes; incluso el obrero se beneficia de esta abundancia y si no puede beneficiarse suficientemente, entonces organiza un golpe. Esto estuvo a punto de ocurrir la última vez en 1950. Los comunistas trataron de explotar la escasez de ciertas provisiones para incitar a gentes de buena voluntad a levantarse contra su propio país. Rainer va trotando detrás de sus padres y diciendo, a todo el que quiera oírle, que no tiene nada que ver con esos dos vejestorios. Recientemente Sophie le reprochó, con cierto sarcasmo, que sólo había robado el dinero para comprarse cosas bonitas. Aquí hay tantas cosas bonitas y lujosas, pero él no las quiere y le comunicará a Sophie que no le interesan en absoluto. Lleno de asombro, el pequeño grupo se encamina torpemente hacia Palais esquina a Annagasse, donde Adlmüller, el rey de la moda, tiene su taller y su tienda. Pero, ¡qué casualidad!, a través de las cristaleras de la entrada uno puede observar lo que ocurre en el interior de la tienda y es que, casualmente, la misma Sophie en la que momentos antes uno había estado pensando, está parada junto a su madre mirándose en un espejo. Es su primer modelo exclusivo y será su regalo de fin de bachillerato. Mamá, papá, en el interior de esa tienda se encuentra

una compañera mía que es rica, dice Rainer involuntariamente, sin poder retirar ya sus palabras. Nada más pronunciarlas se arrepiente de haberlas dicho porque sus padres se disponen a derrumbar las barreras de cristal que les separan de Sophie, intentando derribar la puerta de entrada.

El mundo exterior amenaza con irrumpir groseramente en el cristalino acontecer del mundo interior. El inválido sale corriendo (como un galgo detrás de un conejo), apoyado sobre sus muletas y la madre directamente detrás de él. Quieren saludar a la compañera de instituto y a su madre, para comunicarle a ésta lo mucho que les alegra que sus respectivos hijos sean buenos compañeros y que se ayuden mutuamente y que mantengan un estrecho contacto también en sus ratos de ocio. Rainer agarra las oscilantes caderas de su padre mutilado para que no entre atolondradamente en el portal y le pone la zancadilla a su madre para que ésta se quede fuera, que es donde tiene que estar.

Las Pachhofen se deslizan de un espejo a otro en un silencio absoluto, en silencio porque no quieren que el ruido de los coches entorpezca su elección. Se adornan con auténticas obras de arte, cuyo lujo no puede percibirse desde el exterior.

¿Te avergüenzas de tus padres, piojo infame?, rechina el padre intentando deshacerse de su hijo para besarle galantemente la mano a la señora von Pachhofen, al fin y al cabo él es su padre y, además, es posible que tenga éxito con ella como hombre.

Un poco intimidada, la madre propone marcharse en seguida, ya hemos causado bastante alboroto. El padre berrea: mocososo asqueroso, para eso costeamos tu manutención, a una edad en la que ya tendrías que estar trabajando y pagándote todo tú solito, para que encima te avergüences de tu familia. Después de todo pasé toda la guerra en una posición de mando. Pero esto ya ha llegado a un límite. Ya no damos abasto con vosotros dos, esto se acabó, sois unos cerdos.

Rainer está blanco como la tiza e inclina la cabeza ante los circunstantes. Puede que la madre de Sophie o la misma Sophie se asomen, pero afortunadamente el grueso cristal impide a los indeseables lanzar miradas indiscretas hacia el interior del salón y acompañarlas con ruidos indiscretos.

Una modista vestida de negro va de un lado para otro y el rey de la moda en persona da su opinión acerca de los conjuntos. Este vestido tiene esta y aquella ventaja, aquel esa y aquella ventaja; en su caso, este vestido tiene esta desventaja y aquel esa otra desventaja.

Fuera, el padre amenaza a su hijo con aplastarle la nariz y hacerla sangrar, como ocurre siempre que le da un puñetazo en la cara.

Por favor, pide Rainer ajeno al dolor anunciado, por favor, no entréis, por favor.

Venga, vámonos Otto, todavía quiero mirar algo de ropa y luego regresaremos a nuestro confortable hogar. Las señoras sólo van a retenernos innecesariamente con su conversación. Ya sabes lo que haremos después, propone la madre arrastrando al padre con esa promesa implícita. Éste echa a andar, oscilando y babeando, no van a dejar que les retengan esas señoras remilgadas, hoy todavía tienen mucho por delante.

Un pájaro grande hace ejercicios entre rama y rama.

Y así se van y siguen mirando escaparates, que, por agradecimiento, a Rainer se le nublan ante la vista. En la tienda de deportes encuentran una bicicleta deportiva completamente nueva, con muchas marchas. Pero eso pertenece a otro mundo, brilla muchísimo, pero no es para Rainer. En cualquier caso, el cáliz de antes ha sido apartado de él, como también en la religión fue apartado de Dios, Nuestro Señor.

No te irás a la cama sin haber recibido un beso y tampoco sin habernos dirigido la palabra, porque lo exige la cortesía, masculla

el padre entre dientes. Le consuelan con una taza de leche manchada, que han pedido en el Café Museo, y también con un panecillo y una buena propina. En Rainer todo se afloja y se repliega sobre sí mismo como un paquete humano mortecino. ¡Cómo se reirán él y Sophie más adelante de este incidente! Pero ahora todavía no. Más adelante.

Íntimamente Rainer ya se ha desligado de su familia, pero esto todavía no trasluce hacia el exterior.

A pesar de que, en realidad, los estudiantes no se lo merecen y antes de que se presenten a la prueba de madurez y comiencen las vacaciones, que los separarán, llevándolos por los más variados caminos, el instituto celebra el último té-de-las-cinco-de-la-tarde; el té lo preparan las estudiantes. Los estudiantes se encargan de que todo esté en su sitio. Las bebidas gaseosas se amontonan en pilas de colores extraordinariamente feos.

Los estudiantes bailan con las estudiantes y, siguiendo el consejo de un profesor de confianza, a veces también sacan a bailar a alguna madre o abuela. Se discute sobre el rendimiento de los descendientes y en la mayoría de los casos se estima que son capaces, pero vagos. Algunos directamente no rinden. Los estudiantes forman una comunidad que también podría llamarse comunidad escolar.

Anna y Rainer son indeciblemente estúpidos por pertenecer a una comunidad escolar en vez de al mundo de los mayores.

Sophie ha colado a Hans, que en todas partes destaca como un cuerpo extraño porque después de una o dos cervezas berrea estrepitosamente y encima le resulta divertido. La rubísima Sophie lleva tacones altos y no se deja cazar. En su ignorancia, Rainer lo intenta a pesar de todo, pero fracasa.

El té, que más bien parece agua sucia, se sirve en vasos de cartón y se

vende por poco dinero que se ahorra para el viaje de fin de curso. Para los pequeños, los hermanos menores, se ha organizado un teatro de títeres que sirve de entrenamiento a los actores en ciernes que acuden fascinados al gallinero del Burgtheater. Los jóvenes son jóvenes y lo disfrutan.

En los grupos de expertos se discute sobre una o dos representaciones de ópera, dejando caer los nombres de Bippo di Stefano y Ettore Bastianini, que Rainer no conoce. No obstante, Anna conoce a Friedrich Gulda, y a sus compañeros de especialidad.

El padre inválido de Rainer acaba de entrar apoyado sobre la madre. Una compañera de Rainer le ofrece un té con muchísimo cuidado (para no ensuciar al inválido más de lo que ya está). El padre contesta que no come de pucheros ajenos. Sigo teniendo suficientes pucheros propios. ¡Qué hombre tan extraño!, comenta la compañera a una amiga suya. Ese está tarado, ¿no crees? Después, la muchacha le pregunta si no quiere que le acerquen un sillón a la pista de baile para que pueda seguir los torpes movimientos de los estudiantes. Él contesta que puede perfectamente quedarse de pie. Para Dios y Witkowski nada es imposible, así reza la segunda de sus sentencias preferidas. Este hombre no da pie con bola, está tocado, dice la misma estudiante de antes. Rainer, que había contado a todos que su padre y su primo conducían alternativamente un Porsche, se retuerce en un rincón como una oruga. ¿Por qué no podrá uno esfumarse dejando tras sí un poco de aire caliente? Uno debería quitarse la vida.

Pero por ahí viene Sophie y Rainer, molesto por las circunstancias, le explica que el amor no es Eros. La verdadera dicha es la sensación de haber deseado lo mejor de la vida, aunque a veces esto se tome a mal. Sophie le sirve con frialdad un panecillo con queso. Servir resulta divertido cuando no se hace por

obligación. Anna preferiría cortarse la mano de un tajo antes que servirle a alguien un bocadillo de queso.

Gerhard quiere bailar con Anna, su ídolo, y hacerla girar en círculos y ser feliz, pero Anna se hace a un lado porque quiere observar a Hans, que está situado entre dos abuelitas. Hans, por su parte, se abre camino entre la gente a empujones, para arrancar a Sophie violentamente de los brazos de un compañero con el que está bailando un viejo y bonito vals. Con este comensal infructuoso, que todavía no se ha ganado un chelín en su vida, inauguró el baile de la Filarmónica. Pero no va a hacerse filarmónico sino jurista. Sujeta a Sophie fría e imparcialmente (que son requisitos de su futura profesión) con los dedos, cogiéndola un poco más fuerte por la espalda, pero con la intensidad justa, ni demasiado fuerte, ni demasiado flojo. Así no se puede coger a una mujer, hay que agarrarla con determinación, yo sé hacerlo porque tengo un carácter arrollador. Ven aquí encanto, eres ligera como una pluma, dice Hans, que quiere lanzarla al aire y gritar ¡yuhu!; hoy está muy contento, está encajando perfectamente con sus futuros colegas de trabajo que han gozado de una preparación académica. El es un hombre de acción. Márchate, le dice Sophie.

Esto sí que es una faena. Hans finge estar abrochándose la bragueta del pantalón.

Algunos estudiantes comentan entre ellos lo bonita que está siendo la fiesta de hoy. Se intercambian los números de teléfono. Como si fuera una contraseña, se pronuncia el primer tímido TÚ, y es que es el primer TÚ. Se proyecta hacer una excursión y también alguna visita durante las refrescantes vacaciones de verano.

Se untan los panes.

Los enormes trozos de tarta se reparten en platos de cartón.

Rainer sale de su escondite, se precipita sobre Sophie y dice que ha llegado el momento de iniciar una etapa que se diferencie - casi va a decir sistemáticamente- de toda su amistad anterior.

Deben encontrar el camino directo hacia el otro. Tal vez lo encuentren en paseos al atardecer. Con cada conversación profunda descubriremos nuevos horizontes, promete Rainer. Su relación gozará de una naturalidad desconocida, asegura Rainer. Lo maravilloso de la naturaleza es su total capacidad de contradicción.

Sophie no está de acuerdo y le pide que la suelte, me estás arrugando el vestido de chiffon. Lo tuyo está degenerando gradualmente, Rainer, te lo en seno.

Para los mayores hay ponche, pero en honor de la verdad y dado lo avanzado de la hora, este ponche está flojo. Los niños se ríen con alegría porque excepcionalmente pueden tomarse un traguito. Hans también se apunta al alcohol, pero le despachan inmediatamente con cajas destempladas porque todavía no es un adulto, como le habían asegurado erróneamente. Hans argumenta que lleva mucho tiempo ganando dinero. Y como única contestación recibe la cara incomprensiva de la hija de un médico.

Aquí ni siquiera está permitido fumar un cigarrillo.

La señora Witkowski, que desde luego no pasa desapercibida, esconde su sangre de maestra entre la masa. También esconde su horrendo vestido de preguerra, que ha adornado con una cinta de terciopelo y una rosa de seda del mismo color, tan chocante la una como la otra. El papá hace acto de presencia elegantemente vestido, su corbata es chillona, dice: aquí estoy; es imposible no verla. A un inválido se le puede perder de vista intencionadamente, pero esa corbata no.

Anna tira tímidamente de la parte trasera del jersey de Hans para que éste, a ser posible, le preste y dedique atención. Hans le da palmaditas como si fuera un caballo y le pregunta si le pica. Que si le pica que se rasque, jajaja. Después relincha estrepitosamente, se abalanza sobre Sophie, la levanta y la hace girar en círculos. Luego la lanza al aire como una pelota y la vuelve a coger y le dice:

Tesorito, muñequita, Sophita bonita. Hans está derrochando su fuerza, ¿para quién la tiene si no es para Sophie?

Sophie suelta una breve carcajada y dice: déjame bajar, Hans. Pero antes de poder cumplir su orden, Rainer se le acerca por la espalda, le arranca a Sophie de los brazos y le dice que va a darle una patada en los huevos, a lo que Hans replica, venga, demuéstremelo. Y ahora lárgate, queremos estar solos.

El señor director alza la voz y dice que la prueba de madurez marca el final de una etapa vital que los separará, llevándolos por las más variadas sendas. Les anima a guardar un buen recuerdo de la vida escolar. Ya han finalizado sus estudios y ahora empieza la vida real, que es completamente distinta aunque el instituto les haya preparado para ella.

Anna y Rainer se estremecen; lo que más temen en este mundo son los cambios. Más adelante ya no podrá uno erigirse en cabecilla con tanta facilidad porque es posible que no todos le conozcan. Ni tampoco el resultado de sus esfuerzos, que tendrá que volver a probar. Rainer y Anna tienen miedo a lo desconocido.

Anna deja entrever que también tiene algo que decir. Los dos muchachos, que tienen demasiada fuerza y savia, están a punto de darse una paliza. Un profesor discreto se interpone entre ambos apelando a su sentido de la disciplina y de la religiosidad. Es el profesor de religión. Anna da saltos nerviosos ante la perspectiva de poder decir algo. Quiere decir que, aunque pueda parecer todo lo contrario, Hans le pertenece exclusivamente a ella y a nadie más. Rainer se acerca a Sophie para decirle lo que siente y siempre ha sentido por ella. Su orgullo le había impedido decírselo. Pero ahora es más fuerte que él y ya no puede reprimirlo. Piensa que ella debe saberlo. El siguiente paso será un sol filtrándose por entre los árboles del bosque, una lluvia que cae lentamente y sin cesar, el olor a resina, Sophie en una gabardina vieja acariciándole cariñosa e incansablemente el pelo. De vez en cuando hasta un intelectual

necesita cuidados corporales. Una comida rústica desplegada sobre un mantel de cuadros y acompañada de conversaciones serias y profundas, en las que incluso intervendrá un Dios abstracto. Este es el sueño de cualquier estudiante de secundaria y también su sueño. Después de comer, tumbarse sobre la cama y seguir leyendo a Camus, que de todos modos uno lee a todas horas. Sobre todo el pasaje donde al condenado se le derrumba el mundo, momento a partir del cual todo le resulta indiferente. Y piensa en su madre. Él, Rainer, sin embargo optará por pensar en Sophie. Después el objetivo de la cámara los perderá de vista en el bosque.

Sophie dice que su madre va a mandarla a Lausanne a pasar las vacaciones para que cambie de aires. ¿Ya es seguro?, pregunta Rainer con cara de cordero degollado. Sí, es seguro. Iré a un internado. A Sophie le entusiasma la idea de ir a un lugar completamente extraño y aprender una lengua nueva.

Rainer le pregunta por qué quiere recorrer mundo teniendo tan cerca la felicidad, teniéndola ahí mismo. ¿Dime de qué te sirve viajar a lugares extraños? Sería preferible que domaras la bestia extraña y desconocida que albergo en mi interior. Ahora incluso sería capaz de realizar el acto sexual, pero éste sólo degrada a la mujer. Esta es la razón por la cual necesito ser domado.

Lo que hice en el aula de gimnasia (Sophie) es mucho más romántico que cualquier galanteo. Es una vivencia explosiva. Rainer dice que está convencido de que en realidad ella no quiere abandonarle, que seguramente estará hablando en broma. Y como prueba de que confía ciegamente en ella, va a darle, a solas, unas ideas clave para la interpretación de *La peste* de Camus, que será la próxima lectura que compartan. Pero no debe decírselo a nadie.

Sophie le aparta fríamente con la punta de los dedos y saluda a los padres de su compañero de baile, que la conocen y le preguntan acerca de su futuro. Sophie les cuenta lo de Lausanne. A ellos les

parece una buena idea y también ponderan las facilidades que encontrará en el terreno deportivo.

Anna le sopla a Sophie en la nuca, donde tiene unos pelitos rubios. Quiere que le dejen decir algo sobre su propia personalidad. Hace mucho que no hablaba tanto. Anna dice que su carácter es fruto del odio que siente hacia todo el mundo. Quiere que Hans la lance al aire como acaba de hacer con Sophie. Hans le dice que le traiga un bocadillo de salami y ella sale disparada.

Entretanto Rainer y Hans se han colgado de los hombros de Sophie, cada uno de un hombro, y le explican por qué debe abandonar con ellos la aburrida fiesta: para entablar una conversación. Rainer todavía describe rápidamente la música que tan maravillosamente está reproduciendo la cinta magnetofónica. Sophie no debe marcharse a la Suiza francesa. Hans ubica Suiza sólo después de haberle explicado dónde queda Lausanne.

Sophie se descuelga de los brazos de ambos, que tienen buenas intenciones pero que no saben agarrar, se descuelga como una planta carnívora maligna, que con su savia aniquila insectos y se prohíbe a sí misma distracciones de cualquier índole. Ella se marcha para no tener que veros más a ninguno de los dos.

¿Son éstos sus admiradores, Sophie?, pregunta con un sonrisa la madre de su compañero de baile, en ese caso, que lo pase bien, querida Sophie. En este momento llega Anna con el bocadillo de salami. Hans engulle el salami con nerviosismo, tira el pepinillo, le cede a Anna las sobras y se lo paga. Anna come, e inmediatamente después, consciente de su propósito, busca el servicio para vomitar, ojalá no esté ocupado.

Rainer dice que posiblemente se quite la vida. Seguro que con esto atrae sobre sí la atención de Sophie. De no ser así se desintegrará completamente y desaparecerá. El mundo entraña una dulce indiferencia, dice Camus. Cuando a uno le roban la esperanza lo único que tiene en sus manos es el presente, uno pasa a

convertirse en la realidad misma y todos lo demás son comparsas. De todos modos, eso ya lo son.

Nunca dices una frase que no haya dicho ya alguien con anterioridad, dice aterciopeladamente Sophie.

Precisamente porque las conozco todas. Cuando la vida se ha extinguido, la noche es una tregua melancólica, nos asegura a Camus.

Haciendo uso de todas sus fuerzas, Hans se da un puñetazo en el cráneo, que suena a hueco. Pero no le sale nada original, sólo lo de siempre, la voz de su maestro diciéndole que ha invertido los polos de la corriente, por lo que siempre recibe una patada.

El padre inválido se balancea atléticamente entre las muletas y le dice a Sophie que evidentemente ella debe de ser la amiguita de su hijo, eso está bien, porque desde luego es una muchachita preciosa, como las que en su época solía poseer él, ahora sólo de vez en cuando porque el trabajador dispone de poco tiempo libre. En este terreno todavía podría enseñarle alguna cosa a su hijo Rainer.

La madre de Anna y de Rainer devora con los ojos el corte del vestido de tarde que lleva Sophie. ¿Podría su máquina apañárselas para confeccionar una maravilla semejante en chiffon, o acaso es organdí? Desde luego no es sintético.

Anna estrecha el brazo de su madre como una tenaza. Hace meses que no rodea este brazo. Por un instante las dos mujeres parecen la Virgen María y Santa Marta, aunque por exigencias históricas en aquel tiempo la Virgen sólo tuvo un hijo y no una hija.

Hans está a punto de tragarse la nuez. Tanta saliva sin haber consumido una sola cerveza.

Sophie se desembaraza de todo y desaparece definitivamente.

Sophie deja dos vacíos detrás de sí, uno en Hans y otro en Rainer, pero ella no lo percibe.

Durante las vacaciones, cuando sus novios ya han regresado a la ciudad, las muchachas suelen decir: te vas, pero muchas cosas quedan aquí. Mucho de lo que ellos han dejado atrás. Aquí, sin embargo, no queda mucho de lo que se pueda sacar provecho, en realidad no queda nada.

La señora Witkowski tapa con las dos manos, no tiene más que esas dos, la desnudez de la cinta de terciopelo y de la flor de adorno, pero a pesar de todo ambas asoman indiscretamente entre sus dedos, dando una mala impresión. También la da el señor Witkowski.

Arma también se marcha, inadvertida de todos, pero realmente de todos. Ni siquiera deja la más mínima huella de un tacón en el parquet.

No deja nada.

Hans sale por la puerta de la fábrica y Anna, que le está esperando fuera, va a su encuentro. Quiere comportarse razonablemente para que él se dé cuenta de que también puede ser distinta. Quiere decirle que al final está bien que no pueda irse a América porque así durante el verano, podré ayudarte con las asignaturas que se imparten en tu escuela nocturna. Pero, como ya es habitual en ella, no logra decir nada, sino que se echa a llorar como una mema. Solloza fuertemente delante de todos esos extraños -que se han pasado el día entero trabajando y que por consiguiente tienen derecho a un poco de tranquilidad- entregándose con toda su alma carcomida a este llanto desgarrado, con lo que, en última instancia, demuestra tener un buen fondo. Llorar sólo puede hacerlo quien no está completamente endurecido. Su boca y su cara se desencajan en una mueca fea. Una mujer nunca gana con una expresión semejante, siempre pierde. Y sin embargo, a Hans le sobrecoge una especie de compasión cuando lo advierte en la insigne Anna. A lo mejor ni siquiera es compasión, sino más bien un mecanismo reflejo masculino de proteger a

elementos débiles. Este mecanismo entra en funcionamiento cuando un hombre ve llorar a una mujer. Pone un brazo alrededor de esta singular llorica y se la lleva rápidamente para no ser visto por sus compañeros de trabajo. Le pregunta: ¿qué te pasa, Anna?, ¿por qué lloras? Vamos, mujer. Anna le contesta que está desesperada y suelta una avalancha desordenada de cosas, sobre todo miedo y odio y por si esto fuera poco, una pizca de envidia hacia Sophie. Hans dice que no es bueno tener envidia de una persona que no tiene la culpa de haber nacido en una familia de semejante posición. ¿De verdad envidias a Sophie? Anna llora en una octava más alta. Ven, te acompaño a casa, de hecho casi vivimos uno al lado del otro. Tienes que tranquilizarte, y lentamente Anna se tranquiliza. De pronto le ve bajo una luz completamente distinta, le está mirando con los ojos del amor, que se da cuenta de que es un amor verdadero. Hans, a su vez, también la ve bajo una luz distinta, porque la está mirando con los ojos del protector masculino, que es más fuerte. Quizá también sea un sentimiento de amistad, que se da cuenta de que es una amistad verdadera, que incluye apoyar al amigo en lo bueno y en lo malo y en cualquier otra situación adversa.

Para bien o para mal, Hans acompaña a Anna a casa. ¿Pero qué te pasa, Anna?, pregunta una y otra vez porque no sabe qué otra cosa preguntar. Nada, ya estoy bien, le contesta ella. ¿Te vienes a cenar a casa?

No, contesta Hans rápidamente, porque no soporta a los padres de Anna. Pero añade que pronto será domingo y que podrán emprender algo juntos.

Muchas de las preocupaciones de Anna desaparecen de golpe y la invade una alegría inusitada, que perdurará hasta la hora de la repugnante cena. Muy pronto hará una excursión en bicicleta con Hans. Esta excursión podría significar un comienzo nuevo sobre unas bases nuevas. La base no tiene que ser siempre material

porque a veces el dinero se puede perder y los sentimientos no dependen de él.

En la casa de los Witkowski se está sirviendo la cena. El padre critica a su familia sin perder aliento, pero ellos están tan acostumbrados que ya ni le escuchan. El señor Witkowski amenaza a la madre con someterla a terribles torturas. La madre hojea un catálogo de una empresa de ventas por correspondencia, en el que encuentra un vestido que llama poderosamente su atención. Podría decirse que casi ofende su vista, por la vergüenza que pasó ayer en el instituto a causa de su indumentaria, que parece haberle causado un daño irreparable.

El padre le pregunta a Rainer si después querrá jugar con él una partida de ajedrez. Rainer dice que sí porque tiene intención de echar esa partida. Para cenar hay pan y diversos embutidos especiales y también una asquerosa sopa de patatas. Después de la cena echan la partida de ajedrez convenida, durante el transcurso de la cual el padre hace unas observaciones disparatadas acerca del estado mental de su hijo Rainer y acerca de todo lo que le concierne. Rainer va perdiendo porque, por alguna extraña razón, no logra concentrarse. El padre se alegra terriblemente porque en los últimos tiempos sólo ha ganado en contadas ocasiones al arrogante bachiller, que se da tanto tono. No obstante, le dice a Rainer que todavía va a recibir una bofetada si no se concentra más en el juego. Rainer dice que ganar carece de sentido y recibe la bofetada antes mencionada.

Anna tiene una dulzura en los rasgos con la que por cierto no amaneció esta mañana. ¿Por qué será? Incluso está secando la vajilla.

La madre pasa de su papel de madre fracasada al papel de mártir y le pide al padre que por favor esta noche no utilice accesorios que le hagan daño. Éste contesta de buen talante que se lo pensará, pero lo cierto es que la pega más de lo convenido.

Luego se van a la cama. Antes de dormir, Anna todavía se come una manzana. Rainer también se come una manzana antes de dormir, mientras lee *El absurdo y el suicidio* de Camus. La luz se apaga, hay que dormir.

A las siete de la mañana, Rainer se despierta bruscamente y, en contra de lo habitual, encuentra sus manos empapadas en sudor. Pero no le da mayor importancia. Oye a la madre en el cuarto de baño. Se levanta, entra en la antesala y del llavero de su padre, que está colgado detrás de la puerta, extrae la llave de la caja de la pistola. La caja mide 8 cm de alto, 30 cm de largo y 15 cm de ancho y es de metal. Encima de ella descansa la cartera y Rainer la aparta. La casa está tranquila, exceptuando los desagradables ruidos que la madre, que siempre es la primera en levantarse, hace en el cuarto de baño. Rainer abre el arca de la pistola y saca la Steyr de cañón abatible, del calibre 6,35 mm. Debajo de la pistola se encuentran las fotos de los genitales de su madre. Estos genitales no le impresionan grandemente, a pesar de que un día salió al mundo a través de ellos.

Con la pistola en la mano, Rainer se dirige hacia su hermana, que durante toda la noche, detrás del finísimo tabique de separación improvisado, ha dormido prácticamente a su lado. Y sigue haciéndolo llena de confianza. A una distancia mínima Rainer dispara sobre la cabeza de su hermana, destrozándole el hueso frontal y sumiéndola, en cuestión de segundos, en la más absoluta inconsciencia. Unos jirones musicales, del opus 33 en *si* mayor de Schönberg y de la sonata de Berg a medio aprender, se agitan confusos en el cerebro de Anna y luego desaparecen titubeantes, contrariados, pero definitivamente. Ya no habrá más melodías ni canto.

Después de este disparo, Rainer se dirige a la antesala, donde la madre le sale al encuentro, sin mediar palabra e inexpresiva. Él sabe que ahora tendrá que liquidar a toda su familia para que no

haya testigos que puedan denunciarle a la policía. Inmediatamente pega un tiro a su madre, también en la cabeza, y ésta se derrumba silenciosamente. Su mandíbula superior ha quedado completamente destrozada, pero la muerte todavía no ha hecho su aparición. La madre yace sobre el linóleo de la antesala como un ovillo agonizante, no se sabe si su cerebro sigue funcionando o no, pero lo más probable es que no. Rainer deja la pistola a un lado porque ya no le quedan balas y saca el hacha, que pesa 1,095 kg, del cuarto de baño. Su filo mide 11,2 cm. Curiosamente, durante todo el tiempo que ha durado la matanza, el padre de Rainer permanece sentado en el cuarto de estar, con una chaqueta de lana sobre el pijama. Rainer se dirige con el hacha hacia su padre, que expresa una sorpresa muda, y ataca. Le golpea indiscriminadamente, sin pensar en nada. Pero su objetivo es la cabeza. Bajo los terribles hachazos, el progenitor de Rainer se desmorona instantáneamente, sangrando en abundancia. Los hachazos rompen huesos, astillan huesecillos, cortan tendones y seccionan arterias, que difícilmente podrán volver a ser cosidas. Rainer se ensaña especialmente con la cabeza y el cuello, porque con eso basta. Arremete contra el padre hasta descuartizarlo. Luego, llevando el hacha consigo, entra en la antesala donde su madre agoniza y espumajea, y arremete contra ella. Sigue sin darle importancia. Quiere matar y de hecho lo está haciendo. Después del último disparo ya sabía que iba a recurrir al hacha para concluir su obra. Nadie habla ni grita. La madre yace boca abajo y en esta postura la remata. La madre muere. Rainer no cede un milímetro, ni antes ni después. Ahí donde ha caído, se queda. Cuando ya ha acabado con ella, regresa a la habitación de su hermana, a la que antes había pegado un tiro en la cabeza porque era la única parte del cuerpo que no cubría la manta, y arremete contra su cabeza, igual que contra la de su padre y la de su madre. La cabeza de Anna queda reducida a un puré de huesos, sangre, tendones y masa encefálica, en el que se perfilan, con un destello

blanquecino, algunos de sus dientes y un ojo seccionado. En cualquier momento, muy pronto, también morirá Anna y así estarán muertos los tres.

Todos ellos han sido atacados principalmente en cabeza y cuello. Ahora Rainer busca la maleta de cartón y saca la bayoneta de entre el montón de juguetes, entre los que también se encuentran un proyector de diapositivas y varios sombreros de fieltro. Coge la bayoneta, que en realidad ya es superflua, y la hinca en los tres cadáveres, pasando metódicamente de uno a otro. En primer lugar se la clava al padre, en cuello, pecho y ombligo; luego a la madre, principalmente y con violencia en el bajo vientre y, por último, traspasa a su hermana con todas sus fuerzas. Por fin ha acabado; los desechos humanos ensangrentados han enmudecido definitivamente; ya no se distinguen los unos de los otros porque, como es sabido, la muerte no hace distinguos. Los respectivos sexos todavía se reconocen, pero nada más. A éstos tendrán que remitirse quienes quieran identificar los cadáveres. A través de acciones absurdas, Rainer intenta salvar su ideal narcisista de haber cometido algo extraordinario.

Ahora trata de esconder el cadáver de su padre para que no puedan tropezar con él nada más entrar. Jadeando arrastra el montón de carne ensangrentada hasta el arcón rústico, que tendrá que vaciar previamente para que entre el cadáver. Este ha perdido una cantidad de sangre tan bestial que Rainer desiste de la tarea de esconder los otros dos cadáveres. Los nervios no cumplen con sus exigencias y Rainer no cumple con su tarea.

Se quita el pijama empapado en sangre y se mete debajo de la ducha. Luego recoge las armas, las mete en un maletín y abandona la casa con el tiempo justo para buscarse una coartada. También se lleva el pijama. Va en coche hasta la casa de un compañero de instituto para estudiar con él y pedirle dinero para gasolina. Por el camino, desde cualquier puente, quiere tirar las armas letales a la

corriente del Danubio, pero desgraciadamente a esta hora tan temprana, ya hay demasiados paseantes innecesarios. Así que mete el arsenal junto con el pijama, debajo de la rueda de recambio del maletero del coche.

Después de estudiar y habiéndole prestado su compañero los 500 chelines que tenía guardados en una cajetilla de tabaco, los dos se dirigen hacia Ketlassbrunn, situado en la Baja Austria, para visitar a un párroco, el antiguo catequista del colegio.

Ahora ya han llegado a Ketlassbrunn; el párroco se sorprende y se alegra. Invita a ambos estudiosos a comer en una posada, donde piden un codillo con bolas de patata. A continuación, van al hogar de los congregantes, donde se celebra un seminario en el que un catedrático de Viena lee una ponencia sobre los temas «El hombre como cosmos» y «Crimen y castigo». Como siempre, Rainer intenta sobresalir creando polémica acerca de estos temas. El párroco se despide de ellos dándoles un apretón de manos y algunos dulces. Luego el compañero es conducido a su casa, ha sido un día rico en acontecimientos, añade mientras entra en su casa, que huele a vainilla.

Rainer vuelve a la poderosa corriente del Danubio, que ya es todo un símbolo. Entretanto son las siete de la tarde. A la altura del restaurante Berg, cuya especialidad es el pescado, Rainer arroja las armas del asesinato al río. Sin embargo el pijama ensangrentado lo deja en el coche.

Luego, desde una cabina telefónica, Rainer llama a una chica que no ha visto desde hace meses. Trabaja de niñera en la casa de un matrimonio de médicos que viven en la zona centro de la ciudad; sus respectivos padres se conocieron en el distrito del bosque del que son oriundos. Rainer invita a Renate, que es el nombre de la muchacha, a ir a bailar al Bar Picasso y efectivamente acaban bailando ahí. Rainer se toma dos camparis con soda y Renate un martini y una fanta. Rainer describe ampulosamente la

estructura de la música moderna que ahora surge de los altavoces. Después interrumpe sus explicaciones y vuelve a llevar a Renate a su casa.

A continuación, Rainer regresa a la casa paterna, donde durante todo este tiempo yacen los cuerpos de su madre, que tiene 40 heridas graves e incontables heridas de menor gravedad, el de su hermana que tiene 26 tajos mortales, sin contar las heridas leves, y el de su padre, completamente descuartizado, descomponiéndose en el interior del arcón rústico tallado. En total los tres cadáveres presentan bastante más de 80 hachazos, amén de los innumerables pinchazos de bayoneta; las cabezas han quedado completamente destrozadas. Les atacó con ambas manos para reforzar el golpe. Junto a esta carroña espantosamente desfigurada, Rainer no podrá pasar la noche porque le horroriza.

Entra en su casa, que ya ha dejado de serlo, enciende la luz unos instantes en la antesala para que la gente crea que el horrible espectáculo le ha sorprendido inesperadamente, vuelve a apagarla y se va a la comisaría para denunciar que su madre yace muerta en la antesala, venga usted y ayúdeme a encontrar al asesino. Otro policía les acompaña inmediatamente y cuál sería la sorpresa de todos cuando en vez de uno encuentran dos cadáveres, que en un principio confunden porque las mutilaciones impiden distinguir a la madre de la hija.

Lo policías están atónitos. Rainer está echado sobre una camilla, pálido y al borde del desmayo, y es atendido por un médico que le administra calmantes, pero para un golpe como éste su pulso es extraordinariamente regular, piensa el médico.

¿Dónde está su pijama y dónde está su padre?, pregunta el inspector. Mi pijama debe estar por ahí, me lo he quitado esta mañana temprano porque he salido a primera hora. Y dónde pueda estar mi padre, no lo sé.

Estos cadáveres están completamente irreconocibles de tanta violencia y brutalidad, comenta el policía, que siente repugnancia a pesar de estar acostumbrado a muchas cosas por su profesión. Los cadáveres de la madre y de la hija no han sido movidos y su aspecto mueve a compasión.

Pero de nuevo surge la pregunta: ¿dónde está el pijama de Rainer y dónde está el señor Witkowski?; estos dos cadáveres son femeninos.

¿Ha podido ser el padre el autor? Pero finalmente se encuentran en el arcón los restos ensangrentados del padre. La masa encefálica yace a un lado porque no ha llegado a entrar en el arcón.

Ahora ya sólo queda resolver la cuestión del pijama, agravada por una sospecha.

Cuando el inspector pregunta por centésima vez: ¿dónde está su pijama?, tiene que aparecer, señor Witkowski, Rainer finalmente confiesa: está en el maletero del coche, debajo de la rueda de repuesto y cubierto de sangre.

Ahora ya lo saben todo y pueden disponer de mi.

[1] Ponche, vino caliente. Titulo de la novela de Heinnch Spoerl de la que toma su nombre la película. (N. de la T.)

This file was created with BookDesigner program

bookdesigner@the-ebook.org

24/11/2009

LRS to LRF parser v.0.9; Mikhail Sharonov, 2006; msh-tools.com/ebook/

OceanofPDF.com